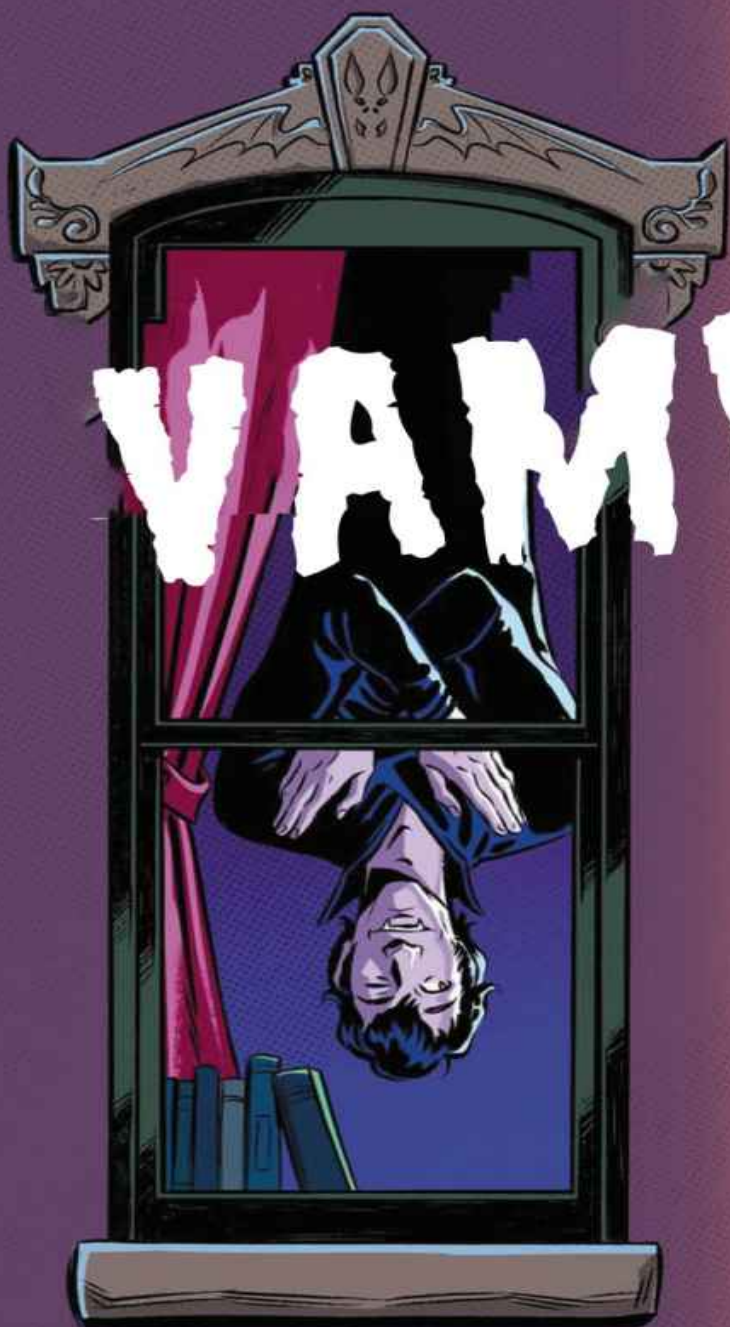


MI COMPAÑERO
DE PISO ES UN

VAMPIRO



JENNA LEVINE

CONTRALUZ

MI COMPAÑERO
DE PISO ES UN

VAMPIRO

JENNA LEVINE

Traducido del inglés por Noemí Jiménez Furquet

CONTRALUZ

OceanofPDF.com

*Para Brian, que siempre me hace reír y siempre está
dispuesto a adoptar un gato más*

OceanofPDF.com

UNO



Se busca compañero de piso para apartamento espacioso
en la tercera planta de un edificio adosado en Lincoln
Park

Hola. Busco a alguien con quien compartir mi piso. Es un apartamento espacioso según los estándares actuales, con dos grandes dormitorios, sala de estar abierta y cocina semiprofesional con comedor. Grandes ventanales en la fachada este con espectaculares vistas al lago. Completamente amueblado en estilo clásico y de buen gusto. No suelo estar en casa tras la puesta del sol, por lo que, de seguir un horario de trabajo tradicional, normalmente tendrá el apartamento solo para usted.

Alquiler: \$200/mes. Nada de mascotas, por favor. Se ruega hacer llegar toda solicitud seria a la dirección fjfitzwilliam@gmail.com.

—Este sitio tiene que tener trampa.

—Cassie, escucha, es una oportunidad excelente...

—Que lo olvides, Sam.

Las últimas palabras sonaron más cortantes de lo que pretendía..., aunque tampoco mucho. A pesar de que necesitaba su ayuda, la vergüenza que sentía por encontrarme en semejante aprieto hacía que me costase aceptarla. Él lo hacía de buena fe, pero su insistencia por entrometerse en cada aspecto de mi situación actual me estaba sacando totalmente de quicio.

Fue un detalle por parte de Sam —mi amigo de toda la vida, acostumbrado desde hacía mucho a lo borde que me pongo a veces cuando

me estreso— que no añadiera nada. Se limitó a cruzarse de brazos y a esperar a que estuviera lista para decir algo más.

Apenas hicieron falta unos instantes para que volviera en mí y empezara a sentirme mal por haberle contestado de mala manera.

—Lo siento —mascullé—. Sé que solo intentas ayudarme.

—No te preocupes —respondió comprensivo—. Estás pasando una mala racha. Pero no pasa nada por pensar que las cosas pueden ir a mejor.

No tenía motivos para hacerlo, aunque no era el momento de ponerme a explicarle por qué. Tan solo suspiré y volví a fijarme en el anuncio de Craigslist que tenía abierto en el portátil.

—Todo lo que suena demasiado bonito para ser verdad suele serlo.

Miró la pantalla por encima de mi hombro.

—No siempre. Y tienes que reconocer que el piso pinta fenomenal.

Sí que pintaba fenomenal. Ahí tenía razón. Pero...

—Son solo doscientos al mes, Sam.

—¿Y? Es un precio fantástico.

Me quedé mirándolo.

—Sí, si estuviéramos en 1978. Hoy, si alguien pide solo doscientos dólares al mes, es probable que esconda cadáveres en el sótano.

—Eso no puedes saberlo. —Sam se pasó la mano por las greñas rubio oscuro. Era la señal más clara de que se estaba quedando conmigo. Llevaba haciendo ese gesto desde, por lo menos, sexto curso, cuando trató de convencer a nuestra profesora de que quien había pintado toda la pared del baño de chicas con flores rosa chillón no había sido yo. En aquella ocasión no engañó a la señora Baker (por supuesto que había sido yo la que había dibujado aquel prado de un agresivo color neón) y en esta tampoco me engañaba a mí.

¿Cómo iba a abrirse camino en la abogacía con una cara de póquer tan poco creíble?

—Puede que esta persona pase muy poco tiempo en casa y busque compañero por motivos de seguridad y no por el dinero —sugirió Sam—. O tal vez sea idiota y no sepa cuánto *podría* sacarle al piso.

Yo seguía sin fiarme. Llevaba peinando Craigslist y Facebook desde que, dos semanas atrás, mi casero me había pegado en la puerta una nota de desalojo por impago del alquiler. Cerca del Loop, el distrito financiero, no había nada así por menos de mil dólares al mes. En Lincoln Park, rondaban los mil quinientos.

Doscientos era un precio que no solo quedaba un poco por debajo de la media del mercado, es que no estaba ni en el mismo universo.

—El anuncio tampoco incluye fotos —señalé—. Esa es otra señal de alarma. Debería pasar y seguir buscando.

Porque sí, como no me fuese, mi casero me iba a llevar a juicio la semana siguiente; y sí, un piso tan barato me ayudaría un montón a saldar mis deudas y tal vez hasta a no acabar en esta misma situación de nuevo dentro de unos meses. Pero llevaba más de diez años viviendo en Chicago. Era imposible que una oferta *así* en Lincoln Park no tuviera trampa, y una enorme.

—Cassie... —La voz de Sam sonó tranquila, paciente y con un tonillo bastante paternalista. Me recordé que solo intentaba ayudar a su manera y me mordí la lengua—. El apartamento está en una zona estupenda. Te lo puedes permitir sin problemas. Lo bastante cerca del metro como para llegar al trabajo en nada. Y si los ventanales son tan grandes como dice el anuncio, tendrás un montón de luz natural.

Los ojos se me abrieron como platos. No se me había pasado por la cabeza lo de la luz al leer el anuncio. Pero si el piso tenía unos ventanales enormes mirando al lago, era probable que Sam no se equivocara.

—Tal vez podría volver a crear en casa —reflexioné. Hacía casi dos años que no vivía en un lugar con suficiente luz natural como para trabajar en mis proyectos. Lo echaba más de menos de lo que quería admitir.

Sam sonrió con alivio.

—Justo.

—Vale —accedí—. Estoy dispuesta a, como mínimo, pedir más información.

Sam alargó la mano y la apoyó en mi hombro. Su toque cálido y reconfortante me calmó, igual que hacía siempre que lo necesitaba desde que éramos niños. El nudo de ansiedad que se me había instalado, como quien dice, de forma permanente desde hacía dos semanas en la boca del estómago comenzó a aflojarse.

Por primera vez en siglos, sentí que podía respirar de nuevo.

—Primero habrá que ver el piso y al compañero, claro —añadió a toda prisa—. Hasta puedo ayudarte a negociar un alquiler mes a mes si quieres. Así, si resulta ser un desastre, podrás irte sin incumplir un nuevo contrato.

Lo que significaba que no tendría que preocuparme por que otro casero cabreado me llevara también a juicio. La verdad es que sería un acuerdo aceptable. Si esta persona resultaba ser el asesino del hacha o un libertario o algún otro espanto, un alquiler mes a mes me permitiría largarme en un momento y sin romper compromiso alguno.

—¿Me harías ese favor? —le pregunté. No por primera vez, me sentí mal por lo desagradable que había estado con él en los últimos tiempos.

—¿Para qué me sirve si no haberme sacado Derecho?

—Para empezar, para ganar una pasta gansa con tu empresa en vez de ayudar a imbéciles integrales como yo.

—Si de todas formas estoy ganando una pasta gansa con mi empresa —respondió con una sonrisa de oreja a oreja—, pero como no me dejas que te preste nada de dinero...

—Pues claro que no —reiteré. Era yo la que había optado por estudiar un grado de poca utilidad y además acabar endeudada hasta las cejas por el préstamo estudiantil y con pocas esperanzas laborales. No iba a cargarle a nadie el muerto.

Sam suspiró.

—Claro que no... Vale. Esto ya lo hemos hablado. Una y otra vez. —Negó con la cabeza y añadió con tono melancólico—: Ojalá pudieras mudarte con nosotros y ya, Cassie. O con Amelia. Eso lo resolvería todo.

Me mordí el labio y fingí estudiar a fondo el anuncio de Craigslist para no tener que mirar a mi amigo.

A decir verdad, en gran parte me aliviaba que Sam y su flamante marido, Scott, se acabaran de comprar un minúsculo apartamento con vistas al lago en el que apenas cabían la pareja y sus dos gatos. Aunque vivir con ellos me ahorraría el estrés y los líos que tenía en este momento, apenas hacía dos meses que se habían casado. Vivir con ellos no solo limitaría su capacidad de practicar sexo donde y cuando les apeteciera, como tengo entendido que suelen querer hacer los recién casados, sino que sería un incómodo recordatorio de todo el tiempo que llevaba yo sin salir con nadie.

Lo cual también serviría de recordatorio constante del tremendo fracaso que eran *todos* los demás aspectos de mi vida.

Y, por supuesto, vivir con Amelia estaba descartado. Sam no entendía que su estirada y perfecta hermana siempre me había mirado por encima del hombro y me consideraba una fracasada total. Pero el caso es que tenía razón.

La verdad, lo mejor para todos era que encontrase un lugar en el que vivir que no fuera el sofá nuevo de Sam y Scott ni el loft de Amelia en Lakeview.

—Estaré bien —dije, esforzándome por que sonara como si me lo creyese. El estómago se me encogió un poco al ver la expresión preocupada de Sam—. No, en serio. Estaré bien. Siempre estoy bien, ¿no?

Él sonrió y me revolvió el pelo, que llevaba demasiado corto: era su forma de chincharme. Normalmente no me importaba, pero un par de semanas antes me lo había cortado un montón en un arrebato porque estaba frustrada y necesitaba una válvula de escape que no precisara de conexión a internet. Otra de mis recientes decisiones no demasiado acertadas. Mi cabello rubio, rizado y denso tendía a salir disparado de formas insospechadas si no lo cortaba un profesional. En ese momento, mientras Sam seguía alborotándomelo, parecía un teleñeco que hubiera metido los dedos en un enchufe.

—Para —le advertí con una carcajada al tiempo que me apartaba de él, aunque lo cierto es que me había puesto de mejor humor, que era el motivo exacto por el que probablemente me lo había hecho.

Apoyó la mano en mi hombro.

—Si alguna vez cambias de idea respecto al préstamo... —arrastró la última palabra sin acabar la frase.

—Si cambio de idea respecto al préstamo, serás el primero en enterarte —respondí. Pero ambos sabíamos que no lo haría.

Esperé a que empezara mi turno de tarde en la biblioteca pública para ponerme en contacto con la persona que alquilaba la habitación por doscientos dólares.

De todos los trabajillos a media jornada no relacionados con el arte que había logrado ir encadenando desde que terminé el máster en Bellas Artes, este era mi favorito. No porque me encantase todo lo que implicaba, que no era el caso. Aunque era genial estar rodeada de libros, trabajaba exclusivamente en la sección infantil. O estaba sentada tras el mostrador de préstamos, u ordenaba libros sobre dinosaurios, dragones y gatos guerreros, o respondía preguntas de padres histéricos acompañados de sus hijos enrabietados y en edad preescolar.

Siempre me había llevado bien con los niños mayores. Y los humanos pequeñitos me gustaban como concepto abstracto; hasta entendía —al menos en teoría— por qué una persona querría incorporar uno a su vida por voluntad propia. Pero, aunque Sam y yo teníamos claro que sus mimados gatitos eran sus hijos, nadie de mi entorno tenía un hijo *humano* como tal. Tratar con niños pequeños veinte horas a la semana en un puesto de cara al público resultó ser una prueba de iniciación bastante dura.

Aun así, el de la biblioteca era mi trabajo a media jornada favorito, dado todo el tiempo libre que me ofrecía. Ni por asomo podría haber dicho lo mismo de los turnos en Gossamer's, la cafetería cerca del que pronto sería mi antiguo apartamento, y eso era lo *peor* de ese curro en concreto.

—Hoy llevamos una tarde tranquila —mencionó Marcie, mi superior, desde la silla de al lado.

Marcie era la agradable mujer de cincuenta y muchos que, a todos los efectos, dirigía la sección infantil. Lo de comentar las tardes tranquilas era una pequeña broma entre nosotras cuando coincidíamos en el turno después de comer, porque *todas* las tardes lo eran. Entre la una y las cuatro, la mayoría de nuestros usuarios estaban echándose la siesta o en el cole.

Eran las dos. En los últimos noventa minutos no había venido más que un niño. No solo era algo poco destacable, sino que entraba dentro de lo habitual.

—Pues sí, una tarde tranquila —coincidí son una sonrisilla antes de volverme al ordenador del mostrador principal.

Normalmente aprovechaba el tiempo libre en la biblioteca para buscar potenciales nuevos trabajos y enviar solicitudes. Y no era nada tiquismiquis: todo me venía bien —aunque no tuviera nada que ver con las artes— siempre y cuando prometiera un mejor salario y una jornada más amplia que la que tenía en mi actual apaño.

A veces aprovechaba esos momentos para pensar en futuros proyectos artísticos. El apartamentito en el que vivía no tenía buena luz, lo que dificultaba dibujar y pintar las imágenes que conformaban la base de mis obras. Y, aunque no podía acabar los proyectos en la biblioteca, ya que mis cuadros eran un follón y los últimos pasos suponían incorporar desperdicios, el mostrador principal era grande y estaba lo bastante iluminado como para, al menos, dibujar los bocetos preliminares a lápiz.

Hoy, sin embargo, necesitaba aprovechar el tiempo libre para responder a aquel anuncio chungo que había visto en Craigslist. Podría haber escrito antes, pero si todavía no lo había hecho era porque una pequeña parte de mí no se fiaba y porque otra muy grande se había deshecho del wifi hacía un par de semanas para ahorrar.

Abrí el anuncio en el ordenador. No había cambiado desde la última vez que lo había visto. El estilo extrañamente formal era el mismo. Su absurda mensualidad también, y aquello volvió a disparar tantas alarmas en mi mente como la primera vez que lo había leído.

Pero lo que tampoco había cambiado era mi situación económica. Encontrar trabajo en mi campo seguía siendo igual de difícil. Y pedirle ayuda a Sam —o a mis padres, contables los dos, quienes me querían demasiado para reconocerme lo mucho que los había decepcionado— era tan impensable como siempre.

Y mi casero seguía empeñado en desahuciarme la semana siguiente. Algo por lo que, la verdad, ni siquiera podía culparlo. Durante los últimos diez meses había aguantado un montón de retrasos en el pago del alquiler y de percances ocasionados por mis trabajos de soldadura artística. Si yo fuera él, probablemente también me desahuciaría.

Antes de poder convencerme de lo contrario y con la voz preocupada de Sam resonándome en los oídos, abrí el correo electrónico. Eché un vistazo al buzón de entrada —un anuncio de dos por uno en Shoe Pavilion, un titular del *Chicago Tribune* sobre una inexplicable serie de asaltos al banco de sangre local— y empecé a escribir.

De: Cassie Greenberg [csgreenberg@gmail.com]

Para: fjfitzwilliam@gmail.com

Asunto: Apartamento en alquiler

He visto en tu anuncio de Craigslist que buscas compañero de piso. A mí está a punto de vencerme el contrato y tu apartamento me cuadraría bastante. Soy profesora de arte, tengo treinta y dos años y llevo diez viviendo en Chicago. Ni fumo ni tengo mascotas. En el anuncio decías que de noche no sueles estar en casa. Yo casi nunca estoy durante el día, así que vivir juntos creo que podría ser un buen apaño para ambos.

Supongo que estás recibiendo un montón de solicitudes para el apartamento, dada la ubicación, el precio y tal. Aun así, en caso de que la habitación siguiera disponible, te paso un listado de referencias. Espero tener noticias tuyas pronto.

Cassie Greenberg

Una punzada de culpabilidad me atravesó por lo mucho que había maquillado algunos de los datos clave.

Para empezar, le había dicho a un completo desconocido que era profesora de arte. Y *técnicamente* lo era. Había ido a la universidad para estudiar eso mismo, y no es que no *quisiera* dedicarme a la docencia. Pero en tercero me enamoré perdidamente de las artes aplicadas y el diseño, y, en el último año, cursé una asignatura en la que estudiamos a Robert Rauschenberg y su método de combinar la pintura con la escultura. Y aquella fue mi perdición. Nada más graduarme, me lancé a estudiar un máster en Artes Aplicadas y Diseño.

Disfruté como una cría de cada segundo.

Hasta que, vaya, me gradué. Fue entonces cuando me tocó aprender por la vía rápida que mi visión artística y mis habilidades eran demasiado especializadas como para atraer a la mayoría de las escuelas públicas que contrataban a profesores de arte. Los departamentos de las universidades tenían la mente más abierta, pero conseguir algo más estable que un puesto temporal como adjunta era como ganar la lotería. A veces conseguía algo de dinero extra con las exposiciones, cuando alguien compartía mi visión de encontrarle cierta belleza irónica a integrar latas de Coca-Cola oxidadas en paisajes marinos y compraba una de mis piezas. Pero aquello no sucedía a menudo. Así que, sí, aunque técnicamente era profesora de arte, desde que me había sacado el máster la mayoría de mis ingresos procedía de trabajos de media jornada que estaban tan mal pagados como este.

Nada de eso me hacía sonar atractiva como posible inquilina. Tampoco el hecho de que mis «referencias» no provinieran de antiguos caseros —ninguno de los cuales tenía nada bueno que decir sobre mí—, sino de Sam, Scott y mi madre. Aunque fuese una decepción para mis padres, tampoco es que quisieran que su única hija se convirtiese en una sintecho.

Después de tirarme unos segundos preocupada por lo que había escrito, me dije que no pasaba nada por colar un par de mentirijillas. Cerré los ojos y pulsé Enviar. ¿Qué era lo peor que podía pasarme? ¿Que aquel absoluto

desconocido se enterase de que había exagerado un poco y me impidiera mudarme con él?

De todas formas, tampoco estaba segura de que me interesara el apartamento.

Tuve menos de diez minutos para preocuparme antes de que me llegara una respuesta.

De: Frederick J. Fitzwilliam [fjfitzwilliam@gmail.com]
Para: Cassie Greenberg [csgreenberg@gmail.com]
Asunto: Apartamento en alquiler

Estimada señorita Greenberg:

Gracias por el amable mensaje en el que expresa su interés por la habitación vacante. Como se menciona en el anuncio, el dormitorio está decorado con un estilo moderno, pero de buen gusto. Creo, y así me lo han señalado otras personas, que también es bastante espacioso en lo que a habitaciones desocupadas se refiere.

En cuanto a su pregunta no formulada: el cuarto sigue por entero disponible, si aún estuviera interesada en él.

Hágame saber a la mayor brevedad si desea ocuparlo y me encargaré de tener preparada la documentación necesaria para su firma.

Se despide deseándole buena salud,
Frederick J. Fitzwilliam

Me quedé mirando el nombre al final del mensaje.

¿Cómo que «Frederick J. Fitzwilliam»?

¿Qué clase de nombre era ese?

Volví a leerlo, tratando de entender lo que decía, mientras Marcie sacaba el móvil para echar su vistazo diario a Facebook.

Así que la persona que alquilaba el apartamento era un hombre. O, como mínimo, alguien con un nombre tradicionalmente masculino. Eso no me

preocupaba. Si me mudaba con él, no sería el primer tío con el que vivía desde que me independicé de casa mis padres.

Sin embargo, lo que me preocupaba era... todo lo demás. El mensaje estaba redactado de una manera tan extraña y formal que me pregunté qué edad tendría esta persona. Y luego estaba el hecho rarísimo de que asumiera que iba a mudarme sin haber visto la habitación.

Traté de no hacer caso de mis recelos y me recordé que lo que me importaba de verdad era que el apartamento estuviera en buen estado y que el tipo no fuese el asesino del hacha.

Necesitaba ver el piso y conocer en persona a Frederick J. Fitzwilliam antes de tomar una decisión.

De: Cassie Greenberg [csgreenberg@gmail.com]
Para: Frederick J. Fitzwilliam [fjfitzwilliam@gmail.com]
Asunto: Apartamento en alquiler

Hola, Frederick:

Me alegro un montonazo de que el cuarto siga disponible. La descripción suena fenomenal y me encantaría ir a verlo. Si te viene bien, estoy libre mañana al mediodía. De todas formas, ¿podrías enviarme un par de fotos? El anuncio de Craigslist no las incluye y me gustaría ver alguna antes de pasarme por allí.

¡Gracias!

Cassie

Una vez más, no tuve que esperar más que unos minutos para recibir una respuesta.

De: Frederick J. Fitzwilliam [fjfitzwilliam@gmail.com]
Para: Cassie Greenberg [csgreenberg@gmail.com]
Asunto: Apartamento en alquiler

Hola otra vez, señorita Greenberg:

Puede visitar el apartamento cuando usted guste. Tiene todo el sentido que desee verlo antes de tomar una decisión. Me

temo que mañana a mediodía me encontraré indispuesto.

¿Estaría usted disponible en algún momento tras el ocaso? Me siento mucho más en mi elemento durante la noche.

Tal y como me pidió, le he adjuntado fotografías de dos estancias que, con toda probabilidad, deseará usar con frecuencia si resuelve trasladarse al apartamento. La primera es del dormitorio tal y como se halla decorado en estos momentos. (Huelga decir que puede cambiar la decoración según sus gustos si decide vivir aquí). La segunda es de la cocina. (Creí haber incluido ambas fotografías en el anuncio de Craigslist. Presumo que de forma incorrecta).

Se despide deseándole buena salud,
Frederick J. Fitzwilliam

Tras leer por encima el mensaje de Frederick cliqué en las fotos que me había enviado y...

Guau.

Pero que guau.

Vale.

Aun sin saber de qué palo iba el tipo este, estaba clarísimo que no vivía en la misma esfera socioeconómica que yo. También era posible que no viviéramos en el mismo siglo.

La cocina no solo era diferente de la de cualquier otra casa en la que hubiera vivido.

Es que se diría que pertenecía a una época completamente distinta.

Nada en ella parecía fabricado en los últimos cincuenta años. El frigorífico tenía una forma extraña, como ovalado por la parte superior y mucho más pequeño que la mayoría de los que yo había visto. No era plateado, negro o beige —los únicos colores que yo habría asociado a los frigoríficos—, sino de un rarísimo tono azul pastel.

Perfectamente a juego con el horno que estaba al lado.

Recordaba vagamente haber visto electrodomésticos así en un viejo episodio coloreado de *Te quiero, Lucy* que había visto de pequeña. Sentí una

cierta desorientación al tratar de encajar que una cocina antigua como esa pudiera tener cabida en un apartamento moderno.

Así que decidí dejar de intentarlo y pasar a la fotografía del dormitorio. Era grande, tal y como decía el anuncio de Craigslist. De algún modo, parecía aún más anticuado que la cocina. El armario ropero era fabuloso, de una madera oscura que no logré identificar, con molduras talladas a lo largo de la cornisa y en los tiradores. Parecía la típica pieza que una podría encontrarse en un anticuario. Igual que la gran colcha de flores que cubría la cama, que con toda probabilidad había sido confeccionada a mano.

La propia cama era de las que tenían un dosel de encaje blanco echado por encima, lo digo en serio. El colchón era grueso y parecía lujoso y confortable.

Pensé en todo el mobiliario cutre y de segunda mano que tenía en el que pronto sería mi antiguo apartamento. Si me trasladaba a este, podría deshacerme de todo aquello en algún mercadillo.

Las fotografías y los mensajes dejaban entrever que, si bien era posible que Frederick fuese mucho mayor que yo, era poco probable que me robase mis pertenencias en cuanto me mudase.

Podría apañarme con un compañero de piso raro, de unos setenta años, siempre y cuando no tuviera intención de robarme o matarme.

Aunque, una vez más, tampoco es que una pueda saber esas cosas por el tono empleado en un correo electrónico.

De: Cassie Greenberg [csgreenberg@gmail.com]

Para: Frederick J. Fitzwilliam [fjfitzwilliam@gmail.com]

Asunto: Apartamento en alquiler

Frederick:

Vale, las fotos son alucinantes. ¡Tu piso mola muchísimo!

Desde luego que quiero verlo, pero mañana no podría pasarme por allí hasta las ocho. ¿Lo ves demasiado tarde? Ya me dirás, y gracias.

Cassie

La siguiente respuesta llegó en menos de un minuto.

De: Frederick J. Fitzwilliam [fjfitzwilliam@gmail.com]
Para: Cassie Greenberg [csgreenberg@gmail.com]
Asunto: Apartamento en alquiler

Estimada señorita Greenberg:

Las ocho de la tarde de mañana encaja a la perfección en mi calendario. Me aseguraré de ordenar un poco para que todo esté presentable cuando usted llegue.

Se despide deseándole buena salud,
Frederick J. Fitzwilliam

Esa noche, Sam llegó a mi apartamento con un montón de cajas de mudanza y dos cafés Venti de Starbucks.

—Acerca una silla —solté impasible, señalando con un gesto el lugar donde solía estar mi viejo sillón reclinable La-Z-Boy de segunda mano. Lo había vendido en Facebook por treinta dólares el día anterior, que era más o menos lo que me había costado.

Sam sonrió irónico y extendió con cuidado una caja plegada en el suelo para después sentarse sobre ella con las piernas cruzadas.

—Será un auténtico placer —respondió.

—Gracias por traérmelas —dije, apuntando hacia las cajas. Aunque no acabara trasladándome a la habitación que Frederick tenía completamente amueblada, lo único que tenía previsto llevarme de este lugar era mi ropa, mi material artístico y el ordenador portátil. Solo lo esencial, pero, aun así, necesitaba cajas para guardarlo.

—Anda, ya ves —respondió al tiempo que me tendía el café que le había pedido. Se había ofrecido a traerme lo que me apeteciera, pero me supo mal pedirle la cara bomba de azúcar arcoíris que *en realidad* me apetecía, por lo que me limité a encargarle un café solo.

—Estoy deseando volver a vivir en un sitio con wifi —pensé en voz alta antes de tomar un sorbo. El sabor amargo me hizo estremecer. ¿Cómo podía gustarle a alguien el café solo? Aunque eso mismo me preguntaba cada vez que trabajaba en Gossamer's—. Echo de menos ver *RuPaul: Reinas del drag*.

Sam me miró ofendido.

—¿Acaso no te he tenido al día de quién iba ganando?

—No es lo mismo —respondí con un gesto desdeñoso de la mano. Los realities eran mi placer culpable desde hacía mucho tiempo y los sucintos resúmenes de Sam se me quedaban cortos—. En fin, mañana te vienes, ¿verdad?

—Por supuesto. Al fin y al cabo, esto ha sido idea mía, ¿no?

—Y tanto.

—Si has quedado con él a las ocho, debería recogerte sobre menos cuarto. ¿Te parece?

—Sí. Para entonces habrá terminado mi turno en la biblioteca.

Los martes por la tarde ofrecíamos talleres especiales para los niños, por lo que estaría liada hasta las siete y media. Lo cierto es que me encantaban las noches de los martes en la biblioteca. Las actividades solían estar relacionadas con la plástica y las manualidades, por lo que podía fingir durante un ratito que la creatividad seguía siendo una parte importante de mi vida.

Me puse una nota mental para dejar fuera mi camiseta de *Barrio Sésamo* con el lema «¡Leer es de campeones!» cuando empezara a llenar las cajas. En la biblioteca nos pedían que los martes nos vistiéramos pensando en los niños.

—Genial —respondió Sam—. Si te recojo a esa hora, tendremos tiempo de sobra para llegar al apartamento. Aunque... —Dejó la frase inacabada y bajó la mirada a su café.

—¿Qué pasa? —Yo ya me conocía esa expresión preocupada.

Sam vaciló antes de contestar:

—Es... Seguro que no es nada, pero deberías saber que esta mañana lo he buscado en Google y no he conseguido dar con ningún Frederick J. Fitzwilliam.

Lo miré con incredulidad.

—¿Cómo?

—Ya. —Sam le dio un sorbo al café con mirada contemplativa—. Si el consultorio de derecho penal me ha enseñado algo es que jamás deberías irte a vivir con alguien sin buscarlo primero. Así que he ido a localizarlo en internet, pensando que, con un nombre como Frederick J. Fitzwilliam, daría con él en dos segundos, pero...

Sam negó con la cabeza.

Yo sentí apretarse un poco más el nudo de ansiedad que siempre tenía en la boca del estómago.

—¿Nada?

—Nada —confirmó—. Lo he buscado hasta en los expedientes penales del condado de Cook. No hay nada en ninguna parte sobre ningún Frederick J. Fitzwilliam. —Se detuvo un instante—. Es como si no existiera.

Me quedé atónita. En una época en la que se podía averiguar cualquier aspecto de cualquier persona echando un vistazo rápido en internet, ¿cómo era posible que Sam no hubiera encontrado *nada*?

—Tal vez sea un nombre falso que da a la gente que pregunta por el apartamento —sugirió Sam—. Craigslist puede dar miedo. Quizá quiera mantener el anonimato.

Aquello me hizo sentir un poco mejor. Porque tenía sentido. Me acordé de mis años de universidad y ojalá yo también le hubiera dado un nombre falso a alguien en Craigslist. Hacía diez años que me había graduado y la Sociedad Literaria del Younker College seguía sin dejarme tranquila.

—Sí —respondí—. Aunque, si quisiera mantener el anonimato, ¿por qué molestarse en incluir una dirección de correo electrónico en la publicación? Podría haber usado la cuenta anónima que Craigslist genera de manera automática cuando la gente sube un anuncio.

El silencio se extendió mientras los dos sopesábamos el sentido de todo aquello, solo interrumpidos por el sonido amortiguado del tráfico de la calle al otro lado de la ventana.

Al final me incliné hacia Sam y le dije:

—Si el tío este acaba siendo el próximo Jeffrey Dahmer, prométeme que vengarás mi muerte, ¿vale?

A Sam se le escapó una carcajada.

—Pensaba que querías que te acompañara. Como sea el próximo Dahmer, los dos estaremos jodidos. Y puede que muertos.

Eso no se me había ocurrido.

—Tienes razón. —Me quedé pensando un momento—. Quizá sea mejor que esperes en el coche. Te mando un mensaje en cuanto entre. Si no salgo en treinta minutos, llama a la policía.

—Vale —respondió Sam, sonriendo de nuevo. Solo que, esta vez, la sonrisa no le llegaba a los ojos. Nunca había sabido disimular su preocupación por mí—. Pensándolo mejor... Si Scott y yo nos deshiciéramos de parte de las cosas que nos regalaron por nuestra boda, seguro que podríamos hacerte un hueco hasta que encuentres algún sitio mejor para instalarte.

Me tragué el nudo que sentía en la garganta ante aquella nueva oferta.

—Gracias —le respondí, de corazón, y tuve que apartar la mirada antes de añadir—: Me... me lo pensaré.

DOS



Tareas pendientes de FJF: 15 de octubre

1. Quitar el polvo a los muebles del cuarto de estar.
2. Pasar el aspirador por la habitación de invitados.
3. Comprar comida para disimular y meterla en el frigorífico y la alacena antes de la visita de la señorita Cassie Greenberg.
4. Si la señorita Greenberg decidiera no alquilar la habitación, preguntar a Reginald cómo se incluyen fotografías en los anuncios para evitar futuras interacciones innecesarias con los solicitantes.
5. Renovar los libros de la biblioteca.
6. Escribir a madre.

El apartamento de Frederick estaba en una zona de Lincoln Park en la que rara vez ponía un pie. Se encontraba a un par de manzanas al este del lago, al final de una hilera de elegantes edificios adosados de arenisca roja que, a ojo, debían de valer varios millones cada uno.

Me negaba a pensar en ello. Bastante me intimidaba respirar el mismo aire que la gente que vivía allí. No hacía falta empeorar las cosas dándole vueltas a que jamás podría permitirme una casa como esas sin que me tocara la lotería o dedicara mi vida al crimen organizado.

—Voy a ver dónde aparco —dijo Sam mientras me bajaba de su coche. Volví la vista hacia él; de nuevo se lo veía preocupado—. Mándame un mensaje en cuanto entres, ¿vale?

—Vale —le prometí con un leve estremecimiento. Los dos nos habíamos calmado un poco una vez que entendimos que «Frederick J. Fitzwilliam» podía ser un simple alias para usarlo en Craigslist. Pero la situación como tal seguía siendo rara.

Me ceñí la bufanda un poco más al cuello. Octubre en Chicago siempre era más frío de lo estrictamente necesario. Además, el viento, tan cerca del lago, soplaba con fuerza. Me cortaba a través de la delgada camiseta que llevaba puesta como unas tijeras el papel.

Quizá debería haberme puesto el abrigo de invierno, aunque esa noche habría terminado salpicado de pintura en la actividad de la biblioteca.

En la *divertidísima* actividad de la biblioteca, para ser más precisos, que Marcie y yo habíamos preparado sin ningún tipo de ayuda. A decir por el enorme número de niños berreantes a los que hubo que sacar de la biblioteca a rastras una vez acabada, la noche de «Pinta a tu princesa Disney favorita» había sido un rotundo éxito. No pude evitar sonreír de oreja a oreja al recordarlo, a pesar de estar temblando por la poca ropa que llevaba para el tiempo que hacía y de saber que, entre la camiseta de *Barrio Sésamo* regalo de la biblioteca, los vaqueros desgastados más por viejos que por moda y mis Converse naranjas con un agujero en el dedo gordo, parecía que me hubiera vestido a oscuras dentro de un armario lleno de material escolar.

Me habría encantado que hubiera actividades artísticas cada noche en la biblioteca, aunque sabía que era imposible. Siempre acababan con la sección infantil hecha unos zorros, con manchas de pintura sobre todas las superficies y diversas sustancias misteriosas incrustadas en la moqueta. Los conserjes —además de Marcie y yo— luego nos pasábamos días restregando la zona.

Sin embargo, por algún motivo, nada de eso importaba. Era imposible permanecer de mal humor cuando, pincel en mano durante dos horas,

ayudaba a un niño sonriente a pintarle el pelo de rojo fuego a la sirenita Ariel y encima me pagaban por ello. Aunque ahora estuviera camino de conocer a un potencial compañero de piso nuevo que puede que fuera o no un asesino en serie.

Me alegré de que Sam fuera a quedarse esperándome, por si las moscas.

Eché un vistazo al móvil para confirmar la dirección y el código del portero automático que Frederick me había enviado por correo electrónico. Corrí al edificio y marqué el número a toda prisa para entrar, antes de subir a pie los tres tramos de escaleras que llevaban a la planta superior. Me froté las manos, disfrutando de la relativa calidez del rellano con calefacción después de haber pasado menos de dos minutos en contacto con lo que se suponía que era el otoño en Chicago.

Al llegar al último piso —y al apartamento de Frederick—, me recibió en la puerta un felpudo rosa chicle que decía «¡Bienvenido!» Mostraba un cachorro de golden retriever y un gatito acurrucados en un campo de hierba alta, y puede que fuese la cosa más cursi que jamás hubiera visto fuera de una tienda de manualidades.

Pegaba tan poco en ese elegante edificio de tropecientos millones de dólares que se me pasó por la cabeza si el frío no me habría afectado al cerebro y me estaría provocando alucinaciones.

Entonces, antes incluso de que me diera tiempo a llamar, se abrió la puerta del apartamento y al instante dejé de pensar en el felpudo hortera.

—Usted debe de ser la señorita Cassie Greenberg. —La voz del hombre era profunda y resonante. De alguna manera podía *sentirla* en la boca del estómago—. Soy el señor Frederick J. Fitzwilliam.

Así como estaba, parpadeando como una estúpida ante quien podía convertirse en mi compañero de piso, me di cuenta de que en realidad no me había planteado quién y qué pinta tendría la persona detrás del anuncio. Tampoco es que me hubiera importado. Necesitaba un sitio barato en el que quedarme y el apartamento de Frederick lo era, aun cuando las circunstancias que lo rodeaban fueran un tanto extrañas.

Había estado buena parte del día dándole vueltas a si había sido una buena idea contestar o si se trataría de un psicópata. Pero ¿qué aspecto tendría? Eso no se me había pasado por la cabeza.

Pero ahora que estaba ahí, a menos de un metro del hombre más atractivo que hubiera visto jamás...

El aspecto de Frederick J. Fitzwilliam era *lo único* en lo que podía pensar.

Parecía rondar los treinta y pico, aunque tenía un rostro alargado, pálido y algo anguloso que hacía difícil adivinar su edad. Y la voz no era lo único de otro universo. No, también tenía una mata de pelo oscuro e increíblemente denso que le caía con garbo por la frente, como si hubiera salido tal cual de un drama de época de esos en los que gente con acento inglés se besa bajo la lluvia. O como si fuera el héroe de la última novela romántico-histórica que había leído.

Cuando me dirigió una leve sonrisa expectante, se le formó un hoyuelo en la mejilla derecha.

—Soy... —acerté a decir. Porque me quedaba cordura suficiente para recordar que, cuando alguien se te presenta, las normas sociales dictan que tú le respondas algo—. Tú... hum.

A esas alturas ya estaba gritándome a mí misma que reaccionase. Yo no era de las que se quedaban pasmadas mirando a la gente o se ponían como una moto nada más conocer a alguien atractivo. O al menos así no. Ni siquiera estaba segura de que me interesara mudarme al piso, pero tampoco quería que el tío este me rechazara de plano por comportarme de forma bochornosa e inapropiada.

Importaba poco que Frederick J. Fitzwilliam tuviera esa complexión ancha y musculosa gracias a la cual su equipo de fútbol americano seguramente ganó cantidad de partidos cuando estaba en el instituto y que todavía acudiera al gimnasio con regularidad.

Importaba poquísimo que llevase un traje de tres piezas que le quedaba como un guante, con la chaqueta gris marengo y la camisa blanca almidonada ceñidas a esos hombros amplios, como si las hubieran

confeccionado a la medida exacta de su cuerpo; o que el pantalón de pinzas gris a juego le quedase igual de bien.

Nada de eso importaba, porque era alguien con una habitación que tal vez podría alquilar. Nada más.

Tenía que ser capaz de controlarme.

Traté de concentrarme en los aspectos más excéntricos de su conjunto — el corbatín de chorreras azul que le adornaba el cuello; los zapatos oxford con detalle de picados que llevaba—, pero no me sirvió de nada. Hasta con esos accesorios poco comunes seguía siendo el hombre más atractivo que había visto nunca.

Mientras seguía allí parada, gritándome a mí misma que dejase de contemplarlo embobada, pero sin poder dejar de hacerlo, Frederick se me quedó mirando con expresión confusa. No estaba segura de por qué. *Tenía que* ser consciente de lo bueno que estaba, ¿no? Debía estar acostumbrado a que los demás reaccionasen así. Era probable que tuviera que apartar a la gente con un palo cada vez que saliera de casa.

—¿Señorita Greenberg?

Frederick ladeó la cabeza, seguro que esperando a que construyera una frase completa. Como no lo hice, salió a la entrada, con toda probabilidad a echar un vistazo de cerca a la pirada que se le acababa de presentar en la puerta.

Pero sus ojos ya no estaban fijos en mí, sino en el suelo, clavados en aquella horterada que tenía a los pies.

Frunció el ceño ante el estúpido objeto como si lo hubiera ofendido en lo más hondo.

—Reginald... —masculló entre dientes. Se arrodilló y agarró el felpudo con ambas manos. Por supuesto que *no* me quedé mirando obnubilada la perfección de su culo cuando lo hizo—. Se cree muy gracioso, ¿verdad?

Antes de que pudiera preguntarle quién era Reginald o de qué estaba hablando, Frederick se volvió hacia mí. Debía de estar como un pasmarote, porque su expresión se suavizó al instante.

—¿Se encuentra usted bien, señorita Greenberg? —Su voz profunda estaba teñida de lo que sonaba a genuina preocupación.

Conseguí, aunque con dificultad, apartar la vista de su rostro impecable y clavar la mirada en mis zapatillas. Me estremecí por dentro al fijarme en las Converse raídas y llenas de salpicaduras. Estaba tan aturullada que me había olvidado de que me había presentado allí cubierta de pintura y con la peor ropa que tenía.

—Estoy bien —mentí. Me erguí un poco—. Solo... Sí, solo un poco cansada.

—Ah. —Frederick asintió comprensivo—. Entiendo. Bueno, señorita Greenberg..., ¿sigue interesada en visitar el apartamento esta noche para determinar si se adapta a sus necesidades? ¿O tal vez prefiera concertar una nueva cita, dado su actual estado de fatiga y su... —Me recorrió lentamente con la mirada, sin acabar la frase, tomando nota de cada parte de mi atuendo.

Me entraron calores de la vergüenza. Vale, sí, estaba claro que tendría que haber ido algo más arreglada. Pero tampoco había que ponerse así, ¿no?

Sin embargo, en cierto modo estaba agradecida. Puede que fuera el hombre más atractivo que había visto en la vida, pero que la gente se pusiera quisquillosa con las apariencias de los demás de verdad que me fastidiaba muchísimo. Su reacción ante mi ropa me ayudó a salir de mi ridículo estado de lujuriosa enajenación mental y regresar a la realidad.

Negué con la cabeza.

—No, no pasa nada. —Al fin y al cabo, seguía necesitando donde vivir—. Hagamos la visita. Estoy bien.

Pareció aliviado al oírlo, aunque tampoco entendí por qué, dado lo poco que hasta el momento había parecido gustarle.

—Muy bien, pues. —Me dirigió una leve sonrisa—. Entre, señorita Greenberg.

Ya había visto las fotos que me había enviado, así que creía estar preparada para lo que me esperaba en el interior, pero comprendí de inmediato que las imágenes no habían hecho justicia al apartamento.

Me esperaba que fuera elegante. Y lo era.

Lo que no me esperaba era que también fuese... peculiar.

El salón —al igual que las fotos de la cocina y de la habitación de invitados que Frederick me había enviado— parecía haberse detenido en el tiempo, pero no habría sabido expresar con palabras cómo ni en qué periodo específico. La mayoría de los muebles y objetos de las paredes parecían caros, pero formaban un batiburrillo de estilos y épocas que me dio dolor de cabeza.

Había docenas de brillantes apliques de latón que creaban esa iluminación tenue y ambiental que solo había llegado a ver en pelis antiguas y casas encantadas. Y no era solo que la estancia estuviera poco iluminada, es que era... oscura. Las paredes estaban pintadas de un tono chocolate oscuro que, por lo que recordaba vagamente de mis clases de Historia del Arte, había estado de moda en la época victoriana. A ambos extremos del salón se alzaban, cual silenciosos centinelas, un par de altas librerías de madera oscura que debían de pesar como mil kilos. Encima de cada una de ellas descansaba un recargado candelabro de latón y malaquita que no habría desentonado en una catedral europea del siglo XVI. No pegaban, ni por estilo ni de ningún otro modo imaginable, con los dos sofás de cuero negro ultramodernos que había colocados uno en frente del otro en mitad de la habitación ni con la austera mesita de cristal que había en el centro. Sobre ella se apilaban lo que parecían novelas románticas del periodo de Regencia, formando una torre en un extremo, lo que añadía aún más incongruencia a la escena.

Además del verde pálido de los candelabros, el único otro toque de color que se apreciaba en el salón lo daban la enorme y llamativa alfombra oriental de flores que cubría la mayor parte del suelo, los resplandecientes ojos rojos de una cabeza de lobo disecada sobre la chimenea, que provocaba escalofríos, y los cortinones de terciopelo granate colgados a ambos lados de los ventanales, que iban desde el suelo hasta el techo.

Me estremecí, y no solo por la gélida temperatura que hacía.

En un instante, aquel salón me confirmó algo que llevaba intuyendo desde hacía años: la gente de dinero suele tener un pésimo gusto.

—Vaya. Veo que te gustan las habitaciones oscuras, ¿eh? —pregunté.

Tal vez fuera lo más ridículamente obvio que podría haber dicho, pero también era lo menos ofensivo que se me ocurrió. Me quedé mirando la alfombra mientras esperaba una respuesta y trataba de descifrar si las flores que estaba pisando en ese momento eran peonías.

Se produjo una larga pausa.

—Me... gustan las estancias poco iluminadas, sí.

—Aunque seguro que entra un montón de luz durante el día. —Señalé los ventanales que se extendían por la pared este de la estancia—. Debes de tener unas vistas fabulosas del lago.

Frederick se encogió de hombros.

—Es probable.

—¿No lo sabes? —le pregunté sorprendida.

—Dada nuestra proximidad al lago y el tamaño de los ventanales, deduzco que uno podrá ver el lago bastante bien desde aquí si así lo desea. —Se puso a jugar con un anillo de oro enorme que llevaba en el meñique; tenía en el centro una piedra rojo sangre del tamaño de mi uña del dedo gordo del pie—. Sin embargo, prefiero dejar las cortinas corridas mientras el sol está fuera. —Antes de que pudiera preguntarle por qué desperdiciaba una vista así, añadió—: Si decide trasladarse al apartamento, podrá abrir las cortinas siempre que desee contemplar el lago.

Estaba a punto de decirle que eso era justo lo que haría si me quedaba con la habitación cuando me vibró el teléfono en el bolsillo delantero de los vaqueros.

—Hum —musité con torpeza al tiempo que lo sacaba—. Un momento.

Mierda. Era Sam.

Con la sorpresa de que Frederick estuviera tan bueno, se me había olvidado avisarle de que no me iba a asesinar.

¿Cassie? ¿Estás bien?

Estoy intentando no ponerme nervioso.

Por favor, mándame un mensaje ahora mismo
para que no empiece a preocuparme por si
te han descuartizado y estás metida en
bolsitas en un congelador.

Estoy bien

Se ha alargado la visita

Perdón

Todo bien

Entonces, ¿Frederick no es un asesino?

Si lo es, todavía no ha intentado

asesinarme

Pero no, no creo que sea un asesino

Lo que creo es que es un tío RARÍSIMO

Te aviso en cuanto salga

Le envié a Sam un emoji de un corazón rosa en señal de paz por si
estaba enfadado.

—Lo siento —me disculpé azorada mientras me guardaba el teléfono en
el bolsillo de los vaqueros—. Me ha traído un amigo y quería comprobar
que todo iba bien.

Al oírlo, Frederick esbozó una sonrisa de medio lado que me hizo
olvidar que era demasiado excéntrico y esnob como para resultarme
atractivo.

—Buena idea la de su amigo —afirmó, asintiendo con ademán
apreciativo—. Aún no nos habíamos presentado adecuadamente cuando
acordamos vernos. Y bien, señorita Greenberg: ¿le parece que empecemos
la visita?

Sin embargo, la conversación con Sam me había recordado que, aunque mi intención era echar un buen vistazo a aquel lugar, primero quería que me resolviera una duda.

—Bueno, antes de nada, ¿te puedo hacer una pregunta?

En respuesta, Frederick se quedó petrificado. Dio un pequeño paso atrás y se metió las manos hasta el fondo de los bolsillos del pantalón gris.

Transcurrió otro largo momento antes de que me contestara.

—Sí, señorita Greenberg. —Tensó la mandíbula y adoptó una postura súbitamente rígida. Parecía que se estuviera armando de valor para enfrentarse a una tarea desagradable—. Puede preguntarme lo que guste.

—Vale. —Cuadré los hombros—. Tal vez te parezca una chorrada, porque va a ser como tirar piedras sobre mi propio tejado. Pero es que la curiosidad me está matando, literal. ¿Por qué solo pides doscientos al mes?

Frederick dio otro pequeño paso atrás y parpadeó con lo que parecía verdadero desconcierto. No sé qué pregunta se estaría esperando, pero sin duda esa no.

—¿Dis... disculpe?

—Sé lo que debería costar el alquiler en un sitio como este —continué—. Tú no pides más que... una parte de ese precio.

Una pausa.

—Ah, ¿sí?

—Pues claro que sí —respondí, mirándolo fijamente, antes de señalar con gesto vago nuestros alrededores: los apliques de latón y las librerías, los amplios ventanales y la intrincada alfombra oriental bajo nuestros pies—. Este lugar es alucinante. ¿Y la ubicación? Una absoluta locura.

—Yo... soy consciente de sus atributos —reconoció Frederick con perplejidad.

—Vale, entonces, ¿dónde está el truco? El precio que pides hará que cualquiera que vea el anuncio piense que el apartamento tiene algo malo.

—¿Eso cree?

—No lo creo, lo sé. Estuve a punto de no venir justo por eso.

—Oh, no —gruñó—. ¿Qué precio habría sido más apropiado?

No me lo podía creer. ¿Acaso era posible que alguien tan rico como para vivir aquí pudiera tener tan poca idea del valor de su propiedad?

—Lo que quiero decir...

Mi voz se perdió mientras trataba de averiguar si se estaba quedando conmigo. La expresión sincera y algo asustada en sus ojos me confirmó que no. Lo cual no tenía ningún sentido. De todas formas, en el caso poco probable de que no supiera que doscientos dólares al mes era un precio ridículo por aquella habitación, no iba a ponerme yo a negociar en contra de mis intereses —más de lo que ya lo había hecho— dándole una cifra exacta.

—Desde luego, más de doscientos al mes —respondí, evadiendo su pregunta.

Se quedó mirándome un momento antes de cerrar los ojos.

—Voy a matar a Reginald.

Ese nombre otra vez.

—Perdona, pero ¿quién es Reginald?

Frederick negó levemente con la cabeza.

—Ehm, pues... Da igual. —Volvió a suspirar y se pellizcó el puente de la nariz—. Reginald no es más que... alguien a quien detesto. Me dio un pésimo consejo. Pero no hay necesidad de que se preocupe usted, señorita Greenberg, ni por eso ni por él.

—Ah. —No sabía ni qué contestar.

—En efecto. —Frederick carraspeó antes de añadir—: En cualquier caso, supongo que lo hecho hecho está. Si acepta alquilar la habitación de invitados, no veo el sentido a castigarla por mi error o su sinceridad subiéndole el precio. Será un placer mantener los doscientos dólares mensuales si se queda con el cuarto.

Entonces se encogió de hombros. Como si descubrir que podía sacarle a la habitación muchísimo más dinero del que pedía no fuera para tanto.

Yo no podía ni imaginarme lo que supondría perder tal cantidad.

Pero ¿cómo de rico era este tío?!

Y quizá más importante: si le daba lo mismo el dinero que pudiera sacarle a la habitación, ¿para qué leches buscaba un compañero de piso?

No tuve el valor de preguntarle nada de esto.

—Gracias —fue lo que dije—. De verdad que me vendrá muy bien que el alquiler se quede en doscientos dólares.

—Estupendo —respondió—. Ahora, dado que por lo visto hemos llegado a la fase de preguntas de nuestra visita, ¿le importa que le haga yo una a usted, señorita Greenberg?

Se me formó un nudo en el estómago. ¿Podía ser que mostrarme tan agradecida por el bajo precio del alquiler le hubiera hecho pensar que había exagerado mi situación laboral en el correo que le había enviado? ¿Había descubierto de alguna manera que estaba a punto de que me desahuciaran?

Si ese era el tipo de conversación que íbamos a mantener...

Bueno. Mejor acabar con ello cuanto antes.

—Pregunta, pregunta —lo animé con nerviosismo.

—Aunque espero de corazón que quien se traslade a mi hogar también sienta que es el suyo, hay dos cuartos que le estarán estrictamente vedados —comenzó diciendo con seriedad—. Si entrase a vivir al apartamento, necesitaría que me prometiera mantenerse alejada en toda circunstancia de tales espacios mientras dure nuestra convivencia. ¿Acepta esta condición?

—¿Qué cuartos?

Frederick levantó un largo dedo.

—Primero, nunca entrará en mi dormitorio.

—Por supuesto —me apresuré a contestar—. Es lógico.

—Dada la naturaleza de mi... *negociado*, paso la mayoría de las noches fuera del apartamento y debo dormir durante el día. —Se detuvo a esperar mi reacción—. En general, descanso entre las cinco de la mañana y las cinco de la tarde, aunque es probable que las horas exactas fluctúen durante los próximos meses. Mientras duermo, es imperativo que no se perturbe mi descanso.

De todo lo que acababa de decir, mi mente se quedó atascada en la parte de «dada la naturaleza de mi negociado». Mi comprensión de cómo se ganaban la vida los CEO y demás hombres de negocios forrados se limitaba

a lo que había visto en televisión; aun así, estaba bastante segura de que los turnos de noche no eran algo habitual entre los tiburones de las finanzas.

Así que tenía que ser algún tipo de médico. Ellos trabajan de noche, ¿no?

En cualquier caso, lo de mantenerme alejada de su habitación me parecía justo.

—Es tu habitación —respondí—. Lo entiendo.

Aquello pareció complacerlo. Una sonrisa se abrió paso en su rostro.

—Me alegra que esté de acuerdo.

—¿Cuál es el otro cuarto en el que no puedo entrar?

—Ah, bueno. —Apuntó hacia lo que parecía un armario trastero al final del pasillo—. Ese.

Fruncí el ceño.

—¿Qué hay en él?

—La respuesta a esa pregunta también está vedada.

Vale... *Eso* sí que me asustó un poco. Cabía la posibilidad de que, al final, Frederick sí que fuera un asesino.

—No serán... cadáveres, ¿verdad?

Frederick puso los ojos como platos.

—¿Cadáveres? —Se llevó la mano al pecho con una expresión de espanto que me recordó al gesto que haría una señora anciana de agarrarse el collar de perlas—. ¡Por los clavos de Cristo, señorita Greenberg! ¿Qué le hace pensar que podría guardar cadáveres en el trastero del pasillo?

Parecía estar tomándose la broma demasiado en serio.

—Vale, vale; nada de cadáveres. ¿Puedes decirme al menos si lo que tienes ahí dentro es peligroso?

—Digamos que simplemente tengo una afición que... me avergüenza un poco. —Se miró los pies como si sus lustrosos oxford de repente fueran lo más interesante del salón—. Puede que algún día haga partícipe del contenido de ese cuarto a la persona que viva conmigo. Pero, de hacerlo, será bajo mis condiciones, cuando y como me parezca apropiado. —Volvió a alzar la vista hacia mí—. Y no será hoy.

—Coleccionas tapetes de encaje, ¿a que sí? —No sé qué se apoderó de mí para gastarle semejante broma. Pero las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera pararlas—. Tienes cientos de tapetes guardados en ese trastero.

La comisura de la boca le tembló un poco, como si tuviera que esforzarse por reprimir una sonrisa.

—No —respondió—, no colecciono tapetes de encaje.

No dijo nada más y, por una vez, yo tuve el buen juicio de no seguir con el tema. Me encogí de hombros y contesté:

—Me parece bien. Son tus cosas y tu apartamento, así que las reglas las pones tú.

—Si entra a vivir en él, espero que también lo considere su hogar. —Dio un paso hacia mí al tiempo que sus ojos castaño oscuro buscaban algo en los míos. Tenía las pestañas tan largas y tersas, y la mirada tan penetrante, que noté cómo las rodillas me flaqueaban. De verdad que no era normal lo bueno que estaba—. Más allá de esas dos limitaciones, podrá disponer por completo y sin restricciones del apartamento.

Tragué saliva, tratando de calmar mi respiración.

—Creo... que podré soportarlo.

—Maravilloso. —Esta vez permitió que la sonrisa se extendiera por toda su cara—. Y ahora que esto ha quedado claro, ¿comenzamos la visita?

TRES



Mensajes de texto entre el señor Frederick J.
Fitzwilliam y el señor Reginald R. Cleaves

Buenas tardes, Reginald.

Ey Freddie tío qué pasa

«Pasan» varias cosas.

Primero, quería informarte de que he
hecho trizas y tirado a la basura ese
horrendo felpudo que encontré ayer
delante de mi puerta.

Entiendo que eres tú quien lo puso ahí,
¿no?

Ayyyyyy, no te ha gustado?

Por supuesto que no me ha gustado,
botarate.

Me tiré un ratazo buscándote
un regalo que te gustase

Dudo mucho que fuese así.

Pero da igual.

El principal motivo por el que ahora te escribo por medio de esta exasperante pantallita del teléfono móvil es informarte de que alguien ha respondido al anuncio de Craigslist que me publicaste.

Entrará a vivir este fin de semana.

Ey genial

Solo hay un problema.

La persona que vivirá conmigo no es en absoluto como esperaba.

Y eso?

En primer lugar, es una mujer. De lo que, por supuesto, me percaté en cuanto respondió al anuncio y vi su nombre.

No tengo nada en contra de las mujeres, como bien sabes. También he llegado a la conclusión, tras repasar los periódicos y revistas que me trajiste, de que en la actualidad no es extraño que vivan juntos hombres y mujeres sin estar casados.

Así pues, aunque me resulta algo
desconcertante, no me preocupa demasiado
que sea una mujer.

Lo que sí me preocupa es que esta mujer
puede que no sea del todo normal.

Y TÚ lo eres?

Ahí tienes razón.

Y tanto

Lo único que me preocupa es que esto no
funcione porque mi nueva compañera de
piso es una persona que considera
apropiado presentarse a una cita sin
peinar y con la ropa andrajosa y
salpicada de pintura.

Yo a eso no le veo problema

Además, sonrío muchísimo, cosa que, de
alguna manera...

No sé.

Me distrae.

Conque te distrae, eh?

Te distrae como... la mujer esa que
conocimos aquella noche en París? Así?

Qué valor tienes de sacar a colación
justo ese tema.

Jajaja lo siento

Olvidalo

De todas formas dudo que vaya
a haber problemas

Nadie más ha respondido
al anuncio verdad?

En efecto.

Y es culpa tuya.

Por lo del alquiler?

Sí. Por lo del alquiler.

Vale sí

Escribí mal la cifra al rellenar
el formulario

Lo siento. Ahí la pifié

No estoy tan seguro de que lo sientas de
verdad.

En cualquier caso, tampoco es algo que
podamos seguir postergando. Necesito que

alguien se venga a vivir conmigo, y a la mayor brevedad.

Cuanto más tiempo pasa, más me doy cuenta de lo fuera de mi elemento que me hallo.

Necesito ayuda. Urgente.

Supongo que ella me valdrá.

Aunque sea rara.

Bueno plantéatelo así. Si TAN rara es, no
te sentirás tentado a comértela O a
tirártela no?

¿Por qué sigo hablándome contigo?

A ver, me he asegurado de que te estés
bien alimentado, no?

Y me encargo de que no te retrases con
las facturas y las cuotas de la
asociación de propietarios

También te conseguí un teléfono móvil

Dadas las circunstancias, todo eso me lo
debías, COMO MÍNIMO.

Sabes? Pensándolo mejor puede que SÍ que
te viniera bien tirarte a tu nueva
compañera de piso

Bien sabe Dios que va siendo hora

Voy a bloquear tu número en cuanto
averigüe cómo se hace.

Frederick no estaba en casa para recibirme cuando me trasladé. Tampoco es que lo esperase, claro. Nos habíamos enviado algunos mensajes después de que le confirmara que me quedaba con la habitación y me había explicado que tenía horario nocturno los siete días de la semana. Cuando llegase, estaría durmiendo en su habitación y no debía molestarlo.

Así que no me sorprendió atravesar la puerta de entrada con la maleta y encontrarme sola en mi nuevo salón, con su extraña oscuridad y su extraña decoración. Además, hacía un frío que pelaba, igual que la primera vez que fui a ver el piso.

Me froté los brazos tratando de entrar en calor.

Se suponía que Sam iba a ayudarme con la mudanza, pero tampoco estaba allí. Sospechaba que la urgencia que le había surgido a última hora, por la que había tenido que viajar a Skokie para visitar a una tía abuela anciana de la que jamás había oído hablar, era su forma pasivo-agresiva de decirme que consideraba un error mi traslado.

Para mi gran cabreo, su opinión sobre lo de «mudarme a un apartamento de doscientos dólares» cambió completamente en cuanto le conté que Frederick estaba bueno.

«Vivir con alguien a quien consideras atractivo nunca acaba bien —me había advertido la noche antes—. O terminas acostándote con esa persona, lo que nueve de cada diez veces es un error colosal, o te vuelves tarumba porque *quieres* acostarte con ella».

Sam y Scott habían venido la víspera para ayudarme a recoger. No había mucho que hacer, puesto que ya había llevado la mayoría de los bultos grandes a la tienda de segunda mano. Sin embargo, me daba un poco de pena despedirme de otro apartamento, por lo que agradecía la compañía.

A pesar de que Sam había aprovechado la oportunidad más que nada para tratar de convencerme de no irme a vivir con Frederick.

—Así que, si está bueno, o te acuestas con él o quieres acostarte con él, ¿no? —Lo fulminé con la mirada—. ¿Lo dices por experiencia?

—No —se había apresurado a responder Sam, mirando por encima del hombro por si su marido nos estaba escuchando. Yo lo tenía bastante claro: Scott no dejaba de sonreír para sí y negar con la cabeza mientras fingía comprobar sus correos del trabajo en la mesa de la cocina, pero su cara de póquer era mucho mejor que la de Sam—. Yo solo te digo lo que he oído por ahí.

Yo había resoplado con desdén.

—Qué más da si Frederick está bueno o no. Nuestros horarios son totalmente incompatibles. Casi no voy ni a verlo.

—¿Y qué pasa si varían sus horas de trabajo? —había insistido Sam—. ¿Y si de repente ya no se dedica a algo misterioso que hace que pase toda la noche fuera? ¿Y si el mes que viene empieza a trabajar desde casa?

—Sam...

—Es que no quiero que vuelvan a hacerte daño, Cassie. —Su voz se volvió un poco más grave y sus ojos se tiñeron de ternura. Me sonrojé: estaba pensando en la larga cadena serie de decisiones estúpidas que había tomado en mis relaciones románticas—. No será nada fácil urdir un plan para despenarlo desde lo alto de un edificio por haberte roto el corazón y dejarte sin blanca si está justo ahí, durmiendo en la habitación de al lado.

—Eso solo pasó una vez —repliqué—. La mayoría de mis otras malas decisiones al menos tuvieron la decencia de dejar en paz mi cuenta corriente. Frederick es tan raro que *nunca* me darán ganas de acostarme con él aunque sea el ser humano más atractivo que haya visto en persona.

Sam seguía sin creérselo del todo.

—Mira, cuando te digo que es raro, es que es raro, pero de verdad. Estoy casi segura de que colecciona figuritas cursis de porcelana o algo por el estilo. Tiene un cuarto que me está vedado y se niega a contarme qué hay en él.

A Scott, que para entonces estaba escuchando sin disimular, se le escapó una risa.

—Ya, como eso no fuera suficiente para que te saltasen las alarmas...

—Cuando visité el piso, no vi señales claras de que fuera un asesino en serie —insistí—. Y, como tú mismo dijiste cuando me animaste a escribirle, me he quedado sin opciones.

Esa noche, cuando Sam y Scott se marcharon, casi me alegré de que lo hicieran. Pero ahora echaba a Sam en falta. Ahora que me estaba trasladando y me encontraba prácticamente sola en un apartamento desconocido, se me hacía... extraño. Frederick quería que me sintiera como en casa, pero ¿cómo? La sensación siniestra que transmitían aquellas paredes demasiado oscuras y la mezcla de elementos decorativos se veía agudizada por lo fría, inmaculada y desprovista de cualquier efecto personal que estaba la estancia.

La idea de poder trabajar por fin en mi arte y ver telebasura en mi nuevo salón ahora me parecía ridícula. ¿Cómo iba a mancillar ese espacio impoluto con *RuPaul* o los tesoros que encontraba en los centros de reciclaje que había en Chicago? El apartamento se parecía tanto a una cueva que no pude evitar preguntarme si al gritar se produciría eco. Abrí la boca para comprobarlo antes de recordar que, con toda probabilidad, Frederick estaría durmiendo en su cuarto. Seguro que despertarlo pegando un grito sin motivo no era la mejor forma de inaugurar nuestra convivencia.

Arrastré la maleta por el pasillo hacia los dormitorios, con especial cuidado de evitar la puerta del trastero que Frederick me había prohibido abrir. Al pasar por delante de ella, me pareció percibir un leve olor afrutado, pero puede que fuera cosa de mi imaginación. En cualquier caso, ceder a la curiosidad para echar un vistazo al interior tampoco era una buena forma de inaugurar nuestra convivencia, dado que una de las únicas reglas que había establecido era que no accediera a él.

La puerta del dormitorio de Frederick estaba cerrada, por supuesto, pero pegado en la mía había un sobre con las palabras «Señorita Cassie Greenberg» escritas con una elegante letra cursiva.

Lo despegué de la puerta y vi que estaba sellado con un lacre rojo sangre que tenía grabadas las letras FJF. Nunca había visto un lacre en la vida real, solo en las películas. Ni siquiera sabía que todavía existieran.

Deslicé el dedo por debajo para romperlo y abrí el sobre con cuidado. En el interior había una única hoja de papel de carta, blanca y rígida, plegada a la perfección en tres partes y en cuyo encabezado aparecía el mismo monograma estilizado con las letras FJF.

Estimada señorita Greenberg:

Bienvenida.

Siento no estar disponible para recibirla en persona. Si ha llegado a las dos de la tarde, tal y como indicó que haría en el último mensaje de correo electrónico que me envió, me encuentro en mi habitación, durmiendo. Le ruego que recuerde que no debe importunar mi descanso.

Le he dejado instrucciones referentes a varios aspectos del apartamento en los lugares donde considero que le resultarán de mayor utilidad. Creo que he pensado en todo, pero si he olvidado algo importante, no dude en ponerme sobre aviso y haré todo lo que esté en mi mano por resolver el problema.

Como ya comentamos, sospecho que interactuaremos en raras ocasiones. Cuando desee transmitirle información y no esté en el apartamento, le dejaré una nota en la mesa de la cocina. Le ruego que se comunique conmigo por la misma vía. Prefiero con mucho las formas de comunicación «a la vieja usanza» antes que el correo electrónico y los mensajes de texto. Estos últimos los evito en la medida de lo posible.

Espero poder saludarla apropiadamente dentro de unas horas, si sigue en el apartamento cuando me levante, al ponerse el sol.

Se despide deseándole buena salud,

Frederick J. Fitzwilliam

La letra de Frederick debía de ser la más bonita que jamás hubiera visto; su caligrafía se deslizaba con elegancia por la página, como esa que aparece en las invitaciones clásicas de boda. La última vez que recibí una carta manuscrita fue en sexto, cuando mi clase hizo un intercambio por correspondencia con un grupo de franceses del mismo curso. Por algún motivo, no me sorprendió que mi nuevo compañero de piso escribiera

cartas con frecuencia suficiente como para disponer de papel con su monograma.

Con una pequeña sonrisa, entré en mi nuevo dormitorio.

Sobre el colchón había un segundo sobre junto a un cuenco de madera tallada y repleto de unos objetos en forma de aceituna de color naranja fuerte. ¿Serían frutas? Desprendían un penetrante olor a cítrico, pero no se parecían a ningún alimento que hubiera visto antes.

Desconcertada, abrí lentamente el segundo sobre —que también estaba lacrado con un sello antiguo— y extraje la elegante hoja de papel, doblada con pulcritud.

Estimada señorita Greenberg:

Me han dicho que es costumbre obsequiar con regalos de bienvenida a quienes se mudan a un nuevo hogar. Ni siquiera sé si le gusta la fruta, pero tenía estos kumquats a mano y he pensado que podría regalárselos.

Espero los disfrute.

Atentamente,

Frederick

Dejé la carta sobre la cama, asombrada.

Me había hecho un regalo de bienvenida.

Desde que terminé el instituto, había vivido en más de una docena de casas. Hasta ahora, lo más parecido que había recibido a un regalo de bienvenida era tener acceso a la cuenta de Hulu del exnovio de una compañera de piso.

Volví a mirar el frutero, cogí una de las pequeñas frutas anaranjadas y la olfateé. De cerca, el aroma cítrico era potente e inconfundible.

Nunca había visto una fruta así y ni siquiera sabía lo que era un kumquat, aunque me gustaban los cítricos. Por algún motivo me dio la sensación de que, además, serían orgánicos.

Agarré el teléfono para contárselo a Sam. No iba a creerse que mi nuevo y extraño compañero de piso me hubiera dejado un cuenco de fruta exótica como regalo de bienvenida. Pero luego me lo pensé mejor. Si Sam ya estaba

preocupado por que me fuera a vivir con un compañero de piso atractivo, sería aún peor si se enteraba de que dicho compañero atractivo me había comprado un regalo, por muy inesperado y frutal que fuera.

No. Aunque siempre le contaba todo a Sam, este detalle tenía que guardármelo.

Mordí con curiosidad la pequeña fruta que tenía en la mano. La luz del sol me explotó en el paladar.

«Delicioso», pensé al tiempo que me metía el resto en la boca.

Pasaban ya las cinco cuando terminé de trasladar todas mis pertenencias del apartamento anterior. Todo lo que poseía —el material artístico, la ropa, la guitarra arcoíris medio rota que llevaba arrastrando conmigo mudanza tras mudanza desde la universidad, aunque apenas sabía tocarla— cabía de sobra en el armario ropero de mi nuevo dormitorio.

Cuando cerré la puerta, ni siquiera podría decirse que alguien acababa de mudarse.

Me apoyé en la pared y paseé la mirada por la habitación. Aún no podía creermelo que todo ese espacio fuera mío. Era surrealista: la cama con dosel que ocupaba un tercio del cuarto, el conjunto antiguo de cómoda y escritorio, las paredes casi desnudas.

Recordé que Frederick me había dicho que podía redecorarlo. Normalmente me gustaba cubrir las paredes con mis obras, pero era difícil imaginar la mayoría de mis piezas en un lugar así. Sobre todo mi proyecto más reciente, que había titulado *El eterno resplandor del capitalismo tardío*, formado principalmente por un carburador oxidado y confeti de colores.

Pero la decoración del dormitorio daba pena. Sí, los muebles eran antiguos y lujosos, pero tenía el mismo batiburrillo de estilos y épocas que el salón. Lo único que adornaba las paredes era un óleo enmarcado que representaba una cacería del zorro. Era enorme, colgaba por encima del cabecero de la cama y debía de ser la cosa más fea que jamás hubiera visto.

Salía una docena de hombres que llevarían ya muertos bastantes años montando a caballo por un campo, y vestidos con peluca y casaca roja. Unos beagles les seguían el paso.

Había estudiado en Londres durante mi tercer año de la carrera y recordaba que ese estilo de pintura había sido muy popular en las posadas inglesas durante los siglos XVI y XVII. En principio pegaba mucho más con la decoración del dormitorio que mis propios proyectos. Pero también era horroroso. No me veía capaz de dormir sabiendo el destino que les esperaba a esos pobres zorros de antaño.

Tras considerarlo unos momentos, decidí que el paisaje en el que había estado trabajando el verano pasado, después de mi excursión a Saugatuck, en la costa este del lago Michigan, quedaría estupendo en su lugar.

A pesar de que los paisajes no eran lo mío, creía haber hecho un trabajo decente con aquella serie. Durante ese viaje me dio por utilizar acuarelas, y se me ocurrió que los tonos cálidos y arenosos que había utilizado encajarían en el esquema cromático de la habitación. Igual que las conchas y los pedazos de basura de la playa que había pegado en el lienzo una vez que la pintura se secó.

Por si acaso, antes de coger alguna de mis obras del trastero de Sam, decidí escribirle a Frederick una nota.

Hola, Frederick:

¡Ya estoy instalada! Si te parece bien, mañana voy a colgar algunas de mis obras en el dormitorio. Las paredes están un poco vacías y me dijiste que podía cambiar la decoración. Tengo un montón de piezas de las que estoy muy orgullosa y que me gustaría exponer aquí, pero es TU apartamento, así que, antes de traerme nada de casa de Sam, quería asegurarme de que no te importaba. Sobre todo porque mi arte es bastante distinto del estilo con el que está decorado el resto del piso.

Por cierto, ¡gracias por la fruta! Nunca había probado los kumquats. Estaban riquísimos.

Cassie

Mi letra ni por asomo era tan bonita como la de Frederick, y tampoco tenía un sobre en el que meter el papel. Pero qué se le iba a hacer. Dejé la nota en el centro de la mesa de la cocina, pensando que la vería allí si, para cuando tuviera que irme a trabajar a Gossamer's, aún no se había despertado.

Estaba agotada de la mudanza y me arrepentí de haber aceptado el turno de aquella noche en la cafetería. Lo único que quería era relajarme en mi nuevo dormitorio y escuchar música. Pero necesitaba el dinero y no estaba en posición de rechazar turnos por muy cansada que estuviera.

Aún me quedaba una hora para irme a trabajar. Tiempo de sobra para comer algo. Había tomado la precaución de guardar algunos alimentos no perecederos para el traslado, de lo que ahora me alegraba. La mudanza me había tenido tan ocupada que se me había olvidado almorzar, cosa que no solía sucederme. La fruta estaba buena, pero no era comida como tal.

Y ahora me moría de hambre.

Al entrar en la cocina, me di cuenta por primera vez de lo limpiísima que estaba. Era algo que no capturaba del todo la foto que Frederick me había enviado. El suelo de baldosas blancas no tenía ni una mota de polvo, igual que la cocina económica de estilo antiguo o las encimeras rosa pálido.

Había imaginado que Frederick tendría quien le limpiara, pero esto iba más allá.

Esta cocina parecía no haberse utilizado nunca.

¿Mi cena sería la primera comida que se preparaba en ella? Imposible. Y, sin embargo, de alguna manera no podía quitarme la sensación de que era cierto. En tal caso, era bastante patético que fuera a estrenarse con mis espaguetis con un poco de sal para añadirles sabor.

Me arrodillé y abrí uno de los armarios al azar en busca de una cazuela. Estaba completamente vacío salvo por las baldas desnudas, el forro dispuesto sobre ellas y una capa de polvo.

Fruncí el ceño y abrí el siguiente armario. Este estaba lleno de una extrañísima variedad de alimentos que no me comería a menos que estuviera al borde de la inanición —tarros de cebolletas para cóctel y *gefilte*

fish, cajas de pasta seca precocinada y latas de espárragos—, pero ni rastro de algo con qué cocinarlos.

—Hum —murmuré. ¿Dónde tenía Frederick los cacharros? ¿Es que pedía comida a domicilio todos los días?

—Señorita Greenberg.

Al oír su voz, di un respingo y me golpeé la coronilla con la base de un cajón abierto.

—Joder —musité mientras me frotaba la cabeza. Ya me dolía y estaba segura de que por la mañana tendría un buen chichón.

Al levantarme..., ahí estaba. Mi nuevo compañero de piso, de pie delante de mí. Se diría que acababa de salir de una sesión de fotos para una revista, con el pelo cuidadosamente alborotado cayéndole con delicadeza sobre la frente. Estaba mucho más cerca de mí que cuando me había enseñado el apartamento y pareció darse cuenta de ello, ya que abrió los ojos de par en par y las ventanas de la nariz se le ensancharon como si me olfateara. Iba vestido de manera aún más formal que la noche en que lo conocí, con un pañuelo Ascot de seda roja y un sombrero de copa negro con el traje de tres piezas gris marengo que le quedaba como si los dioses se lo hubieran confeccionado a medida.

Era un conjunto extraño, desde luego, pero —madre del amor hermoso —, le quedaba de vicio. La boca se me hizo agua por motivos que no tenían nada que ver con el hambre.

Si se percató de lo anonadada que me había dejado su aspecto, no dio muestras de ello. Simplemente frunció el ceño con preocupación y se acercó un paso más. Olía a suavizante, a los cítricos que había dejado en mi dormitorio y a algo profundo y misterioso que no supe identificar.

—¿Se encuentra bien, señorita Greenberg?

—Sí —asentí, nerviosa y abochornada. Me froté el punto en el que me había golpeado con el cajón; el chichón ya se me estaba formando—. Pero ¿dónde están los cacharros?

—¿Cacharros? —Se me quedó mirando, desconcertado. Como si le hubiese hablado en un idioma que no entendía. Acabó por negar con la

cabeza—. Lo siento, pero... no la sigo.

Entonces fui yo quien lo miró confundida. ¿Qué parte de mi pregunta era tan difícil de entender?

—Iba a prepararme unos espaguetis antes de irme a trabajar —le expliqué—. Hoy no he tenido tiempo de comer y me muero de hambre. En Gossamer's tienen sándwiches y cosas así, pero la comida es bastante asquerosilla y supercara, y a los empleados solo nos hacen un cincuenta por ciento de descuento. Lo cual, si te digo la verdad, me parece básicamente robarme el salario. Ya había comprado estos espaguetis, así que...

Frederick puso los ojos como platos y se dio una palmada en la frente.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Lo que quiere es *cocinar* algo!

Lo dijo como si hubiera descubierto una verdad fundamental. Me quedé mirándolo, tratando de comprender su extraña reacción.

—Sí, quiero hacerme la cena. Así que ¿dónde están los cacharros?

Se frotó la nuca.

—Están... hum. —Se detuvo y me miró fijamente antes de bajar la vista al suelo de la cocina, tan blanco que daba cosa. Entonces se le iluminaron los ojos y volvió a mirarme—. ¡Oh! He mandado mis cacharros *a reparar*.

¿Eso era algo que se podía hacer?

—¿Que los has mandado a reparar? ¿En serio?

Puede que tuvieran alguna función específica que precisara de mantenimiento periódico. A decir verdad, tampoco es que yo cocinara mucho y no estaba muy al día de lo último en menaje.

—Sí. —Frederick me sonrió de oreja a oreja, encantadísimo consigo mismo. Qué barbaridad, aquella sonrisa radiante era capaz de iluminar enterito su precioso rostro—. Tengo los cacharros en el taller. Los están reparando.

—¿Todos?

—Oh, sí —respondió, asintiendo con energía—. Todos.

—Ah... —Me quedé callada y, confundida, recorrí la cocina con la mirada—. ¿Y con qué vas a cocinar hasta que te los traigan?

—Yo... no suelo cocinar —admitió en voz baja.

—Ah. —Tendría que haberme dado de tortas por haberme dejado mis cutrecacharos en la tienda de segunda mano. Puede que alguien como Frederick pudiese contemplar la opción de hacer las tres comidas fuera de casa, pero yo no—. Entonces voy a tener que pasarme por Target después de trabajar y pillar un par de cosas.

—No, señorita Greenberg —contestó Frederick—. Le dije que el apartamento estaría completamente amueblado. Entiendo que esperaba que la cocina contase con todo lo necesario para preparar sus comidas.

—A ver..., sí. Más o menos.

—En tal caso, adquiriré algunos utensilios cuando salga esta tarde. —Me sonrió con algo de timidez—. Por favor, discúlpeme por este descuido. No volverá a suceder.

Abrí la boca para darle las gracias. Pero, antes de poder articular las palabras, Frederick se apartó como por resorte y salió del apartamento cual alma que lleva el diablo, por lo visto a comprar algo con lo que hacerme la comida.

CUATRO



Mensajes de texto entre el señor Frederick J.
Fitzwilliam y el señor Reginald R. Cleaves

¿Podría pedirte un favor, Reginald?

Pensaba que ya no me ibas
a hablar más

Muy pronto te librarás de mí para
siempre.

Pero necesito ayuda una última vez, y con
bastante urgencia.

Qué pasa

¿Dónde se compran utensilios de cocina en
el siglo XXI?

¿Y puedes decirme cómo llegar a ese
lugar?

MIERDA

Se nos olvidó comprar cacharros verdad?

También necesito tomar prestada una última vez tu tarjetita esa de plástico para el dinero.

Sospechaba que, en principio, los propietarios de Gossamer's habían querido abrir una cafetería hípster con rollito artístico, de esas donde los fines de semana tocan grupos indie y que tienen obras de artistas locales en las paredes. Se encontraba en un edificio antiguo que las guías turísticas de Chicago habrían descrito como «arquitectónicamente significativo», con bellas vidrieras de colores hacia la calle y contornos limpios inspirados en Frank Lloyd Wright. El mobiliario era de tienda de segunda mano y modernillo, y todas las bebidas tenían nombres que empezaban por «Somos» y acababan con un adjetivo inspirador.

Ninguna de las personas que trabajábamos allí entendíamos por qué una cafetería que atendía sobre todo a tiburones de las finanzas se molestaba en ponerles nombres hípster a una oferta de bebidas de lo más genérica. Porque, a pesar de lo que imaginaba que habría sido el plan inicial de los propietarios, la clientela de Gossamer's era mucho más de traje y corbata que alternativa. Su ubicación —justo al lado de una parada de la línea marrón del metro, que recorre el área metropolitana— hacía que la mayoría de los clientes fueran trabajadores que iban o volvían de su puesto en el Loop, con algún que otro estudiante universitario que aparecía por ahí para aportar algo de variedad.

Por descontado, habría preferido una cafetería hípster de las de verdad. Pero al fin y al cabo tenía trabajo. Y este no estaba demasiado mal pagado.

Aunque la comida fuera un asco y las bebidas tuvieran nombres absurdos.

Cuando entré a mi turno de noche, las opciones para cenar se habían reducido muchísimo. Normalmente, a las seis la mayor parte de la comida precocinada de Gossamer's ya hace mucho que se ha vendido. Así que los

únicos sándwiches que quedaban eran uno triste y blandurrio de mantequilla de cacahuete y mermelada, y otro de hummus con pimienta roja en pan blanco. Quienquiera que suministrase la comida preparada a Gossamer's necesitaba aprender con urgencia a hacerse amigo de los sabores. Y de las texturas.

Mi turno no empezaba hasta dentro de quince minutos, por lo que tenía el tiempo justo para meterme algo entre pecho y espalda. Agarré el sándwich de hummus con pimienta —la menos trágica de las alternativas— y me encaminé a una de las mesas del fondo.

Solo había otro cliente: un tipo que rondaría los treinta y cinco, con el cabello rubio oscuro y un fedora negro tan inclinado hacia delante que le tapaba media cara. Tenía delante de él una taza de algo caliente que echaba humo.

Noté sus ojos clavados en mí en cuanto me dirigí a la mesa del rincón, donde solía comer antes del turno.

Se aclaró la garganta.

—Mmm —dijo sin dirigirse a nadie—. Veamos.

Ahora me estaba observando con todo el descaro, vuelto levemente hacia mí, con una expresión rara y calculadora. Su tono, su mirada y hasta su postura, todo sugería que me estaba examinando. Que me estaba evaluando. Y no de una forma sexual o acosadora como tal. Más bien como si fuera un entrevistador tratando de decidir si era la persona adecuada para un trabajo.

Seguía dando una grima que flipas.

Eché un vistazo a la puerta delantera con la esperanza de que Katie, mi jefa, estuviera al llegar.

Al cabo de unos momentos, el tipo asintió como si hubiera tomado una decisión.

—No sé qué era lo que le preocupaba tanto. Yo te veo bien.

Por lo visto, la entrevista de trabajo había terminado, así que volvió a concentrarse en su teléfono.

A veces, por la noche se dejaba caer por Gossamer's algún perverso. Gajes del oficio de trabajar en una cafetería. Lo normal era que no les hiciera caso y dejase que mi jefa se encargara si las cosas se ponían tensas. Pero en ese momento me sentía agotada por la mudanza y demasiado molesta por aquella extraña interacción como para ponerme a esperar a Katie.

Así que, a sabiendas de que era un error, le respondí.

—¿Qué acabas de decir?

—Lo que acabo de decir es que te veo bien —respondió sin levantar la vista del teléfono, con tono molesto por la interrupción.

—¿Cómo que me «ves bien»?

—Pues eso —se limitó a responder, con una sonrisita ufana.

Eché hacia atrás la silla y se levantó. Entonces me di cuenta de que llevaba una gabardina azul marino hasta el suelo que no pegaba ni con cola con el fedora negro. Por debajo había una camiseta rojo chillón que decía «Por supuesto que tengo razón. ¡Soy Todd!».

Más que un perverso, debía de ser fan de la serie *Scrubs*. Rarito, pero inofensivo. De esos también los teníamos a veces.

—Me voy a ir yendo —anunció con importancia y sin venir a cuento—. He quedado en Crate & Barrel con un amigo al que le vendría bien algo de ayuda.

Cuando volví a levantar la vista, ya se había esfumado. El único rastro de su paso por la cafetería era la taza de Somos legión que había dejado en la mesa. El capuchino más caro que preparábamos. Sin tocar.

Cómo no.

Madre mía. Los clientes que pedían cafés caros y ni siquiera se los bebían eran, además de cargantes, unos derrochadores. Llevé la taza de «Todd» hasta el barreño de plástico azul en el que dejábamos los platos, cabreada y con cara de pocos amigos.

Aquella noche no habían llamado a trabajar a mucha gente. Era probable que me acabase cayendo a mí lo de cargar el lavavajillas, pero ya lo haría

luego. Aún me quedaban unos minutos antes de que empezara el turno y mi sándwich de hummus con pimienta roja no se iba a comer solo.

Por suerte, Katie apareció pocos minutos después de que «Todd» se marchara, y a las siete y media llegó Jocelyn, otra camarera. Con las tres al frente, la noche acabó siendo tranquila. Poco a poco fueron entrando algunos clientes más, la mayoría universitarios en busca de un rincón relativamente tranquilo en el que estudiar y socializar mientras hacían los deberes y bebían lattes. Por suerte también, no volvió a presentarse ningún pirado con gabardina y fedora.

Poco después de que llegase Jocelyn, mientras limpiaba con la bayeta una mesa que acababa de quedarse libre, me vibró el teléfono en el bolsillo al recibir un mensaje.

Lo saqué y eché un vistazo a la pantalla.

Hola, señorita Greenberg. Soy Frederick.

Tengo una pregunta para usted.

Miré por encima del hombro y vi que Katie estaba atendiendo a un cliente y Jocelyn estaba preparando una bebida tras la barra. Parecían tener las cosas bajo control, así que podía responderle ya.

¡Claro! Estoy en el trabajo, pero tengo un momentín.

¿Qué pasa?

¿Le gusta el caldo?

Me quedé mirando el teléfono.

¿El caldo?

Sí. ¿Le gusta tomarlo?

¿Por qué?

En estos momentos me encuentro en un establecimiento que vende utensilios de cocina. Estoy viendo que en este pasillo hay «calderos».

Otros clientes parecen de lo más interesados, pero, antes de comprar uno para el apartamento, quería asegurarme de que le guste preparar caldo.

Antes de que pudiera reprimirla, se me escapó una carcajada.

¿Quién iba a imaginar que Frederick tendría un sentido del humor tan mordaz?

Eres la monda.

¿Sí?

LOL. Me he reído en alto ;)

No sé qué significa «LOL».

OMG, como siga riéndome en el curro me voy a meter en un lío.

Vaya. Lo siento.

No era mi intención que tuviera
problemas con su empleador.

No pasa nada.

Mi jefa es maja.

Pero debería seguir trabajando.

Por supuesto. Nos veremos en casa.

Con un caldero.

Para entonces sonreía tanto que me dolían las mejillas.
Puede que al final esto de la convivencia fuera a dársenos bien.

Cuando volví al edificio de Frederick, ya era casi medianoche.

Estaba agotada. Era lo habitual después de un turno preparando bebidas y limpiando mesas, pero lo empeoraba haberme pasado la primera parte del día moviendo cajas llenas de cosas y mudándome al piso de Frederick. Me arrastré escaleras arriba hasta la tercera planta sintiéndome prácticamente muerta.

Conforme abría la puerta y entraba en el apartamento, decidí que lo primero que iba a hacer era darme una ducha para quitarme la mugre de andar todo el día de aquí para allá. Y luego me derrumbaría en la cama. No tenía nada que hacer por la mañana —ese día no me necesitaban ni en Gossamer's ni en la biblioteca—, así que podría dormir todo lo que quisiera.

Estaba a punto de poner en práctica la primera fase de mi plan cuando me llamó la atención un asombroso número de cajas cuidadosamente

apiladas en las encimeras de la cocina. Esas cajas no estaban ahí cuando me había ido a trabajar.

Me encaminé hacia ellas con curiosidad y me paré en seco al percatarme de qué eran.

Frederick había cumplido su promesa de comprarme cacharros.

Pero no unos cacharros sin más.

Había cinco cazuelas de Le Creuset, seis sartenes de la misma marca y en diversos tamaños, dos de los woks más enormes que jamás hubiera visto, una gofrera, una Crockpot, un caldero y una tostadora. Al darme la vuelta, anonadada, hacia las cajas apiladas en la mesa de la cocina, me di cuenta de que también había comprado una cubertería para diez personas de Crate & Barrel.

Cogí con estupefacción la nota dirigida a mí que había sobre la cubertería. Al igual que las anteriores que Frederick me había escrito, mi nombre aparecía en el exterior del sobre con una letra tan elegante que podría considerarse caligrafía.

Estimada señorita Greenberg:

Hágame saber si estos utensilios de cocina le serán suficientes. No llegó a responder a mis preguntas con relación a sus preferencias sobre el caldo, así que, si no va a usar el caldero, puedo devolverlo al establecimiento donde lo compré.

En cuanto a sus preguntas sobre redecorar su dormitorio, tal y como le dije cuando se trasladó al apartamento, es bienvenida a modificar su habitación tal y como desee. Lo único que le pido es que no destruya nada de lo que hay en estos momentos. Muchos de los objetos de la casa son reliquias que llevan un sinfín de años en mi familia. Mi madre en particular se enojaría sobremanera si alguno de ellos sufriera daños.

He de admitir que, cuando dijo que era profesora de Arte, no se me ocurrió que también pudiera dedicarse usted misma a él. Pensándolo ahora, fue una necesidad por mi parte. Aviseme cuando haya redecorado el cuarto. Me gustaría mucho ver parte de su obra.

Se despide deseándole buena salud,

Frederick J. Fitzwilliam

Dejé la nota en la mesa, sonriendo a pesar del cansancio.

«Hágame saber si estos utensilios de cocina le serán suficientes». Tenía que estar de broma, ¿no? Eran los cacharros más bonitos que hubiera visto nunca, más allá de las tiendas de alta gama de la Milla Magnífica.

En cuanto al resto de la nota, no pude evitar preguntarme lo que pensaría al ver que había sustituido el cuadro antiguo de la cacería del zorro de mi dormitorio por un lienzo repleto de basura de primerísima calidad procedente de la playa del lago Michigan. Teniendo en cuenta el resto de su decoración, dudaba mucho que le fuera a gustar mi obra.

Pero el hecho de que al menos mostrase curiosidad por ella me dejó el corazón calentito, por motivos que estaba demasiado cansada para analizar.

De hecho, estaba tan cansada que iba a desplomarme allí mismo. Pero antes de ducharme e irme a la cama quería escribirle una respuesta.

Frederick:

Los cacharros que has comprado son ALUCINANTES. De verdad que no tenías que comprar nada tan molón solo para mí. Sobre todo porque mi repertorio culinario es bastante limitado. La próxima vez que coincidamos en el apartamento te prepararé algo encantada como agradecimiento (siempre y cuando sean huevos revueltos, pasta o alubias).

Cassie

Me encaminé al cuarto de baño y me desvestí. Era enorme, por lo menos dos veces más grande que el dormitorio de mi antiguo apartamento. No estaba segura de que fuera a acostumbrarme. El suelo era de baldosas de mármol blanco, tan frías que me dolían los pies al pisarlas. Supuse que no debería haberme sorprendido, dado lo gélido que Frederick mantenía el resto del apartamento. Iba a tener que hablar con él al respecto: no me apetecía demasiado tener que andar siempre con jersey por casa.

Abrí la puerta de la ducha acristalada y me apresuré a meterme dentro, subir la temperatura del agua al máximo y dejar que el vapor caliente me templara.

Los años de tener que pagar un préstamo estudiantil y vivir a base de trabajos remunerados con el salario mínimo me habían enseñado a temer la llegada del recibo de la luz y a darme duchas rápidas y eficientes. Pero aquí era Frederick quien corría con los gastos, así que, por una vez, decidí mimar mis músculos cansados y doloridos quedándome un rato bajo la ducha.

Suspiré de gusto al sentir el chorro continuo y a la presión perfecta sobre la espalda. Dejé vagar la mente mientras el agua corría por mi cuerpo, pensando cómo pasaría el día siguiente. Con todo el follón de la orden de desahucio y la mudanza, llevaba semanas sin pisar el estudio en el que llevaba a cabo la mayor parte de mi trabajo. Después de dormir todo lo que pudiera, quizá podría ir al distrito de Pilsen y pasarme el resto del día husmeando en busca de ideas.

Al cabo de un rato —¿diez minutos?, ¿una hora?—, me miré los dedos. Los tenía arrugados como pasas, del agua. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí metida?

Cerré la llave del agua caliente de mala gana y abrí la puerta de la mampara. Después de la ducha hirviendo que acababa de darme, noté el aire aún más frío que antes y al instante se me erizó la piel en la parte posterior de los brazos. Descolgué mi toalla del gancho cromado que había detrás de la puerta del baño y me envolví con ella, remetiéndomela por debajo de los brazos.

El espejo se había empañado con el vapor. Pasé rápidamente el dorso de la mano para poder ver mi reflejo.

Fruncí el ceño ante la visión.

Tras el impulsivo incidente con las tijeras de hacía unas semanas, el pelo me estaba volviendo a crecer, aunque seguía más corto de lo habitual. Me lo veía raro y desarreglado. Al secarlo, y por mucho producto que le aplicara, se me iba a poner de punta en la coronilla.

En cuanto estuviera un poco más asentada, lo primero que iba a hacer era ir a una peluquería de las de verdad para que me arreglaran lo que me había hecho. Entretanto, tal vez debía hacer algo para parecer presentable.

Pensé en las tijeras de sastre que tenía en el dormitorio. Seguro que no estaban lo suficientemente afiladas como para hacer un *buen* trabajo con mi pelo. Pero menos daba una piedra.

Ciñéndome un poco más la toalla alrededor del cuerpo, abrí la puerta del cuarto de baño, me preparé para salir escopetada en dirección al dormitorio...

... Y me di bruces con Frederick, aplastando mi cara contra su pecho.

Su pecho *desnudo*.

Debía de ser el calor de la ducha, o la vergüenza, o las dos cosas, pero su piel me resultó de una frialdad casi sobrenatural. Se quedó inmóvil como una estatua, con unas bermudas de lino blanco tan caídas sobre las caderas que costaba no distraerse con ellas, al tiempo que yo daba un gritito y me apartaba de un salto. Su puño cerrado flotaba en el aire, como si hubiera estado a punto de llamar a la puerta del baño antes de chocarnos.

Tenía los ojos como platos y la cara más pálida que la luz de la luna.

Los dos balbuceamos una disculpa a la vez.

—¡Señorita Greenberg! Oh, le ruego que me disculpe, iba a...

—¡Joderrr! ¡Lo siento muchísimo! ¡No sabía...!

Pensándolo después, se me tenía que haber ocurrido que vivir con otra persona implicaba decirle adiós a la posibilidad de pasearme por casa llevando solo una toalla. Pero Frederick había insistido en que solía pasar toda la noche fuera. ¿Cómo iba a saber yo que en el momento exacto en que decidiera salir del cuarto de baño él estaría delante de la puerta, *descamisado*?

Allí estaba, de pie a pocos centímetros de él, cubierta únicamente por la toalla, con el pelo chorreándome sobre los hombros desnudos. Su pecho quedaba a la altura de mis ojos y...

Traté de no mirarlo boquiabierto. De verdad que lo intenté. Quedarme babeando delante de mi compañero de piso casi desnudo cuando yo estaba prácticamente igual no solo daba grima, sino que era de lo más inapropiado. Pero no pude evitarlo. Aquel hombre había estado escondiendo debajo de esas prendas a medida una tableta de chocolate de las buenas. Su ancho

pecho se iba reduciendo hasta desembocar en una cintura estrecha y, por cómo le quedaba el pantalón corto, debía ser un puñetero modelo de ropa interior en vez de médico, CEO o lo que demonios fuera.

Me di cuenta de que Frederick no solo era atractivo.

Era un *dios griego*.

Los segundos pasaban y nosotros seguíamos ahí: yo mirándolo como un pasmarote; él, petrificado, con los ojos como platos y la mirada perdida en algún lugar por encima de mi hombro izquierdo. Traté de pensar en cualquier cosa menos lo cerca que estábamos el uno del otro, la poca ropa que llevábamos y la forma en que el corazón se me había desbocado de pronto. Y entonces, porque nunca había tenido demasiado instinto de conservación, me entraron unas ganas repentinas y casi irresistibles de trazar las sólidas líneas de su torso con la punta de los dedos. De ver si esos abdominales suyos estaban tan firmes como parecía.

De hacerlo, ¿cómo iría a reaccionar él?

¿Me echaría a patadas y se buscaría un compañero de piso que realmente supiera comportarse como es debido en situaciones incómodas? ¿Alguien que también pudiera pagarle un alquiler más aproximado al precio de mercado? ¿O me arrancaría la toalla y la tiraría por ahí para luego agarrarme con sus gigantescas manos y...?

Cerré los puños y me obligué a bajarlos y dejarlos pegados al cuerpo antes de hacer nada estúpido. El hormigueo de un violento rubor me ascendió por el cuerpo, sonrojándome las mejillas y haciendo que me sudaran las manos.

Aunque Frederick no se puso colorado, parecía tan azorado o más que yo. En su defensa, hay que reconocer que mantuvo la mirada fija en la pared a mi espalda. A decir verdad, daba la impresión de que dejar que los ojos se le desviasen hacia mí, aunque solo fuera un centímetro, iba a provocarle la *muerte*.

Estaba claro que no era ni la mitad de perverso que yo.

Era un caballero.

Al comprenderlo, me sacudió un latigazo de decepción totalmente fuera de lugar.

Carraspeé tratando de poner en orden mis pensamientos.

—Creía que no... Quiero decir, me dijiste que solías pasar las noches fuera y...

—Lo siento mucho, señorita Greenberg. —Su voz sonaba ahogada y seguía sin mirarme—. La ducha llevaba corriendo tanto tiempo que he pensado que se habría ido del apartamento sin cerrar el grifo. Por eso he venido a tocarle... —De repente se detuvo y abrió los ojos aún más al darse cuenta de lo que acababa de decir—. A tocarle la puerta, quiero decir. Para ver si me hacía... Para ver si hacía falta cerrar el grifo de la ducha, me refiero.

Agachó la cabeza en una especie de reverencia rara. Llegados a ese punto debía de tener la cara tan roja que seguro que se veía desde el espacio.

—Le ruego que me disculpe, señorita Greenberg. No volverá a suceder.

Entonces me rodeó, asegurándose de no rozar la más mínima parte de mi cuerpo, y se alejó.

Oí el chasquido de la puerta del baño a mi espalda y, acto seguido, lo que por el sonido me pareció ser el contenido del armario botiquín estrellándose contra los azulejos del suelo.

—¿Estás bien? —pregunté alzando la voz, alarmada. ¿Tan abochornado estaba por lo que acababa de suceder que se había caído?

—¡Sí! ¡Perfectamente! —respondió Frederick con un hilo de voz antes de soltar lo que intuía que era una sarta de maldiciones entre dientes.

Estaba tan avergonzada que apenas recuerdo cómo volví a mi dormitorio. Pero en el momento en que estuve dentro, cerré la puerta de golpe y me dejé caer boca abajo en la cama, sin una pizca de sueño. El corazón me latía con tanta fuerza que sentía que se me iban a romper las costillas. Traté de decirme que se debía simplemente a que acababa de vivir uno de los momentos más incómodos de mi vida. Pero en el fondo sabía que eso solo era una parte de los motivos.

No quería pensar en lo buenísimo que estaba Frederick sin camisa; seguir por ahí no me iba a traer nada bueno. Con todos los problemas que ya tenía en ese momento, imaginarme tórridas fantasías con un hombre atractivo que estaba fuerísima de mi alcance y que, para más inri, era mi compañero de piso, era lo último en lo que me convenía emplear mi tiempo.

No fue fácil, pero me obligué a pensar en mis planes para sacar los lienzos del trastero de Sam al día siguiente.

Seguía teniendo el pelo hecho un desastre, y eso también requería mi atención.

Saqué las tijeras del cajón superior del escritorio. Estaban aún más romas de lo que recordaba, pero si me hacía un estropicio mayor, al menos dejaría de pensar en lo que acababa de suceder con mi compañero de apartamento.

Me puse a cortar y..., bueno, el resultado fue un poquitín mejor. Si una entrecerraba los ojos. Al menos las puntas estaban igualadas.

Apagué las luces y me metí en la cama, estremecida al pensar en lo bien que se me daba meterme en follones aun cuando el resto de las cosas nunca salieran tal y como había previsto.

CINCO



Entrada del diario del señor Frederick J. Fitzwilliam
con fecha de 20 de octubre

Querido diario:

Ay, dioses.

¿Es posible que una persona como yo pueda morir de vergüenza?

Me hallo sentado al escritorio, a las dos de la madrugada, tratando desesperadamente de recordarme que la señorita Greenberg es una dama. Una dama cuya belleza rebasa con mucho la percibida cuando la conocí. Una dama con hermosas curvas, unas deliciosas pecas que salpican el puente de su nariz y una boca que ahora me perseguirá en sueños..., mas una dama al cabo.

Se diría que también he de recordar este hecho a cierta parte traicionera de mi anatomía, una que llevaba más de cien años sin responder de semejante manera ante una mujer.

Mis pensamientos toman unos derroteros peligrosos y no sé cómo proceder. Antes de esta noche, cuando vi a la señorita Greenberg casi desnuda, no quería de ella sino la oportunidad de aprender sobre el mundo moderno observándola a una distancia respetable. Hace un día, la idea de que deseara otra cosa de ella ni se me había pasado por las mientes.

Pero ahora...

¡Por los clavos de Cristo! Soy el peor y más despreciable de los libertinos.

No sé si vivirán los padres de la señorita Greenberg. Debo averiguarlo y, de ser ese el caso, disculparme con ellos por poner a su hija en situación tan comprometida. También debo disculparme con ella, por supuesto. A poder ser con un obsequio que exprese de forma adecuada mi arrepentimiento. Consultaré a Reginald

por si se le ocurre qué podría ser apropiado (al fin y al cabo, él está más que acostumbrado a tener que disculparse con las mujeres).

Entretanto, bajaré al lago a correr para así liberar mis frustraciones. Hace demasiado tiempo que no salgo a echar una carrera nocturna. Con suerte, el aire frío de la noche me aclarará la mente. De no ser así, espero que lo consiga alguno de los libros que Reginald me ha prestado de su biblioteca.

En otro orden de cosas, esta noche he aprendido que existe una variedad verdaderamente abrumadora de utensilios de cocina. Puede que el siglo XXI sea lo que me mate después de todos estos años, si es que vivir con la señorita Greenberg no acaba conmigo antes.

FJF

La mañana siguiente dormí hasta más tarde de lo habitual e hice todo lo posible por retrasar mi salida del dormitorio y minimizar el riesgo de cruzarme con Frederick, cuando había transcurrido tan poco tiempo desde lo sucedido la noche anterior.

Por suerte, una vez que asomé la cabeza desde mi cuarto, con mi gigantesca bolsa de artes al hombro, no había ni rastro de él. Claro que tampoco *debía* estar fuera de su habitación en ese momento, dado que eran las once de la mañana. De todas maneras, exhalé un suspiro de alivio.

Podía posponer un poco más lo inevitable.

La puerta del dormitorio de Frederick estaba cerrada. Pero siempre lo estaba —incluso cuando me había topado con él la noche anterior—, así que eso no me daba pistas sobre si estaría durmiendo allí. Por si acaso, procuré pisar con la mayor delicadeza posible al encaminarme hacia la puerta de entrada.

Moverme en silencio me resultaba extraño y estresante; mis pasos no eran lo que se diría *precisamente gráciles*, ni siquiera cuando no cargaba con una bolsa de material artístico que pesaba una tonelada. Por suerte, la puerta del dormitorio de Frederick permaneció cerrada.

Si estaba dentro y me había oído, estaría tratando de evitarme tanto como yo esperaba evitarlo a él.

Lo cual estaba bien. Mejor que bien. De hecho, era preferible a la alternativa.

Cuando llegué a mi estudio una hora más tarde, sentí que jamás había estado tan contenta de estar allí.

Lllamarlo *mi* estudio no era del todo exacto, claro. El espacio se llamaba Vivir la Vida en Color y era propiedad de Joanne Ferrero, una anciana excéntrica que décadas atrás había disfrutado de un éxito razonable en la escena artística de Chicago. Se encontraba en la primera planta de un pequeño edificio de Pilsen y en él trabajaba una veintena de pintores, metalistas y ceramistas que se tomaban su arte con distinto grado de seriedad. Algunos de ellos, como yo, esperaban poder vivir de él algún día y pasaban allí todo el tiempo que sus horarios les permitían. Otros —como Scott, que cuando llegué estaba dibujando algo en la enorme mesa común que ocupaba la mayor parte del estudio— tenían un trabajo normal durante el día y simplemente alquilaban un puesto para disfrutar de un pasatiempo creativo y liberar estrés de vez en cuando.

—Hola, Scott —lo saludé, contenta de verlo.

Como era un miércoles a media mañana, apenas había nadie en el estudio, por lo que quedaba espacio de sobra en la mesa. Eso me venía fenomenal; me gustaba poder extender todos mis materiales mientras trabajaba.

Acerqué una silla junto a Scott y comencé a rebuscar en la bolsa para coger mis lápices.

—Hola. —Interrumpió lo que estaba haciendo (un boceto a carboncillo de un ramo de rosas, la flor favorita de Sam) y se volvió hacia mí—. Me alegro de que hayas venido. Sam y yo te íbamos a llamar porque nos han avisado de algo y puede que sea una buena oportunidad para ti.

—Ah, ¿sí?

Me encaminé a la balda en la que aparecía mi nombre, donde guardaba muchos de los lienzos en los que estaba trabajando. Entre la nota de desahucio y la mudanza, llevaba casi dos semanas sin aparecer por el estudio. Por suerte, mi proyecto actual —una acuarela de un campo de girasoles en llamativos amarillos y verdes sobre el cual tenía previsto

superponer todos los envoltorios de comida rápida que cupieran— no parecía haber sufrido demasiado por mi ausencia.

—Sí —respondió—. ¿Te acuerdas a ese amigo nuestro cuya familia tiene una galería en River North?

Me mordí el labio, con la mente en blanco. ¿De quién hablaba? Sam y él tenían montones de amigos, pero la mayoría eran colegas de Scott del departamento de Inglés de su universidad u otros abogados, como Sam. Me acordaría de alguien que tuviera una galería de arte, ¿no?

Me senté a la mesa y entonces me vino a la memoria.

—¿Te refieres a David? ¿El coordinador de vuestra boda?

Casi se me había olvidado que, después de su despedida de solteros, Scott y Sam habían entablado una insólita amistad con el tipo al que habían contratado para planificar su boda. Recordaba vagamente que David nos había contado que venía de una familia de muchísimo dinero y que, entre otras cosas, eran propietarios de una galería de arte cero rentable cerca del Loop.

Estaba más que segura de que la conversación había tenido lugar mientras todos los implicados —yo incluida— andaban en proceso de ponerse como una cuba con el champán de la celebración. Es probable que ese fuera el motivo por el que había olvidado todo lo relacionado con él hasta ese momento.

—Sí, ese David —me confirmó Scott.

—Vale, sí, algo me suena. ¿Qué pasa con él?

Si no recordaba mal, la galería era más que nada una excusa para que la rica familia de David se desgravara impuestos. En los seis meses que habían pasado desde que conocí a David, ¿habría empezado a dar suficientes beneficios como para poder contratar a alguien? Ya me extrañaría.

Pero ¿por qué si no sacaría Scott el tema?

—Anoche, cenando, David nos contó que la galería tiene previsto montar una exposición con jurado en colaboración con otra galería más grande de River North. —Se detuvo, tratando de reprimir una sonrisa—. Con una galería a la que le *va bien*, fíjate lo que te digo.

Los ojos se me abrieron de par en par. Hacía años que no me aceptaban una obra en una exposición con jurado. No se celebraban tantas al año en Chicago y yo no ganaba suficiente dinero con mi arte como para poder enviar obras fuera de aquí. Si conseguía que me aceptaran alguna en la exposición y, ¿por qué no?, ganaba un premio, sería el empujón que mi inexistente carrera necesitaba.

—¿Y sabes qué buscan?

La última vez que había hablado con David nos habíamos dedicado a discutir sobre si era apropiado que Sam y Scott abrieran el baile con *Eye of the Tiger*. No habíamos charlado de sus preferencias artísticas. Scott dejó a un lado el boceto en el que estaba trabajando y sacó su tablet del bolso.

—Vamos a mirarlo.

Observé cómo introducía «exposición de arte River North» en la barra de búsqueda y me recordé que no tenía sentido hacerme ilusiones, o pensar que tal vez mi suerte por fin empezaba a mejorar, hasta que viera de qué iba todo aquello. Sin embargo, pese a mis esfuerzos por mantener la calma, las palmas ya me estaban sudando cuando Scott encontró lo que buscaba y dio la vuelta a la tablet para que pudiera verlo.

—Oh —exclamé, gratamente sorprendida al ver el tema en el encabezado de la convocatoria—. Piden obras inspiradas en la sociedad contemporánea.

—Eso es genial —respondió Scott—. No hay nada más contemporáneo que lo que tú haces.

Asentí con un murmullo mientras bajaba por la página. Cuanto más leía, mejor sonaba.

—Parece que aceptan todas las técnicas —señalé con una sonrisa cada vez mayor—, incluidas las obras multisoporte. —Mis obras, que combinaban la pintura tradicional (con acuarela o al óleo) con objetos encontrados, eran la definición exacta de multisoporte.

Scott tocó la parte inferior de la pantalla, donde aparecían enumerados los premios.

—¿Has visto que el primer premio es de mil dólares?

Se me secó la boca. También había otros premios más pequeños por la excelencia en distintas categorías, y estaría encantada de ganar cualquiera de ellos, porque lo más importante de recibir un premio en una exposición con jurado era el reconocimiento que se conseguía, pero...

Jo, mil dólares me venían fenomenal.

—La letra pequeña dice que solo escogerán a veinte artistas —apunté mientras notaba cómo la sensación de duda, con la que ya estaba familiarizada, empezaba a apoderarse de mí. Tenía pinta de ser un proceso de selección increíblemente reñido. Bastante difícil sería ya, para empezar, acabar entre los elegidos.

—Nunca lo sabrás si no lo intentas —respondió Scott, sin maldad—. Deberías ir a por ello, Cassie.

Le devolví la tablet a Scott e inspiré hondo.

—Sí que debería —concedí.

Puede que no lograra nada, igual que no había logrado nada con la mayoría de los intentos por obtener reconocimiento con mi arte que había llevado a cabo en los últimos años.

Pero, una vez más, tal vez mi suerte por fin empezaba a mejorar.

Esa noche, cuando volví del estudio, Frederick no estaba en casa.

Tampoco lo vi el día —ni la noche— siguiente.

Por supuesto, volver a encontrármelo era algo inevitable. Vivíamos juntos. Pero esperaba que, cuanto más lo pospusiéramos, menos incómodo fuera aquello que no se podía evitar. Entretanto, nuestras conversaciones, si así se las pudiera llamar, se limitaban a notas que nos dejábamos sobre la mesa de la cocina. La mayoría tenía que ver con la logística de nuestra convivencia y, la verdad, así era todo más fácil. Frederick no se refirió en ninguna de ellas a que me hubiera visto casi desnuda la otra noche. Y yo tampoco lo hice. Era como si hubiésemos alcanzado un acuerdo tácito para

fingir que no había sucedido nada extraño, ni excitante, ni extrañamente excitante entre nosotros.

Probablemente fuera lo mejor. O al menos eso pensaría Sam.

Aunque, cuando debía estar concentrada en otras cosas, mi mente no dejaba de revivir el momento en el que Frederick y yo nos habíamos chocado después de ducharme.

Estimada señorita Greenberg:

No querría ser fastidioso, pero le ruego que no olvide recoger sus calcetines usados del suelo del salón antes de retirarse a dormir. Acabo de resbalar me con uno que me consta que no es mío al salir y casi me lesiono.

(Además, permítame la pregunta: ¿los calcetines azules de pelo hasta la rodilla con muñecos verdes son algo que esté de moda en la actualidad?).

Atentamente,
Frederick J. Fitzwilliam

Frederick:

¡Arj! ¡Siento muchísimo lo de los calcetines! Tendré más cuidado, prometido.

Y no, jajaja, los calcetines peludos de la rana Gustavo no están «de moda en la actualidad». OBVIAMENTE, jajajajaja. Me parto contigo. Fueron una coña de mi amigo Sam.

Además, antes de que se me olvide, ¿podrías acordarte de pasarme el nombre y la contraseña del wifi? Siento darte la tabarra con el tema, pero llevo utilizando el teléfono para conectarme a internet desde que me mudé y se me están acabando los datos.

Cassie

Estimada señorita Greenberg:

No era mi intención hacerme el gracioso con mi nota, aunque de todos modos me alegro de haberla hecho reír.

Cambiando de tema, la mujer que vive en el segundo me ha informado de que el jueves es el «día de la basura». Lo desconocía, dado que no suelo tirar nada.

Ahora que somos dos en el apartamento, tal vez queramos participar en ese ritual semanal. Entiendo que usted sí tira cosas, ¿no? En tal caso, ¿sería tan amable de hacerse con una papelera? Yo no tengo ninguna ni sé cuánto cuestan o

dónde se adquieren. Le restaré de su alquiler mensual la suma que gaste en comprar una.

Atentamente,
Frederick J. Fitzwilliam

P. D. En cuanto a su pregunta sobre wifis y contraseñas, no creo disponer de ninguna de esas cosas, pero se lo consultaré a Reginald y le haré saber la respuesta.

Me quedé un rato mirando atónita la nota antes de responder.

¿Cómo era posible que un adulto no tuviera un cubo para la basura? ¿Y que no supiera dónde conseguir uno?

¿Y que no sabía si tenía wifi? Tenía que ser otro de sus peculiares sarcasmos. Ya se lo preguntaría la próxima vez que nos viéramos.

Frederick:

Yo tampoco tiro demasiado. No me gusta deshacerme de nada que pueda resultarme útil, sobre todo porque una parte importante de mi arte tiene que ver con el reciclaje. Pero, por una cuestión de principios, diría que un par de adultos deberían tener al menos un cubo de basura grande, ¿no? Cuando salga de trabajar voy a Target a comprar uno.

Cassie

P. D. ¿Por qué sigues tratándome de usted? No hay necesidad de mostrarse tan formal entre nosotros, ¿no crees? Llámame Cassie a secas :)

Antes de convencerme de lo contrario, cuando aún no había dejado la nota en la mesa de la cocina, añadí un dibujito en el que salía yo agarrando un cubo. Hacía tiempo que no dibujaba caricaturas y pensé que era una buena manera de practicar para así acallar la voz en mi cabeza que me estaba gritando por flirtear con mi compañero de piso.

La respuesta de Frederick estaba esperándome sobre la mesa cuando llegué a casa de trabajar con nuestro nuevo y flamante cubo de basura.

Estimada ~~señorita Greenberg~~ Cassie:

El dibujo que me has hecho en tu última nota es precioso. ¿Se supone que eres tú? Es evidente que posees un gran talento.

Gracias por ocuparte del tema de la papelera.

Tal y como me pediste, a partir de ahora haré todo lo posible por llamarte por tu nombre de pila y no «señorita Greenberg». No obstante, tutearte va en contra tanto de mi educación como de mis costumbres. Así pues, te ruego que seas paciente si en alguna ocasión se me olvida y vuelvo a tratarte con mayor formalidad.

FJF

Me apresuré a aplacar la extraña oleada de placer que me invadió al leer su cumplido sobre mi arte y me recordé que había dedicado menos de diez minutos al dibujito, por lo que era evidente que solo trataba de ser amable. En su lugar, decidí fijarme en su extraña reacción al pedirle que me llamara por mi nombre.

Frederick:

¿Que va en contra de tu educación y tus costumbres llamarme Cassie en lugar de «señorita Greenberg»? ¿En serio? Pero ¿a ti quién te educó? ¿Jane Austen?

Cassie

Al final de la nota dibujé una caricatura rápida de alguien con atuendo antiguo, solo por hacer el ganso.

A la mañana siguiente encontré su respuesta esperándome en la mesa de la cocina.

Estimada Cassie:

No... Jane Austen como tal no.

Por cierto, ¿se supone que el del dibujo soy yo?

FJF

Frederick:

Conque no fue «Jane Austen como tal», ¿eh? Ahora me pica la curiosidad. Bueno, de todas formas, gracias por hacer el

esfuerzo de tutearme.

Y sí, se supone que el de la caricatura eres tú. ¿No ves el parecido? Alto, con brazos y piernas como palos, expresión malhumorada, ropa recién salida del set de Downton Abbey...

Cassie

Estimada ~~señorita Greenberg~~ Cassie:

Oh, sí. Supongo que guardamos CIERTO parecido. Aunque estoy seguro de que, con mi cabello, tengo mucho mejor aspecto que el hombrecillo calvo que has dibujado en la nota. ¿No crees?

(¿Qué es Downton Abbey?).

FJF

Frederick:

Downton Abbey es una serie inglesa de la tele. Creo que está ambientada hace unos cien años. Algo así. Da igual, tampoco es que me interese, pero a mi madre y a todas sus amigas les encanta. El caso es que vistes igualito que el primo Matthew, uno de los personajes.

Ah, por cierto, esta mañana te han llegado unos cuantos paquetes. Te los he dejado en la mesa, justo al lado de tus novelas románticas de la Regencia. (La verdad es que últimamente estás recibiendo un montón de paquetes. Ya sé que no son para mí, así que tampoco me estoy fijando demasiado, pero tengo que admitir que estoy INTRIGADA. Son superraros!!!).

(Y otra cosa, así que te gustan las novelas románticas de la Regencia, ¿eh? No es que haya leído muchas de esas, mi placer culpable tira más hacia la telebasura, pero desde luego que tienes mi aprobación).

Cassie

Estimada Cassie:

¿Has dicho «primo Matthew»? Interesante (¿también está calvo?). Gracias por hacerte cargo de mis paquetes. Tienes razón: sí que son raros. Espero no volver a recibir ninguno más.

Me alegro de que apruebes mis lecturas. No me interesa demasiado la faceta romántica, pero me reconforta leer historias ambientadas a principios del siglo XIX. Podríamos decir que me recuerdan a mi hogar.

FJF

Volví a leer su última nota, que me divirtió por la defensa que hacía de los romances de la Regencia y al mismo tiempo me hizo sentirme decepcionada por no haber dado con una explicación más concreta para los paquetes que había estado recibiendo.

Porque aquellos paquetes...

A ver.

Muy normales no eran.

Desde mi mudanza, había recibido seis. Todos tenían el mismo remite — un tal E. J., de Nueva York—, escrito con una cursiva llena de florituras que me recordaba un montón a la bonita letra de Frederick, salvo porque siempre estaba escrito con tinta rojo sangre.

Los paquetes tenían distintos tamaños y formas, y cada uno estaba envuelto en un papel de flores horroroso que me recordaba al del piso de mi abuela en Florida. Algunos despedían un olor extraño. Uno de ellos parecía echar humo. Juraría que de otro oí salir un siseo.

Concluí que tenía que ser cosa de mi imaginación. Era imposible que el servicio de correos enviase algo que estuviera en llamas. Ni serpientes vivas.

Aunque los paquetes estaban dirigidos a Frederick y no a mí —y a pesar de que estaba clarísimo que su contenido no era de mi incumbencia—, como no me había aclarado nada en las notas, me propuse preguntarle la próxima vez que coincidiéramos.

Fuera cuando fuese.

—Tú ya has cumplido —murmuré, como quien se disculpa, ante el cuadro de la cacería.

Me sentía mal por descolgarlo y sustituirlo con mi propio arte. La pintura no tenía la culpa de ser tan fea; alguien había hecho un gran esfuerzo para crearla. Además, parecía superantigua, lo que me hizo

preguntarme si Frederick se refería a ella cuando me habló de sus reliquias familiares.

En cualquier caso, ahora era mi dormitorio y ese cuadro iba a provocarme pesadillas.

Lo retiré con cuidado de la pared. Debía de llevar años colgado porque la pintura por detrás era medio tono más oscura que el color crema apagado que cubría el resto de las paredes.

Cogí el primero de los tres pequeños lienzos que iba a colgar en lugar de *La vieja partida de caza*, sonriendo al recordar lo mucho que me había divertido la semana en que los pinté. Andábamos de vacaciones en Saugatuck y Sam había estado metiéndose conmigo por pasarme tanto tiempo peinando la playa en busca de basura, aunque también era cierto que nunca había sido capaz de entender lo bien que me hacía sentir recoger los desechos de los demás y convertirlos en obras de arte que nos sobrevivirían a todos.

Puede que no fuera una importante abogada como él, pero mediante mi arte conseguía reafirmarme y dejar mi granito de arena en el mundo.

Agarré el martillo y arrastré la silla del escritorio —que debía de ser tan antigua como la propia ciudad de Chicago— hasta el lugar donde tenía previsto colocar la serie. Me subí encima y empecé colocar un clavo en la pared.

Al cabo de un par de ruidosos martillazos, me quedé petrificada, consciente de lo que estaba haciendo.

Eran las cinco de la tarde.

Todavía no tenía muy claro el horario exacto de Frederick. ¿Seguiría durmiendo?

De ser así, era probable que lo hubiera despertado con los golpes.

Y, en tal caso, iba a salir de su habitación para venir a echarme la bronca por hacerlo.

Aún no creía estar preparada para volver a verlo.

Dejé el martillo en el suelo con todo el cuidado, cruzando los dedos por que Frederick no hubiera oído nada.

Pero, al cabo de unos minutos, oí rechinar la puerta de su dormitorio.

Jo-der.

—Buenas noches, señorita Greenberg.

La voz de Frederick sonaba adormilada y más grave de lo habitual. Me di la vuelta lentamente, armándome de valor para aguantar el sermón que iba a echarme sobre la importancia de no hacer ruido cuando el compañero de piso de una trata de descansar.

Tanto la voz como el pelo alborotado hacían pensar que acababa de despertarse, pero estaba completamente vestido con un traje de tres piezas, de raya diplomática marrón, y una boina. Parecía el profesor de Inglés de una película de época, a punto de impartir una clase sobre el simbolismo en *Jane Eyre* o algo por el estilo, no alguien que acababa de salir de la cama.

Tampoco es que yo hubiera tenido un profesor de Inglés *así*.

Sin embargo, no se puso a hacer una disertación sobre *Jane Eyre*. Tampoco me miraba como yo lo miraba a él. Observaba con el ceño fruncido mis lienzos de la orilla del lago Michigan, apoyados contra la pared del dormitorio, como si no acabara de entender lo que veía. Mientras los examinaba, tenía los brazos cruzados con fuerza sobre el ancho pecho, lo que *para nada* me trajo a la cabeza la imagen de su torso desnudo la otra noche. Y tampoco lo estupendo que lucía en ese preciso momento con aquel atuendo demasiado formal.

—Siento haberte despertado —me disculpé, con la intención de dirigir mis pensamientos hacia terreno seguro.

Frederick hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

—No pasa nada. Pero... ¿qué es eso? —preguntó, apuntando hacia mis cuadros.

—¿Te refieres a mis paisajes?

—¿Son... son paisajes? —Frederick enarcó las cejas y entró en el cuarto, como si pretendiera estudiarlos más de cerca—. ¿Los has hecho tú?

Por su voz y su aspecto se diría que estaba tan desconcertado como mi abuelo cada vez que veía una de mis piezas, pero al menos él no parecía horrorizado. Tampoco se lo veía ni sonaba especialmente elogioso o

impresionado por mis creaciones. Lo cual tampoco me importaba. Hacía mucho que había aceptado que mi arte no era para todo el mundo.

Pero era probable que esta serie fuese la más accesible que había pintado en años. Para empezar, era evidente que se trataba de las vistas de un lago. Siendo sincera, tras los cumplidos que les había dedicado a las tontas caricaturas que dibujaba en nuestras notas, una parte de mí esperaba que Frederick entendiese —y apreciara— rápidamente lo que pretendía plasmar en los lienzos.

—Sí, los he hecho yo —confirmé, tratando de imprimir confianza en mis palabras, aunque la voz me tembló un poco.

—¿Y tenías pensado colgarlos? —Se quedó mirando el clavo que acababa de fijar a la pared—. ¿Aquí?

—Sí.

—¿Por qué? —Se aproximó a los lienzos. Bajó la vista hacia ellos con las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos del pantalón. Parecía completamente estupefacto—. Reconozco que el cuadro que tenía colgado era algo anticuado, pero...

—Era espantoso.

Me lanzó una mirada al tiempo que la comisura derecha de la boca se le curvaba, divertido.

—Sí, podría decirse. El cuadro era de mi madre, no mío. Pero, Cassie... —dijo, irguiéndose y negando con la cabeza.

—¿Sí?

—Es *basura* —afirmó, poniendo énfasis en la última palabra.

Entonces me puse a la defensiva. Ya había oído ese tipo de críticas y era una experta en no dejar que me afectaran. Pero, después de la ilusión que había sentido pocas horas antes al enterarme de lo de la exposición, no estaba de humor.

—Mi arte *no* es basura —respondí, desafiante.

Frederick volvió a mirar el lienzo con atención, como si intentase confirmar que su apreciación inicial había sido acertada.

Volvió a negar con la cabeza.

—Pero... es que *es* basura.

Transcurrió un instante antes de que cayera en la cuenta de que hablaba de manera literal.

—Oh. —Me estremecí por dentro—. Esto..., sí, vale. Está *hecho* con basura.

Frederick enarcó una ceja, divertido.

—Creo que eso es lo que acabo de decir.

No era *exactamente* lo que había dicho, pero lo dejé pasar.

—Sí —respondí con la cara roja del bochorno por aquella confusión—. Es lo que acabas de decir.

—He de admitir que no lo entiendo. —Negó con la cabeza—. A juzgar por las partes de esta... escena que no se hallan cubiertas de desechos y por las caricaturas que me has dibujado, sé que eres una artista con talento. Puede que mi punto de vista sea algo anticuado, pero no entiendo por qué dedicas tu tiempo a crear algo como esto. —Se encogió de hombros—. El tipo de arte que estoy acostumbrado a ver es más...

—¿Más qué? —le pregunté, enarcando una ceja.

Frederick se mordió el labio, como si buscara las palabras adecuadas.

—Agradable de ver, supongo. —Volvió encogerse de hombros—. Escenas de la naturaleza. Niñas con vestidos blancos con puntillas jugando a la orilla de un río. Cuencos con fruta.

—Este cuadro muestra una playa y un lago —señalé—. Es una escena de la naturaleza.

—Pero está cubierta de desechos.

Asentí.

—Mi arte combina objetos que encuentro con imágenes que pinto. En ocasiones, lo que encuentro e incorporo es literalmente basura. Pero también creo que mi arte es mucho más que basura. Posee un *significado*. Estas obras no son solo imágenes planas y desprovistas de vida sobre un lienzo. *Dicen* algo.

—Oh. —Se acercó aún más a los paisajes y se arrodilló para poder observarlos de cerca—. ¿Y qué es lo que tu arte... dice?

Tenía la nariz a pocos centímetros del envoltorio de una cuarto de libra del McDonald's que había pegado al lienzo para que pareciera salir directamente del lago Michigan. Mi intención había sido que representara la brutalidad con que el capitalismo aplastaba el mundo natural. Además, me parecía que quedaba bastante chulo.

Pero decidí ofrecerle una explicación más general.

—Quiero crear algo inolvidable con mi arte. Algo duradero. Quiero ofrecer una experiencia que no se diluya en las personas que vean mi obra. Algo que permanezca con ellos mucho tiempo después de haber visto el cuadro.

Frederick frunció el ceño con escepticismo.

—¿Y pretendes conseguirlo incorporando cosas que otros han desechado?

Estaba a punto de contestarle que hasta la pintura más bella del museo más elegante se borraba de la memoria de los visitantes en cuanto se volvían a casa. Que, al usar cosas que los demás habían tirado, cogía algo efímero y lo convertía en permanente de una manera que no podía lograr ninguna acuarela bonita.

Pero entonces, de pronto, me di cuenta de lo cerca que estábamos el uno del otro. Durante nuestra conversación, Frederick debía de haber ido acercándose cada vez más a mí, hasta que ahora solo nos separaban unos pocos centímetros. Mi mente retrocedió a aquella otra noche, con el pelo húmedo goteándome sobre los hombros desnudos, sus ojos marrón oscuro con expresión de sorpresa mientras trataba de mirar a todas partes menos a mí.

Ahora, sin embargo, sí me miraba, y sus ojos se fijaban en todo. Recorrieron con lentitud la curva de mi cuello, deteniéndose en la pequeña e irregular cicatriz que tengo bajo la oreja y que me hice de pequeña, antes de deslizarse por el suave contorno de mis hombros. Ese día no iba especialmente arreglada: llevaba una camiseta raída y unos vaqueros viejos, pero de todas formas noté su mirada encendida. Aquello me hizo marearme y sentirme acalorada.

Quería acercarme más a él, así que lo hice sin pararme a pensar si era una buena idea. Pero, al cabo de un instante, se irguió como si recuperase el juicio y rápidamente dio un paso atrás para alejarse de mí. Una vez más se metió las manos hasta el fondo de los bolsillos del pantalón y clavó la mirada en sus lustrados zapatos con picados como si fueran lo más fascinante del mundo.

El momento pasó, pero, de alguna manera, sentí que algo había cambiado entre nosotros. En el aire se respiraba una anticipación dulce y electrizante que no había habido hasta entonces. No estaba segura de poder describir con palabras de qué se trataba. Lo único que sabía era que quería sentirlo de nuevo. Quería sentirlo a él. La superficie firme de su ancho pecho bajo mis manos. Sus labios, su respiración cálida y dulce contra mi cuello.

Sacudí la cabeza, tratando de serenarme. Me recordé que era un hombre al que apenas conocía. Que era mi *compañero de piso*.

No funcionó.

—Podría... intentar explicarte mi arte —propuse, más que nada por decir algo. En mi cabeza, la voz de Sam me gritaba: «Mala idea, mala idea», como una sirena dando la señal de alarma. No le hice caso. A decir verdad, en ese momento no me importaba si era una mala idea o no. Tenía el corazón acelerado y la sangre corría caliente por mis venas—. Si quieres.

Él vaciló, sin mirarme todavía. Luego negó con la cabeza.

—Es probable que no sea una buena idea —respondió, haciéndose eco de la voz en mi cabeza—. Sospecho que soy un caso perdido para el arte moderno.

Me daba cuenta de que intentaba poner algo de distancia entre nosotros después de..., bueno, después de lo que fuera que acababa de suceder. Pero yo no quería.

—No he conocido a nadie que lo sea.

Frederick cerró los ojos con un aleteo de pestañas.

—Nunca ha conocido a nadie como yo, señorita Greenberg —respondió con voz casi triste antes de dar media vuelta y salir de mi dormitorio.

Transcurrieron algunos minutos antes de que pudiera recuperar la suficiente compostura como para pensar en frío. Cuando lo hice, me hundi en la cama y escondí la cara entre las manos.

De repente me vinieron a la memoria las palabras de advertencia que Sam había pronunciado el otro día: «Vivir con alguien a quien consideras atractivo nunca acaba bien. O terminas acostándote con esa persona, lo que nueve de cada diez veces es un error colosal, o te vuelves tarumba porque quieres acostarte con ella».

Solté un gruñido.

Bueno, pues por lo visto Sam tenía razón.

Y, ahora, ¿qué puñetas iba a hacer?

OceanofPDF.com

SEIS



Carta del señor Frederick J. Fitzwilliam a la señora Edwina Fitzwilliam con fecha de 26 de octubre

Queridísima señora Fitzwilliam:

Espero que a la presente se encuentre usted de buen ánimo.

Mucho ha cambiado en las dos semanas desde mi última carta. Ahora vivo con una joven, la señorita Cassie Greenberg. Estoy aprendiendo muchísimo sobre arte, cultura del siglo XXI, lenguaje soez y vestimenta por el mero hecho de observarla y hallarme en su presencia de forma muy ocasional. Cada día consigo sentirme más yo mismo y más cómodo en este extraño mundo moderno.

Así pues, se lo suplicaré una vez más: deje de preocuparse tanto por mí. No hay necesidad de que me escriba con tanta frecuencia ni de que pida cuentas una y otra vez de mi estado de salud a Reginald. (Sí, me lo ha contado todo). Me encuentro más sano de mente, cuerpo y espíritu que nunca.

Además, he de insistir en que rompa el compromiso al que llegó con la señorita Jameson en mi nombre. Apenas conozco a dicha mujer y, como bien sabe usted, lo de París tuvo lugar hace más de un siglo. Podría hacerlo yo mismo, pero creo que no solo sería una imprudencia, sino también una injusticia tanto para mí como para la señorita Jameson. Por favor, pídale también que deje de enviarme regalos. Hasta el momento ha hecho caso omiso de mis ruegos, a pesar de que le he devuelto cada uno de ellos sin abrir en cuanto me llegaron.

Pronto volveré a escribirle. Dé recuerdos de mi parte a todos en la propiedad. Espero que el tiempo en Nueva York esté siendo clemente.

Con amor,
Frederick

Ey, Frederick:

¿Te importa si subo la temperatura del apartamento un par de grados? No he querido decirte nada antes porque eres tú quien corre con los gastos, pero en el piso hace un pelín más de frío de lo que estoy acostumbrada. Ni siquiera con tres mantas consigo entrar en calor por las noches.

Cassie

Estimada Cassie:

Te ruego que me disculpes. El frío no me molesta tanto como a otras personas y debería haber imaginado que preferirías vivir en un lugar más cálido. Dime a qué temperatura debería regular el termostato para que estés más cómoda y me encargaré de todo.

Habría preferido que me hubieras avisado antes. Detesto la idea de que hayas estado incómoda desde la mudanza.

FJF

P. D. El dibujo en el que apareces con una parka y manoplas es adorable, aunque me hace sentir aún más ruin por haberte hecho pasar frío tanto tiempo.

Frederick:

Gracias!!! Es que no quería que por mi culpa subiera la factura (por eso no te había dicho nada hasta ahora). ¿Puedo pagarte la diferencia?

(Por cierto, me alegro de que te gustara la caricatura, pero ¿adorable? Si no le dediqué ni cinco minutos. Las manoplas me salieron superamorfas).

Cassie

Cassie:

No te preocupes por la diferencia en la factura. Yo me encargo.

Y si eres capaz de dibujar algo tan primoroso en solo cinco minutos, me atrevo a aventurar que posees un gran talento. Las manoplas amorfas, en especial, me han parecido encantadoras.

FJF

Llevaba recorrida media manzana camino del metro para entrar a mi turno en la biblioteca cuando me di cuenta de que me había olvidado el bloc de dibujo.

Eché un vistazo al móvil. Esa tarde teníamos Noche en el Museo y los niños empezarían a aparecer dentro de cuarenta y cinco minutos. Con la biblioteca llena de críos armados con pinceles me era imposible ponerme a dibujar, pero a esas horas solía haber asientos libres en el vagón, por lo que podía hacerlo durante el trayecto. Había empezado a plantearme qué iba a mandar a la exposición. La conversación sobre mi arte que había tenido la otra noche con Frederick me había dado algo parecido a una idea: crearía una escena pastoral de tipo costumbrista —un campo de margaritas, y quizá un estanque— y luego la subvertiría con algo claramente antipastoral, como un envoltorio de plástico o pajitas de refresco pegadas al lienzo.

Aún era pronto y tenía mucho que pensar antes de estar lista para ponerme a pintar. Pero llevaba el bloc a todas partes por si la inspiración me venía cuando tuviera unos minutos de tiempo libre.

Eran poco más de las seis. Tenía el tiempo justo para volver corriendo a casa, coger el bloc y llegar a la biblioteca a tiempo para la noche de manualidades. Tendría poco margen y era probable que Marcie se molestara un poco conmigo, pero me daría tiempo.

Subí las escaleras que conducían a nuestro apartamento de dos en dos, sin preocuparme del ruido que hacía. No sabía si Frederick andaría por casa, pero a esa hora ya estaría o despierto o fuera. En cualquier caso, no necesitaba tener cuidado de no despertarlo.

El bloc de dibujo estaba donde lo había dejado, sobre la mesa de la cocina, al lado de la nota que le había escrito a Frederick esa misma mañana:

Hola, Frederick: No pararé mucho por casa los próximos días. Esta noche trabajo hasta tarde y mañana ceno en casa de Sam. ¿Podrías sacar la basura tú esta semana?

¡Gracias! La que viene prometo encargarme yo.

Cassie

Al final había dibujado un muñequillo sujetando un cubo de basura por encima de la cabeza. Frederick afirmaba que le gustaban mis dibujitos y sus elogios —expresados con un lenguaje de lo más formal, aunque diría que igualmente sinceros— siempre me provocaban un pequeño vuelco en el estómago.

En el momento en que cogí el bloc vi que había escrito una breve respuesta:

Estimada Cassie:

Sí, puedo sacar yo la basura. No me cuesta ningún trabajo y no tienes por qué preocuparte de «devolverme el favor».

Además, el dibujo es muy bonito ~~(todos tus dibujos son muy bonitos, todo lo relacionado contigo es muy bonito)~~, pero ¿se supone que ese soy yo? Estoy seguro de que nunca sonrío tanto.

Tuyo,

FJF

Había añadido un monigote con el ceño fruncido de manera exagerada y casi tan grande como su cabeza. No pude evitar reírme.

Era un dibujo tontísimo.

Y Frederick era la persona a quien menos le pegaba hacer cosas tontísimas.

O eso pensaba yo, al menos.

Además, ¿cómo que «tuyo, FJF»?

Tuyo.

Eso era nuevo.

No me permití darle vueltas a qué podía significar. Aun así, no pude evitar que una sonrisa se me dibujase en la cara al coger el bloc de dibujo.

Seguía sonriendo cuando abrí el frigorífico para sacar una manzana antes de marcharme a la biblioteca.

Pero cuando vi lo que había dentro, la sonrisa se me petrificó.

Mi cuerpo entero se petrificó.

El tiempo se detuvo.

Cuando pasaron lo que debieron de ser varios minutos contemplando atónita el contenido del frigorífico, empecé a chillar.

El bloc se me cayó de las manos, olvidado. Yo seguía con la mirada clavada en el frigorífico mientras mi mente acelerada trataba de dotar de sentido a lo que estaba viendo.

Debía de haber como mínimo treinta bolsas de sangre, ordenadas en pulcras filas junto a un cuenco de kumquats, mi cartón de zumo de naranja a medias y una caja de pasta precocinada. Cada una de las bolsas llevaba escrito el grupo sanguíneo y la fecha, y la etiqueta con el código de barras que les pegan al extraértela, según recordaba vagamente de cuando alguna vez había ido a donar.

El olor acre y metálico de la sangre impregnaba el aire y a punto estuvo de darme arcadas.

A diferencia de lo que había visto en los centros de donación, no todas las bolsas estaban selladas. Algunas estaban casi vacías, con un par de agujeritos en un extremo. La sangre goteaba de una de ellas y había dejado un pequeño charco rojo, pegajoso y medio seco en la balda intermedia.

Nada de aquello estaba ahí esa misma mañana.

¿Por qué había aparecido *ahora*?

Seguía inmóvil delante del frigorífico abierto, contemplando estupefacta el contenido, cada vez más mareada por el olor de la sangre y el shock por lo que acababa de encontrar, pero demasiado aturdida como para moverme. De repente, oí abrirse la puerta del apartamento y escuché a lo lejos los pesados pasos de Frederick entrando en casa.

—Frederick —lo llamé con voz pastosa—. ¿Qué... *qué* hace todo esto aquí?

Algo muy pesado cayó al suelo. Y entonces oí a Frederick ahogar un grito.

—Ay, *joder*.

Lo miré con la mano todavía agarrada al tirador de la puerta del frigorífico. Abrió los ojos como platos y se mesó el cabello con ambas

manos. A sus pies había un enorme paquete envuelto en papel de regalo rosa chicle y atado con un lazo rosa pálido.

—Por favor, te lo puedo explicar. No... no te pongas histérica.

Me quedé mirándolo boquiabierto.

—No pensaba ponerme histérica hasta que lo has mencionado tú.

—No... —escondió la cara entre las manos— no tendrías que haber visto nada de esto. Me dijiste que ibas a pasar la noche fuera. Pensaba...

—Frederick.

—*Nada de esto* debería haber sucedido así.

Esperé a que continuara, a que me explicara por qué acababa de encontrar bolsas de sangre en el sitio exacto en el que guardaba el desayuno. Cuando se limitó a seguir inmóvil, mirándome con la boca abierta como un pez fuera del agua, cerré los ojos y dejé que la puerta del frigorífico se cerrara sola.

Conté con lentitud hasta diez, respirando hondo por la nariz para tratar de calmarme.

—Frederick... —comencé.

—¿Has conseguido algo de 0 negativo hoy, Freddie? Me muero de hambre —se oyó gritar a una voz masculina desde el pasillo; las palabras me resultaron tan difíciles de procesar que el resto de lo que estaba a punto de decir se me esfumó de la garganta.

Al cabo de un momento, un tipo de pelo rubio oscuro, con un aspecto que me resultaba vagamente familiar, entró en el apartamento como si fuera suyo, con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros. Llevaba una camiseta negra que decía esta es la pinta que tiene un clarinetista y le tiraba un poco del pecho.

De pronto me di cuenta de dónde lo había visto antes.

Era el rarito de la gabardina y el fedora que me había estado estudiando en Gossamer's la otra noche.

Me quedé pillada por lo que acababa de decir.

«¿Has conseguido algo de 0 negativo hoy, Freddie? Me muero de hambre».

Traté de entender lo que había oído, pero a mi cerebro le costaba funcionar, era como si procesara la información a la mitad de la velocidad normal.

No tenía idea de *quién* era el tipo de la cafetería o qué hacía ahí. Él, sin embargo, me reconoció de inmediato.

—Ey, Cassie Greenberg. —Su voz sonó sorprendida por verme, pero no molesta por ello. Me sonrió de oreja a oreja, mostrándome unos dientes rectos y de un blanco reluciente, y me tendió la mano. Al cabo de un incómodo instante me di cuenta de que quería estrechármela. Lentamente, como si atravesara un sueño, le di la mía.

Fue como tocar un bloque de hielo.

—Soy Reggie —dijo sin dejar de sonreír—. Nos conocimos la otra noche en la cafetería. —Se detuvo—. Bueno, nos conocimos *más o menos*.

Conque *Reggie*.

¿Este era el «Reginald» que Frederick había mencionado varias veces de pasada? Me sacudió un par de veces la mano con rapidez antes de soltármela.

Mi mirada alternó entre él y Frederick varias veces —quien, por su parte, parecía querer que se abriera la tierra y se lo tragase enterito—, tratando de entender qué pasaba.

—Ya le dije a Freddie que tenía que contarte la verdad. —Reggie le dio un codazo amistoso en las costillas—. Pero, por tu cara, entiendo que no me ha hecho caso.

Volvió a darle un codazo en las costillas, con más fuerza esta vez. Pero era evidente que Frederick lo estaba ignorando. Tenía los ojos clavados en los míos, suplicándome sin palabras que entendiera... algo.

—Señorita Greenberg —digo, con voz desesperada—. Cassie —se corrigió.

—¿Cuál es esa verdad que tenías que contarme, Frederick?

Mi instinto me decía que no debía fiarme lo más mínimo de Reggie, o *Reginald*. Pero la desesperación que advertí en Frederick confirmaba que

tenía razón al menos en una cosa: había muchísimas cosas que no me había contado.

—¡Suéltalo, Freddie! —lo animó Reggie con una palmada en la espalda.

—Márchate —murmuró Frederick con tono mortífero—. Ahora.

—Dame un minutito —respondió Reggie con soniquete—. Hacía tiempo que no disfrutaba de un espectáculo tan bueno.

Entró hasta el centro del salón, rodeó a Frederick y el enorme paquete envuelto que tenía a sus pies y entró directamente en la cocina, donde yo seguía como un pasmarote, junto al frigorífico de las pesadillas.

—Creo que voy a tomarme un aperitivo antes de irme —me susurró al oído en tono conspiratorio. Abrió el frigorífico con ademán teatral y sacó varias bolsas de plástico llenas de sangre.

Abrí los ojos como platos.

Reggie me guiñó un ojo y mordió una de las bolsas con lo que me parecieron unos colmillos afiladísimos.

Mientras contemplaba cómo se bebía la bolsa —que vació en segundos y dejó prácticamente seca— y luego la tiraba a la basura antes de repetir el proceso con una segunda, sentí que la cocina empezaba a dar vueltas. Nunca había sido una persona demasiado aprensiva, pero también era cierto que ninguna de mis experiencias vitales me había preparado para lo que estaba viendo en ese momento.

—Reginald —gruñó Frederick con tono amenazante—. Que te marches. Ya.

El hombre hizo un mohín.

—¡Pero si acabo de llegar! Íbamos a montarnos una fiestecita antes de que volviera tu compañera de piso.

—*Reginald*.

—*Freddie*. —Reginald puso los ojos en blanco—. No te pongas en ese plan, ¡pero si tienes tanta hambre como yo! ¿Es que no quieres un tentempié?

Sin esperar respuesta, sacó otra bolsa del frigorífico y se la arrojó a Frederick, que la atrapó al vuelo sin problemas.

Al ver a Frederick —mi compañero, que pasaba la noche fuera por motivos desconocidos y dormía durante el día, que llevaba un traje vintage y hablaba como si hubiera venido de otra época—, con una bolsa de sangre en la mano...

La última pieza del rompecabezas terminó por encajar.

Sabía con exactitud qué era lo que no me estaba contando.

—Frederick... —dije, al tiempo que notaba tambalearse el suelo bajo mis pies.

¿Cómo podía ser *real* nada de aquello?

Él se aclaró la garganta.

—Entiendo que debería haberte revelado ciertos... aspectos muy específicos sobre mí.

Seguía con la mirada clavada en Reginald, pero era evidente que hablaba conmigo. Al menos tenía la decencia de sonar avergonzado. Lo cual..., en fin. Vale. Estaba bastante segura de que me había estado mintiendo a la cara sobre un montón de cosas importantes desde que lo había conocido.

Que se sintiera mal al respecto, desde luego, era un buen comienzo.

—Continúa —le dije.

—No... no soy lo que tú crees.

Se me escapó una carcajada por la nariz.

—No me digas. —Mis palabras sonaron mucho más frías de lo que pretendía. Pero, a ver, ¿es que se pensaba que era idiota?—. ¿Qué *eres*, entonces?

Aunque yo ya lo sabía. Había que ser bastante lentito para encontrarse las reservas de sangre de un compañero de piso y ver a su amigo beberse parte de ellas como si fuera algo de lo más cotidiano y no darse cuenta al instante de ciertas verdades de lo más incómodas.

Sin embargo, quería oírse lo decir a él. Después de toda una vida pensando que la gente como Frederick solo existía en las novelas para adolescentes y las pelis de miedo antiguas, era la única forma de que creyera lo que había visto con mis propios ojos.

Frederick suspiró y se pasó la mano por la cara, tan perfecta. Se mordió el labio, vacilante... Y, no, en absoluto me sentí atraída sin remedio por el modo en que los blancos dientes le comprimieron la suave y turgente carne del labio inferior. Se acabó lo de fantasear con mi compañero de piso, que estaba tan bueno que hasta daba rabia mirarlo. Esa fase de mi vida estaba cien por cien *superada*.

—Soy un vampiro, Cassie.

Su voz sonó baja, pero sus palabras me golpearon con la fuerza de un huracán. Sí, ya había adivinado la verdad, pero el peso de su confesión me hizo tambalear.

De repente sentí como si hubieran extraído todo el oxígeno de la habitación.

Tenía que salir de allí.

Pero ya.

Sam y Scott me acogerían. No iba a ser fácil convencerlos de que mi compañero de piso era un vampiro, pero...

No. Iba a ser imposible convencerlos de que mi compañero de piso era un vampiro. Sam era abogado, y Scott, profesor universitario. ¡Pero si ni entre los dos reunían la imaginación suficiente como para cambiar una bombilla! Yo siempre había sido la amiga excéntrica. La que organizaba fiestas de despedida de soltero brutales y coleccionaba crisis existenciales como si fueran Pokémon, pero que la cagaba una y otra vez en las áreas más importantes de su vida.

Si les contaba la verdad, era probable que pensasen que se me había ido la cabeza.

Pero no importaba. Verían que estaba desesperada en cuanto me presentase en su casa de madrugada y sin avisar. Y me acogerían.

Tuve que reírme por lo estúpida que había sido. Había empezado a tener sentimientos por Frederick ¡mientras él esperaba la oportunidad perfecta para morderme el cuello!

—Cassie —dijo Frederick con expresión aterrada—, puedo explicártelo.

—Creo que acabas de hacerlo.

—No. Te he proporcionado cierta información que debería haber compartido contigo desde el principio, pero...

—Y que lo digas —resoplé.

Avergonzado, clavó la vista en el suelo.

—Aun así, me gustaría tener la oportunidad de explicártelo todo. Si me lo permites.

Pero yo ya estaba acercándome a la puerta de entrada.

—¿Qué hay que explicar? Eres un vampiro. Estabas acechándome, esperando la oportunidad para abalanzarte sobre mí, clavarme los colmillos en el cuello y beberte mi sangre.

—No —respondió Frederick con rotundidad al tiempo que negaba con la cabeza—. Nunca he tenido intención de hacerte daño.

—¿Por qué iba a creerte?

Se detuvo y sopesó mi pregunta.

—Me doy cuenta de que no te he dado demasiados motivos para confiar en mí. Pero, en serio, Cassie. Si hubiera querido alimentarme de ti, ¿no crees que lo habría hecho ya?

Lo fulminé con la mirada.

—¿Y con eso se supone que vas a tranquilizarme?

Frederick se estremeció.

—En... mi cabeza sonaba mejor —admitió—. Pero, por favor, créeme cuando te digo que, a todos los efectos, llevo más de doscientos años sin alimentarme de un humano vivo.

«Más de doscientos años».

Cuando tomé conciencia del alcance de lo que me estaba diciendo, la cocina empezó a dar vueltas de nuevo.

Frederick no solo era un vampiro.

También tenía un montón de años, pero *muchísimos*.

—Yo no puedo con esto —musité. Tenía que salir de allí—. Me marchó.

—Cassie...

—Que me marchó —repetí mientras salía tambaleándome de la cocina—. Tira todas mis cosas si quieres. Me da igual.

—Cassie. —La voz de Frederick sonó llena de dolor—. Por favor, deja que te lo explique. Necesito tu ayuda.

Pero, para cuando pronunció aquello, yo ya estaba abriendo la puerta del apartamento y corriendo escaleras abajo, con el corazón latiéndome con fuerza en los oídos.

OceanofPDF.com

SIETE



Mensajes de texto entre el señor Frederick J.
Fitzwilliam y el señor Reginald R. Cleaves

Ey Freddie

Estás bien?

No. Estoy de todo menos bien.

La mujer que esperaba que me enseñase
cómo vivir en el mundo moderno ha huido
por tu culpa.

¿Cómo se te ocurre comportarte de
semejante modo delante de mi compañera de
piso?

Tenía que saber la verdad

Aún estaba valorando cómo contárselo.

Es humana

No haberle dicho que eras un vampiro
desde el primer momento fue una
gilipollez

No sé qué es «gilipollez».

Te estoy insultando

Bueno, supongo que, en tal caso, me lo
tengo bastante merecido.

Por qué no se lo dijiste antes?

No es tan sencillo.

Tú crees?

Sí.

lol

Cassie también usa «lol» en algunas de
nuestras notas, pero no sé qué significa.

Espera

Que Cassie y tú os dejáis notas?

Además desde cuándo la llamas Cassie en
vez de señorita Greenberg?

La llamo Cassie porque así me lo pidió
ella.

Y sí, nos dejamos notas.

Al fin y al cabo, somos compañeros de
piso.

O más bien lo éramos.

También os enviáis mensajes?

A veces.

Pero si los ODIAS

Eso es cierto.

A mí nunca me contestas
a menos que estés atravesando una crisis

Cierto. Pero tú eres un imbécil.

Con cuánta frecuencia os escribís?

No llevo la cuenta de esas cosas.

Nuestra forma de comunicación habitual
consiste en dejarnos notas en la mesa de
la cocina. De ese modo, no necesito usar
este dispositivo del averno para
comunicarme con ella.

A veces me hace dibujos en las notas.

Son muy bonitos.

Es una artista de gran talento.

De hecho, destaca en un gran número de
áreas.

No me lo puedo creer

¿Qué no te puedes creer?

Que te pone tontísimo

¡¿Qué dices, imbécil?! ¡¿Cómo te
atreves?!

Qué????

Oh. No, lol

Que es una forma de hablar, tío

Significa que tienes sentimientos hacia
ella

Ah.

Entiendo.

Aun así, te equivocas.

Lol. Claro que sí

Escucha. Cuánto tiempo hace que te
conozco?

Me echo a temblar solo de pensarlo.

ALGUNA VEZ habías hablado con una mujer
más de una vez al mes?

No. Pero tampoco había convivido nunca
con una.

Cuando te pones a pensar en que Cassie no
va a seguir viviendo contigo, qué
sientes?

Cuando pienso que Cassie jamás volverá a
mi lado, me embarga la tristeza.

Desde que sé que no volveré a ver su
rostro, ya no me ilusiona despertarme
cada noche.

Así que estás colado, eso es lo que te
pasa

En absoluto. NO estoy «colado».

Solo me gustan sus dibujos.

Y toda ella.

Oh, me lo voy a pasar que flipas

Sam vivía en una zona de la ciudad muy popular entre los profesionales jóvenes que tenían perritos pura raza de esos diminutos y que trabajaban sesenta horas a la semana en el Loop.

Visitar a Sam y a Scott en el apartamento que tenían en la segunda planta de un edificio adosado me hacía acordarme del tremendo fracaso que había

sufrido en la mayoría de los aspectos de mi vida. Y quedarme con ellos después de huir del piso de Frederick se me hacía de lo más raro.

Por un lado, tener que compartir un baño pequeño con dos tíos —aun cuando fueran tan limpios y ordenados como ellos— no era lo ideal. No tenía tiempo suficiente para mí por las mañanas y, como eran mucho más peludos que yo, el desagüe de la bañera era un veinticinco por ciento más asqueroso de lo estrictamente necesario. Por otro, sus gatos, Sophie y Moony, aunque eran adorables, le habían cogido el gusto a caminar por encima de mí de noche, mientras yo hacía esfuerzos por conciliar el sueño en el sofá del salón.

Además, Sam y Scott estaban, en todos los sentidos, recién casados. Y por desgracia las paredes del apartamento eran muy delgadas. Sam hacía *mucho* ruido. Acampar en el salón era como tener un asiento en primera fila para asistir a sus sesiones de sexo nocturno, un castigo que no se merecía nadie. Y yo, que era la mejor amiga de Sam desde sexto, la que menos.

Por muy terrible que fuese convivir con un vampiro que me había ocultado que lo era, vivir con unos recién casados —aunque solo fuera dos días— podía ser peor.

—Buenos días —me saludó Sam con un bostezo al salir del dormitorio.

Llevaba un chupetón enorme en el cuello. Estaba casi segura de haber oído cada segundo del proceso durante el cual Scott se lo había hecho la noche anterior. Ay, ojalá no hubiera sido así.

—Buenos días.

Aparté la colcha bajo la que había dormido y me restregué los ojos. Estaba agotada. Entre todo el sexo que había tenido lugar en la habitación de al lado, la querencia de Moony por dejarme suaves pelitos blancos en la almohada y los bultos del sofá de Sam, llevaba dos noches sin pegar ojo. Pero no quería que mi amigo se enterase. Puede que el alojamiento tuviera varios aspectos mejorables, pero Scott y él me estaban haciendo un favor enorme.

Y, cuando me había presentado en su casa hacía dos noches, ninguno de ellos me acribilló a preguntas para saber el motivo. Y eso era de agradecer.

Sam sacó la caja de avena del armario y, de espaldas, me preguntó:

—¿Qué planes tienes para hoy?

No sabía si era un comentario pasivo-agresivo por seguir durmiendo en su sofá dos días después de haberme presentado allí sin dar explicaciones y con las manos vacías. Pero era la sensación que me daba. Dentro de una hora se marcharía con su camisa y su pantalón de pinzas, listo para una nueva jornada siendo asociado en su bufete, mientras yo seguiría medio sin techo y con tanta incertidumbre sobre mi futuro inmediato como siempre.

Aparté la mirada y me puse a jugar nerviosa con los flecos de la colcha, que todavía me cubría las piernas.

—Hoy voy a ir al centro de reciclaje.

En cualquier caso, mi afirmación contenía una parte de verdad. Sam no tenía por qué enterarse del resto: que, antes de ir al centro de reciclaje, tenía previsto ver un par de episodios de *Buffy, cazavampiros* para documentarme, o al menos eso me dije a mí misma. Lo más probable es que la serie tuviera un montón de imprecisiones sobre el mundo de los vampiros, pero después de haberme pasado dos días procesando lo que había sucedido con Frederick, el pánico respecto a la situación comenzaba a desvanecerse. Y mi curiosidad a incrementarse.

¿Cómo era ser un inmortal que bebe sangre humana? ¿Le latía el corazón a Frederick? ¿Qué reglas regían el modo en que vivía, comía... y moría? No es que fuera gran cosa, pero a falta de contacto con Frederick, *Buffy* era la única gurú a mi disposición. Y mostraba a los vampiros con mayor rigor que *Crepúsculo* o esas viejas novelas de Anne Rice, ¿verdad? Además, como serie era entretenida.

Que *Buffy* también incorporara relaciones románticas entre humanos y vampiros no influía en absoluto en mi interés, para nada. Ni tampoco el hecho de que no hubiera sido capaz de quitarme de la cabeza los ojos suplicantes de Frederick, o sus afirmaciones de que jamás me haría daño, desde la mañana en que me había despertado en el sofá de Sam.

—Así que al centro de reciclaje, ¿eh? —Sam seguía de espaldas mientras buscaba una cazuela por los armarios.

—Sí —respondí—. Tengo que darle caña a la obra que presentaré para la exposición.

Desde que dejé el apartamento de Frederick, la idea de representar una escena pastoral que incorporase pedazos de plástico desechado había empezado a tomar forma en mi mente. Pero aún tenía que pensar varios detalles específicos. ¿Qué colores funcionarían mejor para el caserón en ruinas que iba a pintar? ¿La pradera delante de la casa era mejor que diera a un lago o a un arroyo?

¿Qué le iría mejor a la parte subversiva del proyecto: pajitas de refresco o envoltorios de barritas de chocolate? ¿O quizá una combinación de ambas?

Esperaba llegar a alguna conclusión esa tarde, en el centro de reciclaje. Las mejores ideas siempre se me ocurrían en el vertedero.

La sonrisa de Sam transmitía ánimos y calidez.

—Me alegro mucho de que te hayas lanzado a este proyecto, Cassie.

—Yo también. —Era la verdad—. No hay forma de saber si la exposición aceptará mi obra, pero es agradable volver a trabajar pensando en un gran proyecto.

Sam se adentró en el salón mientras se comía las gachas.

—Por cierto —dijo, fingiendo despreocupación—. Anoche alguien metió una carta para ti por debajo de la puerta.

Alcé la mirada hacia él, sorprendida.

—¿En serio?

—La he visto tan elegante que, al principio, he pensado que te estaban convocando a una audiencia con el rey de Inglaterra —señaló al tiempo que me miraba y enarcaba una ceja—, pero luego me he acordado de que ese tipo de invitaciones no suelen colarlas por debajo de la puerta en mitad de la noche.

Levantó un sobre que no le había visto llevar al salón y lo dejó encima de la mesita de centro.

Me quedé sin aliento.

Era de Frederick: un sobre cuadrado de color blanco roto, idéntico a los que usaba en todas las notas que me había dirigido. Pero, aunque hubiera usado papel de cuaderno normal, habría reconocido de inmediato que la carta era suya. Había escrito en el anverso «señorita Cassie Greenberg» con su letra elegante de siempre y la misma tinta azul que usaba en toda nuestra correspondencia.

El sobre estaba sellado con el lacre rojo sangre que tan bien conocía.

FJF

Antes de conocer a Frederick, ni siquiera sabía que seguían existiendo los lacres. Me di cuenta de que todo lo relativo a ese hombre era un anacronismo. Algo fuera de lugar. Completamente de otra época.

¿Cuántas pistas más se me habían escapado sobre quién y qué era en realidad?

Sam fingió redirigir la atención a las gachas, pero noté sus ojos sobre mí mientras deslizaba el dedo por debajo del lacre para romperlo. Mi amigo sentía curiosidad por la carta, pero yo aún no había tenido el valor de contarle la verdad sobre Frederick o el motivo por el que me había instalado en su apartamento. No me veía con energía suficiente para abordar el tema.

Me armé de valor para sacar del sobre aquel rígido papel blanco roto y empecé a leer.

Estimada Cassie:

Espero que a la presente te encuentres bien.

Te escribo para hacerte saber que tus pertenencias siguen justo donde las dejaste. Cuando emprendiste tu huida, dijiste que podía deshacerme de todo lo que dejabas atrás. Dicho esto, sospecho que lo que hay en mi casa constituye la mayor parte de tus posesiones materiales. También sospecho que tus palabras fueron fruto del miedo y la confusión del momento, y que, de hecho, querías que te devolviera tus cosas.

Si no recibo respuesta a esta carta de aquí a una semana, entenderé que realmente no quieres que lo haga, por lo que le pediré a Gerald que las done a alguna organización benéfica. (Gerald es la persona que se encarga del reciclaje en el edificio. Ayer hablé con él por primera vez. ¿Sabías que lleva veintidós años trabajando para el departamento de limpieza de la ciudad y que tiene dos hijos ya adultos? Porque yo no, pero es probable que tú ya tuvieras constancia, puesto que durante las dos semanas que vivimos juntos te encargaste de sacar la basura reciclable y eres una persona cordial y afable con todo el mundo).

Por favor, hazme saber a la mayor brevedad si deseas que te devuelva tus pertenencias. Incluso puedo organizarme para que puedas pasar a recogerlas sin tener que interactuar conmigo, si es eso lo que quieres.

A pesar de cómo hemos acabado, deseo que sepas que ha sido un verdadero placer conocerte y ser tu compañero de piso durante el breve periodo en que hemos convivido. Siento mucho haberte incomodado y asustado con mi falta de claridad y mis acciones.

Tuyo,
Frederick

Tragué el nudo que tenía en la garganta y leí lo que me había escrito una segunda vez.

«Tuyo, Frederick».

Era tan... sincero.

Y considerado. Más allá del cumplido que me había dedicado —«eres una persona cordial y afable con todo el mundo»—, me comprendía hasta el punto de saber que, una vez superado el ataque de pánico, era probable que quisiera mis cosas de vuelta.

Sin que él anduviera por allí.

La vulnerabilidad que Frederick debía de sentir saltaba a la vista. Y, a pesar de ello, se notaba que había hecho todo lo posible por ocultarla. Recordé la noche en que había hecho tantos esfuerzos por entender mi arte. Pensándolo ahora, era lógico que para él no tuviera sentido. ¡Si tenía cientos de años! Pero lo había intentado igualmente y me había escuchado con atención mientras se lo explicaba, y todo porque era algo importante para mí.

Tal vez Frederick dijera la verdad cuando afirmó que jamás había tenido intención de hacerme daño. Me parecía cada vez más probable. Puede que técnicamente no estuviera vivo —y, sí, que fuera un vampiro—, pero también era...

Amable.

Y considerado.

Era posible que hubiera fingido todo aquello para embaucarme, pero pensando con distancia en lo sucedido la otra noche, no creía que fuera así.

—¿Tienes previsto contarme qué pasa? —La voz cortante de Sam interrumpió mis pensamientos.

Me mordí el labio y aparté la mirada.

—¿Qué quieres decir?

Sam dejó el cuenco de gachas en la mesita y adoptó lo que Scott y yo llamábamos en secreto su postura de «Sam, abogado»: sentado, se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre las rodillas. Lo conocía tan bien después de tantos años que ya me imaginaba lo que me esperaba.

—La otra noche apareciste en nuestro apartamento sin ninguna de tus cosas, sin avisar y sin dar explicaciones —empezó por decir—. Parecía que acabaras de ver un fantasma. Ahora mismo estás igual, sin parar de leer una carta que parece que hayan escrito con pluma y tintero.

Me llevé la carta al pecho en un acto reflejo.

—Esta carta es privada.

Sam puso los ojos en blanco.

—Estás en mi salón, Cass, literalmente. Y no has respondido a mi pregunta, ¿qué pasa?

Me detuve y traté de pensar cómo responder para que en la mente de Sam no saltaran más alarmas.

—La carta es de Frederick —le expliqué con sumo cuidado—. Quiere devolverme mis cosas, pero yo... —Incapaz de acabar la frase, respiré hondo—. Creo que necesito hablar con él. Puede que me precipitase al irme de casa.

Sam se puso en pie con brusquedad.

—Pero ¿qué dices?

—Lo que has oído.

—Cassie —dijo Sam—, la otra noche, cuando llegaste corriendo, estabas aterrorizada. Ahora te manda una carta ¿y ya quieres volver con él? —Negó con la cabeza—. Parece una práctica de la universidad para enseñarles a los abogados cómo solicitar una orden de alejamiento contra una pareja abusadora.

El corazón se me subió a la garganta.

—No es eso.

—¿No?

—No. —Negué con la cabeza—. Frederick no ha hecho nada malo. Es un compañero de piso estupendo. Es solo que nos... —Jo. ¿Cómo podía a explicarle la situación de una forma lógica?

Sam me apoyó la mano en el hombro con gesto cariñoso y tranquilizador. «Sam, abogado» ya se había ido y su sitio lo ocupó «Sam, consejero de vida». Con él también había coincidido bastante a lo largo de los años.

—Deja que te ayudemos a buscar otro sitio al que mudarte, Cass. Es evidente que la convivencia con Frederick no ha funcionado. Y, aunque puedes quedarte con nosotros todo el tiempo que necesites, entiendo que en algún momento querrás dejar de dormir en nuestro sofá.

Dudé. Lo inteligente, por supuesto, era intentar buscarme otro sitio. Es lo que habría hecho cualquier persona sensata y racional tras descubrir que su compañero de piso buenorro era un vampiro.

Pero a mí nadie me había acusado jamás de ser sensata o racional.

Y ahora, después de haber tenido tiempo para reflexionar, creía que Frederick decía la verdad al afirmar que jamás me haría daño.

Pensé que básicamente yo también le había mentado al decirle en mi primer correo que era profesora de Arte. Cuando me presenté como candidata y cuando me trasladé quería dar la mejor imagen posible. Quería que me *eligiera*.

¿De verdad podía echarle en cara que él también quisiera ocultarle a su nueva compañera de piso los aspectos más desagradables de su vida y los rasgos más indeseables de su personalidad? Vale, sí, en conjunto, ser un vampiro era mucho más grave que exagerar una trayectoria laboral. Pero en aquel momento creo que entendí los motivos que lo habían llevado a hacer lo que hizo.

—Necesito hablar con él antes de tomar una decisión —le dije a Sam—. Cuando me marché, me dijo que... quería explicarme algunas cosas. Me fui sin darle la oportunidad de hacerlo.

El sonido del agua corriendo llegó hasta nosotros desde el cuarto de baño. Scott también acababa de levantarse. Muy pronto, Sam y él se marcharían a la oficina.

—¿Y ahora quieres darle esa oportunidad? —preguntó Sam con voz suave.

Asentí.

—Hay ciertas cosas que debo aclarar con él.

—Esto no me gusta nada. —Sam me miraba con fijeza, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Y me apuesto algo a que si me contaras todo lo sucedido me gustaría aún menos.

Era probable que ahí tuviera razón.

Le di un rápido beso en la mejilla para distraerlo antes de coger el teléfono y enfilar hacia la puerta de entrada.

—Voy a llamarlo un momento y luego a hacer unos recados. Vuelvo en un rato.

—¿No vas a llamarlo desde aquí?

—No —respondí, tratando de ignorar el tono de alarma que parecía teñir la voz de Sam. Sería imposible ocultarle lo de Frederick si mantenía esa conversación delante de él. Me puse las deportivas que había dejado junto a la puerta—. Quiero ir a dar un paseo y así estiro las piernas mientras hablo.

—Pero si tú odias hacer ejercicio.

Ahí también tenía razón. Esta vez, el tono de preocupación en la voz de Sam era inconfundible.

—Vuelvo enseguida —le prometí una vez más antes de irme.

Decidí llamar a Frederick desde el centro de reciclaje de la zona sur.

Es verdad que allí había mucho ruido, pero necesitaba hacer la llamada desde un lugar que me transmitiera confianza y fortaleza. Solo iba a volver a casa de Frederick si sentía que podía lidiar con ello y que me beneficiaba *a mí*. ¿Qué mejor forma de recordarme que la llamada suponía tomar medidas de verdad para mejorar mi situación que hacerlo mientras trabajaba en mi arte?

Pero para cuando llegué a la parada de metro del centro de reciclaje, no aguantaba más de los nervios. Entré en una tienda de donuts que tenía un neón brillante sobre la puerta que decía donuts recién hechos. Dentro hacía un calorcito maravilloso y me recibió el delicioso olor a glaseado.

Me encaminé hasta una mesa cerca del fondo mientras me prometí que si era capaz de concluir esa llamada luego me comería un donut bañado en chocolate.

Saqué el aparato del bolso, me recordé que podía hacerlo y le envié un mensaje.

Hola, Frederick.

Soy Cassie.

Te puedo llamar?

Frederick —que odiaba los mensajes de texto y que, en cualquier caso, debería haber estado durmiendo a esa hora— respondió de inmediato. Como si hubiera estado ahí sentado todo el tiempo, con el móvil en la mano, esperando a que me pusiera en contacto con él.

Sí.

Estoy disponible si tú lo estás.

Marqué su número. Contestó al primer tono.

—¿Cassie? —El rayo de esperanza que había en su voz cálida y sonora resultó evidente.

Hice caso omiso del correspondiente vuelco que sentí en el pecho.

—Sí —respondí—. Soy yo.

—Qué sorpresa. Me preocupaba no volver a saber de ti.

—La verdad es que para mí también es una sorpresa —admití—. Hasta hace unos minutos también creía que no volverías a saber de mí.

Se produjo un largo silencio.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

Frederick debía de estar con alguien, porque oí decir algo al otro lado que no acabé de entender.

—Calla, *imbécil* —murmuró Frederick. Y al instante añadió—: Oh, Cassie, discúlpame. Eso... no iba por ti.

Me tapé la boca para ahogar una carcajada.

—¿Quién está ahí contigo? ¿Reginald?

—¿Quién si no? —Suspiró. Sonaba agotado—. Por desgracia.

—Creía que lo odiabas.

—Y lo odio. —Se oyó un nuevo murmullo por parte de Reginald que no logré entender del todo, seguido de una carcajada estruendosa y un fuerte «¡ay!». ¿Frederick le había pegado? La sola idea era tan ridícula que estuve a punto de volver a reírme.

—Ya veo —dije.

—Sí —respondió con resignación—. Pero mucho me temo que mis opciones en cuanto a compañía están limitadas.

Tamborileé con los pies sobre el suelo mientras me sobrevénía una oleada de culpa irracional. La campanilla sobre la puerta de la tienda tintineó al entrar un bullicioso grupo de clientes. Sus risas se extendieron por el pequeño espacio conforme me armaba de valor para decir lo que tenía en mente.

—Bueno, con respecto a nuestra situación.

Una pausa.

—¿Sí?

Respiré hondo.

—La otra noche, después de que tú..., antes de que yo huyera, dijiste que podías explicármelo.

—Sí.

—¿Todavía quieres hacerlo? —El corazón me latía desbocado. ¿De verdad estaba haciendo esto?

Cuando Frederick volvió a hablar, su voz sonó tranquila, reservada.

—Sí, quiero. —Entonces, al cabo de otro largo instante, añadió—: Pero solo si estás dispuesta a escuchar lo que tengo que decir. No te obligaré a aceptar lo que voy a contarte ni a aceptarme a mí.

Volví a respirar hondo.

—Me gustaría oírla.

—Maravilloso. Pero ¿me permites preguntarte qué te ha hecho cambiar de opinión?

El tono esperanzado en su voz me dejó sin aliento. ¿Cómo podía responderle? ¿Debía decirle la verdad? ¿Que pensaba en él más de lo que probablemente fuera recomendable desde que me había ido, tanto como para empezar a investigar por mi cuenta sobre los vampiros? ¿Que la carta que me había enviado era una de las más dulces que hubiera recibido jamás?

No. Aún no estaba lista para hacerlo.

Así que le ofrecí parte de la verdad.

—Me siento mal por haberme marchado sin darte una oportunidad para explicarte cuando era evidente que tenías más cosas que decir. Y ahora creo que fuiste sincero al decirme que no me harías daño.

—Yo *nunca* te haré daño —reafirmó enérgico—. *Nunca*.

Tragué saliva para deshacer el nudo que notaba en la garganta, sin saber cómo gestionar la emoción que le notaba en la voz.

—Te creo —respondí—. Pero tengo muchas preguntas.

—Por supuesto. Entiendo que es mucho que procesar para un humano. Estaré en casa esta noche. ¿Te importaría venir y que lo hablemos?

—No. —Necesitábamos vernos en algún sitio que fuera neutral. No estaba del todo segura de cuál iba a ser mi siguiente paso, pero no quería que lo alucinante que resultaba su apartamento o la innegable atracción que sentía por Frederick condicionaran mi decisión. Además, si me equivocaba de parte a parte y Frederick me la estaba jugando con lo de comerme, quería que nos viéramos en un lugar público—. ¿Qué tal si quedamos en Gossamer's?

—¿Gossamer's?

—Es la cafetería en la que trabajo. Ahora te envío la dirección.

—Me parece bien. ¿A qué hora?

Tragué saliva. Ya no había marcha atrás.

—¿Esta noche a las ocho?

—Perfecto. —Una pausa—. Estoy deseando volver a verte, Cassie.

Su voz sonaba dulce y sincera. Traté de no hacer caso del vuelco que me dio el estómago, pero la verdad es que no lo conseguí.

—Yo también —respondí, y era verdad.

OCHO



Carta de la señora Edwina Fitzwilliam al señor Frederick J. Fitzwilliam con fecha de 29 de octubre

Mi queridísimo Frederick:

Acabo de recibir tu última carta. Leerla no ha hecho sino redoblar mi preocupación. Tu decisión de continuar en Chicago y poner tu seguridad en manos de un canalla como Reginald y una joven humana es cuando menos cuestionable y, por encima de todo, PELIGROSA. ¡Este grado de insensatez NO ES NADA PROPIO del Frederick de antaño!

Me temo que esta no es sino una nueva demostración de que tu salud mental se ha visto mermada por el siglo de letargo.

Sería una falta a mis deberes como miembro más antiguo de nuestro clan —y como alguien que se preocupa por ti, A PESAR de lo que hemos pasado— permitirte anular el compromiso de nuestra familia con los Jameson. Si la señorita Jameson te envía regalos, ¡digo yo que será algo BUENO! Es señal de la constancia en su afecto por ti a pesar de tus reiterados desplantes. DEBES abrir sus regalos y debes enviarle TÚ alguno como signo de la buena voluntad que une desde hace tanto tiempo a las dos familias.

No continúes dándome estos disgustos, Frederick.

Tuya,
Madre

Ey Freddie

Qué pasa con los paquetes estos

Son de Esmeralda Jameson.

No los quiero.

Sigue mandándote movidas?

Sí.

Le he pedido que deje de hacerlo, pero en
vano.

Madre se niega a intervenir.

Piensa que es algo BUENO.

Y por eso me los das a mí?

Aquellos que creo que te gustarán, sí.

Uno de los dos podría aprovecharlos.

Y qué hago yo con un cuadro a punto de
cruz que dice «Hogar, dulce hogar» y que
han bordado con lo que huele y sabe a
tripas humanas, Freddie?

Por qué crees que iba a quererlo yo

Pensé que haría juego con la decoración
de tu casa, Reginald.

Vale, pues ahí llevas razón

Frederick ya estaba sentado en una mesa del fondo cuando llegué a Gossamer's, observando a su alrededor con la estupefacción maravillada que podría esperarse de un turista de visita en un país exótico en la otra punta del planeta.

Su aspecto siempre resultaba atractivo, pero incluso para sus estándares ese día estaba para mojar pan. Un único mechón oscuro le caía con gracia sobre la frente, como si hubiera salido tal cual de las páginas de una de sus novelas de la Regencia. Al verlo erguido como un palo en la silla, con su traje de tres piezas, que le quedaba como un guante, empecé a dudar si vernos en un sitio público al final había sido una buena idea. Porque el resto de la gente también se estaba percatando de lo guapo que era. Había dos mujeres con sudaderas de la Universidad del Noroeste bebiendo café en la mesa de al lado que no dejaban de lanzarle miraditas.

Un extraño sentimiento posesivo, que no había experimentado hasta entonces y que no me gustaba ni un pelo, se apoderó de mí.

¿Y si una de esas mujeres se ponía a ligar con él?

Me choqué con su mesa al pasar al lado, pero me dije que había sido un mero accidente.

Frederick me sostuvo la mirada mientras me aproximaba. Tenía unas pestañas densas y largas que ya habrían querido para sí muchas mujeres.

A decir verdad, se me hacía rarísimo verlo ahí. Era la primera vez que interactuábamos fuera del apartamento y hasta ahora no me había percatado de lo mucho que había empezado a considerarlo parte del lujoso entorno en que vivía. Verlo sacado de él me chirriaba tanto como cruzarme con un flamenco en el metro.

Me recorrió con la mirada y arrugó un poco la nariz cuando llegó a mi mano izquierda, que llevaba vendada con descuido. ¿Podría oler el corte que me había hecho? No quería ni pensarlo.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó, frunciendo el ceño.

Escondí la mano detrás de la espalda.

—No es nada.

Era cierto. Había aprovechado el viaje de esa tarde al centro de reciclaje porque había encontrado varias piezas grandes que me podrían servir y que me iba a llevar la próxima vez que Sam me dejara su coche. Pero cuando ya me estaba yendo, me arañé con la parte inferior del sillín de una bici vieja. Fue poco más que cuando te cortas con una hoja de papel y dejó de sangrar enseguida, pero el tipo que trabajaba allí se puso histérico, diciendo no sé qué del riesgo de tétanos y la responsabilidad civil. Insistió en vendarme la mano antes de que me fuera.

De camino a la cafetería, hasta tal punto estaba hecha un manojo de nervios que se me había olvidado quitarme el abultado vendaje y cambiarlo por algo de un tamaño más apropiado: una tiritita.

—No parece que sea nada —replicó Frederick sin dejar de mirarme; parecía preocupado de verdad—. Enséñamelo.

Se acercó un poco más y noté el aroma del champú que debía de haber usado esa noche antes de venir. Sándalo y lavanda. El recuerdo olfativo de aquel momento a la salida del cuarto de baño —yo, chorreando y envuelta en una simple toalla— me arrolló como un tsunami y se llevó por delante todo pensamiento racional.

Me clavé las uñas en la palma de la mano para no hacer ninguna tontería. Como pasarle los dedos por ese cabello espeso y exuberante en mitad de un lugar público.

Me incliné de forma que nadie más que él pudiera oírme y le susurré:

—No voy a enseñarle a un vampiro una herida que estaba sangrando hace una hora. —Soné más dura de lo que pretendía y su rostro se contrajo una pizca. Traté de ignorar la punzada de culpabilidad que me atravesó—. Solo... Tú solo fíate de mí, que te digo que no es nada, ¿vale?

Frederick bajó la mirada a la mesa.

—Vale.

Volví la vista al mostrador, donde Katie molía granos de café para la mañana siguiente. Era una noche tranquila y no había clientes haciendo cola.

—Voy a pedirme algo de beber. —Apunté hacia la barra con el pulgar—. ¿Quieres algo?

Negó con la cabeza.

—No. Lo único que puedo consumir es... —En lugar de acabar la frase, enarcó una ceja con toda la intención. El molinillo arrancó de nuevo al otro lado de la barra con un ruido fuerte y exasperante.

—Oh. —Me pregunté si debería haberlo sabido. No recordaba si Spike o Angel habían llegado a beber café en *Buffy*—. ¿Nada más?

—Sería como si tú trataras de comer metal —respondió en voz baja—. Mi cuerpo no reconoce nada más que *ya sabes qué* como forma de sustento.

Quería saber más del tema. ¿De verdad que no había consumido *nada* más que sangre desde que se convirtió en vampiro? Era difícil de entender. Para empezar, parecía de lo más ineficiente. Teniendo en cuenta que sus necesidades calóricas serían más o menos las mismas de un humano de su tamaño, ¿cuánta sangre tenía que beber cada día?

Y, sobre todo, llevar una dieta que consistiera en un único ingrediente a lo largo de, literalmente, toda la eternidad me parecía terrible. Y aburridísimo, claro.

Tomé nota mental de hacerle más preguntas sobre sus hábitos alimentarios más tarde.

—¿Puedo ir contigo a comprar la bebida? —Recorrió con la mirada al resto de clientes de Gossamer's, todos con alguna bebida o plato delante—. Como enseguida te explicaré con más detalle, necesito aprender a pasar inadvertido en la sociedad moderna. Llevo sin pedir un café más de cien años. Intuyo que el proceso habrá cambiado.

Abrí los ojos como platos.

«Más de cien años».

Era la segunda vez que se refería de pasada a su edad, pero oírlo en ese momento me chocó tanto como la otra noche. Ni por asomo parecía tener más de treinta y cinco. Mirarlo y creer que tenía cientos de años exigía un ejercicio de disonancia cognitiva apabullante.

Mi mente retrocedió una vez más al momento anterior a mi huida de su apartamento. Entonces me había dicho: «Necesito tu ayuda». Sentada con él en Gossamer's —viéndolo observar su entorno mitad confuso y mitad fascinado— me pareció que por fin entendía el tipo de ayuda que necesitaba.

Y tal vez por qué había puesto un anuncio para buscar compañero de piso.

Me puse a jugar con la correa del bolso para ocultar lo nerviosa que estaba.

—Sí, vente conmigo —le sugerí—. La cultura de las cafeterías es algo importante en Chicago. Si dices que quieres pasar inadvertido...

—Sí —me interrumpió con tono enérgico.

—Vale. —Tragué saliva—. Si quieres pasar inadvertido, tienes que aprender a pedir un café. Aun cuando no vayas a bebértelo.

Sin mediar palabra empujó hacia atrás la silla, cuyas patas de madera chirriaron con fuerza contra el suelo de linóleo. De camino a la barra me seguía tan de cerca que podía notar su presencia, fría y sólida, a mis espaldas al moverme. Me sacudió un escalofrío, en parte porque su proximidad me resultaba más excitante de lo que estaba dispuesta a admitir, pero también porque su cuerpo irradiaba una frialdad que jamás había experimentado con nadie.

Recordé una vez más cómo nos habíamos chocado en la puerta del baño. De la vergüenza ni me había percatado del todo de lo *frío* y rígido que estaba su pecho cuando lo rocé con la nariz.

Pero ahora sí que me daba cuenta de ello. ¿Cuántas pistas más había pasado por alto?

Katie levantó la vista cuando llegamos a la barra. Llevaba puesto su florido delantal amarillo de Gossamer's, tan vivaz y alegre como su personalidad. Con toda facilidad sería la supervisora más maja que hubiera tenido jamás, una de las pocas jefas que no trataba de aprovechar su posición para escaquearse de limpiar el espumador de leche o tratar con clientes pesados.

—¿Qué haces aquí en tu noche libre? —me preguntó, claramente sorprendida de verme. Su reacción era lógica: no solía pasarme por allí cuando no estaba trabajando.

—Andaba por el barrio —mentí. No hacía falta que supiera que había quedado con Frederick en mi lugar de trabajo para sentirme más segura de cara a la conversación que estábamos a punto de tener. Y porque quería testigos en caso de que me equivocara con él en lo de ser un vampiro simpático y las cosas se pusieran feas en un momento.

—¿Qué os pongo? —preguntó tras asentir.

Frederick ya había alzado la mirada a la pizarra que había por encima de la cabeza de Katie y la miraba con la intensidad que uno dedicaría a la traducción de jeroglíficos antiguos. La carta mostraba casi dos docenas de bebidas escritas en tiza de color pastel, con la florida letra de Katie.

—«Somos Fecundas» —leyó Frederick con la misma lentitud y extrañeza que si las palabras estuvieran en un idioma que no hablase—. «Somos Buscadoras de Almas». —Se volvió hacia mí y me miró desconcertado—. Creía que en este establecimiento servían café.

—La forma en que nombramos las bebidas tiene un enfoque así como novedoso. —Katie puso los ojos en blanco—. La propietaria asistió a un seminario de bienestar en el condado de Marin hace unos años. Cuando volvió les puso nombres *inspiradores* a todas las bebidas.

—Pero son las mismas bebidas que te venderían en cualquier otro sitio —le aclaré—. Así que no te dejes engañar por los nombres.

—Las mismas bebidas que me venderían en cualquier otro sitio —repitió Frederick.

—Justo —respondí—. Tú solo dime si necesitas que te traduzcamos algo.

Pareció pensárselo un instante antes de volverse hacia Katie.

—Me gustaría comprar *café*. —Pronunció las palabras de forma lenta, cuidadosa... y a todo volumen. Como habría hecho el típico idiota estadounidense para hacerse entender cuando viaja a otro país e interactúa con gente que no habla inglés.

—¿Café? —preguntó Katie.

—Café —le confirmó Frederick con cara de estar encantadísimo consigo mismo. Y luego, como si solo en ese momento se hubiera dado cuenta, añadió—: Por favor.

Katie le dirigió una mirada paciente. Una y otra vez recibíamos clientes que eran objetores de conciencia del sistema de denominación de la dueña. Katie sabía cómo hacerles frente.

—¿Qué tipo de café? —preguntó.

Pasó un instante.

—Café —replicó Frederick.

—Pero ¿de qué tipo? —Con gesto bien ensayado, señaló la carta por encima de su cabeza—. Somos Chispeantes es nuestro café ligeramente tostado; Somos Exuberantes, nuestro torrefacto, y Somos Efervescentes es...

En algún momento debían de haber entrado más clientes, porque se había formado cola a nuestra espalda. Frederick no les hizo ningún caso cuando se volvió hacia mí.

—Estos nombres son ridículos.

—Aun así, debes pedir algo.

—Yo *jamás* bebo café, Cassie —me recordó, con expresión tan contrariada que tuve que morderme el carrillo para que no se me escapara una risita—. Puede que esto no haya sido tan buena idea.

—Tú elige uno —le recomendé—. Si no vas a bebértelo, qué más da lo que pidas, ¿no? —Me incliné hacia él para que la gente de la cola no me oyera y le susurré—. Es una buena forma de aprender a pasar inadvertido.

Ladeó la cabeza y se lo pensó un instante.

—Tienes razón. —Se volvió hacia Katie—. Tomaré un... —Se detuvo y alzó la vista a las letras pastel por encima de su cabeza antes de arrugar la cara—. Tomaré un Somos Efervescentes.

—Marchando un Somos Efervescentes. —Katie pulsó un botón en la caja registradora y, con la paciencia que solía reservar para los clientes de más de setenta y cinco años (lo cual, dadas las circunstancias, era más

apropiado de lo que imaginaba), preguntó—: ¿De qué tamaño? Nuestro Somos Efervescentes está disponible en tamaño Luna, Supernova y Galaxia.

Aquello pareció rebasar el límite de Frederick.

—Reconozco cada una de las palabras que acaba usted de pronunciar como pertenecientes a nuestro idioma —admitió con expresión atónita—. No obstante, lo que acaba de decir no tiene ningún sentido.

—Frederick...

—Los fluidos se expanden para adaptarse a la forma y el tamaño del recipiente en que se alojan. El café no tiene *tamaño*.

La voz de Frederick sonaba cada vez más fuerte. La cola de clientes a nuestras espaldas ya era de cinco personas. Me di la vuelta y vi que varias de ellas cuchicheaban entre sí mientras lo miraban fijamente.

Iba a tener que intervenir.

—A lo que se refiere Katie, Frederick, es al tamaño de la *taza* en la que te beberás el café. ¿Cuál quieres? —Apunté a la carta que colgaba sobre la cabeza de Katie. En el extremo inferior aparecían unos dibujos a tiza de unas tazas pequeña, mediana y grande (o Luna, Supernova y Galaxia) con sus correspondientes precios. Las tazas las había dibujado yo en mi primera semana de trabajo allí. Había sido divertido—. Las bebidas se venden en tazas de distintos tamaños según cuánto quiera beber la gente. Cada tamaño tiene un nombre relacionado con el espacio.

Un gesto de comprensión se abrió paso en su bello rostro.

—Entiendo. —Se volvió a Katie—. Debería habérmelo explicado así desde el principio.

Por primera vez, la paciencia de Katie empezó a mostrar fisuras. Me lanzó una mirada y murmuró:

—¿Tú conoces a este tío?

—Más o menos —admití con timidez—. Frederick, ¿en qué tamaño de taza quieres que te sirva Katie el café?

Pareció sopesar la pregunta con toda seriedad.

—¿Qué compra la gente *normal*? Ese es el tamaño que quiero.

—Tomará un Somos Efervescentes grande —salté antes de que Katie tuviera oportunidad de responder. Esta conversación debía acabar cuanto antes—. Perdón, quiero decir que tomará un Somos Efervescentes tamaño Galaxia. Para mí, un Somos Poderosas tamaño Luna con extra de espuma.

Metí la mano en la cartera para sacar la tarjeta de crédito, pero Frederick me agarró el brazo para detenerme.

—Pago yo las bebidas —dijo con un tono que no admitía réplica. Como por arte de magia, sacó una bolsa de color morado fosforito que se parecía un montón a la riñonera que mi abuelo llevaba cuando íbamos de vacaciones a Disney World. Abrió la cremallera del bolsillo de delante y de él cayó una mezcla de monedas sin pies ni cabeza (docenas, *cientos* de ellas), que se esparcieron sobre la barra.

Me quedé mirando el montón de dinero completamente anonadada. Sobre el mostrador debía de haber quince divisas distintas como mínimo. Algunas monedas parecían doblones de oro. No sabía ni que existieran...

Katie, como la verdadera profesional que era, ni pestañeó.

—Lo siento. Aquí no trabajamos el efectivo —dijo, señalando el lector de tarjetas que teníamos delante.

Frederick se lo quedó mirando y se volvió hacia ella con cara de palo.

—¿Qué es eso?

—Ya pago yo —tercié a toda prisa.

Frederick permitió que lo apartara de un codazo, sin dejar de mirar el lector de tarjetas como si no entendiera nada en absoluto.

—Pero...

—Ya me lo devolverás más tarde —dije mientras insertaba la tarjeta de crédito en el aparato—. Me pagas con tus doblones de oro.

Frederick me lanzó una mirada por encima de su Somos Efervescentes. Olfateaba el contenido con visible disgusto.

—Recuerdo que me encantaba el café —musitó mientras lo dejaba de nuevo en la mesa. La taza seguía llena y humeante—. Ahora solo me huele a agua sucia.

Sonaba triste. ¿Hasta qué punto había perdido parte de su antiguo ser al convertirse en lo que ahora era? Aunque ya habría tiempo para entrar en esa cuestión más tarde. Lo que tenía que hacer primero era dar con otras respuestas.

Me aclaré la garganta.

—Bueno —comencé—. Antes de mi huida de la otra noche, dijiste que podías explicármelo todo. Que tenías más que contarme.

Si a Frederick le sorprendió mi repentino cambio de tema, no lo demostró.

—Sí, es una larga historia —me respondió con mirada triste y ausente—; una historia que debería haber compartido contigo desde el primer momento. Me disculpo de nuevo por no habértela contado antes, pero, si estás dispuesta a escucharme, me gustaría hacerlo ahora.

—Para eso he venido —respondí—. Espero que al menos parte de esa larga historia se refiera a los motivos por los que un vampiro de cientos de años sin aparentes necesidades económicas publicó un anuncio en Craigslist para buscar compañero de piso.

La comisura de su boca se elevó en una sonrisa. Me negué a que me distrajera lo atractivo que estaba al esbozar esas sonrisas a medias. Y más cuando hacían que asomara su hoyuelo.

—Sí.

—Eso me parecía —dije—. Adelante, pues.

—Tal vez debería ofrecerte una versión resumida. De lo contrario, pasaremos aquí toda la noche.

Le di un sorbito a mi capuchino (muy bueno: Katie preparaba un Somos Poderosas brutal) y me lamí los labios. Frederick siguió el movimiento de mi lengua con interés. Yo fingí no darme cuenta.

—Es probable que sea mejor la versión resumida —coincidí—. Gossamer's cierra a las once. A Katie no le sentará muy bien que sigamos

aquí para entonces.

—No querría enfadarla —pensó en voz alta—. Sospecho que ya está bastante harta de mí.

—Es probable —sonreí.

—Muy bien. —Se enderezó en la silla y me clavó una mirada tan sincera que me robó el aliento—. Cassie, necesito que alguien viva conmigo porque hace cien años Reginald, mientras practicaba su hechizo para convertir el vino en sangre, me envenenó sin querer durante una fiesta de disfraces en París. En consecuencia, me provocó algo parecido a un coma que ha durado un siglo. Me desperté hace un mes en mi casa de Chicago, sin saber nada de los cambios acaecidos durante los últimos cien años. —Volvió a sonreír, aunque sin humor—. Me encuentro tan perdido e indefenso en la época actual como un bebé en mitad del bosque.

La cafetería comenzó a dar vueltas a mi alrededor mientras intentaba procesar lo que me estaba contando. Sin darme cuenta, agarré la taza de café con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos.

—Entiendo —respondí, sin entender nada.

Frederick ladeó la cabeza, sopesando mi reacción.

—Creo que te he sorprendido. Es lógico. Para mí también fue difícil de digerir. Y eso que soy quien ha pasado por ello.

—Mmm.

—Quizá no debería haberte ofrecido la versión resumida —reflexionó—. Tal vez una descripción más detallada y con mayores matices, con fechas, lugares y hechos te ayudaría a poner la historia en contexto y que te resultase más fácil de entender.

Lo dudaba mucho.

—No creo que nada de lo que pudieras decir o hacer consiguiera que todo esto me resultara más fácil de entender.

Su rostro se entristeció.

—Puede que no.

—Y, entonces —dije, encajando las piezas—, necesitas que alguien viva contigo para que te enseñe a moverte por el mundo contemporáneo.

—Sí —asintió—, pero no solo eso. Para sobrevivir es imprescindible que me camufle lo mejor posible en mi entorno actual. O, como mínimo, que no resulte *demasiado* obvio que soy un vampiro de otra época que vive en un siglo que no es el suyo.

—Porque...

—Porque puede ser... *peligroso* que alguien como yo llame la atención demasiado. Mortal incluso.

¿Por qué iba a ser peligroso ser un vampiro? ¿No se suponía que eran seres poderosos e inmortales que mataban humanos como pasatiempo? Esperé a que me lo aclarara y, durante un momento, pareció que quisiera añadir algo. No obstante, al final debió de decidir no hacerlo, porque se limitó a recostarse en la silla con la mirada fija en su café intacto.

Sin embargo, yo aún tenía tropecientos mil preguntas que hacerle.

—Vale, pero... —negué con la cabeza— ¿por qué yo? ¿Por qué soy la compañera de piso con quien has elegido vivir?

Abrió los ojos como platos.

—¿No es evidente?

—No.

Se encogió de hombros.

—¿Quién mejor para enseñarme cómo es la vida en el siglo XXI y ayudarme a adaptarme a la Chicago actual que una joven humana como tú, que se maneja en esta ciudad y en esta época sin esfuerzo?

Me sostuvo la mirada. Sus ojos marrón oscuro me resultaron tiernos y a la vez tentadores.

Me di cuenta de que sería capaz de perderme en ellos. El estómago me dio algo parecido a un vuelco.

Era *peligroso*.

«¡No! —me grité por dentro—. Ni de coña nos vamos a poner a pensar en lo bueno y lo triste que está ahora mismo Frederick».

—Además —prosiguió—, fuiste la única persona que respondió al anuncio.

Por supuesto. Era probable que los doscientos dólares de alquiler ahuyentaran a todos los demás.

—Vale, pero... —me aclaré la garganta, tratando de recuperar la calma — ¿por qué no vives con Reginald y ya? Diría que él se maneja bastante bien en el mundo actual.

—Eso es impensable —respondió con tono monocorde—. Puede que Reginald esté más familiarizado con la época actual que yo, pero también es el motivo por el que me encuentro en este apuro. Además, es el caos hecho persona. Antes de que te mudaras a vivir conmigo, dependía por entero de su asistencia. Era aún más terrible para ambos de lo que podrías imaginar. Las bromas que me gastaba mientras seguía en coma... —Se estremeció antes de negar con la cabeza—. Aunque he de admitir que, sin él, es probable que hubiera muerto de inanición durante mi siglo de letargo. O que tras despertar me hubiera atropellado un automóvil en menos de una hora. O que me hubieran capturado los cazadores de vampiros.

La cafetería comenzó a dar vueltas de nuevo.

—¿De verdad existen los cazadores de vampiros?

—Hace un siglo sí, pero ¿en Chicago? ¿Y ahora? —Hizo un gesto rápido con la mano—. Corren rumores de que siguen por ahí. Aunque he de admitir que no sé hasta qué punto serán ciertos, más que nada porque sospecho que fue Reginald quien hizo correr la mayoría de ellos.

—Ah.

—En efecto —coincidió Frederick—. Los automóviles, no obstante, sí que existen, sí. Y deseo evitar a toda costa que alguno me atropelle mientras doy mi paseo nocturno.

—Pero... ¿podría matarte? ¿Un coche?

Su boca se curvó en una nueva media sonrisa. Era imposible que no supiera el poder que ejercía.

—Es probable que no. Pero sospecho que no sería demasiado agradable. No pude evitar sonreír ante su intento por resultar irónico.

—Sí, dudo mucho que sea agradable para nadie.

—Tal vez debería sugerirle a Reginald que lo pruebe y luego me informe.

Aquello hizo que, a pesar de todo, se me escapara una risita. La postura de Frederick se relajó a ojos vistas y se le ensanchó la sonrisa. De verdad que tenía una sonrisa increíble. Le iluminaba la cara entera y hacía que pareciera...

«Más humano», pensé de repente.

Aquello me trajo de vuelta a la realidad.

Era ridículo. No podía permitir que la atracción que sentía por Frederick me distrajera. Aunque aún quería saber muchísimas cosas y me daba la impresión de que, cuantas más respuestas me daba, más preguntas me surgían a mí.

—Debería haberte contado la verdad desde el principio —repitió con la mirada clavada en el suelo.

El arrepentimiento que había en su voz era inconfundible.

—Sí, deberías haberlo hecho. Mi compañero de piso era un *vampiro*, Frederick. Y yo no tenía ni idea.

Cerró los ojos un instante y las comisuras de los labios se le curvaron un poco hacia abajo. Cuando me volvió a mirar, le noté un evidente pesar en los ojos marrón oscuro.

—Espero que puedas entender por qué al principio me mostré reacio a compartir la realidad de mi situación con una completa desconocida. —Se detuvo un instante—. O que, al menos, algún día seas capaz de perdonarme por empezar las cosas de tan mala forma.

Volvió a apartar la mirada, entristecido.

—Creo... que lo entiendo —respondí—. Y podría estar dispuesta a ayudarte, si es que aún quieres mi ayuda.

Frederick se irguió en la silla.

—¿En serio?

—Quizá —especifiqué al tiempo que levantaba la mano para frenarlo.

Recordé cómo me había hecho sentir cuando vivíamos juntos, con sus regalos de fruta y menaje, sus miradas cálidas y su interés sincero en mi

arte. Además, mi situación económica no era mejor que cuando me había trasladado al apartamento dos semanas atrás; los doscientos dólares de alquiler me venían tan bien como antes.

Aun así, tenía que pensármelo un poco más. La situación era, objetivamente, surrealista.

—Lo entiendo —respondió Frederick.

—Bien. Antes de comprometerme, tengo que pensarme si esto de dedicar las veinticuatro horas a enseñarle cosas a un vampiro es algo a lo que quiera meter mano ahora mismo.

Frederick levantó las manos y se las miró con el ceño fruncido.

—¿«Meter mano»? Admito que no habría imaginado que usar las manos formase parte de nuestro proceso de instrucción. Pero si crees que la práctica táctil nos puede ayudar...

Si en ese momento hubiera estado bebiéndome el capuchino, lo habría escupido por toda la mesa. De repente fue como si la temperatura de Gossamer's hubiera aumentado diez grados.

—Ay, madre. No... Es solo una expresión figurada.

Frederick volvió a fruncir el ceño.

—¿Una expresión figurada?

—Sí. Es una forma de decir que me emplearé a fondo en las cuestiones prácticas.

—A fondo, dices...

—Sí —respondí—. La forma en que has pedido la bebida esta noche, por ejemplo. Ese es un aspecto en el que hay que meter mano. A pedir bebidas se aprende pidiendo bebidas.

La expresión de su cara cambió al terminar de entenderlo.

—Ah, sí, comprendo.

Frederick se quedó mirando un instante la taza que tenía delante y, a continuación, se inclinó hacia mí por encima de la mesa.

En mi situación, es probable que una persona inteligente hubiera reaccionado alejándose y poniendo mayor distancia entre nosotros. Pero yo no me veía capaz de hacerlo. No era solo que estuviera guapísimo, aunque

desde luego que eso también influía. A pesar de todo —qué y quién era, así como el hecho de que no hubiera sido del todo sincero conmigo cuando me trasladé a su casa—, quería confiar en él.

Y, de hecho, confiaba.

Pero no lo suficiente como para dejarme llevar otra vez. Con toda la intención, y con más dificultad de la que hubiera querido, me obligué a echarme hacia atrás en la silla para incrementar el espacio entre nosotros.

Frederick pareció percatarse de mis intenciones, porque añadió:

—Si aún necesitas tiempo para pensártelo, lo entenderé.

Sin embargo, no sonaba nada contento al respecto.

Lo cual no tenía ningún sentido.

—Si yo no pudiera volver a vivir contigo, Frederick, encontrarás a alguien que sí pueda.

—Imposible. —Su mirada se endureció—. Estoy... —Se quedó callado y negó con la cabeza—. Aunque sospecho que podría encontrar otro compañero de piso en un plazo razonable, no daré con nadie que pueda enseñarme tan bien como tú.

Sus palabras me sorprendieron.

—Yo no tengo nada de especial.

Frederick frunció el ceño. Algo de lo que acababa de decir lo había molestado, aunque no lograba imaginar el qué.

—Durante las últimas dos semanas he descubierto que, en esta ciudad de millones de habitantes, tú eres única.

Sus palabras, cargadas de una callada intensidad, se me agarraron a la boca del estómago. De pronto, en aquella cafetería llena de ruido no había nadie más que nosotros dos. El bullicio de la sala desapareció, inaudible debido al repentino torrente de sangre que notaba en los oídos. Clavé la mirada en la mesa. Necesitaba pensar.

La taza de café tamaño Galaxia que sostenía Frederick parecía minúscula entre sus manos. Carraspeé.

—No estoy segura de que eso sea verdad, Frederick. Yo...

—No pienses ni por un momento que eres sustituible, Cassie Greenberg —dijo con voz casi airada—, porque eres todo lo contrario.

De regreso a casa de Sam, no dejaba de darle vueltas en la cabeza a la conversación que había mantenido con Frederick.

Al entrar, el apartamento estaba a oscuras. Recordé vagamente que Scott había mencionado que aquella noche había un evento en su universidad para los miembros del claustro y sus parejas. Debía de ser donde estaban Sam y él.

Dado lo confusa que me sentía, agradecí tener el apartamento para mí sola. No habría sido capaz de soportar la presencia de Sam, con todo su afán por inmiscuirse haciéndome preguntas, aunque me las hiciera con buena intención.

Siendo sincera, la idea de volver a mudarme con Frederick empezaba a atraerme, pero no quería precipitarme con la decisión, por mucho que pareciera deseoso de que viviese con él. Aunque renunciara a hacerlo, se las apañaría. Dijese lo que dijese, no iba a tener problemas para encontrar a alguien tan cualificado como yo para hacer... lo que fuera que necesitara.

A pesar de que era verdad, se disgustó cuando se lo sugerí. Solo por eso, le debía una respuesta tan pronto como tomase la decisión, sin dormirme en los laureles.

Eché un vistazo al teléfono: eran casi las once de la noche. Sin embargo, a Frederick no le parecería tarde si lo llamaba. Para él era básicamente la última hora de la mañana. Lo que sí pensé es que me consideraría un poquito patética y ansiosa, dado que apenas hacía una hora que nos habíamos despedido.

Aunque, una vez más, tal vez lo alegrara que hubiese tomado la decisión tan rápido.

Respiré hondo y cerré los ojos.

Durante el viaje de vuelta a casa en tren, me había convencido de que me daría por satisfecha si podía garantizarme una cuestión *muy* específica. El resto de mis preguntas podían esperar.

Conté hasta diez mientras trataba de que el corazón se me relajara. Entonces lo llamé.

Contestó al primer tono.

—Cassie. —Su voz sonó animada por la sorpresa—. Buenas noches.

—Hay una cuestión más que me gustaría aclarar contigo —lo abordé sin más preámbulos. No era momento para andarse por las ramas—. Si fijamos una serie de parámetros ya, acepto que volvamos a vivir juntos.

El sonido del tráfico callejero —la bocina de un coche, la risa de alguien— se oía a través de su teléfono. Debía de estar fuera, haciendo... lo que fuese que hiciera por las noches.

Prefería no pensar qué podría ser.

—¿De qué se trata? —preguntó, incapaz de ocultar la ansiedad en su voz.

Cerré los ojos de nuevo, tratando de templar mis nervios.

—Debemos abordar el tema de la alimentación —comencé—. En concreto, el de *tu* alimentación.

—Sí. Imaginaba que querías discutirlo en algún momento.

—Imaginabas bien. —Me mordí el labio, pensando cómo formular lo que quería preguntarle—. Te creo cuando dices que no te alimentas de humanos vivos...

—Bien —respondió rotundo—. Porque no es así.

—Entonces ¿te alimentas de bancos de sangre?

—Por lo común, sí —contestó al cabo de un instante.

Hice un esfuerzo por no plantearme qué quería decir con «por lo común». Ni tampoco el dilema ético que suponía robar de los bancos de sangre. Alimentarse de una sangre que estaba destinada a pacientes a los que les hacía falta también conllevaba su muerte, aunque fuera de manera indirecta. Pero supuse que Frederick tan solo hacía lo necesario para sobrevivir de la manera más humana posible.

—Creo que puedo tolerar el hecho de que te alimentes de sangre, dados los límites que te impones.

—Me alegro mucho de oírlo.

—Pero no puedo vivir otra experiencia como la de la otra noche. Me niego a abrir el frigorífico y, ¡zas!, encontrármelo lleno de sangre. —Me detuve, tratando por todos los medios de no pensar en el olor nauseabundo de toda aquella sangre en el lugar donde guardaba mi comida. Ni en el modo en que Reginald se había bebido aquella bolsa, como un niño con su zumo en el recreo—. Si vuelve a suceder algo así, me voy para siempre.

—Lo comprendo —se apresuró a responder Frederick—. No quieres ver sangre en el apartamento ni quieres verme a mí bebiéndola.

—Eso es.

—Me encargaré de ello —prometió—. Todo el espacio para almacenar alimentos en la cocina será para tu uso exclusivo. Yo guardaré mi comida en un frigorífico especial que tendré en mi dormitorio solo para este fin. O, si no, directamente la guardaré fuera de nuestra casa.

«Nuestra casa».

Hice caso omiso de la oleada de calor que me atravesó al oír esas palabras.

—Con eso debería bastar —accedí, contenta de que no estuviera delante para ver lo colorada que me había puesto.

—Bien. —Frederick se detuvo antes de añadir—: Por favor, créeme cuando te digo que jamás fue mi intención que vieras la sangre. Ni que nos vieras a nosotros bebiéndola. Te juro que pensé que esa noche no llegarías a casa hasta mucho más tarde.

Lo creía.

—Lo que hizo Reginald no fue culpa tuya.

—En cualquier caso, solo comeré en el apartamento cuando no estés por allí para verlo.

—Gracias.

—No me cuesta nada. Solo coincidimos en casa un par de horas cada día, y despiertos aún menos tiempo.

—Es verdad que no sueles estar despierto durante el día, ¿no?

Frederick se quedó callado un instante; luego suspiró.

—Me temo que es un efecto colateral de haber pasado un siglo dormido. Hubo un tiempo en que podía permanecer despierto durante las horas de luz como cualquier mortal, aunque la luz directa del sol siempre me ha resultado un poco desagradable. Pero... —su voz se perdió y suspiró de nuevo— todavía estoy recuperando mis fuerzas, Cassie. Por ahora, lo mejor que puedo hacer es minimizar el tiempo que estoy despierto durante el día.

—Por supuesto —respondí, como si lo entendiera. Que no era el caso. Seguía teniendo muchísimas preguntas sobre cómo era su vida, o su novida. Todo lo que había aprendido sobre los vampiros lo había sacado de la ficción. Y había un montón de incoherencias entre los distintos universos vampíricos de los que había visto o leído algo. Los vampiros de las novelas de Anne Rice, por ejemplo, no actuaban como los de *Buffy* o los de *True Blood*.

Me figuraba que Frederick no brillaría al sol como los de *Crepúsculo*, aunque incluso eso era una mera suposición. Más allá, no tenía ni idea de cómo funcionaría nada.

Sin embargo, suponía que ya tendría tiempo para averiguarlo. Por el momento, taché el elemento «comida» de mi lista mental, más o menos satisfecha por lo que Frederick acababa de prometerme.

—Todavía tengo un montón de preguntas y de cosas que me preocupan —admití—. Pero estoy dispuesta a confiar en ti y entender que a partir de ahora serás sincero con las cuestiones importantes.

—Si aceptas vivir conmigo y ayudarme a adaptarme a la vida en el siglo XXI, no volveré a omitir nada sobre mi persona que pueda afectar a tu vida de manera significativa.

—Bien —respondí. Y entonces, sin poder contenerme, añadí—: Mañana estoy allí.

No podría poner la mano en el fuego, pero, cuando Frederick me dio las buenas noches unos minutos después, diría que lo oí sonreír.

OceanofPDF.com

NUEVE



Ey Frederick

Hola, Cassie.

¿Todo bien por ahí?

Sigues dispuesta a volver a casa,
¿verdad?

Ay sí claro

Solo quería avisarte de que hoy van a
poner el wifi en el apartamento

Pago yo

¿Wifi?

Sí. Si vuelvo al piso, necesitaré
conexión a internet

Por todo lo que he oído sobre internet,
se diría que es un cáncer para el mundo
moderno.

No estoy seguro de quererlo en casa.

Bueno, pues yo sí

Lo necesito para ver mis programas y
enviar correos y demás

Te va a encantar

Te lo prometo

Y yo te aseguro que no.

Pero si es algo que necesitas para ser
feliz, lo acepto.

Me sorprendió lo mucho que me alegraba estar de vuelta en el apartamento. Eran las tres de la tarde, así que, al igual que la primera vez que entré en el piso, no había nadie para recibirme. No obstante, Frederick había dejado abiertas las cortinas que tapaban los ventanales con vistas al lago, supuse que por deferencia hacia mí. El brillante sol otoñal refulgía sobre el agua con tal belleza que era casi como si el paisaje me diera la bienvenida de vuelta a casa.

O puede que simplemente estuviera cansada de acampar en el sofá de Sam.

Hice rodar la maleta hasta el interior del apartamento, esforzándome por hacer caso omiso de la extraña decoración. Las paredes demasiado oscuras, la escalofriante cabeza de lobo disecada y expuesta sobre la chimenea, el leve olor afrutado del trastero, adonde tenía prohibido entrar: todo seguía siendo igual de raro y me daba la misma sensación de que «los ricos tienen más dinero que gusto» de hacía días. La única diferencia era que, ahora que sabía que el propietario era un vampiro de cientos de años, todo tenía un poco más de lógica.

Bostecé de camino a mi dormitorio. La noche anterior me había ido tarde a la cama, tratando de convencer a Sam de que, sí, estaba segura de querer volver a vivir con el mismo compañero de piso del que había huido días atrás. No podía culpar a mi amigo por preocuparse; entendía que, visto desde fuera, parecía que me estaba comportando de manera errática.

Pero yo no era quién para desvelar el secreto de Frederick.

Esperaba que, con el tiempo, Sam dejase de preocuparse tanto por mí.

En cuanto entré en el dormitorio, me quedé boquiabierta. Frederick había dejado mis paisajes de Saugatuck en el lugar exacto en el que estaban cuando me marché. A pesar de que sabía que, en realidad, él no los entendía.

Sobre el grueso colchón de mi cama con dosel esperaban un par de sobres a mi nombre. Al lado había un cuenco de madera lleno de esos pequeños y deliciosos kumquats anaranjados que Frederick me había regalado cuando entré a vivir al apartamento.

Abrí el primer sobre y saqué dos hojas de papel blanco roto, plegadas con primor y rellenas con una letra que, a esas alturas, reconocería en cualquier parte.

Estimada Cassie:

Bienvenida de nuevo. Me alegro mucho de que hayas decidido volver a vivir conmigo y espero compartas tal sentimiento.

He empezado a elaborar una lista de posibles temas que estudiar juntos. Te adjunto dicha lista para que le des tu aprobación. Ten en cuenta que soy tan ignorante de las costumbres del mundo moderno que es probable que ni siquiera sepa qué me falta por saber. Si detectas alguna omisión grave en ella, comunícamelo.

Tuyo,
Frederick

P. D. Como puede que hayas advertido, en la lista he incluido «cafeterías y cómo comportarse en ellas». Después de lo sucedido en Gossamer's al tratar de pedir una bebida, supongo que estarás de acuerdo en que necesito seguir aprendiendo al respecto.

Al llegar a la última línea, solté una carcajada.

«Esa ha sido buena, Frederick».

Repasé la lista que había incluido con la carta, mordisqueándome el labio inferior mientras cavilaba sobre lo que había anotado.

Lista de posibles lecciones sobre la vida moderna de Frederick
J. Fitzwilliam

1. Cafeterías y cómo comportarse en ellas.
2. Consejos generales para conversaciones (con especial hincapié en cómo conversar con otros de forma que no resulte evidente de inmediato que nací en el siglo XVIII).
3. Transporte público: cuándo, cómo y dónde.
4. Internet (dado que insistes en que debo familiarizarme con él).
5. «TikTok».
6. Breve resumen de los acontecimientos históricos clave que han tenido lugar durante los últimos cien años.

Dejando de lado que me iba a ser imposible resumir cien años de historia mundial, la lista de Frederick estaba incompleta. Si quería camuflarse en la Chicago del siglo XXI, una de las primeras cosas que tenía que hacer era dejar de vestirse con los trajes de tres piezas, las corbatas y los zapatos con picados y llevar ropa más moderna y menos formal. Había supuesto que a esas alturas ya era consciente de que parecía un extra de un episodio de *Masterpiece Theatre* y que debía introducir cambios importantes, pero en su lista no aparecía «Aprender a vestirme», así que debía estar equivocada.

Apunté a toda prisa «Lecciones de moda, ¿ir de compras?» en lo alto de la lista para que no se me olvidase.

El resto podía valer para ir empezando. Con algún que otro retoque, imaginé que podría abordar sus mayores preocupaciones sin demasiadas

dificultades. No es que supiera gran cosa sobre TikTok, pero podía enseñarle Instagram. Lo de ayudarlo a aprender a usar internet podía ser hasta divertido. Doblé la carta y la lista y volví a introducirlas en el sobre, mientras ya le daba vueltas a cómo enseñarle de la mejor manera posible las cosas que más interés tenía en saber.

Inmersa en la reflexión, cogí el segundo sobre que descansaba sobre el colchón. Debajo había un paquete rectangular, alargado y delgado, envuelto en papel de color plata y oro: se parecía sospechosamente a un regalo.

¿Frederick me había comprado otro regalo de bienvenida?

Abrí con lentitud el segundo sobre y saqué la hoja de papel del interior.

El mensaje solo tenía tres frases.

Estimada Cassie:

Para tu arte.

Tuyo,
Frederick

Tragando saliva, cogí el paquete y rasgué el cuidadoso envoltorio. El papel era grueso y suave como la mantequilla. La caja del interior era de color crema y la base tenía un sello con el famoso logotipo verde bosque de Arthur & Bros, una tienda de material artístico situada cerca de la Universidad de Chicago y que realizaba envíos a todo el mundo. Vendían algunos de los mejores pinceles que jamás hubiera utilizado.

Al abrir la caja, encontré un juego de cuarenta y ocho lápices de colores preciosos, que iban del rosa pálido a un azul tan oscuro que era casi negro. Llevaba sin usar lápices de colores en mis obras desde el instituto y no estaba segura de que fueran a resultarme útiles.

No obstante, era innegable lo considerado que era un regalo así. Me pregunté cómo se las habría ingeniado para conseguirlo, teniendo en cuenta lo lejos que quedaba Hyde Park del apartamento y que no parecía tener idea de cómo pagar por nada.

Me dije que no debía plantearme lo que podía significar un regalo tan generoso y atento.

Pero no lo conseguí del todo.

Saqué un bolígrafo y una hoja de papel de mi bolso y le escribí una nota rápida.

Hola, Frederick:

¡He leído tu lista y me ha parecido bien! Al menos es un buen punto de partida. Pero también tenemos que centrarnos en tu ropa. Es muy bonita, pero te hace llamar la atención de un modo que no creo que quieras. Deberíamos ir de compras. ¿Te parece? Te voy a decir qué tienes que comprarte para que así nadie piense nada raro de ti cuando estés en público.

Y muchas gracias por los lápices. Son preciosos.

Tuya,
Cassie

Me quedé mirando un buen rato cómo había firmado la nota antes de animarme a dejársela a Frederick sobre la mesa de la cocina.

No tenía nada de extraño; firmar una nota con «Tuya, Cassie» en respuesta a una nota firmada como «Tuyo, Frederick» no es que fuera la peor idea del mundo, ¿verdad?

Solo estaba siendo cortés, haciendo lo que haría cualquier buena compañera de piso que pretende ser maja. No había ninguna razón para que el corazón se me acelerase al imaginarlo leyendo la nota después de haberme ido a la cama, con una sonrisa tan ancha al ver cómo la había firmado que se le activaría el hoyuelo de la muerte. Ninguna razón en absoluto.

Daba igual, el caso es que, cuando dejé la nota en la mesa de la cocina cinco minutos después, tenía el corazón acelerado.

Como muchos de los artistas que compartían espacio en Living Life in Color trabajaban durante el horario de oficina habitual, el estudio siempre estaba abarrotado por las noches y los fines de semana. Cuando llegué a las siete, unas horas después de haberme instalado de nuevo en el apartamento de Frederick, estaba hasta arriba. Ya no quedaba espacio en la gran mesa común, mi lugar de trabajo favorito.

—Aún queda un cubículo libre en la parte trasera —me avisó desde su puesto en la cabecera de la mesa Jeremy, un pintor que, por lo que yo sabía, prácticamente vivía en el estudio.

—¿Es el de la lámpara que funciona o el de la rota?

—Ah, Joanne arregló la rota el martes.

—¿En serio?

Menuda sorpresa. No era un secreto que el estudio apenas ingresaba dinero suficiente con las cuotas de los artistas para cubrir el alquiler. En general, Joanne consideraba cualquier reparación que no fuera imprescindible para que el edificio cumpliera la normativa legal como algo que podía posponerse de manera indefinida.

—Ya lo sé, a mí también me sorprendió —rio Jeremy—. Da igual; es el cubículo que hasta el martes tenía la lámpara rota, pero que ahora funciona sin problemas.

Durante los últimos días, el proyecto que quería presentar para la exposición poco a poco había ido tomando forma en mi mente. La idea había terminado de cuajar la tarde en que llegué a mi dormitorio y vi mis paisajes del lago Michigan colgados en lugar de aquel óleo horroroso de la cacería del zorro.

El viejo cuadro de Frederick era un espanto, sí, pero no todo el arte que reflejaba la Inglaterra rural del siglo XVIII era malo, al menos si en aquellas clases a las que asistí cuando me fui un año de universidad a estudiar a Londres se decía más o menos la verdad. ¿Y si creaba algo inspirado en aquella época, pero sin truculentas partidas de caza? ¿Una casa de campo en Lake District, con árboles de hojas verdes en el fondo y un arroyo rumoroso

en primer plano? Aún tenía que pensar bien cómo subvertir la imagen con los objetos que encontraba —cómo darle un aire moderno, cómo hacerla mía—, pero ya se me ocurriría algo. Entretanto, el tipo de paisaje que imaginaba me obligaría a explorar mis habilidades con el óleo de un modo que me ilusionaba.

Metí la mano en el bolso en busca de mi bloc... y del último regalo que me había hecho Frederick. Habitualmente no usaría más que un lápiz de grafito corriente y moliente para los bocetos preliminares, pero en este proyecto tenía pensado hacerlos a color.

OceanofPDF.com

Diez



Mensajes de texto entre el señor Frederick J.
Fitzwilliam y el señor Reginald R. Cleaves

¿Puedo pedirte tu opinión sincera?

Siempre

¿Qué te parece mi ropa?

Me refiero a mi forma de vestir.

¿Crees que tengo estilo?

Estilo?

Sí.

Tío, creo que vistes fenomenal

Bien.

Yo también. Gracias.

Creo que mis prendas son de lo más
refinadas.

A ver, yo te guardé la ropa con todo el
cuidado mientras dormías, vale?

Así que puede que no sea objetivo

Tal vez, pero también creo que, en este
caso concreto, hiciste bien.

Ayyyyy, gracias 😊

Pero oye a qué viene esto de preocuparte
de repente por la ropa 🙄🙄

Yo siempre me he preocupado por mi ropa.

Ehhhh en los tres siglos que hace que te
conozco nunca me has pedido opinión sobre
tu ropa ni tu aspecto

Por qué me preguntas ahora? 🙄🙄🙄🙄

Era solo...

curiosidad.

Jajajajajaja Seguro que no tiene nada
que ver con que esa CHICA haya vuelto a
mudarse contigo 🙄🙄🙄🙄

No tengo la menor idea
de a qué te refieres.

A la mañana siguiente, una vez que se había puesto el sol y Frederick me había dado de nuevo la bienvenida al apartamento en persona y con una leve sonrisa en los labios, acabamos los dos sentados delante de mi portátil, en la mesa de la cocina.

Frederick tenía el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho mientras contemplaba la pantalla con desconfianza.

—¿Qué es esto que estoy viendo, Cassie?

—Es Instagram.

—¿Instagram?

—Sí.

Frederick apuntó a la fotografía, pasada por un filtro, de un desayuno que Sam había tomado, según el pie, hacía unos meses, durante su luna de miel en Hawái.

—¿Instagram consiste en... imágenes de comida?

—A veces, sí.

Frederick soltó una carcajada desdeñosa.

—¿De verdad que hasta ahora Reginald no te ha enseñado nada de internet? —le pregunté con incredulidad. Pero la pregunta era retórica. Estaba clarísimo que, antes de que yo se lo instalara en casa y le dejara lista la conexión esa misma tarde, jamás había estado expuesto a nada online.

Frederick negó con la cabeza.

—No.

—¿Y entonces cómo es que me preguntaste por TikTok?

Se quedó callado antes de responder.

—Pensaba que era un nuevo género musical —admitió azorado.

No pude evitar sonreír ante su respuesta. De verdad que tanto desconocimiento resultaba adorable.

—¿En serio?

—Se llama «TikTok» —respondió—. Ese es el sonido que hace un reloj, ¿no? Pensé que sería lo más lógico.

Ahí tenía razón. Si yo acabara de despertarme de una siesta que hubiese durado un siglo, tal vez habría llegado a la misma conclusión. ¡Pero si yo

había nacido hacía unas décadas y tampoco sabía apenas qué era!

—Bueno, en cualquier caso, estar conectado a internet es esencial en el siglo XXI —le advertí—. Es el único medio que la gente utiliza hoy en día para informarse.

—Entonces, es probable que sea por eso por lo que Reginald no me conectó —respondió Frederick con tono lúgubre—. Me alimentó durante un siglo y se aseguró de pagar mis facturas para que no muriera de inanición o me encontrara en la indigencia al despertar. Pero si, una vez despierto, hubiera tenido acceso fácil y fiable a todo tipo de información, no habría podido gastarme sus bromas.

Resoplé.

—Creo que voy a ser mejor asistente para tu día a día que él.

—No me cabe la menor duda.

Volvió a centrar su atención en mi portátil. Antes le había explicado que, aunque no conocía cada rincón de internet ni todas las redes sociales —por ejemplo, solo me había hecho una cuenta en TikTok para ver vídeos divertidos de gatos, y casi ni lo entendía—, usaba Instagram con frecuencia y podía enseñarle a manejarse con él.

Había accedido de buena gana, aunque pensándolo ahora me doy cuenta de que lo hizo porque no sabía qué era Instagram. Nada más entrar en la cuenta de Sam, Frederick me había dejado clarísimo que se arrepentía de la decisión... y era posible que se arrepintiera, en general, de haberme pedido que le diera lecciones sobre internet.

—¿Para qué sirve una tecnología cuyo único propósito es compartir imágenes de desayunos?

Frederick sonaba tan desconcertado —casi ofendido, en realidad— que tuve que morderme el labio para no reírme. Era la definición gráfica, de pecho amplio, superatractiva y no del todo viva, del meme de «Ok boomer». Que su aspecto fuera el de un hombre de treinta y pico hacía que todo aquello resultase aún más gracioso.

Y más adorable.

—Instagram no son solo fotos de comida —repliqué, tratando de poner cara seria.

Apuntó con dedo acusador a la pantalla.

—La cuenta de tu amigo parece dedicada en exclusiva a las fotos de comida.

—A Sam le gusta hacerle fotos a la comida, sí —admití—. Pero Instagram te permite compartir imágenes de todo lo que quieras con gente de todo el mundo. No solo fotos de comida.

Pareció considerar la cuestión.

—Ah, ¿sí?

—Sí —reiteré—. Puedes compartir imágenes de acontecimientos importantes o lugares bonitos. Y, vale, sí, a veces la gente sube fotos de los platos que han comido. Sobre todo si fue en algún lugar especial o emocionante.

—¿Por qué iba a importarle a gente de todas partes del mundo lo que tu amigo Sam comió mientras estaba de vacaciones?

Abrí la boca para replicar, pero entonces me di cuenta de que no tenía una respuesta adecuada.

—La verdad es que... no lo sé —reconocí—. Pero podríamos hacerle una foto a ese frutero con naranjas que tienes para mí en la encimera y subirla si quieres. Son bonitas.

Volvió la vista a las naranjas en cuestión antes de negar con la cabeza con desaprobación.

—Es que no entiendo esta imperiosa necesidad moderna de compartir con el mundo entero hasta el último pensamiento errante en el instante en que uno lo tiene.

—Yo tampoco lo entiendo del todo —admití—. Utilizo Instagram para promocionar mi arte. Por lo demás, no uso demasiado las redes sociales.

—Entonces, ¿por qué insistes en que yo aprenda a usarlas? —Sonó petulante, como un niño a punto de agarrar una rabieta por tener que hacer los deberes de matemáticas—. Si esto son las redes sociales, no me parecen más que una pérdida de tiempo ruidosa e invasiva.

Mientras seguía mirando con cara de pocos amigos a la pantalla, sentí una oleada de compasión casi abrumadora. Cuando Frederick entró en su letargo centenario, dejó atrás un mundo de cartas manuscritas y viajes a caballo. Despertar en mitad de las redes sociales y las Kardashian tenía que ser un shock tremendo. Era como un octogenario teniendo que aprender a usar un ordenador, pero peor.

Cualquier octogenario era más de doscientos años más joven que él.

No obstante, estaba empeñada en continuar con la lección. Puede que Frederick no se refiriera a las redes sociales cuando me pidió que le hablase de TikTok, pero la verdad es que enseñárselas era una buena idea. Ahora que estábamos en ello, no iba a dejar que se saliera con la suya.

—No tienes por qué usar las redes sociales —le dije con tono amable—. Pero si no quieres desentonar, al menos debes saber *qué* son.

—No estoy seguro de que eso sea cierto.

—Lo es.

Sus labios turgentes se fruncieron en un puchero. Mi compañero de piso vampírico y de cientos de años había hecho un puchero. Era una visión tan ridícula como fascinante. Cuando se mordió el labio, los ojos se me fueron irremediabilmente hacia su boca. Sus dientes delanteros no parecían distintos de los del resto de la gente.

¿Tendría escondidos unos colmillos como los de Reginald?

Si posase esos bonitos labios sobre mi garganta, ¿notaría los latidos de mi corazón bajo la piel?

Aún tenía muchas preguntas que hacerle. Algunas de las cuales ni siquiera me atrevía a admitirme a mí misma.

—La nitidez de las fotografías que se ven en internet es asombrosa.

El cumplido que Frederick le lanzó a regañadientes a las fotografías de Sam me sacó de mis fantasías, salvándome de mí misma. Pensar en su boca sobre mi cuello —o cualquier otra parte de mi cuerpo —no podía traer nada bueno.

Me enderecé en la silla, algo acalorada.

—Seguro que Sam ha usado un filtro.

—¿Un qué?

Negué con la cabeza. La lección sobre filtros de Instagram podía esperar.

—No importa.

Por suerte, Frederick lo dejó pasar.

—Por lo que me ha contado Reginald, existe una forma de interactuar con las imágenes que se ven en las redes sociales. ¿Cómo se hace?

—Ah, bueno, en Instagram puedes decir que te ha gustado un post pulsando sobre ese corazoncito o dejar un comentario.

—¿Un comentario? —Frederick arrugó el ceño.

—Sí.

—¿Qué tipo de comentarios se dejan en Instagram?

Me quedé pensando un momento.

—A ver, la gente dice lo que quiere. Normalmente intenta ser ocurrente. Supongo que a veces también hay quien trata de ser cruel. Pero esos son unos gilipollas.

—Unos... gilipollas —repitió con lentitud; parecía confuso.

—Exacto.

Frederick negó con la cabeza y masculló para sí algo que sonaba un poco a «incomprensible jerigonza moderna», aunque tampoco me quedó claro. Entonces me preguntó:

—¿Puedo dejar un comentario en esta fotografía que tu amigo ha publicado de su desayuno?

La pregunta me sorprendió después de lo hostil que se había mostrado ante el concepto mismo de las redes sociales. Pero era bueno que quisiera aprender.

—Claro. —Le indiqué la caja de comentarios—. Escribe ahí lo que quieras decir.

Frederick se quedó mirando el teclado antes de empezar a pulsar muy lentamente las teclas con sus largos índices.

—Aún no estoy familiarizado con los teclados modernos —admitió mientras redactaba con dificultad su mensaje—. Son muy distintos de las máquinas de escribir a las que estaba acostumbrado.

Pensé en los viejos aparatos que el Instituto de Arte de Chicago tenía en su colección y traté de imaginar a Frederick, con su ropa anticuada, usando uno de ellos.

—Te manejas muy bien con los mensajes —afirmé—. Habría imaginado que usar un teléfono te sería aún más difícil.

Frederick se encogió de hombros.

—Descubrí una función llamada «Dictado» —respondió mientras seguía escribiendo. Para alguien que por lo común se movía con tanta agilidad y que parecía tan cómodo en su propio cuerpo, era un mecanógrafo torpe y sin talento. Resultaba extrañamente conmovedor—. Sin ella jamás podría utilizar mi teléfono.

Eso explicaría la longitud de algunos de los mensajes que me había enviado. Levanté la vista a la pantalla del portátil con una leve sonrisa, que se esfumó en cuanto leí lo que estaba escribiendo.

Aunque su fotografía es bastante bonita, no acierto a entender el interés de usar una tecnología tan avanzada con un fin tan prosaico. ¿Por qué la ha compartido?

Se despide deseándole buena salud,
Frederick

Me quedé mirándolo con incredulidad.

—No puedes publicar eso —le advertí en el preciso instante en que pulsaba Enviar y subía el comentario.

—¿Por qué no? —Sonó realmente desconcertado—. Acabas de decirme que la gente puede dejar en Instagram cualquier mensaje que desee.

—No cuando estás conectado desde mi cuenta. —Le aparté las manos del teclado, haciendo caso omiso de sus protestas—. Bórralo. Es un comentario muy borde.

—En absoluto. No hago sino pedir una aclaración.

—Pues claro que es borde. Sam va a pensar que eres un capullo.

Claro que de entrada a Sam no le caía bien Frederick. Todavía no le había explicado por qué había huido del apartamento y me había presentado

en su casa sin avisar ni por qué había vuelto a vivir con Frederick igual de rápido. Conociendo mi historial de convivencias horribles y hombres aún más horribles, casi seguro que Sam había sacado las peores conclusiones.

La expresión pensativa de Frederick me dio a entender que, de alguna manera, me había leído la mente.

—Tu amigo ya tiene motivos de sobra para no confiar en mí —señaló—. Si yo fuera él, es probable que tampoco confiase en mí demasiado. Supongo que tienes razón. No quiero empeorar las cosas insultando sus gustos en cuanto a fotografías de desayunos.

—No. —Negué con la cabeza—. Mejor no.

—Muy bien. Puedes borrar el comentario —concluyó al tiempo que cerraba los ojos y las pestañas largas y espesas le aleteaban por encima de las mejillas. El movimiento me obnubiló, así como la rítmica subida y bajada de su pecho al respirar—. Antes se reconocía mi franqueza —musitó—. Era un rasgo admirable entre los hombres de la época. Entiendo que ahora uno debe morderse la lengua para no ofender a los demás con frecuencia. —Volvió a quedarse parado—. Nada de esto me resulta natural. Tengo la impresión de que siempre me sentiré torpe e idiota en público.

Sus hombros se desplomaron y lo vi tan triste que el corazón se me encogió. La enormidad del problema al que se enfrentaba, que estaba intentando solucionar —y todo lo que había perdido a lo largo de los siglos que llevaba viviendo— quedó flotando en el aire, como un silencio pesado, entre ambos.

—Haré todo lo que pueda por ayudarte. —Mis palabras, lo que le ofrecía, me parecieron inadecuadas. Del todo insuficientes.

Cuando Frederick abrió lentamente los ojos, había en ellos una pequeña chispa que hasta entonces no había visto.

—Sé que lo harás. —Transcurrió un instante—. ¿Me enseñarías *tu* cuenta de Instagram?

Parpadeé estupefacta.

—¿Cómo has dicho?

—¿No me has oído? —preguntó con el ceño fruncido.

—Sí, sí. Es que me ha sorprendido.

—¿Por qué?

—Pensaba que no querías seguir viendo Instagram.

—No quiero ver los desayunos de Sam en Instagram —me corrigió—. Pero, si tan importante es que aprenda sobre las redes sociales e internet, al menos me gustaría ver algo interesante.

Vacilé.

—Mi cuenta es muy aburrida.

—Estoy seguro de que no.

—Instagram tiene tropecientos mil *reels* de gatos que son la monda —traté de desviar la conversación con las mejillas ardiéndome—. Podemos ver alguno.

Me incliné hacia delante para clicar en una de mis cuentas de gatos favoritas. Al hacerlo, sin querer choqué con el antebrazo de Frederick, lo que me provocó que un escalofrío me recorriera la espalda hacia abajo. Cerré los ojos ante la inesperada oleada de sensaciones que estaba notando por ese simple roce.

—Cassie.

Frederick posó con timidez una de sus manos sobre la mía, impidiendo que me desplazara por la pantalla —y cortándome la respiración— de inmediato. Estaba fría, y la palma resultaba suave al contacto con mis nudillos. Bajé la vista hasta nuestras manos, maravillada por el contraste entre ellas mientras trataba de calmar la respiración. Una era cálida y la otra fría. Una pequeña y otra grande. Una bronceada y otra pálida.

Era la primera vez que me tocaba de manera intencionada. Pareció darse cuenta al mismo tiempo que yo, y que la revelación lo sorprendía tanto como a mí. Abrió los ojos y las pupilas se le dilataron al mirarme.

Para mi vergüenza, necesité hacer un esfuerzo descomunal para no entrelazar mis dedos con los suyos, solo para ver cómo quedaban juntos.

—Por favor, deja de distraerme.

Cuando la voz de Frederick sonó junto a mi oído, los pelitos de la nuca se me erizaron y se me puso de gallina la piel de los antebrazos.

Tragué saliva, tratando de concentrarme en el gato que aparecía en la pantalla del portátil. Era una monada y el snowboard se le daba de vicio. Merecía mi total atención.

—¿Distraerte? —pregunté con voz entrecortada. Apenas me oí por el torrente de sangre que se me estaba agolpando en los oídos.

—Sí. —Frederick apartó su mano de la mía. Traté de sofocar la irracional decepción que sentí por esa pérdida de contacto—. Quiero ver tu Instagram. Estás intentando distraerme con gatos.

Respiré hondo para serenarme y me atreví a mirarlo de soslayo. En los ojos le brillaba una chispa de diversión.

—¿No ha funcionado? —acerté a preguntar.

—No. Y no es que no me gusten los gatos, pero ya los tengo muy vistos. Lo que no he visto nunca es tu cuenta. —Y entonces, como si se le acabara de ocurrir, añadió—: Por favor, enséñamela.

¿Acaso los vampiros poseían poderes mágicos que obligaran a los humanos a obedecerlos o algo así? No estaba segura. Pero lo cierto es que conforme me disponía a responderle que, aunque ya hubiera visto muchos gatos, seguro que nunca se había cruzado con uno haciendo snowboard, al momento me vi accediendo a mi perfil de Instagram, tal y como me había pedido.

O puede que no fueran poderes mágicos. Tal vez aún me duraba el efecto de haber tenido su mano sobre la mía.

Alcé la vista a la pantalla, donde me esperaba mi foto de perfil: un selfi haciendo el tonto que me había hecho hacía cinco años. Carraspeé.

—Aquí lo tienes.

Frederick emitió un murmullo apreciativo.

—¿Cómo puedo ver las distintas fotografías?

—Así —respondí, mientras le enseñaba cómo desplazarse—. Lo que más subo son mis proyectos, pero no es una cuenta de arte como tal, porque también cuelgo selfis y fotos de amigos.

—¿Selfis?

—Oh. —Por supuesto que no conocía esa palabra—. Los selfis son fotografías que te haces de ti mismo.

—Ah. —Asintió—. *Autorretratos*.

Enseguida le pilló el tranquilo a moverse por las imágenes de mi cuenta. Observó las fotografías que había tomado en Saugatuck, en las que Sam, Scott y yo salíamos rodeándonos con el brazo y sonriendo a la cámara. Se detuvo en las fotos de los desechos que había recogido en la playa para componer los cuadros de mi dormitorio... y también en las que salía posando delante de todos los restos con una sonrisa de oreja a oreja, orgullosísima, con mis dos trenzas y mis chanclas.

Frederick pasó por todas las fotografías, estudiándolas con leve interés.

Bueno, leve hasta que llegó a una que Sam me había hecho el último día de las vacaciones: salía yo, justo el día de toda aquella semana en el que podría decirse que había hecho calor como tal, y llevaba el único bikini que tenía. Era rosa chicle y la parte inferior estaba cubierta de margaritas blancas.

Nada del otro mundo.

Y, para ser un bikini, tampoco es que fuese demasiado atrevido.

Frederick se detuvo ahí. Abrió los ojos como platos y la mano libre se le cerró formando un puño.

Parecía que fuera a darle una embolia. O el equivalente a una embolia que les diera a los vampiros.

Apuntó a la imagen con un dedo tembloroso.

—¿Qué diantres llevas puesto? —Tenía la mandíbula apretada y los tendones del cuello le sobresalían, dibujando un claro relieve.

—Un bañador.

Frederick negó con la cabeza y cerró los ojos. El zumbido del frigorífico, al activarse, llenó la estancia con su ruido blanco.

—Eso... —declaró con voz ronca y grave— no es un bañador.

Estaba a punto de preguntarle a qué se refería, porque estaba claro que sí lo era. Pero entonces me di cuenta de que probablemente él estaría

acostumbrado a ver mujeres bañándose con trajes que las cubrían de la cabeza a los pies.

Pero ¿qué más le daba lo que me hubiera puesto durante unas vacaciones en la playa hacía años?

—Pues claro que es un bañador, Frederick. —Me quedé mirando la foto, en la que sonreía a la cámara—. Ya sé que es distinto de los que usabais vosotros, pero...

El resto de la frase se extinguió en mi garganta cuando advertí su expresión. El fuego en sus ojos, la línea tensa que se le había formado en el mentón...

Me había equivocado. No parecía enfadado.

Estaba furioso.

Me humedecí los labios mientras buscaba algo que decir y trataba de comprender su extraña reacción.

—¿No te gusta la foto?

Frederick frunció más el ceño. Estaba clarísimo que aquí «no gustar» se llevaba el premio gordo en el concurso de eufemismos.

—No.

Se me formó un pequeño nudo en la boca del estómago. Sabía que no tenía un cuerpo de supermodelo precisamente. Unas caderas redondeadas y un torso longilíneo hacían que ponerme bikini fuera una elección arriesgada. Pero ¿tenía que mostrarse tan cruel al respecto?

—Esto... ¿crees que no salgo favorecida?

En cuanto hice la pregunta, me sentí estúpida por que aquello me afectase. ¿Qué más daba si se lo parecía o no? No importaba lo más mínimo.

Solo que, por algún motivo..., sí importaba.

—No es eso lo que he dicho —murmuró Frederick.

Lo miré con extrañeza, desconcertada por su actitud.

—No lo entiendo.

El silencio se extendió entre nosotros, tan solo interrumpido por el tictac del reloj de pie que se alzaba en el salón.

Cuando volvió a abrir los ojos, estaban cargados de un feroz brillo posesivo que me dejó atónita. Se levantó de la silla con tanto ímpetu que casi la tiró al suelo.

—Lo que he dicho, Cassie, es que no me gusta la fotografía *en sí*.

Se quedó mirando hacia la ventana que daba al lago Michigan, de espaldas a mí. Tanto mejor. Si su rostro mostraba una expresión tan colérica como la que podía adivinarse en su voz, no iba a saber dónde meterme. Era probable que hiciera algo por lo que después Sam me echaría un sermón. Era posible que estallase en llamas.

Frederick seguía con los puños cerrados a ambos lados del cuerpo, que estaba tenso como un arco a punto de disparar.

—Es posible que las mujeres jóvenes y hermosas apenas se cubran con ropa cuando van a la playa. Y es posible que mi reacción al verte con tan escaso atavío sea increíblemente anticuada. —Se detuvo y se volvió hacia mí. Sus ojos estaban llenos de tormento... y de algo más para lo que carecía de palabras, pero que mi cuerpo de algún modo reconoció. El corazón se me aceleró por la forma en que me miraba y mi respiración se volvió demasiado rápida y entrecortada.

—Estoy en mi derecho de vestir como quiera, ¿sabes?

—Eso es cierto —concedió—. No soy quién para dictar cómo vistes ni cómo vives tu vida. Mi opinión ni importa ni debería importar. Pero la idea de que otras personas puedan ver tu cuerpo tan expuesto... —Volvió a apartar la mirada y suspiró—. Es posible que haya vivido demasiado tiempo.

Para cuando logré recomponerme lo suficiente como para responderle, se había dado la vuelta y se había marchado del salón, dejando una tensión evidente e insoportable tras él.

Once



Entrada del diario del señor Frederick J. Fitzwilliam
con fecha de 4 de noviembre

Hace dos horas que Cassie se fue a la cama.

Cada vez que cierro los ojos aún puedo verla, mirando a la cámara con esa sonrisa radiante y ese disparate cubriéndola, que ni es atuendo ni es nada, el cabello como un halo dorado alrededor de la cabeza, y su cuerpo glorioso iluminado a contraluz.

Siento una rabia irracional.

Contra el fotógrafo, por tomar la instantánea.

Contra Cassie, por permitir que tantos otros la contemplen prácticamente desnuda.

Contra los siete mil millones de habitantes del planeta, por tener la posibilidad teórica de ver su fotografía con unos simples clics.

Contra mí mismo.

Encorvado delante del escritorio, trato por todos los medios de obviar la punzada urgente y ya familiar que siento en las entrañas. Mientras Cassie duerme en la habitación de al lado, inocente y ajena a todo esto, yo me aferro a la poca cordura y autocontrol que me quedan.

Porque, ¡por los clavos de Cristo!, cuando la he visto en esa fotografía lo único que he podido pensar ha sido en lo mucho que deseo que Cassie se ponga ese «bañador» suyo para mí.

De haber estado presente cuando tomaron esa fotografía, apenas habría podido aguantar las ganas de aflojar los delicados tirantes de sus hombros y descubrir el resto de su bello cuerpo ante mis ojos.

Soy una criatura despreciable.

Cassie es una joven humana llena de vida que no merece ser el objeto de mis libidinosas fantasías. Mañana me llevará de compras para ayudarme a elegir unas prendas que, insiste, serán más adecuadas como vestimenta informal que mi actual armario. Supongo que implicará evaluar mi cuerpo y su aspecto con distintos atuendos. ¿Y si ha de tocarme durante el proceso? Me pongo más duro que una roca solo de pensarlo.

Si no estuviera ya condenado por toda la eternidad, desde luego que ahora lo estaría.

Como diría Reginald, estoy mal de la azotea.

FJF

—Así que tu compañero de piso necesita un cambio de look, ¿eh? —Sam trataba de ocultar la diversión en su voz, pero no lo conseguía. Se mordía el interior de la mejilla para no sonreír—. Debe de ser urgente, dado que me has llamado para que os ayude.

El centro comercial estaba atestado de ruidosos adolescentes de los suburbios y padres agotados con niños pequeños. Había propuesto a Frederick que nos viéramos allí el martes a última hora de la tarde porque imaginé que, en mitad de la semana, estaría más o menos vacío y tranquilo. Pero hacía diez minutos que una mujer casi me había atropellado con un cochecito, por lo que me di cuenta de que alguien como yo, que apenas pisaba los centros comerciales, no tenía argumentos para hacer ese tipo de suposiciones.

—No tanto un cambio de look como renovarse el armario al completo —respondí antes de darle un mordisco al pretzel que acababa de comprar en un puestecito, maravillada por la forma en que tal delicia química se deshacía en mi lengua. No tenía ni idea de qué estaba hecho aquello. Y quizá fuera mejor así.

—¿Renovarse el armario?

—Sí. Necesita ropa nueva con bastante urgencia. Por eso te pedí que vinieras. Tú eres hombre, así que algo más de idea que yo tendrás sobre moda masculina.

A decir verdad, Sam no sabía más del tema que la mayoría de la gente. En realidad, su relación con la ropa no había evolucionado más allá de lo

que se ponía en la universidad, salvo por los trajes que llevaba para trabajar. Si le había pedido que se viniera con nosotros a última hora, había sido sobre todo porque esperaba que hiciera de barrera entre Frederick y yo mientras elegíamos prendas y se las probaba. Porque, ahora que estaba en el centro comercial, me daba cuenta de que una cosa era decirle a tu compañero de piso vampiro, guapísimo y vedadísimo que tenía que cambiar de forma de vestir y otra muy distinta acompañar de verdad a dicho compañero de piso vampiro, guapísimo y vedadísimo al centro comercial, ponerte a elegir ropa con él y luego valorar cómo le quedaba en ese cuerpazo para ayudarlo a saber con qué quedarse.

Sobre todo teniendo en cuenta cómo había acabado la lección sobre Instagram.

Habían pasado dos días y aún no tenía claro qué había querido decir con su reacción a mi foto en bikini. Y no porque no le hubiera dado infinitas vueltas a la cuestión desde todos los ángulos posibles, claro.

Había pensado en ello en el trabajo. Mientras intentaba sacar adelante el proyecto para la exposición de arte. Mientras trataba de dormir por las noches, superconsciente de que estaba despierto y en la habitación de al lado, siguiendo sus costumbres nocturnas.

Había pasado más tiempo del que estaba dispuesta a admitir reviviendo con exactitud cómo me había mirado antes de salir disparado del salón, con los ojos echando chispas de... ¿qué? ¿Furia? ¿Celos? ¿O alguna otra cosa?

Llevábamos desde entonces sin hablar, salvo por un puñado de notas que nos habíamos intercambiado para coordinar la excursión. Si quería sobrevivir a esas dos horas examinando a Frederick en vaqueros y camiseta, necesitaba a mi lado a mi mejor amigo.

—Pero yo creía que tu compañero de piso vestía bien. —Notaba en la voz de Sam la risita burlona, apoyada como estaba en el enorme pilar blanco con un anuncio de perfume a un lado y un plano del centro comercial al otro—. Creía que estaba *como un tren*.

Me puse colorada de la vergüenza por la situación y me enfadé un poco con mi amigo.

—Y lo está, lo está; pero... —Me mordí el labio mientras me pensaba cómo describir el problema de Frederick, que vestía como hace cien años, sin revelar que estábamos hablando de un vampiro.

Frederick eligió ese preciso momento para aparecer ante nuestros ojos, con lo que me ahorró tener que responder. Como siempre, vestía como si fuera a una cita con Jane Austen, con un traje de tres piezas de lana gris marengo con pinta de caro y unos zapatos negros tan lustrosos que resplandecían.

Había dejado la corbata en casa, cosa que estaba bien. Pero habría esperado que también dejase la chaqueta para ir de compras, ya que iba a ser un estorbo a la hora de probarse. Dicho esto, estaba increíble... y más fuera de lugar que nunca en ese centro comercial de las afueras.

Un vistazo a Sam me dio a entender que pensaba lo mismo que yo. Frederick estaba estupendo. Era la primera vez que lo veía en persona y me di cuenta de cómo mi mejor amigo se esforzaba por mantener la mirada fija en el rostro perfectamente esculpido de Frederick, en lugar de recorrer con ella sus amplios hombros y la forma en que aquel traje a medida se le ceñía al cuerpo.

Antes de unirse a nosotros, junto al plano del centro comercial, Frederick esquivó con agilidad a un grupo de adolescentes que mantenían una charla animada, con una facilidad que no me habría esperado de él. Miró a Sam y se detuvo justo antes de volverse hacia mí por completo. La ardiente intensidad de la otra noche había desaparecido de sus ojos y había dejado paso a una expresión agradable e impasible. Al verlo, nadie habría imaginado que dos noches antes se le había ido la pinza del todo al ver una foto mía en bikini.

Pero vaya que si se le había ido.

A juzgar por la forma en que seguía ahí de pie, evitando mi mirada, no tenía pinta de que en ese momento quisiera abordar lo que había significado nada de aquello.

Y, bien pensado, yo tampoco.

—Hola. Soy Frederick J. Fitzwilliam —dijo, tendiéndole la mano a Sam para que se la estrechara.

Este la aceptó con entusiasmo y yo tuve que taparme la boca para reprimir una carcajada. ¿Quién era esta persona y qué había hecho con mi amigo, que tanto se había opuesto a que volviese a compartir piso con él?

—Encantado de conocerte, Frederick —respondió—. Soy Sam.

—Lo mismo digo. Cassie me ha contado que hoy nos acompañarás para ayudarme a seleccionar ropa —dijo al tiempo que hacía un gesto hacia mí, sin mirarme y con los ojos clavados en Sam. Me atravesó una oleada de absurda decepción al percatarme de que estaba tan contento como yo de contar con una barrera humana.

—Espero poder ayudar —afirmó Sam con demasiada alegría.

—Yo también lo espero. Sé muy poco sobre moda actual. —Se señaló con un vago ademán—. Como seguro que puedes apreciar.

Para entonces, Sam había perdido por completo la batalla contra sí mismo para evitar fijarse en cómo le quedaba el traje a Frederick, y lo miraba descaradamente. Tragó con dificultad y luego se rascó la nuca.

—Seguro que sabes... alguna que otra cosa.

—En absoluto —insistió Frederick. Si se había percatado de la poca discreción con que Sam lo observaba, no lo demostró—. Me fío de Cassie cuando me dice que debo vestir con mayor informalidad para llevar a cabo mis actividades cotidianas. Pero, de toda la vida, tiendo de forma instintiva a vestir de la manera más formal posible en cada ocasión.

—Sí —coincidió Sam—. No vas a llevar un traje como este para ir... al súper. O a sacar la basura.

Frederick suspiró y negó con la cabeza.

—Da la casualidad de que precisamente este traje es el que me pongo para sacar la basura cada miércoles por la noche.

—Y ese el problema —le recordé, metiendo baza en la conversación por primera vez desde que apareciera Frederick. Él seguía sin mirarme, pero su cuerpo entero se tensó cuando hablé, como si el sonido de mi voz bastara para causarle ansiedad. Hice caso omiso de la maraña de emociones

confusas que me provocaba y continué—. Si quieres estar... más cómodo, deberías llevar camiseta y vaqueros de vez en cuando.

Enarqué las cejas con toda la intención, para que supiera que con «más cómodo» quería decir «menos como un vampiro de cientos de años».

—Tienes razón. —Por su mirada de resignada determinación se diría que lo habían obligado a presentarse voluntario para vigilar el baile del instituto o que le acababan de comunicar que lo habían elegido para formar parte de la asociación de propietarios..., y que, aunque preferiría hacer cualquier otra cosa, tenía demasiados principios como para renunciar.

Me volví hacia Sam.

—¿Deberíamos empezar por Gap o vamos a algún otro sitio? —Hacía tiempo que no compraba en tiendas que no fueran online, pero me parecía recordar que en ese centro comercial la de Gap no estaba mal.

—Depende de cuál sea vuestro presupuesto. Nordstrom también tiene cosas chulas.

Frederick miró directamente a Sam y le preguntó:

—Entre Nordstrom y Gap, ¿cuál dirías que tiene prendas para hombre más *chulas*?

—Nordstrom, desde luego.

—En tal caso iremos a Nordstrom. —Una vez tomada la decisión, Frederick se sacó un reloj de leontina, de los de verdad, del bolsillo. Lo miró y añadió—: Diría que nos quedan dos horas antes de que cierre el centro comercial y concluyamos nuestro cometido. ¿Empezamos?

—Esperad un momento. —Ahora fue Sam quien se sacó algo del bolsillo. Era su móvil—. Mierda, es de la empresa. —Se llevó el teléfono al oído—. ¿Dígame? —Su voz sonaba muy distinta, más seca y formal que cuando hablaba conmigo. Debía de ser uno de los socios.

Frederick me miró con el ceño fruncido.

—¿Su patrón lo llama por la noche?

—Sam es abogado —le expliqué—. Es su primer año en el bufete y lleva un horario absolutamente inhumano. Su marido, Scott, me ha contado que ahora mismo llega a echar casi setenta horas a la semana.

—Eso es horrible —exclamó Frederick con espanto.

—Ya lo sé.

Sam había sacado un cuaderno del bolso y tomaba notas mientras escuchaba lo que la persona al otro lado de la línea le estuviera diciendo.

—No entiendo por qué a Kellogg le ha entrado ahora el pánico por la fusión. Ya sé que es la semana que viene, sí, pero... —Otra pausa—. Sí, por supuesto. Redactaré el borrador del informe en cuanto esté en la oficina. —Echó un vistazo a su reloj de pulsera—. Ahora mismo estoy en Schaumburg, pero puedo llegar en cuarenta y cinco minutos.

Colgó y, a continuación, me lanzó una mirada de disculpa.

El alma se me cayó a un lugar más o menos cercano a los pies.

—¿Tienes que irte? —pregunté, cada vez más nerviosa.

—Sí. Lo siento mucho. Esta operación de la que nos estamos encargando es... —Negó con la cabeza sin terminar la frase. Hasta ese momento no me había percatado de sus ojeras—. No hay ningún problema con ella como tal. Es la semana que viene y debería ir sobre ruedas, pero al cliente le ha entrado el miedo y hay que ir a tranquilizarlo.

Entonces arqueó una ceja y se me acercó un poquitín más antes de añadir en voz baja:

—Lo que *más* siento es perderme a Frederick probándose ropa.

Sus palabras casi me distrajeron del terror que sentía por que pronto fuera a quedarme sola con Frederick vistiéndose y desvistiéndose durante toda una tarde. Le di un manotazo a mi mejor amigo.

—Que estás *casado*, Sam.

—Casado, no muerto. —Se detuvo un instante antes de añadir—: Ahora en serio; parece un tío majo. Un poco raro, pero... —se encogió de hombros— ya no estoy tan convencido de que cometieras el peor de los errores al irte a vivir con él.

Se me escapó una carcajada.

—Muy bien. Ahora lárgate a hacer tus cosas de abogado. Nos apañaremos.

Cuando miré a Frederick, no parecía en absoluto que fuera a *apañarse* con el cambio de planes. Tenía los ojos como platos y parecía casi tan aterrorizado como yo ante la idea de ir de tiendas a solas conmigo.

—Mándame un mensaje si surge algo o si tenéis alguna duda —dijo Sam, echándose al hombro el bolso—. Mañana te llamo para ver cómo os ha ido.

Y entonces se marchó. Y me dejó sola con Frederick, a quien me iba a tocar acompañar a probarse ropa informal.

Iba a ser fantástico.

Pero fantástico de verdad.

Frederick carraspeó a mi lado. Tenía la mirada clavada en los zapatos y los dedos de la mano tamborileaban a toda velocidad sobre el muslo derecho.

—Me... alegre de que no trabajes tanto como él, Cassie. —Su voz sonaba tan baja que tuve que esforzarme para oírlo por encima del barullo del centro comercial atestado—. Si lo hicieras, me preocuparía mucho, creo.

Su mirada, tierna y cálida, se cruzó con la mía antes de desviarse otra vez al cabo de un instante. Carraspeó de nuevo.

—Entonces, ¿quieres que vayamos a Nordstrom?

Nordstrom. Eso.

—Sí —respondí, casi sin aliento y algo mareada por el cambio repentino de tema. ¿Cómo demonios iba a sobrevivir a esa prueba?—. Vamos a Nordstrom.

La última vez que había estado en un Nordstrom había sido hacía casi veinte años, cuando fui a ese mismo centro comercial con mi madre para probarme vestidos para mi bat mitzvá. Teniendo en cuenta todo el tiempo que había pasado, me sorprendió la fuerte sensación de *déjà vu* que viví en cuanto entré en el establecimiento. El perfume que parecía flotar en el aire,

la iluminación fluorescente..., todo me llevaba de vuelta a los trece años, horriblemente incómoda en mi propia piel y deseosa de estar en cualquier otro sitio que no fuera ese.

Por el modo en que las manos de Frederick no paraban de cerrarse y abrirse a los costados, sospechaba que él se sentía más o menos como yo aquella vez.

—No esperaba que este establecimiento fuera tan... —La frase se perdió, pero los ojos oscuros de Frederick, muy abiertos, demostraban lo abrumado que se sentía al tratar de procesar todo a su alrededor.

—¿No esperabas que fuera tan... qué? —le pregunté mientras lo conducía más allá de la sección de calzado, tan ostentosa que tenía su propio bar de vinos.

Frederick se detuvo de forma abrupta al llegar a unos abrigos de cinco mil dólares que parecía que habían sido confeccionados a base de pedrería y bolsas de basura.

Los miró con el ceño fruncido. A saber qué estaría pensando en ese momento.

—No esperaba que este establecimiento fuera tan... *exagerado*.

No dijo nada más, pero tampoco hacía falta. Entendía a la perfección a lo que se refería.

Tenía la mano en su codo para así guiarlo hacia la sección de caballeros, sin aplicar más que la mínima presión para animarlo a moverse hacia la izquierda. Había ruido, pues el establecimiento estaba lleno de personal y de clientes, además del hilo musical genérico que sonaba de fondo; aun así, podía oír el modo en que su respiración se agitaba al tocarlo con la misma facilidad que si no hubiera habido nadie más.

Traté de seguir los carteles que llevaban a la sección de caballeros, pero eran *tantos* los que había en aquellos grandes almacenes que resultó todo un desafío. También había demasiada gente. Estaba casi tan abarrotado como la zona principal del centro comercial. Sentía como si cada tres metros nos topáramos con un nuevo vendedor vestido con traje impecable.

Debíamos de llevar dando vueltas por Nordstrom nuestros buenos diez minutos cuando, por fin, encontramos la sección de caballeros. Se encontraba en la sexta planta, más allá de la de artículos para el hogar, en la otra punta de la entrada principal. Era mucho más pequeña que la suma de las secciones dedicadas a ropa de mujer, por lo que en cierto modo parecía su hijo bastardo.

No obstante, lo que vendían a los hombres parecía tan caro como el resto de las cosas que había en Nordstrom. Nos recibieron burros llenos de chaquetas en colores discretos, adornadas con etiquetas que marcaban miles de dólares. Justo detrás había un expositor de corbatas de seda que ocupaba toda una pared.

Por suerte, también parecía que vendieran ropa más informal. En cuanto nos adentramos un poco más en la sección encontramos vaqueros que harían que Frederick llamase mucho menos la atención la próxima vez que saliera de casa.

—¿Puedo ayudarlos?

Una mujer esbelta, con un vestido negro ceñido y el cabello oscuro recogido en un moño sobrio aunque elegante, apareció al lado de Frederick. Me fijé en la plaquita con su nombre —se llamaba Eleanor M.— y en que parecía de mi edad, aunque iba mucho más arreglada. Me pregunté si en Nordstrom, igual que en The Limited, donde trabajé durante mis años universitarios, exigirían que los empleados se compraran la ropa de su uniforme de trabajo.

—Sí —respondió Frederick—. Me llamo Frederick J. Fitzwilliam y preciso de vestimenta.

Las cejas de la vendedora salieron disparadas.

—¿Vestimenta?

—Sí.

Siguió mirando expectante a Frederick, como si aguardase una explicación. Cuando esta no llegó, se giró sobre uno de los tacones de ocho centímetros con pinta de caros que llevaba puestos para volverse hacia mí.

—Lo que quiere decir —tercié con cierta incomodidad— es que quiere probarse vaqueros. Y algunas camisetas. Ya tiene un montón de trajes, pero también quiere ropa que pueda ponerse en plan... para andar por casa o ir a una cafetería. Cosas así.

—Ah. —La mujer esbozó una sonrisa comprensiva antes de susurrarme en un aparte con tono conspirativo—: Su novio es un verdadero adicto al trabajo, de los que visten siempre como para ir a la oficina, ¿verdad?

«Su novio».

El corazón se me fue hasta el esófago al mismo tiempo que el estómago me dio un vuelco no del todo desagradable. Le lancé una mirada a Frederick. Por la expresión atónita de su cara, supe que había oído exactamente lo que la mujer acababa de decir.

—Oh... Él... —tartamudeé; luego intenté reírme—. No es mi...

Pero la mujer no se había quedado a escuchar el final de la frase; ya se alejaba y nos hacía un gesto para que la siguiéramos más allá de los trajes, camino de la zona con ropa más informal. Volví la vista a Frederick, que iba pisándome los talones. No sabía que una persona fuese capaz de abrir *tanto* los ojos.

—La sección de caballeros de nuestro establecimiento es la mayor de todos los Nordstrom de Chicago y alrededores —explicó ufana, sin reparar en que mi mente iba revolucionada—. Destaca especialmente nuestra selección de trajes. Pero entiendo que no han venido para eso.

—No —coincidió Frederick antes de añadir, señalándome—: Cassie dice que necesito llevar ropa más informal para pasar inadvertido en la sociedad moderna.

La vendedora murmuró algo al tiempo que asentía, razonable.

—Sí. Pues han venido al lugar adecuado. —Se detuvo al llegar a una serie de estanterías llenas de vaqueros—. ¿Les interesan los vaqueros desgastados o buscan un estilo más clásico?

Frederick enarcó una ceja y miró con desconfianza a la mujer. Extrajo con cuidado unos vaqueros tan rotos que parecían haber pasado dos semanas en remojo en un tanque de ácido.

—Yo *no* voy a ponerme eso —afirmó lacónico—. Por los clavos de Cristo, Cassie. Esta prenda tiene más agujeros que tela.

—Él prefiere un estilo más clásico —me apresuré a aclararle a la vendedora mientras conducía a Frederick hasta una estantería de vaqueros que creí que consideraría más aceptables.

Parpadeó al verlos.

—¿Estos?

—Estos —confirmé.

Se quedó mirándolos un momento antes de preguntar:

—¿Cómo voy a saber cuál de ellos me vale?

Al oírlo, la vendedora se volvió hacia él y recorrió con la mirada su largo cuerpo antes de volver a ascender. Se detuvo en el torso un instante más de lo estrictamente necesario, dado que estábamos hablando de vaqueros. Las manos se me cerraron de forma involuntaria y en el pecho se me instaló una sensación ardiente y desagradable que me negué en redondo a analizar.

—¿Sabe cuál es su tiro? —le preguntó—. ¿Cuánto mide de cintura?

Frederick se mordió el labio inferior; parecía que estaba tratando de dar con la solución a un complejo problema matemático.

—Hace tiempo que no me toman las medidas —admitió—. He de reconocer que no las recuerdo.

—Será un placer hacerlo —se ofreció Eleanor M., al tiempo que sacaba una cinta métrica de a saber dónde y se le acercaba.

Frederick se mostró tan aterrorizado como si acabara de tropezar con un nido de avispas. Sin darse cuenta, dio un paso atrás para alejarse de la vendedora.

—No se preocupe —respondió con tono escandalizado. Me miró y luego miró la estantería de los vaqueros. Cogió cinco pares al azar, colocándoselos uno a uno delante del cuerpo—. ¿Cuál de estos crees que es más probable que me valga?

Examiné cada uno de ellos mientras los sostenía y luché contra el instinto de imaginarlo en el probador, quitándose sus pantalones y poniéndose los vaqueros.

—Es... difícil de saber —respondí—. ¿Por qué no te los llevas todos al probador y lo compruebas?

Frederick asintió, como si mi respuesta tuviera toda la lógica.

—Voy a probarme estos pantalones —informó a la vendedora—. Si me trajera camisetas informales en todos los tamaños y colores que tenga disponibles, sería una forma excelente de aprovechar el tiempo.

—No mires.

—No estoy mirando.

—¿*Seguro* que no estás mirando?

Puse los ojos en blanco, pero sin abrirlos.

—La puerta está cerrada, Frederick. Aunque tuviera los ojos abiertos, no podría verte. Pero sí, te juro por la kombucha de mi padre que no estoy mirando.

Una pausa. Desde el probador me llegó un sonido de tela cayendo al suelo.

—¿Que lo juras por la... qué de tu padre?

Solté una risotada.

—Es algo que decimos mi madre y yo cuando queremos reírnos de papá. Desde que está jubilado se pasa el día preparándola.

—Preparando... ¿qué?

—Kombucha. La bebida esta que se hace con té fermentado. Está bastante buena, pero es que lo tiene obsesionado. Guarda cantidad de botellas en el garaje en diferentes momentos del proceso de preparación.

—Entiendo —respondió, aunque estaba claro que no entendía nada.

Del interior del probador llegó el ruido de una cremallera cerrándose. Frederick debía de estar probándose los vaqueros. Cerré los ojos con más fuerza aún, tratando de no imaginar cómo el tejido se deslizaba por sus piernas desnudas y la cinturilla se acomodaba en la parte inferior de sus caderas.

—Sí —proseguí con un jadeo antes de sacudir la cabeza para apartar toda imagen mental innecesaria—. En fin, que siempre que mamá y yo queremos reírnos de él, empezamos cualquier frase chorra con «te lo juro por la kombucha de mi padre». Nosotras nos partimos de risa y papá se enfada; es la monda.

Silencio en el interior del probador. Más roce de tejido. Una percha recogida de la pared.

El cerrojo del probador gira. Se abre la puerta.

—Ni una palabra de las que acabas de pronunciar tiene sentido alguno —dijo Frederick mientras salía—. Pero ya puedes abrir los ojos.

Lo hice.

Y me quedé boquiabierta.

Frederick estaba estupendo con los anticuados trajes que llevaba viéndole desde que nos conocimos, por supuesto. Más que estupendo. Pero ahora me daba cuenta de que su atuendo, siempre demasiado formal y pasado de moda, me servía de recordatorio constante de que estaba fuera de mi alcance en todos los aspectos imaginables, además de vetadísimo.

Intocable. Como poco.

Ahora, sin embargo...

—¿Qué te parece? —preguntó—. ¿Crees que así encajaré en la sociedad moderna?

Con dificultad, aparté la vista de su amplio pecho, cubierto por una camiseta de cuello abotonado y manga larga en color verde bosque que le quedaba como un guante, y lo miré a los ojos. Al mirarlo, noté que estaba un poco agitado y que volvía a tamborilearse el muslo con la punta de los dedos, observándome con una nerviosa intensidad que me dejó sin aliento.

Dejé que mis ojos descendieran con lentitud por su cuerpo, saciándome de él, contemplando su nueva camiseta y unos vaqueros azul oscuro que le quedaban tan bien que nadie habría imaginado que veinte minutos antes no tenía ni idea de cuál era su talla. Los otros que se había probado estaban doblados en un montón sobre la silla de al lado; el traje colgaba con pulcritud de una percha en el probador.

Me centré en esos otros detalles para distraerme de que Frederick no solo estaba tan bueno con ropa informal como con sus señoriales trajes, sino que ahora parecía *accesible* de un modo que resultaba peligroso, sobre todo para mí.

Debía apartar los ojos. Era como mirar directamente al sol.

—Te queda genial. De hecho, estás increíble. —Oí cómo inspiraba con brusquedad y solo entonces me di cuenta de que no era eso lo que me había preguntado. Lo único que quería saber era si me parecía que así fuera a encajar. El estómago me dio un vuelco y noté que las mejillas me ardían. Menuda idiota—. Esto... Lo que quiero decir...

—¿Crees que me queda genial? —Me estaba mirando con una expresión a medio camino entre la sorpresa y el deleite. Salió del probador y no se detuvo hasta quedar a unos centímetros de mí. Al inspirar, sin darme cuenta, percibí el aroma a jabón de lavanda y ropa nueva adherido a su cuerpo—. ¿En serio?

Su voz, que destilaba esperanza, me despertó en el estómago un enjambre de mariposas que traté de ignorar.

Asentí, aunque «genial» ni por asomo hacía justicia al aspecto que tenía.

—Sí, en serio.

Me dedicó una tímida sonrisa de medio lado, que le activó el hoyuelo de la muerte, y se miró los brazos. Deslizó uno de los pulgares por las clavículas y luego por el pecho.

—Esta tela es más agradable de lo que esperaba. Más suave.

Observé cómo su mano acariciaba el material.

—¿Sí?

—Sí. —Se detuvo un instante—. ¿Quieres... quieres tocarlo tú también?

Las cejas me dieron tal brinco que casi me alcanzaron la línea del pelo.

—¿Cómo?

—Siento curiosidad por saber si la mayor parte de las camisetas fabricadas en esta época son tan suaves como esta. He pensado que si la tocabas... —Dejó la frase inacabada—. He pensado que tal vez podrías decirme si esta camiseta en particular era representativa.

Agachó la cabeza y se quedó mirándose los zapatos como si fueran lo más interesante del mundo entero.

Alcé la vista hacia él, con la sangre agolpándoseme en los oídos.

Frederick... quería que lo tocara.

Aquí.

En un probador de Nordstrom.

Tragué saliva con dificultad.

—¿Crees que te serviría de... aprendizaje?

Asintió sin dejar de mirarse los zapatos.

—Eso creo. Pero... —Entonces me miró con una expresión indescifrable —. Pero solo si tú quieres, Cassie.

Al final tampoco tuve que pensármelo demasiado. Si me lo hubiera pedido cualquier otra persona, habría entendido que era la excusa más clara del mundo para dejarse sobar.

Pero esta no era cualquier otra persona.

Era Frederick, alguien tan formal, tan correcto y recatado que no había dejado de llamarme «señorita Greenberg» y empezado a tutearme hasta que se lo pedí varias veces. La misma persona a quien verme en bikini le había afectado tanto que se pasó dos días sin ser capaz de hablarme.

Puede que fuera la persona más caballerosa que jamás hubiera conocido. Si hubiera querido buscarse una excusa cutre para que le pusiera las manos encima, lo habría hecho hacía mucho tiempo.

Además, es que yo *quería* tocarlo. Mogollón, de hecho. Que fuera o no buena idea hacerlo era otra cuestión, una en la que ya tendría tiempo de sobra para pensar más tarde.

Di un paso adelante y posé ambas manos sobre su pecho. Una parte de mí medio esperaba sentir un corazón, un cuerpo blando y cálido bajo las palmas. Pero el pecho de Frederick tenía una frialdad y una solidez casi sobrenaturales cuando lo toqué, y carecía de latido rítmico allí donde debería haberlo tenido de ser todavía humano.

Por suerte —o por desgracia—, mi corazón latía más que de sobra por los dos.

Tenía razón. La tela de la camiseta sí que era suave. Deslicé ambas manos adelante y atrás por el tejido gofrado, recreándome en su contacto sedoso con mis dedos y en el delicioso contraste que hacía con la dura superficie de su pecho bajo la tela.

Una vez averiguada la respuesta a su pregunta, quizá debería haber dejado de tocarlo. Debería haber dado un paso atrás y haber mantenido las manos alejadas de él el resto de la tarde.

Pero no lo hice.

La camiseta que llevaba era agradable, sí. Pero no fue eso lo que me mantuvo inmóvil, lo que hizo que dejase las manos sobre su cuerpo mucho más tiempo del que probablemente hubiera imaginado cuando me pidió que lo tocara. Yo ya sabía que Frederick estaba fuerte, pero ahora que lo estaba acariciando me daba cuenta de que era *puro* músculo. Me pregunté si también habría estado en tan buena forma cuando era humano. ¿O quizá esa complexión propia de un atleta profesional era una peculiaridad física exclusiva de los vampiros? En cualquier caso, podía sentir sus pectorales tensarse y relajarse bajo las palmas de las manos mientras lo tocaba, así como la brusca inspiración de aire cuando me lancé y comencé a acariciarle con suavidad las clavículas con el pulgar.

Sus ojos seguían clavados en los míos, pero se estaban volviendo más vidriosos y desenfocados.

—¿Qué...? —Calló y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos había un calor en su mirada que hizo que el centro comercial y el resto del mundo entero desaparecieran. Inclino la cabeza hacia mí, y puso la boca a escasos centímetros de la mía. Podía sentir cada una de sus exhalaciones, frías y dulces, contra mis labios. El corazón se me desbocó. Las rodillas me flaquearon—. ¿Qué sientes?

—¡Guau! A su novio le queda todo fenomenal, ¿verdad?

Nos apartamos a toda prisa al oír la voz de la vendedora justo a mi espalda. Frederick, que ahora se encontraba a casi medio metro de mí, se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y bajó la mirada. No se

puso colorado —¿acaso los vampiros podían sonrojarse?; no estaba segura —, pero desde luego que yo sí.

Estaba demasiado turbada como para responder.

Por suerte, él pareció recuperar la capacidad de raciocinio más rápido que yo. O puede que jamás la hubiera perdido. Aunque tampoco corrigió a la mujer.

—Gracias —respondió con voz tensa. Sus ojos no se apartaron en ningún momento de mi rostro—. A Cassie le ha gustado esta camiseta. Me llevaré una de cada color.

OceanofPDF.com

Doce



Carta del señor Frederick J. Fitzwilliam a la señorita
Esmeralda Jameson con fecha de 7 de noviembre

Querida Esmeralda:

Acabo de recibir tu más reciente misiva. Como norma general detesto repetirme, pues hacerlo suele constituir una pérdida de tiempo. No obstante, tu última carta demuestra que no me queda otra opción.

Como ya he dicho en numerosas ocasiones, tanto a mi madre como a ti: no creo que un matrimonio contraído sin que uno de los miembros de la pareja quiera participar de él pueda ser feliz. Además, desde la última carta que te envié he empezado a albergar sentimientos por otra persona. Dudo que la relación llegue a buen término por una serie de motivos con los que no voy a aburrirte. En cualquier caso, mereces mucho más que casarte con un hombre que suspira por alguien más. No te condenaré a una vida tan desgraciada.

Han transcurrido más de cien años desde que hablamos por última vez cara a cara, pero recuerdo que no solo eras una mujer razonable, sino también de una admirable independencia. Es imposible que desees un matrimonio de conveniencia con un hombre que no te ama. Te ruego que me ayudes a convencer a nuestros padres de que esta maquinación suya constituye la peor de las ideas.

Atentamente,
Frederick J. Fitzwilliam

SE BUSCA DOCENTE DE ARTE PARA INSTITUTO DE ENSEÑANZA
SUPERIOR: HARMONY ACADEMY

Harmony Academy, colegio privado de educación mixta desde Preescolar hasta Bachillerato con sede en Evanston, Illinois, y dedicado a fomentar la integridad moral, la vitalidad intelectual y la compasión entre nuestro alumnado diverso, busca un docente de Arte para sus cursos superiores. Puesto disponible a partir del semestre de primavera. Las personas interesadas deben poseer un título de grado en una disciplina artística por una universidad acreditada, de uno a tres años de experiencia en la enseñanza de Bellas Artes en un centro educativo y excelentes referencias. Se dará prioridad a quienes posean un máster en Bellas Artes. Animamos a postularse en particular a artistas en activo.

El candidato o candidata ideal demostrará por medio de su historial profesional y su portfolio un compromiso sincero con los valores ya mencionados de Harmony Academy. Para participar en el proceso selectivo, envíe por correo electrónico su currículum, carta de motivación y portfolio a Cressida Marks, directora de Harmony Academy.

Me quedé mirando la descripción del puesto que ofrecían en Harmony Academy sin saber muy bien qué hacer.

Normalmente me habría limitado a borrarlo, igual que había borrado todos los mensajes de correo electrónico de la oficina de empleo de mi *alma mater*. Una tasa del cien por cien de rechazos en todas las ofertas de Younker a las que me había presentado los dos primeros años después de acabar el máster me había enseñado que no merecía la pena seguir dándome cabezazos contra ese muro.

Pero me sentía bien. Había pasado la mayor parte del día en el estudio trabajando en mi proyecto para la exposición de arte. Era emocionante ver con qué rapidez comenzaba a tomar forma una vez que había decidido que los materiales de desecho que necesitaba eran celofán arrugado y espumillón de colores, pegados con epoxi. El título provisional de la obra era *Casa de campo junto a un lago* y, pesar de que eran pocas las ocasiones en que mis óleos me satisfacían, tenía la impresión de que este proyecto era una de las mejores obras que había realizado en años. La mezcla de celofán y espumillón que emergía del lienzo hacía que el agua pareciese una alucinación, fosforescente y tridimensional..., pero en plan bien.

En general, pensaba que, al combinar la pintura tradicional con los modernos materiales sintéticos, *Casa de campo junto a un lago* era a la vez una obra clásica y posmoderna. Subvertía perfectamente el tema de la exposición: la sociedad contemporánea.

Llevaba tiempo sin poder afirmar de verdad que me *gustara* lo que estaba creando.

Así que sí. En general, tenía buenas sensaciones.

Tan buenas que también me animé a postularme a la oferta en Harmony Academy. No veía por qué no. Lo peor que podía pasar era que no consiguiera el empleo, pero básicamente estaba hecha una experta en que me rechazaran. Visto el resto de las cosas que estaban sucediendo, ignorar la voz mental que casi todo el tiempo me decía que estaba condenada a fracasar era más fácil que de costumbre.

Recibir una buena carta de rechazo de las de toda la vida era justo lo que haría que parase de darle vueltas a lo que días antes había sucedido con Frederick en Nordstrom. Así dejaría de pensar en el tacto de su amplio y sólido pecho bajo mis dedos. De revivir cómo había perdido la compostura al tocarlo.

Pues sí. Puede que solicitar ese puesto en Harmony Academy fuera justo lo que necesitaba.

Decidida, abrí la última carta de motivación que había redactado para un puesto de profesora e introduje unos rápidos retoques. Mi situación laboral no había cambiado demasiado desde la última vez que había solicitado un empleo como ese, por lo que tardé menos de diez minutos en actualizarla.

Antes de que me diera tiempo a convencerme de no hacerlo, envié la carta de motivación, el currículum y fotografías de varios proyectos recientes—incluida una instantánea del proceso de creación de *Casa de campo junto a un lago*—a Cressida Marks, la directora de Harmony Academy.

Hale. Hecho.

Una vez que me había quitado eso de encima, esperaba poder dedicar el resto de la noche a dibujar y a despejarme la mente viendo la tele.

Me arrellané en el sofá de cuero negro con el bloc de dibujo al lado. Antes de descubrir la oferta de Harmony Academy, había estado medio viendo un viejo episodio de *Buffy, cazavampiros* en el nuevo televisor de pantalla plana de Frederick, dibujando mientras lo tenía de fondo. Este en concreto ya lo había visto —tras descubrir que Frederick era un vampiro,

me había pasado unos días maratoneando la mayor parte de las dos primeras temporadas—, pero era agradable como ruido de fondo y me estaba ayudando a concentrarme en algunos detallitos complicados de *Casa de campo*.

—¿Te importa si te hago compañía?

Al oír la voz profunda de Frederick, di un respingo y, sin querer, tiré con la rodilla el bloc, que estaba en el sofá. Cayó al suelo boca abajo con un revoloteo de páginas.

Ni siquiera lo había oído entrar en el salón.

De hecho, llevaba sin verlo desde nuestra jornada de compras de hacía un par de días. Parte de mí sospechaba que se había esforzado por mantener las distancias después del momento que habíamos compartido fuera del probador. Pero no quería pensar demasiado en ello. No estaba lista para reconocer lo mucho que había disfrutado tocándolo.

O que aquello hubiera sucedido de verdad.

Me miraba fijamente con esos ojos que atravesaban como un láser y llevaba puesto uno de los jerséis que había elegido en Nordstrom. El tono verde pálido acentuaba a la perfección la amplitud de su pecho y los vaqueros oscuros le quedaban igual de bien.

Tragué saliva y me aturullé tratando de recoger el bloc, deseosa de que mi corazón, acelerado de repente, bajase el ritmo. ¿Frederick podría oír los latidos? El modo en que su mirada descendió hasta mi pecho para después regresar a toda prisa a mi rostro me hizo dudar.

—Por supuesto que puedes hacerme compañía —farfullé con la vista en el suelo mientras señalaba con un gesto el sitio que había a mi lado en el sofá, sin atreverme a mirarlo.

Frederick murmuró algo antes de sentarse, dejando espacio suficiente entre nosotros para que ninguna parte de nuestros cuerpos se tocara, pero no tanto como para que no pudiera oler el jabón de lavanda que le gustaba usar en la ducha.

Nos quedamos sentados en silencio un rato, viendo cómo Buffy Summers les daba una paliza y luego les clavaba una estaca a una serie de

vampiros. Era uno de los primeros episodios, de cuando Sarah Michelle Gellar conservaba cierta redondez en las mejillas y el presupuesto para efectos especiales de la serie era inferior al cociente intelectual de Xander.

La forma de pelear y la ropa de Buffy eran algo digno de contemplar, como siempre. Aun así, me costó más de lo debido mantener la mirada en la pantalla y no en la persona que tenía al lado.

—¿Has visto alguna vez esta serie? —espeté.

Era una estupidez de pregunta. Frederick se había pasado durmiendo un siglo y no había tenido wifi hasta hacía unos días; seguro que no había tenido tiempo para ver una cutreserie noventera sobre vampiros de mentira. Pero estaba desesperada por decir algo y romper aquel silencio incómodo.

Él ignoró mi pregunta.

—¿Quién te parece más atractivo: Angel o Spike? —inquirió con toda la seriedad de un periodista de la radio pública. Tenía la mirada fija en el televisor y no en mí, pero el tono, la postura tiesa como un palo y la firmeza y rapidez con que se tamborileaba con los dedos el muslo delataban un gran interés en mi respuesta.

Me quedé a cuadros. No sé qué me había esperado que dijera cuando se sentó a mi lado en el sofá, pero eso no. No tenía ni idea de cómo responder, en parte porque la preguntita se las traía, pero sobre todo porque nunca me habían gustado especialmente ninguno de los dos vampiros malotes de *Buffy*.

Tras considerarlo a toda prisa, le respondí la verdad.

—Giles es el que está más bueno.

—¿Giles? —balbuceó Frederick con lo que parecía genuina sorpresa. Se volvió hacia mí y me clavó una mirada que rozaba la indignación—. ¿El bibliotecario?

—Pues sí. —Apunté hacia la pantalla, donde Giles presidía una reunión de adolescentes en la biblioteca del instituto. Se lo veía resignado y guapísimo con su singular estilo de bibliotecario con gafas y de mediana edad—. A ver, tú es que míralo.

—Lo estoy mirando.

—Objetivamente es atractivo.

Frederick masculló algo ininteligible. Se cruzó de brazos con firmeza y curvó la boca en una mueca de desdén.

—Además, de todos los hombres de la serie, vivos o no-muertos, es el único que ya ha procesado y aceptado todas sus mierdas. —Encogiéndome de hombros, me volví hacia el televisor—. Todos los demás tienen un montón de movidas que gestionar.

Frederick no parecía convencido.

—Pero Giles es tan... —Dejó la frase inacabada mientras negaba con la cabeza con los ojos cerrados. Su ceño se frunció aún más.

—Tan... ¿qué?

—Tan *humano* —espetó, la palabra teñida de amargura y desaprobación.

Lo contemplé boquiabierto, pero Frederick ya no me estaba mirando a mí. Volvía a tener la vista fija en el televisor con una intensidad que habría podido perforar papel.

¿Acaso estaba celoso de un bibliotecario que aparecía en un episodio emitido hacía casi veinticinco años? ¿Era eso lo que le pasaba?

Imposible.

Como un idiota, el corazón se me aceleró igualmente ante la idea.

—¿Qué tiene de malo ser humano, Frederick?

Murmuró algo para sí que no pude descifrar, pero por lo demás no dio señales de haberme oído.

—En respuesta a tu anterior pregunta —terminó por decir, evitando el asunto de los bibliotecarios buenorros—, sí que he visto esta serie. Me la recomendó Reginald.

—¿En serio? —Eso me sorprendió.

—Sí. Aunque la versión que vimos en su casa la interrumpían con frecuencia empresas que querían vender cosas. *Anuncios*. —Meneó la cabeza—. Qué pesadez.

Supongo que Reginald no contaba con plataformas de *streaming* sin publicidad.

—Suelen ser un tostón, sí —coincidió.

—La mitad de las veces ni entendía qué era lo que pretendían que comprara —se quejó—. Aunque me divertía cantando algunas de las melodías. La música solía ser bastante buena.

La idea del remilgado Frederick canturreando el *jingle* de un anuncio de seguros de coche —oh, madre mía, uno de esos de fármacos para mejorar el rendimiento sexual— era tan ridícula que casi rompí a reír.

—¿Qué... qué te pareció la serie como tal? —pregunté, tratando de recomponerme.

Si Frederick se percató de que estaba a punto de partirme de risa, lo disimuló muy bien.

—Es un poco boba —respondió pensativo—. Aunque disfruté de lo que vi.

—¿Hasta qué punto dirías que es fidedigna? —Era probable que estuviera cruzando una línea roja, pero no lo pude evitar. Llevaba preguntándomelo desde que me había enterado de que era un vampiro.

Frederick vaciló mientras sopesaba la pregunta.

—Los guionistas se confundieron en lo que respecta a algunas características de los míos. Por ejemplo, no me atraen demasiado las cazadoras de cuero y no ardo en llamas si me expongo a la luz solar. Además, el rostro no se me deforma de esa forma tan caricaturesca al alimentarme. Pero acertaron con ciertos detalles. —Se detuvo antes de añadir—: Lo cual resulta sorprendente. Que yo sepa, no había ningún vampiro en el equipo de guionistas.

Abrí los ojos como platos. No me esperaba tanta sinceridad al hacerle la pregunta. ¿Era esa mi oportunidad para obtener por fin algo más de información personal?

—¿Con qué acertaron? —salté, incapaz de ocultar mi interés.

—Al igual que Spike, disfruto lanzando miradas melancólicas.

—Ya me he dado cuenta.

—Supongo que es algo que se nota —admitió con una chispa en los ojos.

—¿Algo más?

Caviló unos instantes.

—Antes de entrar en casa de alguien, necesito que se me dé permiso expreso para hacerlo. Algunas leyendas sobre los vampiros son una majadería, pero otras están en lo cierto, y he de reconocer que la serie refleja algunos de los detalles bastante bien. Además, no sudo, jamás me sonrojo y, en el momento en que me convertí, el corazón dejó de latirme. — Me lanzó una mirada de reojo—. Es probable que lo notases cuando nosotros... cuando tocaste mi camiseta en los grandes almacenes.

Puede que ya no fuera capaz de sonrojarse, pero al mencionar el momento que habíamos compartido a la puerta del probador ya me puse yo como un tomare de sobra por los dos.

—Esto... —balbuceé—. Sí, ya... me di cuenta.

Frederick asintió, y me sostuvo la mirada con ojos inescrutables.

—Si alguna vez estás necesitada de entretenimiento, *Buffy, cazavampiros* no es en absoluto una mala opción. En especial si quieres saber más sobre mí. —Una pausa—. No es que necesariamente quieras saber más sobre mí, claro. Yo solo..., solo planteo una situación hipotética.

—Lo haré —respondí al tiempo que notaba cómo de repente hacía demasiado calor en el salón—. Quiero decir que... sí que quiero saber más sobre ti.

En la pantalla, la madre de Buffy la amonestaba por haber pasado toda la noche fuera otra vez, pero yo ya no prestaba atención a la serie.

No recordaba haberme quedado dormida a su lado en el sofá.

Spike y los demás monstruos de Sunnydale habían estado haciendo sus travesuras de siempre, mientras yo me reía y Frederick miraba la pantalla con atención, como si asistiera a una clase magistral y no quisiera perderse ni una palabra, y de repente había abierto los ojos junto a su cara, con la cabeza apoyada en su hombro.

El instinto me dijo que me apartara. Frederick se horrorizaría al darse cuenta de lo que había pasado. Pero conforme me iba despertando, me di cuenta de que tenía que ser plenamente consciente de la situación. Puede que fuera un vampiro, pero que yo supiera tenía terminaciones nerviosas en el hombro. Seguro que era capaz de notar si un objeto pesado como mi cabeza se apoyaba en él.

Bajé la mirada. Los cuidadosos centímetros que se interponían entre nuestros cuerpos cuando se sentó a mi lado en el sofá se habían esfumado mientras dormía. Teníamos los muslos pegados desde la rodilla hasta la cadera.

Mi mano reposaba sobre el suyo, justo por encima de la rodilla. Tenía la pierna firme y musculosa, y bajo la palma lo noté sobrenaturalmente frío.

La mente se me aceleró al sopesar las opciones disponibles. Me espantaba la idea de apartarme de un salto y disculparme. Pero igual de terrible sería quedarme donde estaba, admirando el afilado ángulo de su mentón y deleitándome con el embriagador aroma a detergente y fría piel masculina de su camiseta. Estar tan cerca de él era de lo más *agradable*. Excitante, pero también confortable. Nuestros cuerpos encajaban a la perfección.

Justo cuando había decidido que iba a quedarme donde estaba, Frederick habló con un vozarrón reverberante que, más que oír, sentí por encima de la cabeza.

—Tu arte es extraordinario, Cassie.

Aquella afirmación fue tan inesperada que me hizo olvidar lo raro de la situación. Me separé de Frederick y, al hacerlo, noté el suave suspiro de resignación que escapó de sus labios.

Puede que hubiera disfrutado tanto como yo de que me hubiera quedado dormida encima de él.

La idea me fascinó, pero ya la sometería a análisis más adelante. Lo que acababa de decir me suscitaba demasiadas preguntas.

—¿Mi arte?

—Sí. —Señaló la mesita de cristal que había junto al sofá. Mi bloc estaba abierto por una página llena de bocetos que había dibujado durante las fases de planificación de *Casa de campo junto a un lago*—. Tu arte.

Un acceso de algo —en parte de vergüenza por que alguien hubiera visto mis bosquejos a medio hacer y otra parte de auténtica irritación ante aquella intromisión— me atravesó como un latigazo.

—¡No eres quién para mirar mi bloc!

Me incliné hacia adelante y lo cerré. Sabía que no comprendía mi arte. La absoluta confusión que ya había demostrado ante los cuadros de Saugatuck me resonó en los oídos. ¿Por qué se burlaba de mí diciendo que mi arte era *extraordinario*?

—Siento haber invadido tu intimidad —se disculpó con timidez. Sonaba arrepentido de verdad, pero eso no excusaba que se hubiera puesto a fisgonear. Los tiernos sentimientos de hacía unos instantes se habían esfumado—. No debería haber ojeado tu cuaderno.

—¿Y por qué lo has hecho?

Pasó tanto tiempo sin que dijese nada que entendí que no iba a responder a la pregunta. Cuando por fin lo hizo, su voz sonó baja y algo tensa.

—Siento cada vez más... *curiosidad* por ti y tus procesos mentales. Pensé que ojear el bloc de dibujo con el que pasas tanto tiempo me ofrecería información con un grado de intromisión relativamente mínimo. —Se detuvo—. Debería haberte pedido permiso antes y te pido perdón por no haberlo hecho.

La confusión se mezcló con mi enfado.

—¿Sientes curiosidad por cómo pienso?

—Sí.

El monosílabo quedó flotando en el aire entre nosotros. Permanecí callada mientras sentía la tierra temblar bajo los pies.

—Sientes curiosidad por cómo pienso porque... quieres aprender todo lo posible sobre el mundo moderno y... saber más sobre cómo pienso te ayudará en ese sentido. —Me detuve para evaluar su reacción—. ¿Verdad?

Frederick no me respondió de inmediato. Sus ojos oscuros se tornaron reflexivos y su rostro adoptó una expresión extraña que no fui capaz de interpretar.

—Por supuesto —respondió, asintiendo con brusquedad—. Ese es el único motivo por el que siento curiosidad por lo que te pasa por la mente.

Pero sus ojos mostraban ternura y su voz sonó como una suave caricia, lo que contradecía aquellas palabras. El corazón se me desbocó y...

La mirada de Frederick descendió una vez más hasta mi pecho, igual que había ocurrido la última vez que el corazón se me aceleró estando con él.

Tal vez sí que pudiera oír mis latidos.

Al pensarlo, las mejillas se me volvieron a encender.

—Me disculpo una vez más —dijo—, pero has de creerme, Cassie. Tus dibujos son excelentes.

—No son más que unos bocetos.

—No restes importancia a tu talento —me pidió, frunciendo el ceño como si le ofendiese la idea de que me hiciera de menos.

Se inclinó hacia delante para coger el bloc, pero primero se detuvo y se volvió hacia mí antes de que los dedos se cerrasen sobre él.

—¿Puedo?

Asentí, incapaz de dar con un motivo para negarme esta vez, cuando me estaba pidiendo permiso.

Lo abrió por la página en la que había estado trabajando cuando se sentó a mi lado en el sofá y, al hacerlo, se me acercó un poco más.

Nuestros muslos volvían a tocarse. Yo temblaba por dentro ante esa cercanía, al sentir la sólida musculatura de su muslo bajo la ropa. Sin embargo, nuestra proximidad no parecía que ejerciera el mismo efecto en él que en mí. Su mirada seguía clavada en los dibujos de la página.

—Fascinante —musitó, señalándolos.

Aquella versión preliminar de *Casa de campo* no mostraba más que los contornos mínimos de la casa y una impresión general de un lago. Una serie de flechas apuntaban del centro del lago hacia los márgenes de la página

para representar movimiento y modernidad; la idea de combinar espumillón y celofán no se me había ocurrido todavía cuando la dibujé.

—No hace falta que digas eso. —Los años de escuchar palabras amables por parte de Sam y otros amigos bienintencionados que no entendían mi obra habían conseguido que los falsos cumplidos me dolieran casi tanto como las críticas negativas pero sinceras—. Sé que no entiendes lo que hago.

—Puede que... tengas razón —admitió. Entonces tocó con el índice derecho el tejado de la casa de campo—. Pero eso no significa que no me parezca fascinante.

Contemplé cómo seguía con el dedo cada una de las líneas sobre la página, de la primera a la última, sin saltarse una sola, con deliberada atención. La casa. El lago. Los árboles apenas esbozados como crudos remolinos de grafito a ambos lados de la página. El recuerdo de su mano enorme cubriendo la mía mientras recorriamos Instagram juntos —y el de mis manos posadas sobre su pecho en el probador de Nordstrom— afloró sin darme cuenta y me provocó un delicioso escalofrío en la espalda.

Siempre había sentido que mi arte era una extensión de lo más profundo de mi ser, por lo que ver sus manos, grandes y esbeltas, tocando todas y cada una de las líneas que había dibujado me resultó de una intimidad casi insoportable.

—¿Qué es lo que te fascina? —pregunté sin poder apartar los ojos de la forma en que tocaba mi obra. Estaba a punto de derretirme en un charquito a sus pies.

—Todo. —Su mano abandonó la página. Más que ver el movimiento, lo *sentí*, y exhalé lo que me pareció por primera vez en minutos. Una sensación de vacío inesperada e indescriptible me atravesó—. No digo que entienda lo que ves cuando dibujas y das forma a todo esto, pero lo intrincado de los detalles sugiere que, sea lo que fuere, constituye algo importante y deliberado. Algo *intencionado*. Esto significa mucho para ti. No puedo sino respetarlo.

Su mirada se cruzó con la mía, una mirada tan acerada que me arrebató todo el aire que albergaba en los pulmones.

Necesité un momento para recordar cómo se hablaba.

—Sí —respondí como alelada.

Su expresión se volvió de repente distante y melancólica.

—En el pueblo donde me crie había alguien que también era artista. Dibujaba los motivos más bellos, era muy talentosa. El crepúsculo en invierno. Un niño divirtiéndose con un pequeño juguete. —Se detuvo—. A mí, cuando no era más que un niño, riendo con mis amigos.

Me mordí el labio, haciendo oídos sordos de la repentina e irracional punzada de celos que me atravesó al oírle decir que se trataba de una mujer.

«Contrólate, Cassie».

—¿Era tu novia?

Esbozó una sonrisa.

—Mi hermana.

Me estremecí, sintiéndome una imbécil. Debía de llevar muerta cientos de años.

—Lo siento.

—No te preocupes. —Negó con la cabeza—. Mary vivió una vida larga y plena, llena de arte y otras cosas hermosas. El pueblo en el que se casó era pequeño y sus habitantes estaban muy unidos. No dudo que viviera feliz hasta el fin de sus días.

Los detalles sobre su hermana eran los primeros de naturaleza personal que compartía conmigo, más allá de lo básico sobre cómo había terminado en su situación actual. No estaba segura de por qué había decidido contármelo en aquel momento, pero me pareció trascendental.

A decir verdad, seguía sin saber casi nada sobre mi extraño y fascinante compañero de piso. Ese pequeño dato fue como si se abriera una presa, desatando también mi curiosidad.

De pronto ansiaba saber más.

—¿Dónde te criaste?

—En Inglaterra. —Se rascó la nuca y sus ojos mostraron una expresión distante, como si en su mente volviera a ver su lugar de origen—. Lo que hoy sería como a una hora en coche del sur de Londres. No obstante, cuando vivía allí, se tardaba casi un día en recorrer ese trayecto.

¿Inglaterra? Eso me sorprendió.

—No tienes nada de acento.

—Llevo viviendo en los Estados Unidos mucho más tiempo del que viví en Inglaterra. —Me ofreció otra pequeña sonrisa—. Da igual donde hayas nacido, Cassie. Cuando llevas cientos de años sin pisar un sitio, el acento apenas se nota.

«Cuando llevas cientos de años sin pisar un sitio».

Me mordí el labio, armándome de valor para preguntarle algo a lo que daba vueltas desde que había descubierto lo que era en realidad.

—¿Llevas... cientos de años fuera de Inglaterra? —pregunté, vacilante.

Frederick asintió.

—No he vuelto al lugar en el que nací desde antes de la guerra de la Independencia de los Estados Unidos.

—¿Cuántos años tienes exactamente?

Se quedó mirándome tanto tiempo sin responder que empecé a preocuparme por si había ido demasiado lejos. Sin embargo, antes de que pudiera disculparme por haberme entrometido, dijo:

—No estoy del todo seguro. Mis recuerdos antes de que me convirtieran en 1734 son... confusos. —Tragó saliva y apartó la mirada—. Aquel año los vampiros atacaron mi pueblo. La mayoría de la población murió o fue convertida. Debía de rondar los treinta y pico cuando sucedió.

1734.

La mente se me puso a mil mientras trataba de procesar el hecho de que el hombre que estaba sentado a mi lado en el sofá tenía más de trescientos años.

—Y ese es justo el motivo por el que no he vuelto en todo este tiempo —continuó—. Toda la gente que conocía de antes de mi conversión lleva mucho tiempo muerta, salvo... —Se interrumpió de manera abrupta, como

si estuviera a punto de decir algo, pero hubiera decidido no hacerlo en el último minuto. Negó con la cabeza—. Todas las personas que conocía y amaba de mi niñez están muertas.

La manera en que tensó la mandíbula me hizo entender que deseaba añadir algo más, pero se limitó a apretar los labios y a volver la mirada de nuevo al bloc de dibujo, abierto sobre la mesita de centro. Por primera vez se me ocurrió que debía de ser terriblemente triste vivir para siempre cuando todas las personas a tu alrededor envejecían y morían.

Tal vez fuera ese el motivo por el que dejaba que Reginald siguiera a su lado. Debía de ser reconfortante mantener algo del pasado, aunque ese algo también fuera un poco idiota.

—¿Cómo era tu pueblo? —le pregunté.

Frederick ya había compartido más información sobre su pasado en estos últimos minutos que en todo el tiempo desde que lo conocía, y parte de mí se preguntaba si no estaría yendo demasiado lejos con tantas preguntas. Pero, a pesar de las semanas que había compartido con él, seguía siendo todo un enigma. Ahora que hablábamos sobre su pasado, no podía evitar proseguir.

No parecía que aquel interrogatorio lo estuviera molestando.

—No me acuerdo de gran cosa —admitió—. Lo que recuerdo son sensaciones. A mi familia, a algunos de mis mejores amigos. Algunas de las cosas que me gustaba comer. Me encantaba la comida. —Sonrió, melancólico—. Recuerdo la casa en la que vivía.

—¿Cómo era?

—Pequeña —respondió con una leve carcajada. Recorriendo con la mirada su espacioso salón, añadió—: Probablemente cabrían tres en este apartamento. Y en ella vivíamos cuatro personas.

—¿Nada de casoplones en la Inglaterra de hace trescientos años?

Negó con la cabeza sin perder la sonrisa.

—No, y menos en el pueblo donde me crie. Nadie poseía el dinero ni los recursos para construir nada más que lo estrictamente necesario para proteger a una familia de los elementos.

Recordé lo poco que había aprendido de arquitectura inglesa del siglo XVIII en las clases de Historia del Arte. En mi mente casi podía ver la casita de Frederick. Era probable que tuviera el techo de paja. Y los suelos de madera sin pulir.

¿Cómo un muchacho criado en un lugar como aquel había acabado así, rodeado de riqueza y lujos en un apartamento fabuloso al otro lado del océano, cientos de años más tarde? Los detalles que me había dado no hicieron más que avivar mis ganas de saber más sobre él. Pero entonces se recostó en los cojines del sofá y se cruzó de brazos, indicando que por esa noche ya había hablado bastante.

Pero yo no había terminado. Después de lo que me había contado sobre su hermana, el deseo de hacer lo mismo y compartir con él algo de mi propia vida fue irresistible.

—Me alegro de que disfrutaras de tu hermana, aunque fuera por un tiempo —dije con dulzura.

—Yo también.

—Yo no tengo hermanos.

Sus ojos, que volvían a descansar en el bloc de dibujo abierto, se volvieron hacia mí.

—Debiste de tener una infancia muy solitaria.

—No lo fue. —Era la verdad—. Mi imaginación y mis amigos me hacían compañía.

El único problema *de verdad* por no tener hermanos era que no había nadie más que distrajera a mis padres, tanto de mí como de mis numerosos defectos. Pero, visto lo que acababa de confesarme, no me iba a quejar. A Frederick no le hacía falta descubrir mi estúpido sentimiento de culpa por ser hija única.

Después de aquello, continuamos sentados en un cómodo silencio. Una vez más, la mirada de Frederick se desvió hacia mi cuaderno de dibujo, aunque de forma distraída.

—Me gustaría saber más sobre tu vida, Cassie. —Tragó saliva y la nuez le tembló—. Me gustaría saber más sobre ti. Me gustaría... saberlo todo.

La callada intensidad de su tono me atravesó como un rayo. La atmósfera en el salón pareció cambiar y la naturaleza de lo que éramos el uno para el otro de repente basculó sobre su eje.

Bajé la vista al bloc, que de pronto se había convertido en el único lugar del salón en el que podíamos fijar sin peligro la mirada.

OceanofPDF.com

Trece



Historial de búsquedas en Google del señor Frederick
J. Fitzwilliam

- cómo besar si uno lleva trescientos años sin hacerlo
- cómo saber si ella quiere besarte
- ¿es mala idea besar a una compañera de piso?
- ¿es malo pensar en acostarse con una compañera de piso?
- relaciones con gran diferencia de edad
- mejores caramelos de menta para el aliento

[BORRADOR DE CORREO ELECTRÓNICO, NO ENVIADO]

De: Cassie Greenberg [csgreenberg@gmail.com]
Para: David Gutierrez [dgutierrez@rivernorthgallery.com]
Asunto: Candidatura para la muestra de arte de la
Contemporary Society

Estimado David:

Me gustaría haceros llegar para vuestra consideración mi obra tridimensional en soporte mixto de óleo y plástico, Casa de campo junto a un plácido lago, para la exposición de arte de la Contemporary Society que tendrá lugar en marzo en la River

North Gallery. Las dimensiones del lienzo como tal son un metro por sesenta centímetros, con una escultura añadida de celofán y espumillón, que se extiende desde el lienzo unos veinticinco centímetros.

Adjuntas a este correo os envío cinco imágenes en formato JPEG de la obra completada para vuestra consideración. De acuerdo con los criterios fijados en la convocatoria abierta, de ser solicitada, la obra terminada estará disponible para su exposición en vuestra galería.

Espero recibir pronto noticias vuestras.

Cassie S. Greenberg

Cuando llegué al estudio de arte, Sam y Scott ya estaban allí, delante de *Casa de campo*, observándola con una expresión unánime que no conseguí descifrar.

Al menos no parecían horrorizados. Ya era algo.

Dejé el bolso en un cubículo vacío y me coloqué a su lado.

—Muchas gracias por hacerme las fotos —le dije a Scott, quien, para ser fotógrafo aficionado, era estupendo. Llevaba una cámara moderna de una marca que no reconocí.

Le agradecía su disposición a ayudarme. Tenía previsto enviar mi solicitud para la exposición de arte de la River North Gallery esa misma noche y, aunque ya había redactado el correo electrónico para David, necesitaba adjuntar cinco fotografías de la obra para que pudieran valorarla.

—Es un placer. —Scott levantó la cámara, que llevaba colgando de una correa alrededor del cuello, sin apartar la mirada de lo que iba a fotografiar—. ¿Dónde quieres que... ejem? —Se detuvo y miró a Sam con los ojos muy abiertos, pidiéndole ayuda. Él negó con la cabeza y rio para sus adentros antes de volver a concentrarse en lo que estuviera leyendo en el teléfono—. ¿Dónde quieres que me coloque?

Apunté hacia un lugar a poco más de medio metro de donde se encontraba *Casa de campo*, colgada de la pared del estudio.

—Empieza por ahí. Creo que así capturarás la luz según entra por la ventana. Con suerte se reflejará en la escultura de celofán y espumillón, y hará que las fotos destaquen de verdad.

A Scott le tembló la comisura de la boca.

—Entendido.

—La casa en sí no es tan grande como había previsto en un principio —reflexioné. Era probable que la explicación fuese innecesaria: Scott había accedido a pasar por todo aquello para hacerme un favor, por lo que probablemente no le interesara demasiado. Pero yo estaba ilusionada por haber acabado el proyecto y necesitaba contárselo a alguien.

—Ah, ¿sí? —Scott se movía alrededor de la obra, tomando fotografías cada pocos segundos—. ¿En principio querías que fuera más grande?

—Algo así —admití.

Durante los últimos días, mientras le daba los últimos retoques al cuadro, no dejaba de volver a la conversación que había tenido con Frederick sobre su pasado. Así que, sin darme cuenta, había ido incorporando algunos de los detalles que me había confesado sobre su antiguo hogar. Para cuando hube terminado, la casa era más pequeña de lo que había planeado al principio, por las ventanas se veían los suelos de madera sin pulir que él me había descrito y el tejado se asemejaba más a la paja que en mi idea original.

—El lago y la escultura de espumillón que sale de él son más grandes de lo que había previsto en un principio, para así compensar el tamaño de la casa, más reducido —añadí mientras Scott seguía tomando instantáneas.

Él me sonrió de oreja a oreja.

—De todas formas, la escultura de plástico es lo que más mola.

No tuve claro si lo decía de verdad o solo trataba de ser amable. En cualquier caso, estaba de acuerdo con él.

—Espero que a los jueces les guste.

Pero ¿y si no? Había estado tan preocupada con acabar la pieza que ni siquiera me había permitido pensar qué sucedería si me la rechazaban.

Tampoco pasaría nada. Al final. Al principio sería un asco, igual que había sucedido con todos los rechazos que había experimentado durante los últimos diez años. Pero esta pieza *me gustaba* de verdad, y me daba igual que fuese la única. Mi opinión también contaba, ¿no?

Mientras Scott seguía haciendo fotos, regresé al cubículo en el que había dejado mis cosas y saqué el portátil para repasar, antes de enviar mi solicitud, el correo electrónico que le había escrito a David.

Y casi pegué un bote en la silla cuando vi el mensaje que acababa de recibir.

De: Cressida Marks [cjmarks@harmony.org]
Para: Cassie Greenberg [csgreenberg@gmail.com]
Asunto: Entrevista con Harmony Academy

Estimada Cassie:

Te escribo para anunciarte que nuestro comité de contratación ha evaluado el material que nos enviaste y le gustaría que acudieras al campus para llevar a cabo una entrevista en persona. Haremos las entrevistas la última semana de este mes y los viernes de diciembre. Por favor, confírmame cuanto antes si sigues interesada en el puesto y, en tal caso, cuál sería tu disponibilidad en esas fechas.

Un saludo,
Cressida Marks
Directora
Harmony Academy

Volví a leer el mensaje de Cressida Marks, demasiado aturdida como para creer que lo que decía era real.

—¿Estás bien? —Me sobresalté al oír la voz de Sam, que me observaba de pie junto a Scott, con el entrecejo arrugado por la preocupación—. Parece que hubieras visto un fantasma.

—Un fantasma no —le aseguré—. Acabo de descubrir que tengo una entrevista de trabajo que no me esperaba.

Decir que no me lo esperaba era quedarme cortísima. Si había mandado el currículo a Harmony Academy, había sido solo porque estaba teniendo un buen día y contaba con toda la documentación necesaria en el disco duro. No me imaginaba que fuera a llegar a *ninguna* parte.

Y ahora, apenas unos días después, Cressida Marks, la directora de Harmony Academy, quería entrevistarme para un puesto de trabajo.

¿Cómo iba a ser verdad?

—Es una noticia estupenda —dijo Sam. Sonrió, sacó una silla de la mesa principal y se sentó—. ¿Para hacer qué?

Ahí vacilé. Bastante surrealista era ya la situación. Tenía la impresión de que, si se lo contaba a cualquier otro ser vivo, la oportunidad se me esfumaría delante de las narices. No tenía formación como docente. Puede que eso no le importase a Harmony; algunos de mis compañeros de promoción en Younker habían conseguido trabajo de profesor en colegios privados sin tenerla. Pero el hecho de que mi portfolio entero estuviera a años luz de lo que los padres querían que sus hijos aprendieran en clase de arte desde luego que debía de importarle a un centro en busca de alguien que educara a sus alumnos.

Sam, sin embargo, no parecía compartir mis dudas.

—Es un puesto en un colegio privado de Evanston —terminé por decir—. Enseñaría arte en los cursos superiores.

—¡Eso es fantástico! —La sonrisa de Sam se ensanchó—. Tienes muchísimo talento, Cassie, y diría que te lo pasas bien en las actividades con los niños en la biblioteca, ¿verdad? Ese colegio tendría suerte de contar contigo.

—¿Lo crees de verdad?

Sam se acercó a *Casa de campo* y se paró a contemplarla.

—Sí —confirmó—. Es evidente que entiendo más de fusiones corporativas que de arte. Reconozco que no sé exactamente lo que estoy viendo, pero solo de verlo se nota que *tú* sí lo sabes. —Me sonrió—. Eres alguien con una mirada propia y que siente verdadera pasión por ella.

¿Quién mejor para enseñar a los chavales que una persona apasionada por lo que hace?

Sus palabras me sorprendieron. Sam siempre me había apoyado y me había animado a perseguir mis objetivos, pero sin demasiado entusiasmo, un poco en plan: «Te quiero, pero en realidad no te entiendo». Puede que este fuera el elogio más efusivo que hubiera dedicado a mis capacidades en todos los años que lo conocía.

—Gracias —tartamudeé, estupefacta—. Esto... significa mucho para mí.

—Si necesitas referencias, puedes darles mi nombre si quieres.

Se me escapó una carcajada.

—Eres mi mejor amigo, no mi empleador actual.

—Aun así, la oferta sigue en pie —afirmó con convicción.

—Gracias, Sam —dije—. De verdad que... Gracias. —Y entonces, sin pensar, añadí—: Estoy deseando contárselo a Frederick.

Sam se quedó mirándome con una ceja enarcada.

—Perdona, ¿a quién dices que estás deseando contárselo? Es que no lo he pillado bien.

—Hum. —Me coloque un mechón de pelo por detrás de la oreja—. A Frederick, nada más.

Sam me sonrió con malicia.

—Así que «a Frederick, nada más», ¿eh?

—Pues sí —repliqué—. A Frederick. Mi compañero de piso.

Los compañeros de piso se contaban las cosas, ¿no? ¿Por qué se estaba poniendo así?

—¿Por qué te estás poniendo como un tomate? —Ahora, *hasta* la sonrisa maliciosa de Sam sonreía con malicia.

—¿Qué? No me estoy poniendo como un tomate. Es que... hace calor aquí.

Por lo visto, conocer en persona a Frederick había convencido a Sam de que no estaba viviendo con un monstruoso asesino en serie. Lo cual estaba fenomenal, claro. Aunque en cierto modo resultaba irónico, dado que Frederick era, *literalmente*, un monstruo.

Pero, en ese preciso instante, aquello no estaba tan fenomenal. Sam se estaba comportando como siempre que le confesaba que me había pillado por alguien. Y en este caso no era eso lo que había pasado.

Y, *de haber sido así*, tampoco es que fuese a llegar a ninguna parte.

Puse los ojos en blanco, cada vez más irritada con Sam, y me encaminé hasta donde se encontraba Scott con la esperanza de acabar así con la conversación. Por suerte, estaba mirando a la cámara y no a mí.

—¿Puedo echar un vistazo a las fotos que has hecho? —le pregunté, tratando de hacer caso omiso de lo agitada que me sentía—. Me gustaría enviar la solicitud a los organizadores de la exposición esta noche.

—Claro —respondió. Se me acercó para que pudiera ver bien la pantalla y luego me dirigió una enorme sonrisa burlona—. Y, mientras lo haces, te prometo que no me voy a partir de risa en tu cara por lo coloradísima que te estás poniendo al pensar en tu *compañero de piso*.

Cuando llegué a casa aquella tarde, había una nota de Frederick esperándome en la mesa de la cocina. El corazón me dio un vuelco y sentí cómo los labios se me curvaban en una sonrisa mientras desplegaba la inmaculada hoja de papel de carta que tan familiar me resultaba ya.

Estimada Cassie:

¿Cuáles son tus comidas favoritas?

Aún no te había hecho mi pregunta personal de hoy, y deseo que sea esta.

Tuyo,

FJF

Lo de la «pregunta personal del día» era algo nuevo que habíamos acordado poner en práctica tras la noche en la que nos habíamos quedado hasta tarde viendo *Buffy*. Después de que dijera que quería saber más sobre mí para poder conocer mejor el mundo moderno, decidimos que una buena forma de conseguirlo sería formular una pregunta personal al día.

Sabía, al menos hasta cierto punto, que lo de «conocer mejor el mundo moderno» no era más que una excusa que estábamos aprovechando para conocernos mejor entre nosotros. Pero, cada vez que me asaltaba la idea, trataba de no ir por esos derroteros mentales.

Aún no estaba lista para analizar lo que se suponía que nos estaba pasando.

No obstante, con cada nueva pregunta que me hacía, más difícil era obviar lo que estábamos haciendo en realidad.

Estimado Frederick:

¡Tengo un montón de comidas favoritas! Es probable que en mi top cinco estén la lasaña, la tarta de chocolate, los Cheerios de miel y almendras, los huevos benedictinos y la sopa de pollo con fideos.

Y, aunque esto no responde a tu pregunta, ¿sabes qué?

¡Hoy me han ofrecido una entrevista de trabajo! Es probable que tenga cero opciones de conseguir el puesto, pero me hace mucha ilusión.

Cassie

Estimada Cassie:

¡Qué fantástica noticia la de tu entrevista de trabajo! ¿Por qué no crees que puedas conseguir el puesto? Si de mi dependiera, te contrataría sin pensármelo, como un pálpito (y ya sé que en mi caso esto es literalmente imposible).

Gracias por responder a mi pregunta sobre tus comidas favoritas. Así entenderé mejor qué les gusta comer a los humanos treintañeros de principios del siglo XXI. Mi pregunta de hoy tiene que ver con los colores.

En concreto, ¿cuál es tu favorito?

FJF

Estimado Frederick:

Eres muy amable al decir que me contrarías sin pensártelo. Pero no puedes ir en serio. ¡Ni siquiera sabes cuál es el trabajo! Podría ser un puesto para el que no esté en absoluto cualificada. Como es el caso.

Tengo dos colores favoritos: el carmín (un tono específico de rojo) y el índigo. ¿Y tú? ¿Tienes alguno favorito?

Cassie

Estimada Cassie:

Puede que parezca de lo más manido, pero mi color favorito es el rojo.

Y lo decía totalmente en serio. Te contrataría sin pensármelo. Para cualquier puesto.

Todavía no se me ha ocurrido una buena pregunta del día que hacerte, pero entretanto quería contarte que anoche, mientras dormías, acudí con Reginald a un café veinticuatro horas llamado Waffle House. Creo que estarías orgullosa de lo bien que me las ingenié para pedir las bebidas y la comida sin sufrir contratiempos ni llamar la atención de forma indebida. Me atrevo a afirmar que hasta Reginald se quedó impresionado con la facilidad con la que extraje mi nueva tarjeta de crédito de la cartera y pagué por todo. (Como tal vez habrás imaginado, impresionar a Reginald es casi imposible).

Algunos jóvenes de las mesas contiguas a la nuestra nos lanzaron alguna que otra mirada, pero sospecho que pudo tratarse de un efecto secundario de las sustancias que olí alrededor de ellos y no porque Reginald o yo hiciéramos algo anacrónico.

En cualquier caso, estoy deseando volver pronto a otra cafetería para practicar mis recién estrenadas habilidades.

Dado que anoche no habría sido capaz de pedir un gofre con mantequilla de cacahuete y pepitas de chocolate de no haber sido por la paciencia infinita que muestras conmigo, quería contártelo. No pude comérmelo, por descontado, pero aun así siento que fue una pequeña victoria.

Tuyo,
FJF

Cogí el bolígrafo, que ahora descansaba de forma permanente en la mesa de la cocina, y sopesé qué escribirle en la nota de respuesta.

Sam acababa de enviarme un mensaje de texto para invitarme a una fiesta que Scott y él iban a celebrar el viernes por la noche. Quizá Frederick podría acompañarme. Así tendría oportunidad para practicar la interacción con personas en público.

Antes de poder cambiar de opinión, le escribí una nota a toda prisa.

Hola, Frederick:

Enhorabuena por lo de Waffle House. Sí, estoy segura de que esos chavales solo os miraban porque estaban colocadísimos (aunque puede que esté proyectando un poco mi propia adolescencia).

Cambiando de tema: mi amigo Sam ha invitado a unos cuantos a su casa el viernes por la noche. ¿Te apetecería venir conmigo? Podría ser otra oportunidad para que practiques tus habilidades de conversación con alguien que no sea Reginald o yo.

Cassie

Volví a leer la nota sin saber si dejarla sobre la mesa para que Frederick la leyerá o romperla en mil pedazos.

Siendo sincera, si Frederick me acompañaba esa noche, me lo pasaría mucho mejor y sería una baza perfecta para escaquearme de todas las preguntas incómodas sobre mi trabajo que sin duda me harían los amigos de la Facultad de Derecho de Sam o los colegas del Departamento de Lengua Inglesa de Scott. Tendría que prestarle atención a él y quizá intervenir si las cosas se torcían e intentaba pagar con doblones o algo por el estilo.

Además, cuantas más oportunidades tuviera de poner todo en práctica, mejor.

Era normal que los compañeros de piso se invitaran a cosas, ¿no? Igual que era normal que se contasen que habían recibido una oferta de trabajo o cuáles eran sus comidas favoritas, y que medio se toquetearan en el probador de un Nordstrom al que han ido porque necesitaban ropa nueva.

No obstante, una pequeña parte de mí se preguntó si enamorarse de él en realidad sería *tan* malo. A ver, estaba todo lo de beber sangre y lo de que se tratara de un inmortal cientos de años mayor que yo. Pero había cumplido a rajatabla su promesa de no alimentarse delante de mí. Y había salido con tíos con defectos mucho peores que la inmortalidad.

Antes de decidirme a hacer un gurrño con la nota, esboqué un dibujito rápido de nosotros dos bailando en medio de un mar de notas musicales flotantes. La versión caricaturesca de Frederick tenía una sonrisa en la cara, porque de verdad que su sonrisa era increíble.

Dejé la nota en la mesa de la cocina antes de marcharme a trabajar a Gossamer's, sin saber si deseaba que aceptara la invitación o no.

A medianoche, cuando volví a casa de mi turno en la cafetería, encontré a Frederick a los fogones, de espaldas a mí, removiendo algo que olía deliciosa y sospechosamente a sopa de pollo.

Era la primera vez que lo veía en la cocina desde la noche en que llegué al apartamento, cuando me había puesto a buscar cacharros en balde. Desde luego, jamás lo había visto *cocinar* nada. Tampoco comprendía muy bien qué estaba haciendo en ese momento; que yo supiera, la preparación de sus comidas se limitaba a abrir bolsas del banco de sangre.

No pareció percatarse de mi presencia, por lo que decidí quedarme callada y observarlo un rato. Palabra que tenía una percha increíble para las camisetas de hombre. Y un culo que hacía que los vaqueros le quedaran alucinantes.

Al llevarlo al centro comercial a comprarse ropa nueva no solo le había hecho un favor a él: le había hecho un favor a la humanidad entera.

—¿Frederick?

Al oír mi voz, se dio la vuelta con una cuchara de madera goteando algo en una mano y una hoja de papel en la otra. Por encima de la ropa llevaba un mandil negro que decía a este tío le encanta pelarse el plátano en enormes letras Comic Sans de color blanco.

Se me escapó una risotada sin querer y, por un momento, se me olvidó lo que quería preguntarle.

—Pero ¿qué llevas puesto?

Se miró antes de volverse hacia mí.

—Es un mandil.

—Sí, ya veo que es un mandil, pero... —Conseguí convertir las risitas que amenazaban con escapar de mi boca en una tosecilla, aunque a duras penas—. ¿De dónde lo has sacado?

—De Amazon. —Dejó la cuchara de madera junto al fuego y me sonrió, quizá orgulloso de sí mismo. Tomé nota mental de no dejar que Frederick usara mi portátil para meterse en Amazon sin supervisión—. Lo vi y pensé de inmediato: «Esta frase transmite un mensaje de aptitud en la cocina». Que es exactamente lo que pretendía mientras te preparaba la cena.

Abrí los ojos como platos.

—¿Me estás haciendo de comer?

—Sí.

No sabía qué decir.

—Pero ¿por qué?

Se encogió de hombros.

—Para darte las gracias por ayudarme. He visto cómo te alimentas, Cassie. Todos esos snacks y comida precocinada que guardas en el frigorífico. —Giró la cabeza y me miró—. Es importante contar con una nutrición adecuada, ¿sabes?

Me quedé inmóvil, con el corazón en un puño, anonadada ante la idea de que un vampiro con siglos de edad me diera lecciones sobre la importancia de hacer tres comidas completas al día.

Nadie había cocinado de verdad para mí desde que me fui de casa de mis padres. Ni siquiera Sam.

—Así que me estás haciendo...

—Sopa de pollo. —Me dirigió una sonrisa tímida—. Puede que tuviera un motivo ulterior cuando te pregunté cuáles eran sus comidas favoritas. También te he cortado algo de fruta fresca: piña y kiwi. Tienes un cuenco en la encimera.

—Gracias —murmuré, con una opresión en el pecho. Era una mujer adulta y llevaba años cuidándome sola. Pero la idea de que Frederick quisiera hacerlo...

Me removié algo por dentro.

Tratando de distraerme, me di la vuelta y me senté a la mesa de la cocina. Allí estaba mi portátil, por lo que pensé que podría echarle un

vistazo al correo electrónico mientras esperaba a que Frederick acabase de preparar la sopa.

Cogí una rodaja de kiwi del cuenco de fruta fresca, me la metí en la boca y disfruté de la intensa explosión de sabor que sentí en la lengua. Con un murmullo de apreciación, cliqué el ratón del portátil.

La pantalla se iluminó y...

CÓMO BESAR: DIEZ CONSEJOS A PRUEBA DE ERROR PARA QUE TU PAREJA
PIDA MÁS *f*

Me levanté de la mesa tan rápido que volqué la silla. Me restregué los ojos con los puños, pensando que tal vez el titular de BuzzFeed que acababa de ver, en una fuente a tamaño treinta y seis, fuera una alucinación.

Volví a mirar para comprobarlo y...

Pues no.

Definitivamente, en mi ordenador había abierto un artículo con consejos para besar.

Estaba segura al cien por cien de que la última vez que lo había cogido yo no había buscado en Google nada que ofreciese un resultado como ese.

Lo que sí había hecho era darle permiso a Frederick para utilizarlo siempre que quisiera.

—Ejem. ¿Frederick?

—¿Qué?

Me mordí el labio. ¿Debía admitir lo que acababa de ver?

Si quería leer artículos de internet sobre cómo besar, estaba en todo su derecho. Mis mejillas ruborizadas y mi corazón a toda pastilla tenían que mantenerse completamente al margen, puesto que la situación no tenía *nada* que ver conmigo.

No obstante, dada mi falta de respuesta, él debió de adivinar el motivo que me había hecho pegar un bote en la silla, porque al cabo de dos segundos se interpuso, cual escudo vampírico de más de uno ochenta, entre la mesa de la cocina y yo. Sus manos salieron disparadas y me agarraron de

los brazos como si fueran unas tenazas de hierro, clavando los dedos fríos en mi cálida piel.

—El ordenador. —La voz se le quebró—. ¿Has...?

Ya no tenía sentido negarlo.

—Sí.

—Ajá —respondió. Se lamió los labios y..., a ver, después de lo que me había encontrado en la pantalla, no era culpa *mía* que los ojos se me fueran de manera refleja hacia su boca—. Escucha...

—No tienes que explicarme nada —lo excusé a toda prisa—. Te dije que podías usar mi portátil y... no es asunto mío para qué lo haces. Lo siento. No debería haber mirado.

—No tienes por qué disculparte —dijo mientras sus dedos se flexionaban un poco sobre mis brazos—. El ordenador es tuyo. No hace falta que yo te dé permiso para usarlo. Tendría que haber cerrado el artículo antes de que volvieras a casa, pero me lie preparando la comida y... —bajó la vista del suelo— se me debió de olvidar.

Nos quedamos inmóviles un largo rato, con sus manos agarrándome los brazos. La sopa seguía borboteando al fuego, pero ninguno de los dos le hacíamos caso. Sentía que debía decir algo..., probablemente algo que le quitase hierro a la situación, pero no estaba segura de qué.

Así que dije lo primero que me vino a la cabeza.

—¿Sientes... curiosidad por cómo besar?

Es probable que la pregunta fuera una perogrullada, visto lo que me había encontrado en el ordenador, pero de todas formas pareció sorprendido por ella. Me miró de golpe.

—¿Qué te hace pensar eso?

Solté una carcajada.

—Tu historial de búsquedas.

Casi podía ver cómo los engranajes de su mente giraban mientras pensaba qué responder. Pero al cabo de un interminable momento pareció recuperar parte de su compostura.

Se me acercó un paso y, ante la mirada ardiente que me dirigió, sentí que se esfumaba todo pensamiento racional.

—Sé cómo *besar*, Cassie.

Sonaba ofendido de verdad y me encogí al percatarme de lo que acababa de insinuar: hasta las rodillas me flaquearon por lo que implicaban sus palabras. Llevaba vivo —o algo por el estilo— cientos de años. Era probable que hubiera besado a cientos de personas, si no a miles.

De hecho, con toda probabilidad sería *muy bueno* besando.

—Estoy segura de que sí —respondí, demasiado azorada como para mirarlo a la cara. Mis ojos descendieron hasta el ridículo mandil: a este tío le encanta pelarse el plátano. Lo incómodo de la situación hizo que me pusiera aún más colorada. ¿Cómo era posible que estuviera sucediendo todo aquello?

—Es solo... Bueno, la página esa. —Me quedé callada—. Entenderás por qué he creído que...

—Vale, vale —me interrumpió, impaciente, mientras agitaba la mano con desdén—. Imagino qué debe de haber parecido. Pero te juro que el único motivo por el que lo estaba leyendo es..., en fin, yo solo quería ver si...

Dejó la frase inacabada. Me soltó los brazos y se pasó una mano nerviosa por el pelo.

Lo contemplé con interés.

—¿Solo querías ver si...?

Su rostro era inescrutable.

—Solo quería ver si había cambiado... algo... *significativo*.

¿Cómo?

—¿Que querías saber si había cambiado algo significativo?

—Sí. Ha pasado cierto tiempo desde que yo... —Negó con la cabeza y se metió las manos hasta el fondo de los bolsillos de los vaqueros—. A lo largo de los años ha habido ciertas... *tendencias* en esta área, ¿sabes? Lo deseable en un beso en una época puede no resultar agradable en otra.

Ah.

Ah.

—¿Y sientes curiosidad por cuáles son las tendencias actuales?

Frederick tragó saliva.

—Sí.

No tenía motivos para creer que su curiosidad sobre las actuales tendencias en cuestión de besos fuera más allá de lo intelectual. Mi compañero de piso sentía curiosidad sobre muchas cosas del siglo XXI, desde los sistemas de alcantarillado urbano hasta la política en el Medio Oeste. Pero hubo algo en la manera en que su mirada se detuvo en todo lo que había en la cocina y se esforzó por ignorarme a mí que hizo que el corazón me golpeará con fuerza en la caja torácica... y me insufló el coraje necesario para admitir algo muy tonto.

—Yo también siento curiosidad.

Sus ojos se volvieron de golpe hacia mí.

—¿Cómo?

Se lo aclaré, hecha un manojo de nervios.

—Nunca he besado a un vampiro. —No tenía por qué admitir que me preguntaba cómo sería besarlo a él en concreto, ¿verdad?—. Así que siento curiosidad por cómo será. —Al ver su expresión de perplejidad, añadí—: Todo desde una perspectiva puramente intelectual.

Transcurrió un instante.

—Por supuesto.

—Por la ciencia, la verdad.

—La ciencia.

—Con fines comparativos.

—¿Qué otros fines podría haber?

Permanecimos de pie en la cocina durante lo que parecieron minutos enteros, mirándonos sin más. La sopa seguía borboteando al fuego. Para entonces empezaba a oler a quemado. No me importó.

Me acerqué un paso más, hasta que estuvimos tan cerca el uno del otro que podía distinguir los distintos tonos de sus ojos oscuros. Su iris no era de

un marrón monocromático, como parecía a distancia, sino que contenía unas sutiles pintas en tono avellana que, combinadas con el castaño, creaban el color de ojos más vivo y bello que jamás hubiera visto.

Me lamí los labios. Su mirada descendió derechita hasta mi boca.

—¿Qué te parece si nos demostramos el uno al otro cómo es? —Su voz era poco más que un susurro—. Por la ciencia. Y con fines comparativos.

Asentí.

—No es que sea una experta, pero es probable que sepa más sobre las actuales tendencias en cuestión de besos que ese artículo.

La mandíbula de Frederick se tensó.

—Es probable.

—Y dado que soy la persona responsable de enseñarte cosas de la era moderna...

—Es del todo lógico que seas tú quien me enseñe —coincidió—. Del mismo modo, no puedo afirmar ser un experto en besos vampíricos, pero...

La frase se perdió. Sus ojos seguían clavados en mi boca.

La oferta estaba en pie... para ambos. Ya no había forma de echarse atrás.

Antes de poder recordarme a mí misma que besar a este fabuloso no-muerto que quería cocinarme sopa de pollo y afirmaba que le gustaba mi arte podía acabar siendo la peor decisión de mi vida —en una vida que había estado llena de decisiones más bien poco acertadas—, posé la mano en su pecho, justo por encima del punto en el que, de ser humano, le habría latido el corazón.

Frederick cerró los ojos e inspiró hondo varias veces. Inclino la cabeza un poco hacia mí, lo que hizo que me preguntara una vez más si sería capaz de oír, o acaso de oler, el latido de mi corazón.

Cubrió la mano que le había puesto en el pecho con la suya. Sentí su palma fría sobre la piel acalorada. Me apretó la mano con dulzura, haciéndome estremecer, y se me acercó aún más.

Entonces me besó: una suave presión, apenas una caricia, de sus labios sobre los míos. No había transcurrido un instante cuando se apartó,

concluyendo el beso tan pronto como había empezado. Me estaba ofreciendo una vía de escape por si no era eso lo que deseaba.

—Yo... Nosotros... besamos así —musitó.

Recorrí su turgente labio inferior con la punta del dedo índice, emocionada al ver cómo cerraba los ojos mientras sentía mi tacto. Poco a poco, como en un sueño, le rodeé la mejilla con la mano y le incliné levemente la cara para que tuviera que mirarme a los ojos.

Los suyos parecían nublados, y le pesaban los párpados.

No hizo falta que lo animara más.

La segunda caricia de nuestros labios fue casta y pausada; su mano libre ascendió hasta cubrir mi mejilla, reflejando como en un espejo el modo en que yo le tocaba la suya. Su boca *era* tan suave como parecía, en fuerte contraste con la aspereza de la barba incipiente al contacto con mi palma y la dureza de los contornos de su cuerpo contra el mío. A lo lejos se oía el reloj de pie marcando el paso del tiempo, pero para nosotros era como si se hubiera detenido: la lentitud con que los brazos de Frederick me rodearon el cuerpo para acercarme aún más a él, el rítmico latido con que el corazón me recordaba de forma indeleble cuánto hacía que deseaba lo que estaba sucediendo.

Mis dedos pronto encontraron el camino hasta su pelo, enredándose en sus bucles, de una suavidad increíble. La acción de mis manos pareció desatar algo en su interior. Me atrajo hacia sí, lo que me permitió sentir cada centímetro frío y sólido de su cuerpo contra el mío. La respiración se le entrecortó al inclinar la cabeza para besarme la boca con una presión intencionada y considerablemente mayor que antes. De forma instintiva me abrí a él; la necesitada y silenciosa intensidad de su gesto hizo que los labios se me separasen antes de darme cuenta siquiera de lo que había hecho.

Y de pronto se acabó. Frederick se apartó con brusquedad y apoyó la frente en la mía mientras respiraba con suma dificultad, para tratarse de alguien que, técnicamente, no necesitaba oxígeno para sobrevivir. Sacudió la cabeza un instante antes de cerrar los ojos con fuerza, como si tratase de

recobrar el control de una situación que se le escapaba entre los dedos a toda velocidad.

—Así... —musitó con voz jadeante— es como besa un vampiro.

Desde un punto de vista técnico, no era demasiado distinto de besar a cualquier otra persona. Y, sin embargo, jamás había experimentado nada parecido. Seguía ciñéndome; sus brazos me rodeaban con la misma fuerza con la que me había agarrado mientras nos besábamos, lo cual era bueno, porque sentía las rodillas a punto de ceder bajo mi peso. Conforme se esforzaba por serenar su respiración, detecté un débil pero inconfundible aroma a sangre en su aliento. Me pregunté si había cortado el beso con tanta brusquedad al darse cuenta de que se había alimentado hacía poco.

Cuando abrió los ojos, su expresión era tan cautelosa que supe de inmediato que nuestra mutua lección sobre besos había terminado y que, fuera cual fuese el motivo, no debía inmiscuirme.

—Lo has hecho muy bien —respondí, tratando de sonar, y de *sentirme*, despreocupada. La realidad, por supuesto, era que notaba de todo menos despreocupación. Quería besarlo de nuevo. Ya. Con una fuerza de voluntad que no sabía que poseía, di un paso atrás, pero no sin advertir la sombra de decepción que pasó por su rostro al separarme de él—. Diría que has pillado de sobra las tendencias actuales. Aprendes rápido.

Frederick se irguió y me dirigió una sonrisa perfectamente serena, que me dejó sin aliento.

—Eso dicen.

Catorce



***Lord y lady James Jameson XXIII
y la señora Edwina Fitzwilliam
se honran en extenderle esta invitación para asistir
a la unión en matrimonio de sus hijos***

LA SEÑORITA ESMERALDA JAMESON

y

EL SEÑOR FREDERICK J. FITZWILLIAM

~ Fecha y hora por confirmar ~

Salón de baile del castillo Jameson

Nueva York, estado de Nueva York

Se ofrecerán refrigerios y sangrías a los asistentes

~ Lista de boda disponible en Crate & Feral ~

—Respóndeme a una cosa —pregunté, mirando a Frederick—. Para alguien que afirma no tener ni idea sobre la sociedad moderna, ¿cómo aprendiste a vestir tan bien con una excursioncita de nada a Nordstrom?

El comentario pareció sorprenderlo de verdad.

—¿Crees que sé vestir bien?

Solté una carcajada. De no haberlo conocido, lo habría acusado de falsa modestia. Llevaba unos vaqueros azul oscuro y una camisa azul claro con

un jersey burdeos por encima; ninguna de esas prendas las había comprado en el centro comercial la semana anterior.

Aun cuando no lo hubiera besado la otra noche —por la ciencia y con fines comparativos, por supuesto—, me habría costado no ponerle las manos encima. Casi me daba miedo llevarlo a la fiesta de lo guapo que estaba. No conocía lo suficiente a los amigos de Sam o de Scott como para saber cómo reaccionarían al ver entrar a Frederick, que era la pura tentación hecha carne.

—Pues sí, sabes vestir bien —le confirmé—. Pareces recién salido de una sesión de fotos para J. Crew.

Me miró con una ceja enarcada.

—¿Qué es «J. Crew»?

—Es igual —respondí, quitando importancia al comentario con un gesto de las manos—. ¿Cómo *puede ser* que dudes sobre si sabes o no, vistiendo como vistes?

Se quedó parado, cavilando.

—Puede que, cuando una persona se convierte en vampiro, adquiera una comprensión enciclopédica y siempre actualizada sobre cómo vestir para pasar inadvertida en la sociedad moderna y atraer a sus víctimas. —Se señaló con un gesto y esbozó una sonrisa enorme y deslumbrante. Los ojos le brillaban divertidos—. Lo que ves ante ti es el resultado de milenios de evolución genética vampírica, Cassie. Nada más.

Alcé una ceja con escepticismo y me crucé de brazos.

—Anda ya —espeté, estaba a punto de echarme a reír—. Si existiera algo así como la ósmosis vampírica, yo no estaría aquí. Y esa ropa *no* la hemos comprado en el centro comercial.

Volvió a sonreírme, esta vez con cierto pudor.

—Vale, ahí me has pillado. —Apuntó hacia el televisor—. He estado viendo series coreanas subtituladas en Netflix.

—¿Series coreanas? —pregunté al cabo de un instante de incredulidad.

—Sí —confirmó—. ¿Sabías que, hace alrededor de diez años, el gobierno surcoreano comenzó a invertir grandes sumas en la industria

nacional del entretenimiento? Se ha convertido en una gran potencia en el sector. Ha hecho de vestir bien a sus actores y actrices toda una ciencia. Entre nuestro viaje al centro comercial y *Aterrizaje de emergencia en tu corazón*, he aprendido muchísimo.

Yo no había visto nada de televisión coreana. Pero si Frederick había aprendido a vestir con ella, tampoco iba a quejarme.

—¿*Aterrizaje de emergencia en tu corazón*? —pregunté—. ¿Es buena?

—Si los vampiros fuéramos capaces de producir lágrimas, habría llorado como una magdalena. —Entonces echó un vistazo a su nuevo reloj de pulsera, que desde luego tampoco habíamos comprado juntos. Se le daba de vicio lo de las compras online, sobre todo teniendo en cuenta lo mucho que se había opuesto al principio a poner internet en el apartamento—. Va siendo hora de que salgamos para la fiesta de tu amigo. ¿Vamos?

Asentí y cogí mi bolso, haciendo un esfuerzo por aplacar el repentino e irracional sentimiento de posesión que me inundó ante la idea de compartir a Frederick durante toda una noche con Sam y sus amigos.

—Ay, antes de que se me olvide, quédate tranquila: he pensado en posibles temas de conversación para esta noche.

—Ah, ¿sí? —Qué buena noticia. Esperaba que durante la velada tuviera oportunidad de practicar a interactuar con otros en un entorno relajado. Si ya tenía las cosas un poco pensadas, tanto mejor.

—Sí, anoche, después de que te fueras a dormir, pasé cuatro horas en internet investigando los temas de mayor interés para las personas de entre veinticinco y treinta y cinco años. Apunté los hallazgos en una hoja. —Asintiendo orgulloso, se dio una palmadita al bolsillo de los vaqueros—. Llevo la lista conmigo por si hay tiempo para que la repase en el tren antes de llegar.

El alma se me cayó a los pies. Por supuesto que quería que se familiarizase lo suficiente con la actualidad para poder seguir una conversación sin dificultad. Puede que hasta para hacer algún comentario sobre la música de moda, los alquileres disparados en la ciudad o el declive

lento e inexorable de la sociedad capitalista. Si es que surgía alguno de esos temas, claro.

Pero sonaba como si se hubiera pasado la noche estudiándose la Wikipedia. Y esa no había sido en absoluto mi intención.

—No hacía falta que memorizases nada —dije—. O que te pusieras a estudiar, la verdad.

—Ah. —Su sonrisa se desvaneció.

—Estoy segura de que todo irá bien —me apresuré a afirmar con la esperanza de que sonara más segura de lo que me sentía. De pronto me preocupaba un montón que Frederick se convirtiera en la encarnación del meme de Steve Buscemi con el patinete y la gorra hacia atrás—. Siempre es mejor ir preparado de más que de menos, ¿no?

Al oírlo se irguió un poco.

—Cierto.

En el peor de los casos, me dije mientras bajábamos las escaleras, Sam y Scott se convencerían aún más de que estaba viviendo con un tío rarísimo.

De inmediato quedó claro que no era la única que pensaba que Frederick estaba superatractivo esa noche.

O, como mínimo, de inmediato me quedó claro a mí. Frederick, por su parte, parecía no percatarse en absoluto del efecto que tenía en la gente con la que nos cruzábamos por la calle. Sus ojos parecían fijarse en todas partes mientras íbamos camino del metro aquella gélida tarde de finales de otoño, estudiando los alrededores como si esperase que más tarde le hicieran un examen, pero ni se enteraba de las caras boquiabiertas y los vistazos apreciativos que le lanzaban los viandantes.

—¿Es así como vas a trabajar a diario? —preguntó maravillado mientras bajábamos a la estación de metro.

Frederick debía de ser la única persona que no parecía una patata amorfa de tanto abrigarse contra el frío. Hasta entonces no se me había pasado por

la cabeza que las bajas temperaturas no lo afectaban como a los humanos, aunque, bien pensado, sí que debería haberme llamado la atención. En cualquier caso, la falta de ropa de abrigo no hacía más que subrayar su atractivo. Un grupo de chicas que subía por las escaleras se calló en mitad de la conversación y se dio la vuelta para observarlo en el momento en que entrábamos en el vestíbulo a comprar los billetes.

—A veces cojo el metro para ir a la biblioteca, sí —respondí, apretando un poco la mandíbula y tratando de luchar contra los celos irracionales que me asaltaban. Todo el mundo tenía derecho a pensar que Frederick estaba bueno, por supuesto. No había motivo para ponerme celosa. No era nada mío—. Otras veces voy en autobús.

Cuando llegamos al andén abarrotado, Frederick miró nervioso el panel en el que parpadeaba el nombre y el tiempo de espera de los distintos trenes que debían pasar por la estación.

—¿De verdad que nunca has cogido el metro? ¿Ni el bus? —Sabía que no lo había hecho, pero me costaba entender que alguien que llevase tiempo viviendo en Chicago no hubiera usado el transporte público alguna vez al menos.

—Nunca. —Abrió los ojos como platos cuando los cuatro minutos que aparecían junto al nombre de la línea roja en sentido norte se vieron sustituidos por tres minutos—. Hace más de cien años que no me subo a ningún tipo de tren y..., bueno, en aquel entonces funcionaban de otra forma.

—Entonces, ¿cómo te desplazas?

Encogió un hombro, sin apartar la vista del panel.

—Según las necesidades. Los vampiros somos muy rápidos corriendo, ¿sabes? Además, dado el caso, podemos volar.

¡¿Cómo?! ¡¿Que Frederick podía *volar*?! Eso era nuevo. Lo fulminé con la mirada.

—Me dijiste que no ibas a volver a ocultarme nada importante.

—No pensé que saber cómo me desplazaba por Chicago lo fuera. —Una de las comisuras de su boca se elevó—. Además, lo de volar ha sido una

broma.

Puse los ojos en blanco.

—¿Una broma, Frederick? Ya llevas dos en una noche.

En sus ojos brilló una chispa de diversión.

—Bueno, una broma *en parte*.

Estaba a punto de preguntarle *a qué* se refería cuando nuestro tren apareció en el andén. Salvo Frederick, todo el mundo dio un paso hacia atrás de manera instintiva para alejarse del borde al verlo acercarse a toda prisa, por lo que lo aparté agarrándolo del brazo.

La sensación de sus bíceps bajo los dedos me reactivó la memoria corporal.

Era la primera vez que lo tocaba desde que nos habíamos besado en la cocina dos noches atrás. Desde que sus fuertes brazos me habían acercado a él de una manera increíble. Desde que sus labios, suaves y dóciles, habían acariciado los míos.

Sacudí la cabeza. No era el momento para quedarme pensando en algo de lo que ni siquiera habíamos vuelto a hablar desde que había sucedido. Estábamos a punto de subirnos a la línea roja en hora punta, una situación estresante aun cuando no fuera tu primera vez usando el transporte público. Y Frederick contaba conmigo para que lo guiase.

—Esto es como un asalto a los sentidos, Cassie —dijo Frederick, gritando para que lo oyera por encima del bullicio de la estación y el ruido del tren al acercarse.

—Tienes razón —le respondí a voz en grito.

La fiesta de Sam empezaba a las siete, por lo que el andén estaba atestado de gente: unos volvían a casa del trabajo; otros iban camino de un partido de los Cubs (a juzgar por la ingente cantidad de gorras y camisetas del equipo de béisbol que llevaban), y otros, como nosotros, simplemente salían un viernes por la noche.

El ruido y el gentío que implicaba coger el metro en hora punta un viernes no eran poca cosa, incluso para alguien que lo hiciera casi a diario. Pensándolo bien, quizá habría sido mejor que Frederick tuviera su primer

contacto con el transporte público a una hora menos frenética. Pero quería aprender sobre la vida en el siglo XXI: ¿por qué no lanzarlo a la piscina donde más cubría?

Los vagones del metro se abrieron con el fuerte sonido de una campana. Sin soltar el brazo de Frederick, le hice un gesto mudo para que esperase a que todo el que quisiera bajarse se hubiera apeado del vagón.

—Un pequeño paso para el vampiro, un gran salto para la vampiridad — le murmuré al oído mientras nos montábamos, encantada de mi chistecillo. Pero Frederick frunció la frente, desconcertado. Parecía a punto de preguntarme a que me refería cuando un ruidoso grupo de hombres con camisetas de los Cubs aparecieron a nuestra espalda y se subieron a empujones.

—¡Oh!

Las manos de Frederick ascendieron para agarrarme de los brazos y enderezarme cuando estuve a punto de caerme. Al instante, el tren arrancó y, aunque a menudo me enorgullecía de mi capacidad para viajar en transporte público sin perder el equilibrio, notar de repente los dedos de Frederick clavándoseme en los bíceps me pilló desprevenida del todo.

Recuperé el pie enseguida, apartando la mirada al tiempo que un cálido rubor me ascendía por el cuello. Traté de no pensar en lo cerca que lo tenía, pero la verdad es que no lo conseguí. Él relajó los dedos un poco en cuanto quedó claro que no iba a caerme, pero, aunque era evidente que me encontraba sana y salva, no parecía saber qué hacer con las manos una vez que me las había puesto encima.

Esto hizo que las cosas resultasen aún más raras cuando el tren pegó un frenazo inesperado, uno de los seguidores de los Cubs chocó conmigo desde atrás y caí justo en brazos de Frederick.

—¡Mierda! —Mi exabrupto quedó apagado por su amplio pecho. El jersey burdeos era tan suave que parecía que lo hubieran tejido con besos de ángel. Respiré hondo de manera instintiva y de inmediato deseé no haberlo hecho, porque, ¡jo!, qué bien olía.

Mejor que bien.

No tenía ni idea de si era algún tipo de colonia cara, el jabón que usaba... o si todos los vampiros olían así de bien cuando una los olfateaba tan de cerca. Lo único que sabía era que su aroma hacía que quisiera meterme por dentro de su camisa, suave y ceñida, y enroscarme contra su torso. Ahí mismo, en mitad de un vagón hasta los topes; y que le dieran al resto de los pasajeros.

—¿Cassie? —La voz de Frederick retumbó en su pecho—. ¿Estás... estás bien?

Parecía preocupado, pero no hizo ademán de separarse de mí. Aunque tampoco hubiera podido: tenía la pared del vagón a la espalda e íbamos como sardinas en lata. No obstante, sí podría haber *intentado* interponer al menos algo de espacio entre nosotros.

Pero no lo hizo.

Lo que sí hizo fue deslizar poco a poco las manos desde donde aún descansaban, sobre mis hombros, hasta la curva de mi espalda y envolverme entre sus brazos.

Me acercó aún más a él.

—Este lugar no es seguro —murmuró, y sentí su aliento frío y dulce contra mi coronilla—. Yo te sostendré. Por tu propia protección, quiero decir. Solo hasta que lleguemos a nuestro destino.

No era más que una excusa para seguir abrazándome. Y yo lo sabía. Pero no me importó. Me estremecí, ciñéndome aún más a él antes de poder siquiera recordarme que abrazarse en público con el compañero de piso vampiro de una quizá no fuese la mejor de las ideas. Pero es que la sensación de su cuerpo contra el mío era deliciosa. A pesar del frío que irradiaba, cuando me estrechó aún más y apoyó la mejilla en lo alto de mi cabeza, no noté más que un calor abrasador y una excitación que me descendió por la columna.

El resto del trayecto duró demasiado y, al mismo tiempo, apenas un instante.

OceanofPDF.com

Quince



Carta de la señora Edwina Fitzwilliam al señor
Frederick J. Fitzwilliam con fecha de 11 de noviembre

Mi queridísimo Frederick:

No me andaré por las ramas.

Los Jameson me han hecho saber que continúas haciendo caso omiso de mis recomendaciones y sigues devolviendo los regalos de la señorita Jameson sin abrir.

Esto es intolerable.

He reservado plaza en un vuelo directo de Londres, donde en estos momentos me hallo de vacaciones, a Chicago el próximo martes por la noche. Dado que el correo postal no es demasiado rápido, supongo que existe la posibilidad de que llegue a la ciudad antes que esta carta. En tal caso, tanto mejor. Quizá sea preferible que llegue sin que estés prevenido. Así podré ver por mí misma qué desbarajuste te traes con tu vida.

A pesar de todo, te quiero, Frederick. Espero que, con el tiempo, acabes entendiendo que solo velo por tus intereses.

Atentamente,

tu madre

la señora Edwina Fitzwilliam

Tras bajarnos del tren, Frederick y yo caminamos hasta el apartamento de Sam con paso acompasado. Aunque nos habíamos separado en el instante

en que el tren dejó de moverse, sentía su tacto con la misma agudeza que si aún siguiéramos abrazados.

Frederick se tamborileaba la pierna con los dedos de la mano derecha a toda velocidad, gesto que ya reconocía como la señal más evidente de su nerviosismo. Mantenía la mirada fija al frente, sin dedicarme más que algún vistazo de soslayo.

—He elaborado una lista con varios temas de conversación para la fiesta —dijo, repitiendo lo que ya me había contado esa misma tarde. Se metió la mano en el bolsillo delantero del pantalón y extrajo una pequeña hoja de papel plegada. Le temblaba la mano. También debía de haberle afectado lo sucedido en el tren, porque no era habitual que temblase y jamás se repetía.

La idea era estimulante y, a la vez, aterradora.

—Ya me lo habías dicho —respondí.

A nuestro lado pasó un coche con las ventanillas bajadas. Por la radio atronaba a todo volumen una canción hiphop que no reconocí.

—¿Ya te lo había dicho?

—Sí.

—Ah.

Por suerte, no estábamos lejos del edificio de Sam. Cuando llegamos, pulsé el timbre del panel que había junto a la puerta delantera para hacer saber a Sam y a Scott que habíamos llegado. Se abrió al cabo de un instante y agarré el picaporte para empujarla y entrar.

Frederick me puso la mano en el brazo para detenerme. La urgencia de su roce atravesó el grueso material de mi abrigo de invierno como un cuchillo.

—¿No te acuerdas? Necesito que me den permiso explícito para poder entrar en su casa.

Parpadeé, tratando de entender lo que me estaba diciendo.

—¿Cómo?

Frederick apartó la mirada con timidez.

—¿Recuerdas que, mientras veíamos *Buffy*, te conté que algunas leyendas sobre los vampiros eran una majadería y otras eran ciertas? Pues

esta lo es.

Entonces me acordé de cómo aquella noche, en el sofá, habíamos hablado sobre la serie de la cazavampiros poco antes de que me quedara dormida con la cabeza sobre su hombro.

—Ay —respondí de pronto, acalorada por el recuerdo—. Claro, por supuesto. Siento haberlo olvidado. —Señalé el botón que acababa de pulsar—. Pero nos han abierto la puerta. ¿No basta con eso?

—No. —Tenía la mirada clavada en los zapatos. Cuando me percaté de que estaba avergonzado, el corazón se me encogió—. Tiene que ser... una invitación directa y explícita. ¿Podrías enviarle un mensaje a Sam o a Scott y pedirles que me inviten a entrar?

Desde una ventana abierta nos llegó sonido de risas. La fiesta ya estaba a tope.

—Van a pensar que es un poco raro, Frederick.

—Que piensen lo que quieran; no tengo alternativa.

Justo entonces, un tipo al que reconocí por ser el vecino de abajo de Sam apareció en el umbral, con un minivestido rosa chicle cuya falda le llegaba unos quince centímetros por encima de las rodillas. Si no recordaba mal, trabajaba de vez en cuando como bailarín de burlesque en un club de Andersonville.

Andaba rebuscando algo en un bolsito a juego con el vestido. Vi por el rabillo del ojo cómo Frederick se quedaba mirando fijamente tanto el vestido como a él, con los oscuros ojos como platos. No le hice caso.

—¡Jack! —exclamé con la esperanza de llamar su atención y de haber acertado con el nombre.

Levantó la vista.

—¿Cassie?

—Sí, hola. —Volví la vista a Frederick, que asintió animándome a proseguir—. ¿Podemos entrar?

—¿Vais donde Sam?

—Sí.

Nos abrió la puerta de par en par e hizo un gesto animándonos a entrar.

—Claro. Justo estaba saliendo.

Lancé un mirada interrogativa a Frederick, quien me dirigió un leve ademán de asentimiento que interpreté como: «Con esto me basta».

—Gracias, Jack —dije. Franqueé el umbral con Frederick a mi espalda, que suspiró en voz baja en cuanto estuvimos a salvo en el interior.

Por suerte, Scott ya estaba esperándonos a la puerta de su apartamento en la segunda planta.

—¿Podemos entrar? —pregunté, deseosa de que la voz no delatase lo nerviosa que estaba de repente. Una fuerte cacofonía de voces y algún tipo de música house moderna llegaba hasta el rellano desde el interior.

—Por supuesto —respondió Scott. Señaló el apartamento a su espalda con un gesto—. Estoy esperando a que llegue Katie y luego ya me meto.

Mis cejas se alzaron disparadas.

—¿Katie? ¿La de Gossamer's?

—Sí. La conocemos de todas las veces que hemos ido a verte al trabajo —explicó Scott—. Me hizo ilusión cuando me dijo que podía venir.

Ojalá me hubiera hecho la misma ilusión a mí. Me llevaba bien con ella, pero Frederick le había causado una primera impresión extrañísima la noche que intentó pedir un café y pagarlo con su riñonera llena de doblones.

En las últimas semanas había avanzado mucho en su proceso para parecer normal. Había aprendido a comprar ropa por internet. Había viajado en metro sin llamar la atención de nadie. Lo último que necesitaba era encontrarse a Katie en la fiesta y que le hiciera preguntas incómodas.

Aunque suponía que era inevitable.

Me volví hacia él.

—¿Te apetece beber algo?

—No —respondió con el ceño fruncido—. Comí antes de venir. *Ya sabes* que no puedo...

Lo agarré de la solapa y tiré hacia mí hasta que su oreja quedó al nivel de mi boca. Resistí la tentación de continuar así, olfateándolo, pero a duras penas.

—Vas a tener que fingir para que lo de esta noche funcione.

Tragó saliva antes de erguirse.

—Está bien —asintió—. Vamos a por algo de beber.

Mientras nos adentrábamos en el apartamento, me volví hacia él y le pregunté en un hilo de voz.

—Por cierto, ¿qué pasa si no te dan permiso?

—¿Cómo?

—Dijiste que no puedes entrar en casa de alguien sin permiso —le recordé—. ¿Qué pasa si lo intentas?

—Ah, eso. —Eché un rápido vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie pudiera oírlo y se me acercó—. Desintegración instantánea.

Lo miré atónita.

—Estás de coña.

Con semblante serio, negó con la cabeza.

—La primera vez que oí hablar del fenómeno también pensé que era broma. Pero no mucho después de mi conversión, vi a otro vampiro tratar de allanar la casa de un granjero mientras él y su familia estaban fuera del pueblo. —Se detuvo y se me acercó aún más antes de añadir—. Pedazos de vampiro *por todas partes*.

Me estremecí a pesar de que dos cosas me habían distraído de la cruenta historia: el hecho de que Frederick, al contármela, hubiera elegido compartir conmigo otro detalle secreto sobre su vida anterior, y que su boca se encontrara a un par de milímetros de la mía.

—Qué horror —respondí, tratando de controlarme.

—Sí —concedió sombrío—. No es un error que se pueda cometer dos veces.

—Cassie.

Al levantar la vista vi cómo Sam se nos aproximaba desde la cocina. Llevaba una cerveza en una mano y una copa de vino blanco en la otra.

Me tendió el vino, pero tenía los ojos clavados en Frederick.

Sentí un repentino nudo de ansiedad, duro y tenso, en el estómago. Una cosa era que Frederick hubiera interactuado con mi mejor amigo durante dos minutos en el centro comercial el otro día, y otra que pasaran toda una

velada juntos. Por su cara, Sam parecía haber superado el momento de «pero qué bueno está», al que había sucumbido durante su breve encuentro, y se lo veía dispuesto a tomar una decisión definitiva sobre si Frederick era un bicho raro o un tío de fiar.

Me puse a jugar nerviosa con el tallo de la copa de vino y señalé a Frederick con un gesto de la cabeza.

—Sam, ¿te acuerdas de Frederick?

Sam le tendió la mano.

—Me alegro de volver a verte.

Frederick la rodeó con la suya y le dio un apretón firme.

—Gracias por invitarme a vuestra casa. También me alegro de volver a verte.

—¿Te traigo algo de beber? —preguntó—. ¿Vino? ¿Cerveza?

Frederick permaneció en silencio mientras cavilaba qué responder. Vale que hubiera estudiado para lo de esa noche, pero no habíamos repasado cómo mantener una conversación intrascendente en una fiesta. Lo cual, en retrospectiva, había sido un fallo de lo más estúpido por mi parte. Me preparé para la respuesta de Frederick, deseando que al menos estuviera dentro de lo normal.

—No... sabría decidirme —acabó por responder—. ¿Qué me recomendarías?

Solo al exhalar me di cuenta de que había estado aguantando la respiración. Desde que entró en el bufete, Sam se había convertido en el típico abogado experto en vinos caros. Le encantaba aburrir a todo el mundo con interminables detalles sobre sus últimos descubrimientos.

Dirigí a Frederick un leve asentimiento, esperando que entendiera que, en mi opinión, *esa* había sido la respuesta adecuada. Su postura rígida se relajó un poco.

—Depende de lo que prefieras. Tengo unos cuantos tintos —le explicó Sam—. ¿Te gusta el malbec?

Frederick me lanzó una mirada interrogante. Yo volví a asentir, animándolo.

—Sí —dijo con la convicción que solía reservarse para las preguntas sobre los caramelos favoritos en Halloween—. Sí, me gusta el vino tinto. Me encanta. De hecho, el malbec es mi favorito.

—El mío también. —Sam le sonrió de oreja a oreja y, si no me hubiera sentido tan aliviada por lo bien que estaba respondiendo Frederick, me habría reído de la facilidad con que estaba convenciendo a mi amigo—. Vente a la cocina y te pondré una copa.

Frederick lo miró como si fuera un ciervo al que acababan de deslumbrar los faros de un coche.

—Tú vete con él —lo animé. Y acto seguido, señalando a Sam con un gesto, añadí—: Sam se asegurará de ponerte algo bueno.

—Algo bueno —repitió Frederick, enarcando una ceja. Yo me estremecí, y tendría que haberme dado de tortas por no haberle advertido antes de que, si iba a una fiesta de humanos, era de esperar que anduviera gran parte de la noche con una bebida que no quería en la mano.

Una vez que Frederick y Sam se encaminaron hacia la cocina, paseé la vista por el salón en busca de caras conocidas. Reconocí vagamente a algunos de los invitados de otras reuniones que Sam y Scott habían celebrado a lo largo de los años, pero entonces vi a David —el amigo de Sam y Scott que participaba en la exposición de arte de la River North Gallery— sentado en el sofá junto a Amelia, la hermana de Sam.

El corazón se me aceleró. En mi lista de actividades predilectas, hacer contactos profesionales solo estaba por debajo de la extracción de muelas sin anestesia. Charlar con Amelia, la hermana ultracompetente e intachable de Sam, apenas era mejor. Pero David estaba justo ahí, a menos de tres metros, de cháchara con una Amelia toda acicalada y sin un pelo fuera de sitio mientras daba sorbitos a un chardonnay.

Habían pasado cuarenta y ocho horas desde que enviara mi propuesta a David. La River North Gallery tomaría la decisión a lo largo de la semana siguiente. Una persona que tuviera su vida bajo control aprovecharía la oportunidad para hablar con él, ¿no?

Bien podía fingir tenerla y hacer lo mismo.

Cuadré los hombros, me recordé que me enfrentaba a situaciones difíciles *todo el rato* y me acerqué a él.

—Hola —dije.

David y Amelia levantaron la vista al mismo tiempo.

Entonces recordé de sopetón que ni por asomo tenía mi vida bajo control y que con toda probabilidad estaba cometiendo un terrible error.

—Cassie —me saludó Amelia con tono alegre y una sonrisa, pero incluso en la penumbra de la fiesta me acordé de lo condescendiente que se había mostrado conmigo siempre que se dignaba a hablarme cuando íbamos al instituto—. Cuánto me alegro de verte.

—Cuánto tiempo —respondí, decidida a hacer un esfuerzo esa noche, por Sam—. ¿Qué tal estás?

Amelia sacudió la melena rubia y suspiró antes de tomar un sorbo de vino blanco y dejar la copa en la mesita de centro.

—Liada —respondió—. No tanto como lo estaré en primavera, pero más liada de lo que me gustaría.

Traté de pensar en algún momento en el que Amelia *no* hubiera estado tan liada con su asesoría contable que no anduviera hecha polvo. Y no lo conseguí.

—Cuánto lo siento —respondí, y lo decía en serio.

—Así son las cosas, supongo. —Se encogió de hombros—. Es lo que acepté cuando entré en la empresa. Pero no hablemos más de mí. Sam dice que estás otra vez muy metida en tu arte.

Asentí, demasiado orgullosa de lo que había estado haciendo últimamente —y demasiado consciente de que al lado de Amelia estaba sentado un miembro de la River North Gallery— como para cohibirme.

—Sí, lo estoy. De hecho...

La frase se vio interrumpida por Sam, que llegó a toda prisa hasta Amelia, seguido de un Frederick con expresión aterrorizada.

—Amelia —dijo, riendo—. *Tienes* que hablar con el nuevo compañero de piso de Cassie.

Las palabras de Sam me distrajerón por completo de la ansiedad que me producía conversar con Amelia y David, atrayendo mi atención con la misma eficacia que el chirrido de un disco rayado en un cuarto en completo silencio. Alarmada, me volví hacia Frederick, cuya muñeca Sam aferraba con firmeza.

Él se miraba los zapatos con los ojos desorbitados.

Antes de poder preguntar qué era lo que pasaba, Sam se volvió hacia mí y exclamó, encantado:

—¡No me habías dicho que Frederick era superfán de Taylor Swift!

Me atraganté con el vino.

—Perdón —respondí una vez recuperada—, pero... ¿Taylor Swift?

Frederick movió los pies con incomodidad.

—Puede que... haya mencionado un par de cosas que sabía sobre ella a unos que estaban en la cocina.

—¿Cómo que *un par* de cosas? —Sam volvió a reírse y negó con la cabeza—. No seas modesto. Tiene unos conocimientos sobre 1989 tremendos.

Tuve que ahogar una carcajada con la mano.

—Ah, ¿sí?

—¡Sí! —saltó Sam—. Como te decía: Frederick, tienes que hablar con Amelia. Le encanta conocer a otros *swifties*, sobre todo cuando son personas que no casan con el estereotipo habitual.

—Ay, sí —gorjeó Amelia, radiante. Jamás la había oído tan encantada—. Además, cuando das con gente que la admira tanto y que está fuera de la franja demográfica esperada, se confirma la grandeza de su talento y hasta qué punto apela a todo el mundo.

Me quedé mirándola atónita. No se me había ocurrido que una contable pudiera tener *opiniones* sobre música. Aunque puede que estuviera siendo demasiado crítica y ya.

—Así que... ¿eres fan de Taylor Swift?

Amelia se encogió de hombros.

—A ver, como para no.

—Estoy de acuerdo —terció Frederick con un entusiasmo que me asombró—. Taylor Swift, nacida en West Reading, Pensilvania, en 1989, ha ganado once premios Grammy de la Academia Nacional de Artes y Ciencias de la Grabación.

Amelia se puso en pie y, sin dejar de sonreír de oreja a oreja, se alisó la falda, que no presentaba ni una arruga, con las manos.

—Vamos a la cocina a fangirlear —le propuso a Frederick.

—Perdón —respondió este con perplejidad—. Le ruego que me disculpe, pero... —se volvió hacia mí—: ¿fangirlear?

Me incliné un poco hacia él y musité:

—Solo significa emocionarse mucho hablando de algún tema.

—Ah.

—Voy por otra copa de malbec —sugirió Sam—. No podré aportar gran cosa a la conversación, pero siempre disfruto viendo a Amelia como pez en el agua.

Frederick me lanzó una mirada de impotencia por encima del hombro mientras ella lo conducía de vuelta a la cocina.

Una vez que la hermana de Sam se hubo ido, la única persona que quedaba con quien hablar era David. Alzó la vista y me dirigió una sonrisa de reconocimiento.

Tragué saliva. Los nervios de hacía unos minutos regresaron en tromba en cuanto desapareció del salón la doble distracción que constituían Frederick y Taylor Swift.

—Cassie. —David señaló con un gesto el sitio libre en el sofá a su lado. Me senté, ilusionada y muerta de miedo—. Me alegro de verte. Cuánto tiempo.

—Yo también me alegro. —Comencé a jugar nerviosa con el bajo de la falda mientras trataba de decidir si debía decirle sin más que había enviado una propuesta para la exposición o si debía mostrarme más sutil con el tema del que quería hablarle—. ¿Qué tal estás?

—Liado. —Se rio y, entonces, puede que al darse cuenta de que era lo mismo que Amelia había respondido hacía unos minutos, puso los ojos en

blanco—. Menuda porquería de respuesta de relleno; «liado» no dice nada, ¿verdad?

Reprimí una carcajada.

—Es posible.

Quitó importancia a la cuestión con un gesto de la mano.

—Sí. Pero bueno, al menos en mi caso, es cierto.

—¿Estás preparándote para la exposición? —De perdidos, al río.

—La verdad es que sí. —Su sonrisa se ensanchó—. Nunca había participado en una muestra con jurado encargándome de las cuestiones administrativas, pero supone mucho más trabajo del que esperaba.

—Imagino que estaréis hasta arriba. —Tragué saliva antes de armarme de valor para preguntarle por lo que quería saber en realidad—. ¿Estáis recibiendo muchas propuestas buenas?

—Un *montón*. —Se removi6 con incomodidad en el sof6—. Creo que el comité ya ha decidido a qui6n invitar definitivamente.

El corazón me golpeaba con tanta fuerza las costillas que estaba a punto de romperme una. Dejé la copa de vino en la mesita que teníamos delante; las manos me temblaban tanto que temía derramar el chardonnay por todas partes.

—Ah, ¿sí?

—Sí. —David miraba la cerveza que tenía en las manos como si fuera lo más interesante que hubiera en el salón—. Cassie, no sé si debería ser yo quien te lo diga o si debería esperar a que el comité se ponga en contacto contigo, pero dado que los dos estamos aquí...

Dejó la frase inacabada, pero por la forma en que evitaba mirarme a los ojos me quedó claro que lo que estaba a punto de decir no iba a gustarme nada.

Inspiré hondo y me preparé para lo peor.

—Te prometo que no les diré que me lo has contado.

Asintió.

—Todo el mundo está de acuerdo en que tu obra es magnífica, pero el comité ha decidido que tu acercamiento al tema de la sociedad

contemporánea es demasiado abstracto y vago para aceptarlo en la muestra. Una pintura clásica subvertida con materiales tan modernos no es exactamente lo que buscan. —Se detuvo antes de añadir—: Lo siento, Cassie.

El tiempo pareció detenerse. Todo el ruido de la fiesta se desvaneció conforme me iba calando lo que David acababa de decir.

—Los jueces casi habían acabado con las deliberaciones cuando recibieron tu propuesta —prosiguió. Se me debía de notar el desaliento en la cara, porque alargó la mano y cubrió la mía—. Ya sabes cómo son estas cosas. Por desgracia, tu pieza no les llamó tanto la atención como para hacerles cambiar de opinión.

Las lágrimas me escocían en los ojos. Sabía que nada me garantizaba que fueran a aceptar mi cuadro y por supuesto que era consciente de que la mayoría de las plazas serían para artistas con nombres conocidos en el mundillo. Así que, de verdad, no tenía ni idea de por qué estaba reaccionando así.

Pero lo estaba.

Me di la vuelta y bajé la mirada al suelo para que David no me viera llorar.

—Lo entiendo —murmuré.

—Lo siento —repitió David con la mano aún sobre la mía—. El próximo otoño vamos a montar otra muestra. Tienes *muchísimo* talento, Cassie. Espero que te plantees enviar una nueva propuesta cuando se abra la convocatoria.

—Vale —respondí. Me volví para sonreírle, pero le veía la cara toda borrosa. Ahora sí que estaba a punto de que se me saltaran las lágrimas.

No entendía cómo se me había ocurrido que iba a ser capaz de alcanzar algo que no fuera el más absoluto fracaso. Nunca sería otra cosa que Cassie, la excéntrica y estrafalaria, incapaz de conservar un empleo o un apartamento más allá de unos meses. La que jamás cumpliría sus sueños ni lograría gran cosa en la vida.

Recorrí la estancia con la mirada. Habían llegado más invitados. Sam y Scott estaban hablando con un grupo de personas que me sonaban vagamente de ser compañeros de la Facultad de Derecho de Sam. Uno de ellos reía por algo que él acababa de decir.

A Frederick y a Amelia no se los veía por ninguna parte.

Hasta a un vampiro de cientos de años le iban las cosas mejor que a mí.

Tenía que salir de allí.

—Disculpa —le dije a David con la voz entrecortada y la cara vuelta para que no me la viera—. Tengo que... ir a ver una cosa.

Sorbiendo por la nariz, salí a toda prisa del salón, directa al cuarto de baño.

Estaba a punto de lanzarme de cabeza a regodearme en mi desgracia.

No hacía falta que nadie lo viera.

Me miré la cara en el espejo del cuarto de baño. Por primera vez en ni sabía cuánto tiempo había decidido ponerme rímel y ahora me arrepentía de haberlo hecho. Al otro lado del cristal me observaba un mapache, tenía los ojos rodeados de maquillaje negro corrido y las mejillas coloradas de llorar.

Me sentía aún más idiota que cuando había salido corriendo diez minutos antes. Y ya era decir.

Un suave golpe en la puerta me sacó de aquel festival de la autocompasión.

—¿Cassie? ¿Estás ahí? —Era la voz de Frederick, baja y llena de preocupación. Un calorcillo suave y reconfortante me subió por todo el cuerpo al oírla.

—No. —Sin pensar, me restregué la cara con el dorso de la mano para limpiarme las lágrimas. Salió manchado de negro.

—Acabo de hablar con alguien y me ha dicho que habías venido corriendo a encerrarte aquí. Estoy preocupado. ¿Puedo entrar?

—He dicho que no estoy.

Oí una leve carcajada.

—Es evidente que sí.

Cerré los ojos y apoyé la frente en la puerta que nos separaba. La madera lisa me produjo una sensación de frescor contra la piel acalorada.

—Soy una pedazo de idiota.

—No, no lo eres.

—Claro, tú qué vas a decir. —Las lágrimas me picaban tras los párpados cerrados—. No sabes ir en metro solo, así que te va a tocar quedarte atrapado para siempre en esta fiesta si no eres majo conmigo.

Se oyó otra carcajada suave y luego, con voz más firme:

—Apártate de la puerta, Cassie. Estoy preocupado por ti. Me gustaría entrar.

Su tono levemente autoritario accionó una especie de interruptor en mi interior.

—Vale —respondí, sorbiendo por la nariz.

Frederick entró en el pequeño cuarto de baño —con su admirable uno ochenta y siete de altura y sus anchos hombros— antes de cerrar con cuidado la puerta a su espalda. De pronto recordé lo exiguo que era el espacio.

Él pareció percatarse al mismo tiempo que yo; sus ojos se abrieron como platos al pasar por la ducha que había detrás de mí, el retrete, el lavabo. Pero entonces me vio la cara y el cristo que iba hecha, y se olvidó de todo lo demás.

—¿Quién te ha hecho esto? —Su voz era baja, pero urgente—. ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada. —Traté de darme la vuelta, pero me lo impidió agarrándome del brazo. Me estremecí al notar la frialdad de su tacto atravesar la tela de mi camisa y agudizar el contraste con la oleada de calor que de repente sentí en todo mi ser—. Que soy una fracasada; eso es todo.

—Por supuesto que *no* eres una fracasada —replicó con firmeza—. Y quien te haya hecho sentir así se las tendrá que ver *conmigo*.

Sonreí ante la idea de Frederick amenazando a nadie en absoluto. Puede que fuera una criatura nocturna e inmortal, pero en lo que a criaturas nocturnas e inmortales se refería, era un blandito.

Resoplé.

—Me temo que esa persona soy yo.

—¿Tú?

—Sí. —Cerré los ojos—. Envié a una exposición de arte una pieza en la que llevaba semanas trabajando. Me había hecho ilusiones, pero acabo de enterarme de que me han rechazado.

—Ay, Cassie —dijo Frederick con tono compasivo—. Lo siento muchísimo. —Seguía asiéndome el brazo; su tacto me serenaba, deseaba que no me soltase en un futuro próximo—. ¿Eso es todo?

Suspiré.

—Soy una mierda con patas, Frederick.

—A la gente la rechazan de todo tipo de cosas todo el tiempo, Cassie. —Se detuvo, reflexivo—. Si lo piensas, a mí me rechazó el último siglo entero.

Puse los ojos en blanco.

—No es lo mismo.

—Tienes razón. Lo que hice yo fue peor.

—¿Por qué iba a ser peor?

Una chispa apareció en sus ojos.

—Bebí algo que me ofreció Reginald en una fiesta. *Como un idiota*. Eso sí que es ser una mierda con patas.

Me reí entre hipidos sin poderlo remediar. Oír a Frederick usar lenguaje actual era como ver a un bebé con bigote falso. Sonrió ante mi reacción, a todas luces satisfecho consigo mismo.

Y entonces, de pronto, su expresión se volvió seria.

—Si alguien es «una mierda con patas», Cassie, es ese comité que ha rechazado aceptar a una artista visionaria en su exposición.

Parpadeé, atónita ante la intensidad del cumplido.

—No tienes por qué decirme esas cosas.

—Yo nunca digo nada de lo que no esté convencido.

Antes de poder pensar siquiera cómo responderle, Frederick se sacó un cuadrado de tela del bolsillo delantero de los vaqueros. Musitando algo entre dientes que no entendí, abrió el grifo del lavabo y lo empapó.

—¿Qué haces?

—Parece que ya nadie lleva pañuelos de tela encima —reflexionó—. Y es una lástima, funcionan mucho mejor que los de papel que se usan hoy en día. Ahora, cierra los ojos.

Se giró hacia mí, concentrado y en silencio. Sus ojos se clavaron en los míos. O, más específicamente, en el mogollón de maquillaje negro que me caía por debajo.

Me estaba muriendo de la vergüenza.

—Frederick, no tienes por qué...

—Cierra los ojos, Cassie. —Su voz no admitía réplica y su firme insistencia apeló a alguna parte básica y primitiva de mí, por lo que me vi incapaz de desobedecerlo.

Me cubrió la mejilla con la mano libre, inclinándome hacia arriba el rostro para poder mirarme con mayor facilidad. De pronto sentí cómo todas mis terminaciones nerviosas se concentraban en el punto justo en que me estaba tocando.

Los ojos se me cerraron solos.

—¿Qué es esta sustancia negra que has usado para pintarte la cara? —preguntó en voz baja, con curiosidad, mientras me retiraba con gesto tierno los restos de rímel con el pañuelo. Tenía la cara tan cerca de la mía que notaba cada una de sus exhalaciones sobre la piel—. Es la primera vez que veo este tipo de cosmético.

Se me secó la boca.

—Se llama... rímel.

—Rímel —pronunció con obvio desagrado, pero apenas lo advertí. Me costaba concentrarme en nada que no fuera el tacto suave de sus dedos bajo mis ojos y la presión de su mano libre sobre mi mejilla. Parecía que

hubieran extraído todo el oxígeno de aquel minúsculo cuarto. El corazón me latía en los oídos—. Es repugnante.

—A mí me gusta.

—¿Por qué? —preguntó mientras el pañuelo se adentraba en la comisura de mi ojo derecho, donde estaban las peores manchas. Se inclinó aún más hacia mí, probablemente para ver mejor lo que estaba haciendo. Olía a vino tinto y al suavizante que usaba para la ropa. Mis pulmones parecían haberse olvidado de cómo respirar.

—Hace... que esté guapa.

Dejó de mover las manos. Cuando volvió a hablar, su voz sonó tan baja que casi no la oí.

—Para eso no necesitas cosméticos, Cassie.

De repente, el ruido de la fiesta, el del grifo del cuarto de baño, todo se desvaneció. Nada existía salvo las manos tiernas de Frederick, que me tocaban la cara con una suavidad casi insoportable, y el latido rápido y rítmico de mi corazón.

Al cabo de lo que pudieron ser unos minutos o una hora, dejó el pañuelo sobre el mueble del lavabo. Sentí cómo se me acercaba aún más en aquel cuarto minúsculo y cerrado, hasta que nuestras rodillas se tocaron.

Permanecí con los ojos cerrados. El estómago me dio un vuelco por la anticipación y los nervios. Sospechaba que, una vez que los abriera, todo cambiaría entre nosotros.

Me lamí los labios sin darme cuenta... y oí cómo Frederick inspiraba con brusquedad.

—¿Han... desaparecido las manchas? —La voz me temblaba. Estaba al borde un ataque.

Su mano seguía firme sobre mi mejilla.

—Sí. Han desaparecido. —Tenía a Frederick tan cerca que sus palabras eran bocanadas de aire frío sobre mis labios. Me estremecí; la necesidad de que se acercara aún más era casi insoportable—. Abre los ojos, Cassie.

Su boca estaba sobre la mía antes de que me diera tiempo a hacerlo; la suave presión de sus labios me robó el aire de los pulmones y apartó

cualquier preocupación que hubiera podido sentir sobre si lo que estábamos haciendo era una buena idea. La mano descendió hasta mi barbilla, alzándola levemente para facilitarse el acceso. Estaban tan abrumada por las sensaciones que no pude más que dejar que me besara y responderle de igual manera. Mis manos ascendieron por su amplio pecho por iniciativa propia, y sentí la tela de su suave camisa bajo los dedos mientras le agarraba los extremos del cuello con ambas manos.

Mi gesto provocó un leve gemido en el fondo de su garganta, que me mareó con una punzada de ardiente deseo.

—No podemos hacer esto aquí —murmuré contra sus labios. Más que nada porque sentía que era lo que *debía* decir, dado que nos encontrábamos en el cuarto de baño de Sam y al otro lado de la puerta había un apartamento atestado de gente disfrutando de una fiesta.

Pero, mientras pronunciaba las palabras, sabía que, *desde luego*, íbamos a hacer aquello allí.

No pareció que Frederick oyese siquiera lo que acababa de decir. Y, de haberlo oído, no le importó. Sus besos se volvieron más atrevidos, la exquisita presión de su boca aumentó hasta que abrí los labios para él con un suspiro entrecortado. Sabía a caramelos de menta y al vino que había debido fingir beber esa noche. Quería perderme en él, en la forma en que deslizaba su lengua contra la mía, provocándome un leve gemido en la garganta, en la fuerza de los brazos al rodearme y estrecharme contra él. Mientras lo besaba noté sus colmillos, prominentes y afilados, al contacto con mi lengua, algo que desde luego no había advertido antes al verlo sonreír. Una excitante oleada de calor me sacudió por un instante al recordar en lo más hondo quién y qué era, justo antes de volver a perderme en el beso.

—Llevo sin hacer esto más de cien años —jadeó, apartándose. Parecía tan anonadado que no supe si me lo decía a mí o a sí mismo—. No desde la otra noche.

No esperó a que respondiera, tan solo me apartó a toda prisa del lavabo y luego sentí la pared del cuarto de baño firme contra la espalda. Se inclinó

sobre mí, rodeándome, apoyándose en la pared hasta flanquearme la cabeza con los antebrazos. Sus ojos oscuros eran todo pupilas, agitados por el mismo deseo que yo sentía corriendo por las venas. Tenía la boca a un centímetro de la mía. Hube de recurrir a todo mi autocontrol para no echarme hacia delante en ese mismo momento y atrapar aquellos labios turgentes en un nuevo beso.

—Cassie —murmuró—. Me...

Lo que fuera a decirme se vio interrumpido por una serie de golpes fuertes e insistentes en la puerta del cuarto de baño.

Frederick se apartó de un salto, como si se hubiera escaldado.

—¿Hay alguien ahí dentro? —Una agradable voz de mujer cortó aquella nube de deseo como un cuchillo.

—Oh, no —musitó Frederick sin voz, con los ojos como platos.

—¡Un minuto! —exclamé, tratando de no reírme de la expresión horrorizada de Frederick—. Ya casi hemos acabado.

—¡Nada, sin prisa! —respondió la mujer, quizá demasiado alto—. Volveré dentro de unos minutos.

—¿Por qué has dicho que casi *habíamos* acabado? —susurró Frederick con voz ronca. Parecía a punto de vomitar. ¿Era algo que los vampiros pudieran hacer? Ya lo pensaría más tarde—. Debe de haber como mínimo una veintena de personas ahí fuera. Y ahora todas sabrán que hemos pasado un rato largo encerrados en este baño diminuto. Solos.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? —Me miró con incredulidad—. ¿Qué van a *pensar*, Cassie?

Si Frederick hubiese llevado un collar de perlas, desde luego que ahora mismo se las estaría agarrando con expresión de horror. Parecía tan petrificado que tuve que morderme la mejilla por dentro para no reírme.

—¿Qué más da lo que piensen?

—¡Pero si lo digo por tu *reputación*, Cassie! —Negó con la cabeza—. ¡No quiero ni imaginar las *conclusiones* a las que llegarán!

—¿Qué tipo de conclusiones? —Enarqué una ceja—. ¿Que estabas bebiéndote mi sangre?

Las suyas salieron disparadas hacia arriba.

—¡No! Que estábamos... Que estábamos...

Atravesé el cuarto con paso lento hasta quedarme a unos centímetros de él. Apoyé las manos abiertas sobre su pecho. Del fondo de su garganta salió un ruidito ahogado que no hizo más que espolearme. Si por mí fuera, se iba a pasar toda esa noche emitiendo ese sonido para mí una y otra vez.

—¿Que estábamos qué, Frederick?

Tragó saliva. Contemplé el movimiento de la nuez en su garganta y tuve que luchar contra un deseo irrefrenable de recorrer el contorno con la lengua.

—Que te estaba corrompiendo.

La expresión de grave seriedad en su cara fue lo único que hizo que no me echara a reír allí mismo.

—Pensarán que nos estábamos enrollando en el cuarto de baño, sí. Pero ¿a quién le importa?

Me miró con espanto.

—Cassie...

Apoyé un dedo sobre sus labios para acallarlo.

—Las cosas han cambiado en los últimos cien años. Da igual lo que piensen los demás.

No pareció creerme cuando le aseguré que no debía preocuparse por proteger mi virtud o mi honor. Pero cuando le agarré la muñeca para sacarlo del cuarto de baño, me siguió igualmente.

—Vamos a despedirnos de Sam y de Scott y a darles las gracias por habernos invitado —dije—. Luego, nos vamos a casa.

Dieciséis



Fragmento del capítulo 17 de Hacer el amor con humanos
en el siglo XXI: una guía definitiva para el vampiro
moderno (autor anónimo)

Si has llegado hasta aquí, lector, entenderás hasta qué punto las costumbres y expectativas en cuanto al sexo han cambiado desde la época en que todo el mundo fingía esperar hasta el matrimonio para mantener relaciones sexuales. Hay ciertas prácticas que tu amante humano del siglo XXI con toda probabilidad esperará y que pueden llegar a sorprenderte si llevas varias décadas sin disfrutar de encuentros sexuales.

En este capítulo se describen varios de los métodos modernos más populares para provocar el orgasmo en una persona humana usando la boca. La clave, como abordaremos más adelante en detalle, consiste en disimular los colmillos. Al final de este capítulo, verás una guía paso a paso con varios ejercicios prácticos que, de aplicarse en la cama, dejarán a tu amante humano inmensamente satisfecho.

Frederick me convenció para volver al apartamento en un Uber. Aunque hablar de «convencer» sería exagerado: acepté en cuanto me lo propuso. Después de todo, en nuestra anterior aventura en el metro había aprendido sin problema alguno las nociones básicas sobre el transporte público. Si el proceso de subirse a un tren le hacía sentir incómodo, ya lo intentaríamos de nuevo en otro momento.

Y sobre todo: el Uber nos llevaría a casa más rápido. Después de lo que acababa de suceder en la fiesta de Sam, estaba deseando llegar cuanto antes.

Era evidente que a Frederick le pasaba lo mismo. Una vez que nos abrochamos los cinturones y el conductor se alejó de la acera, Frederick

volvió a ponerme las manos encima: me tocaba los hombros, el pelo y, al mismo tiempo, me miraba con una expresión tímida y esperanzada.

Yo estaba más que dispuesta a continuar donde lo habíamos dejado. Pero, primero, tenía algunas preguntas.

—Así que Taylor Swift, ¿eh? —Le sonreí pícara, disfrutando al ver cómo se removía nervioso en el asiento—. No sabía que fueras *swiftie*.

Se estremeció un poco al oír el término.

—No. Es lo que te he dicho antes. Simplemente me puse a estudiar para la fiesta.

—Ya veo que sí.

Frederick asintió. Sus dedos jugueteaban indolentes con el pelo de mi nuca, provocándome un estremecimiento de placer por la columna.

—Quería asegurarme de tener algo de lo que hablar con la gente de la fiesta y, por lo que investigué, es particularmente famosa entre el público de veinticinco a treinta y ocho años.

—Así es —concedí.

Bajó los ojos hasta mis labios y sus pupilas se dilataron. Extendió el brazo y me rodeó, acercándose a él. Sentí cómo iba perdiendo interés en la conversación.

—Me puse anoche, cuando te fuiste a la cama, y no tardé ni dos horas en aprendérmelo todo sobre ella. Fue pan chupado.

Sonreí y me planteé decirle que había mezclado las expresiones «pan comido» y «está chupado», pero antes de poder articular las palabras ya estaba besándome de nuevo, con sus labios terriblemente suaves contra los míos.

—Espera. —Me aparté un poco, tratando de recuperar el aliento, y señalé a nuestro conductor con un gesto de la cabeza—. Tal vez deberíamos esperar hasta llegar a casa.

—¿Por qué?

—Porque tenemos público.

—Ah... —Sus ojos centellearon con malicia y una sonrisa ufana se le abrió paso en los labios. Entonces fui yo quien se quedó atontada mirándole

la boca. Teníamos las caras muy cerca—. El conductor no puede ver lo que hacemos.

Le lancé una mirada. Tenía la vista fija en la carretera y no en el espejo retrovisor, por el que se nos veía a Frederick y a mí con toda claridad, enredados en el asiento trasero.

—¿No ve lo que estamos haciendo?

—No.

Un escalofrío desagradable me bajó por la espalda.

—¿Por qué no?

Frederick suspiró y, apartándose de mí, se dejó caer en el asiento. Mi cuerpo protestó ante la pérdida repentina del contacto físico.

—Los vampiros tenemos... ciertas habilidades mágicas. —Puso cara rara antes de negarlo con un gesto de la mano—. No. Llamarlo «habilidades mágicas» no sería preciso. Basta señalar que soy capaz de hacer ciertas cosas de las que los humanos no son capaces. La gran mayoría de los vampiros pueden hipnotizar hasta cierto punto a los humanos para que las cosas parezcan distintas de cómo son en realidad.

—¿En serio?

Frederick asintió.

—Nuestro conductor cree que estamos enfrascados en el teléfono móvil, sin tocarnos con las manos ni ninguna otra parte del cuerpo.

Procesé la información en silencio. Lo que me estaba contando —que los vampiros tenían la capacidad de hacer que la gente viera cosas que no estaban ocurriendo— más o menos coincidía con las historias que había oído sobre ellos a lo largo de los años. Entonces, de pronto, me vino algo a la cabeza.

Los colmillos prominentes que no había notado hasta besarlos en la fiesta de Sam.

—¿Por eso no había notado lo de tus... *dientes* hasta esta noche? —Enarqué una ceja con expresión acusatoria—. ¿Me habías hipnotizado?

Frederick se mostró sorprendido.

—No sabía que me hubieras notado los colmillos en la fiesta.

Solté una risotada.

—Digamos que ha sido imposible no darme cuenta con la lengua metida en tu boca. Si es que son... *enormes*. Y muy puntiagudos.

Frederick se puso a jugar nervioso con el cinturón de seguridad.

—Lo de ocultártelos no es algo que hiciera aposta. En general, los humanos son nuestro alimento y una amenaza al mismo tiempo. Usar la hipnosis para disimular los colmillos ante quienes nos rodean es un mecanismo de defensa. En realidad es un acto reflejo. Esa clase de hipnosis es tan involuntaria para nosotros como el respirar. —Se rascó la nuca antes de añadir—: Solo desaparece una vez que nos sentimos cómodos del todo en el entorno. Con personas en quienes confiamos.

Entonces me dirigió una mirada tan franca e inocente que entendí de inmediato lo que implicaban sus palabras.

Que confiaba en mí.

Por el rabillo del ojo vi que casi habíamos llegado al apartamento. No pasaba nada por que los últimos minutos estuviéramos sin cinturón de seguridad, ¿no?

Antes de que me diera tiempo a arrepentirme de lo que iba a hacer, desabroché el mío y me subí al regazo de Frederick, montándolo a horcajadas, mientras el tipo del Uber seguía conduciendo camino a casa sin enterarse de nada. Su cuerpo entero se puso rígido; los músculos de los muslos se le tensaron y relajaron mientras me acomodaba sobre ellos.

Deslizó las enormes manos hasta mis caderas para agarrármelas, con los ojos tan abiertos por la sorpresa que no pude evitar preguntarme cuánto tiempo habría pasado desde que mantuvo relaciones íntimas por última vez. Desde luego, lo de besar lo había pillado enseguida, pero, por lo poco que sabía sobre la época en la que había caído en su letargo, puede que no estuviera acostumbrado a hacer mucho más que eso.

¿Sería esta la oportunidad de enseñarle otras habilidades modernas que se hubiera perdido durante su largo coma?

Ya tendría tiempo de sobra para pensar en ello más tarde.

Por el momento, me limité a inclinarme hacia delante hasta que mi boca encontró su oreja y nuestros torsos quedaron pegados. La respiración de Frederick se volvió jadeante mientras me clavaba los dedos en la carne blanda a cada lado de la cintura.

—¿Tienes otros poderes mágicos? —pregunté mientras le besaba el lóbulo con calma y la mano derecha descendía por su pecho hasta detenerse sobre el corazón largo tiempo dormido—. ¿O hipnotizar a la gente es el único?

Frederick soltó una leve carcajada y su risa reverberó, cálida y dulce, contra la palma de mi mano.

—Tengo otro más —admitió.

—¿Cuál? —En ese momento el coche iba a aparcar en paralelo y se detuvo por completo delante de nuestro edificio. Deposité un beso en los labios de Frederick: una promesa de lo que vendría en cuanto estuviéramos en el interior—. Cuéntamelo.

—Es... —negó con la cabeza— una habilidad bastante estúpida, en comparación con otras. Pero, si de verdad quieres conocerla, te la mostraré en cuanto subamos.

Al entrar en el apartamento, Frederick me cogió de la mano y tiró de mí hasta llevarme delante de la puerta del trastero. El mismo trastero que había dejado clarísimo que me estaba vedado el día que me enseñó el piso.

—Aquí está la respuesta a la pregunta de cuáles son mis otros poderes mágicos. —Se me quedó mirando para ver cómo reaccionaba—. Si aún quieres saberlo.

Cuando agarró el picaporte, sentí cómo me atravesaba una punzada de pánico. En mi cabeza ya había contemplado todas las posibilidades de lo que podría haber en aquel lugar prohibido. Y esa noche ya habían pasado muchas cosas; no sabía si estaba lista para descubrir la verdad.

Posé la mano en su brazo para detenerlo.

—Me dijiste que no había cadáveres ahí dentro —le recordé, con las palabras un poco aceleradas.

—En efecto.

—¿Era verdad?

—Sí. Tampoco hay sangre. Ni cabezas cortadas. Nada que pueda resultarte desagradable o que te asuste. Te lo prometo. De hecho... —se rascó la barbilla—, puede que hasta te guste lo que veas.

El tono esperanzado en su voz —el hecho de que quisiera compartir algo que hasta entonces había sentido la necesidad de ocultar— acabó con todas mis suspicacias.

—Está bien —dije al tiempo que asentía y me preparaba para lo que estuviera por venir—. Abre la puerta.

Aguanté la respiración... para soltar una risotada de sorpresa al cabo de un instante, en cuanto abrió la puerta del trastero y vi lo que albergaba en su interior.

—Frederick —musité incrédula.

—Ya lo sé.

—¿Por qué hay tantas piñas ahí dentro?

—No son solo piñas.

Las hizo a un lado —debía de haber como mínimo una docena— en la balda donde reposaban. Por detrás había filas de caquis, kumquats y otras frutas de vivos colores que ni siquiera reconocí.

—Algunos vampiros poseen habilidades impresionantes, como convertir el vino en sangre, volar o viajar hacia atrás en el tiempo —prosiguió pesaroso—. Por desgracia, lo único que yo puedo hacer es hacer que aparezca fruta sin querer cuando me pongo nervioso.

Entré en el cuartito y cogí una fruta pequeña y mullida que parecía una pera, pero olía a naranja.

—¿*Esto* es lo que has estado ocultándome todo este tiempo?

—Sí —respondió—. Te lo puedes comer, por si te lo estabas preguntando.

—¿Sí?

Frederick asintió.

—Debería ser perfectamente comestible. Todas las semanas llevo lo que haya hecho aparecer a un banco de alimentos local. O te lo regalo a ti.

Me acordé de la cesta de kumquats con la que me había obsequiado el día de la mudanza. Y del frutero con cítricos variados que había en la encimera de la cocina.

—Ah —dije.

—Mi ritmo de producción se ha disparado desde que te mudaste al piso. Parece que estos días no consigo relajarme.

Me costaba creer que yo lo pusiera nervioso, pero lo dejé pasar.

—¿Por qué no me contaste nada de esto? —Cuando vi que a Frederick se le iban a salir los ojos de las órbitas, añadí a toda prisa—: Tampoco es que importe demasiado; es solo por curiosidad.

—Es uno de los poderes vampíricos más ridículos de la historia conocida. Además de inútil, dado que no podemos comer fruta. —Se rascó la nuca, desviando la mirada—. Para cuando te enteraste de quién era en realidad, quería que pensases que era un tipo impresionante. No un incompetente que hace que aparezcan kumquats sin querer.

Sentí cómo me sobrevenía una oleada de calor.

—¿Querías impresionarme?

Mi compañero de piso asintió.

—Todavía quiero impresionarte.

Aquello no tenía ningún sentido. ¿Que *él* quería impresionarme *a mí*? Frederick era un ser inmortal de trescientos veinte años. Yo no era más que... yo.

Apoyé la espalda en la pared para no caerme.

—Pero... ¿*por qué*? Si yo no soy nadie.

Sus ojos se clavaron de repente en los míos con tal intensidad que pareció que estuviera mirando de frente al sol.

—¿Cómo puedes decir algo así?

Bajé la vista a los pies.

—Porque es cierto.

Al instante me vi presionada contra la pared, con los antebrazos de Frederick flanqueando mi cabeza y su mirada furiosa. Puso la cara a pocos centímetros de la mía.

—Jamás en mi vida he oído algo que sea *menos* cierto.

—Pero...

Me interrumpió con los labios, besándome con una ferocidad que no le había visto hasta entonces. Abrí la boca sin darme cuenta y él no perdió el tiempo, hundiendo la lengua en ella como si jamás pudiera cansarse de mi sabor. Me besó como si la vida le fuera en ello, como un poseso, y yo no pude hacer otra cosa que devolverle el gesto, envolviéndolo entre mis brazos, casi desfallecida al sentir cada parte de su cuerpo firme y esbelto apretándose con urgencia contra el mío.

—Eres a-lu-ci-nan-te —murmuró, cada sílaba subrayada con un beso enfebrecido en los labios, el mentón, la garganta. Me fundía entre sus caricias; corría el riesgo de deshacerme en cualquier momento, deslizarme pared abajo y acabar formando un charquito en el suelo.

—Frederick —jadeé. Sus manos me recorrían el cuerpo con ademán posesivo, dejando a su paso un rastro de calor a pesar de la frialdad de su tacto. Me sentía febril y más ligera que el aire.

Pero él no había acabado.

—Eres amable y generosa —prosiguió—. Aun después de descubrir lo que era no me abandonaste, pues sabías que necesitaba tu ayuda. En todos estos años jamás he conocido a nadie más comprometido a mantenerse fiel a sí mismo que tú. —Se echó hacia atrás y me clavó en los ojos una mirada tan ardiente que podría haber fundido un iceberg—. ¿Acaso tienes idea de lo *valioso*, de lo *raro* que es eso, Cassie?

Sus ojos, estanques oscuros e incandescentes, me rogaban que lo entendiera.

Pero no era capaz.

—No —respondí—. No creo tener nada de especial.

Se le tensó la mandíbula.

—En tal caso —dijo con voz ronca y colmada de promesas—, *te ruego* que me permitas demostrarte hasta qué punto te equivocas.

Su dormitorio era distinto de como lo había imaginado. No había ataúd ni nada que sugiriese que su ocupante no era sino un humano acaudalado y perfectamente normal con un gusto decorativo cuestionable.

Mucho mayor que mi dormitorio, tenía un ventanal con vistas al lago que iba desde el suelo hasta el techo, igual que el del salón. Y, al igual que el salón, era bastante oscuro. Los apliques de latón en las paredes proyectaban una luz tenue que jugueteaba con los sutiles tonos del cabello de Frederick. Quería hundir las manos entre esos bucles y sentir su sedosa suavidad al deslizarse entre mis dedos.

La cama era de matrimonio, con un colchón grueso y un dosel rojo sangre a juego con la colcha que la cubría y los cortinones del ventanal. Cuando Frederick me tumbó sobre ella, con la misma cautela que si fuese una muñeca de porcelana, advertí que era de terciopelo.

«Esta parte sí que responde un poco al cliché —pensé mientras recorría el suavísimo material con los dedos—. Parece salida de *Entrevista con el vampiro*».

Pero mi cuerpo ardía por la anticipación y los nervios, y el modo tierno y cálido en que Frederick me miraba al pie de la cama hacía que me fuera casi imposible pensar con claridad.

Las críticas constructivas sobre la decoración de su dormitorio podían esperar.

Alargué los brazos hacia él, deseosa de pasar a la siguiente fase.

No obstante, la visión de mis brazos extendidos pareció frenar en seco el deseo salvaje que lo había impulsado a traerme hasta su dormitorio. Ya no me miraba como si quisiera follarme sin parar hasta la semana siguiente. Toda su actitud cambió: sus ojos oscuros se clavaron en los listones de

madera del parqué y los dedos de la mano derecha comenzaron a tamborilear con ritmo nervioso sobre el muslo.

Me alcé sobre los codos, preocupada.

—¿Frederick?

—Tal vez... —comenzó a decir con tono afligido. Sentándose a mi lado, soltó aire con fuerza y se dobló hacia delante hasta apoyar los codos en las rodillas. Entonces escondió la cara entre las manos—. Tal vez no deberíamos hacerlo.

El corazón se me paró mientras trataba de reconciliar lo que decía en ese momento con lo que había sucedido unos instantes antes. Me erguí en la cama hasta quedar sentada junto a él y entonces, dudosa, deslicé la mano por su amplio pecho, abriendo la palma sobre el lugar en el que antaño le había latido el corazón.

Hasta entonces, cada vez que lo había tocado había desencadenado una respuesta cinética inmediata. En esta ocasión, sin embargo, su inmovilidad resultó casi sobrenatural.

Era como tocar una estatua.

—¿Es que... no *quieres* hacerlo?

Se le cortó la respiración. Se me acercó y, vacilante, me rodeó con el brazo a modo de respuesta silenciosa.

—No es eso lo que he dicho. —Su voz sonaba como grava gruesa y, al acercarse aún más a mí, los fuertes músculos de su brazo se flexionaron contra el hueco de mi espalda—. Claro que quiero hacerlo. No te haces una *idea* de hasta qué punto quiero hacerlo. Solo he dicho que tal vez no deberíamos.

Estábamos sentados tan cerca que habría sido facilísimo girar la cabeza y posar los labios en su mejilla. Me costó no hacerlo.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—No estaba en mis planes arrastrarte a tener algo romántico con... alguien como yo.

—Nadie me está arrastrando a nada.

—Pero...

—Soy yo quien *quiere* tener algo romántico contigo.

Cuando me miró a los ojos, su expresión era descorazonadora.

—Eso es imposible.

—¿Por qué?

—Para empezar, porque eres humana. —Negó con la cabeza—. Para continuar, porque yo no lo soy.

Eso era, por descontado, lo que hasta entonces me había echado para atrás. Pero ya no me importaba. Frederick era amable y compasivo. Me había comprado toda una batería de cocina cuando le dije que necesitaba una cazuela y había hecho comentarios agradables e interesantes sobre mi arte a pesar de no comprenderlo.

Me *entendía* y mostraba un tipo de sensibilidad intuitiva que me dejaba sin respiración.

Y, vale, sí, era un vampiro. Sin duda eso suponía ciertas dificultades, pero no cambiaba el hecho de que era alguien bueno o que lo deseaba como no había deseado nunca a nadie.

—No me importa —respondí sin más. Le tomé la mano con ternura y entrelacé nuestros dedos.

—Pues debería importarte —murmuró, aunque no me soltó la mano. Estábamos tan cerca que era probable que notase el latido agitado de mi corazón contra sus propias costillas—. No quieres el tipo de vida que llevo, Cassie. Es imposible que quieras ser lo que yo soy. Para que pudiéramos estar juntos, juntos *de verdad*, tendrías que someterte a una serie de *cambios*...

Levanté nuestras manos unidas hasta que mis labios tocaron la fría y suave solidez de su muñeca, y dejé la boca sobre ella. Entonces entreabrió los suyos y, ay, qué suaves los había sentido contra los míos. Aun cuando sus besos se volvieron desesperados. Quería saborearlos de nuevo, abrírseles con la lengua.

—No me he planteado un futuro tan lejano —admití—. Lo único que sé es que ahora mismo quiero sentirte lo más cerca posible.

Tal vez más adelante quisiera imaginar lo que un futuro a largo plazo con Frederick exigiría de mí.

Pero aún no.

Ni siquiera habíamos tenido una *cita* como tal.

Cediendo a la tentación, deposité un beso casto, con la boca cerrada, en su clavícula, gozando de la sensación marmórea de su piel contra mis labios.

—Cassie —murmuró con voz espesa.

Me moví un poco y le rocé con los labios la base del mentón antes de descender por su cuello hasta el punto en el que, muchos años atrás, habría latido su pulso. El lugar en el que, sospechaba, otro vampiro lo habría mordido siglos antes de que yo naciera.

—Frederick —murmuré yo. Abrí la boca y saqué la lengua para saborearlo. Su piel sabía a sal y almizcle, a deseo y fresca brisa nocturna.

Emitió un gemido.

—Sí tú lo deseas y yo lo deseo, ¿por qué no vamos a hacerlo? —pregunté, aunque él había dejado de protestar. Hundí la nariz en el lugar donde su cuello se unía al hombro, disfrutando cuando inspiró con fuerza, cuando su brazo se tensó a mi alrededor, cuando sus dedos se clavaron en mi costado.

—Cassie... —Su voz era mitad advertencia, mitad promesa. Con la respiración entrecortada, la mano libre subió hasta rodearme la mejilla.

Suspiré y me rendí a su caricia. Sentía en llamas cada nervio de mi cuerpo; ardía de anticipación. Sus manos eran grandes y bellas. Fuertes y diestras. La idea de lo que podrían hacerme si se dejaba llevar...

Era una tortura deliciosa.

—*Por favor* —musité.

Fue como si aquellas dos palabras accionaran un interruptor en su interior. Lo vi en sus ojos y en el modo en que los restos de su voluntad se agrietaron y desmoronaron. Entonces sus labios volvieron a cubrir los míos con besos tan ansiosos y necesitados como en la fiesta de Sam. Se movió con rapidez, en silencio; colocó una mano en la parte baja de mi espalda y

la otra en mi hombro, guiándome hacia atrás hasta quedar una vez más de espaldas sobre el colchón.

—Uf, Cassie —murmuró contra mis labios. Se cernía sobre mí, apoyando el peso sobre los codos, los antebrazos a cada lado de mi cabeza. Se inclinó hacia delante y me dio un beso en la sien. Luego rio por lo bajo, un sonido tan alegre y lleno de alivio que me hizo pedacitos el corazón—. Jamás seré capaz de negarte nada que desees.

Cuando, sola en mi dormitorio, había imaginado esto mismo, Frederick era un amante callado y tímido, tan cortés y refinado en el sexo como se mostraba en el día a día. Pero en este momento no había nada de callado y tímido en él. Ahora que yacía bajo su cuerpo, en su suntuosa cama con dosel, mostraba una pasión que era como si una presa hubiera reventado inundándolo todo, como si hasta este momento se hubiera estado controlando a duras penas. Sus besos implacables me dejaban sin aliento, anhelante y deseosa de más, y lo rodeé con los brazos mientras me besaba, tratando de ceñirme aún más a él.

—Cassie.

Esta vez mi nombre sonó a súplica en sus labios. No necesitaba oxígeno, pero respiraba con pesadez y agitación sobre mi cuello, como si acabase de correr varios kilómetros. Tal vez en unas circunstancias así se apoderase de él la memoria muscular del hombre que había sido. Me estaba cubriendo casi por entero con su cuerpo, un peso de lo más agradable que me presionaba contra el colchón. La sensación de su aliento sobre mi piel, atenta a cada roce, me hizo estremecer.

Me removí bajo su cuerpo, ansiosa por sentirlo en todas partes.

—¿Puedo tocarte? —preguntó en un susurro ronco, sin levantar la cabeza del lugar donde descansaba, apoyada en el hueco de mi cuello.

Asentí, a punto de explotar de la anticipación.

Su mano se deslizó por el delantero de mi camisa hasta encontrar un seno. Me arqueé bajo su tacto y Frederick apretó..., primero con suavidad y luego, cuando vio el efecto que tenía en mí, con presión creciente. Tenía los pechos de un tamaño respetable, pero le cabían con facilidad y por entero

en sus palmas enormes. Las aletas de la nariz se me dilataron; la respiración se me volvió caliente y rápida conforme las sensaciones se apoderaban de mí.

—Frederick —murmuré, con la única intención de animarlo a proseguir. El sonido de su nombre debió de afectarlo de alguna manera, porque en respuesta *gruñó*. Su formidable capacidad verbal parecía haberse desvanecido cuando la mano que tenía libre descendió y cubrió mi otro seno. Sus pulgares acariciaron con rudeza los pezones a través de la camisa y el sujetador hasta que se endurecieron como pequeñas piedras al contacto con sus palmas, pero él siguió, siguió y *siguió* todavía más, hasta convertirme en un torrente de sensaciones a flor de piel.

—Hmm —exclamé, incapaz de articular una frase completa.

La suave colcha de terciopelo que tenía bajo el cuerpo creaba un contraste delicioso con las fuertes punzadas de deseo que sacudían mis venas; el plácido y rítmico tictac del reloj de pie del recibidor, un firme acompañamiento para mi respiración rápida y desacompasada.

Frederick me quitó con impaciencia la camisa y el sujetador, que arrojó al suelo como si se deshiciera de un estorbo. Su gruñido grave y desesperado al contemplar mi pecho desnudo agudizó el deseo que me tensaba la boca del estómago hasta cotas insoportables.

—Quiero saborearte —pronunció con voz ronca, levantando la cabeza. Sus pupilas estaban hinchidas de deseo mientras seguía acariciándome los pezones, rosados y turgentes, con los pulgares—. Entera.

Al parecer, mi gemido incoherente era todo lo que necesitaba como permiso. Me subió la falda hasta la cintura y entonces, con unos movimientos tan lentos y cuidadosos que fueron como una tortura, me bajó las bragas. De pronto estaba medio desnuda y abierta ante él, expuesta y vulnerable. Los ojos se le oscurecieron aún más mientras me miraba, tan ardientes y ansiosos al recorrer mi piel desnuda que podía *sentirlos*.

—He imaginado este momento con más frecuencia de lo que se consideraría decente. —Su voz sonó baja y de una terrible urgencia mientras sus dedos trazaban dibujos invisibles por dentro de mi muslo. Su

tacto era decidido y con cada pasada se acercaba cada vez más adonde yo quería; sin embargo, los movimientos resultaban de una lentitud enloquecedora.

Y yo me había cansado de esperar.

—Frederick —lo urgí, removiéndome en la cama para azuzarlo—. *Por favor.*

Él, por el contrario, parecía empeñado en tomarse su tiempo.

—Me he tocado en mi cuarto, pensando en ti justo así —confesó contra la piel sensible por detrás de mi rodilla—. En mis sueños hasta he ido a tu cama.

Su mano fue ascendiendo cada vez más hasta alcanzar mi centro palpitante, que acarició con gesto dulce y reverente. Me arqueé con tal fuerza y desesperación que casi me caí de la cama.

—Frederick...

—¿Quieres que te cuente lo que te hago en mis sueños?

Entonces, por fin, me abrió los pliegues empapados con un grueso dedo. Mi cabeza cayó hacia atrás sobre la almohada cuando empezó a describir suaves círculos alrededor del lugar en el que se agolpaban todas y cada una de las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. La boca se me abrió y tras los párpados cerrados sentí cómo estallaban miles de estrellas, con el cuerpo tenso como un arco.

—Hmmm... —Estaba jadeando; todo orgullo o dignidad que hubiera podido poseer habían desaparecido por completo. Necesitaba que me tocara. Ahora—. *Por favor.*

Frederick rio entre dientes mientras la parte inferior del colchón se movía bajo su peso. Casi pude oír su sonrisita satisfecha cuando dijo:

—Tal vez debería mostrártelo y ya.

Deslizó las grandes manos por mi cuerpo hasta llegar a las caderas. Y ahí las dejó, aferrándose y abriéndose ante él mientras sus ojos se deleitaban en mi carne expuesta. Me estremecí por lo vulnerable de la postura en que me encontraba. El anhelo crudo y ardiente que le advertí en los ojos resultó casi insoportable.

—Eres... —murmuró contra el interior de mi muslo, mientras las aletas de la nariz se le abrían para olfatearme— tan magnífica que superas mis fantasías más salvajes.

Aquello yo ya lo había hecho más veces. Sobre todo con mi novio de la universidad, que veía el sexo oral como una obligación que zanjar lo más rápido posible antes de poder pasar a actividades más placenteras.

Pero en el momento en que Frederick hundió el rostro entre mis piernas, quedó claro que no había nada en el mundo que prefiriera hacer más que eso. Lamía y saboreaba, inspirando mi aroma mientras se tomaba su tiempo con deliberación. Mis dedos encontraron sus hombros y me aferré a ellos como si se me fuera la vida mientras él me provocaba y el suave algodón de la camisa que aún llevaba puesta me acariciaba con deliciosa suavidad las piernas desnudas.

Volví a dejar caer la cabeza sobre la almohada y me revolví en el colchón, apretándome contra su boca, buscando una mayor fricción, necesitada de *más*. Pero él no se dejó apremiar. Sus manos me agarraron las caderas con mayor fuerza mientras mi cuerpo trataba de mecerse contra él, clavándome inclemente contra el colchón, justo donde me quería. Gemí de placentera agonía mientras Frederick trazaba el contorno de mi clítoris con su lengua aplanada, de una suavidad insoportable, en una danza que evitaba el contacto directo por el que mi cuerpo clamaba. Me sentía cada vez más mojada y me oía como a lo lejos, emitiendo unos quejidos agudos. Sin embargo, él no se dejaba distraer por mi desesperación y seguía besándome, lamiéndome, saboreándome.

—*Frederick*. —Enredé los dedos en su cabello suave y tiré sin dejar de gemir. Me estaba destrozando. Me estaba volviendo *loca* de deseo—. *Por favor*.

Mi súplica ansiosa debió de desatar algo en su interior. Lanzó un gruñido fuerte y prolongado, cuyas reverberaciones me provocaron una oleada de sensaciones que me descendieron por la columna.

Y entonces, por fin, su lengua se lanzó al punto *justo*, lamiéndome sin parar mientras sus labios se cerraban alrededor de mi clítoris. Sorbió con

suavidad para luego aumentar la presión, y el cuarto, la cama bajo nuestros cuerpos, todo se esfumó. El mundo entero se redujo a la nada, porque nada existía fuera de Frederick y el placer exquisito y creciente que me estaba proporcionando.

—Dios mío —gemí, apretándome contra su boca. Estaba fuera de mí, había perdido la razón—. *No pares.*

El orgasmo me sobrevino como un tsunami: arrollador e irrefrenable. Los dedos de los pies se me crisparon con una oleada de placer que me desbarató por dentro. En la distancia oí cómo Frederick se movía en la cama y subía por mi cuerpo, recorriéndolo con sus besos, deshaciéndose en elogios con mis piernas desnudas, mi estómago, mis senos.

Al cabo de lo que podrían haber sido unos pocos segundos o treinta minutos, se estiró junto a mí cuan largo era con una sonrisa satisfecha y de medio lado en los labios.

—Mientras me dejes, quiero hacerte esto mismo todos los días —murmuró contra mi coronilla.

Se me escapó una risita; me sentía agotada y más ligera que el aire.

Me giré y escondí la cara en su pecho.

—Cuánto me alegro de haberte convencido.

Frederick rio y, rodeándome con los brazos, me ciñó contra su cuerpo.

—Yo también.

Me desperté de repente un rato después; ni siquiera me había dado cuenta de que me había quedado traspuesta. Frederick llegaba en ese momento con un vaso de agua y una leve sonrisa en los labios.

Se sentó a mi lado en la cama.

—Toma —me dijo, ofreciéndome el agua—. Por si tienes sed.

Y la tenía.

—Gracias. —Acepté el vaso y di un sorbo antes de dejarlo en la mesilla—. ¿Cuánto tiempo he dormido?

—No mucho. Quizá quince minutos.

Me removí bajo la colcha. Lo último que recordaba antes de caer dormida era haber usado su pecho como almohada y estar envuelta en sus brazos. Debía de haberme tapado al salir del cuarto.

Me invadió un sentimiento de ternura. Le cubrí la mejilla con la mano. Él suspiró, y sentí su barba incipiente y áspera contra la palma cuando se inclinó para incrementar el contacto.

Solo entonces me percaté de la tienda de campaña que se le había formado en los vaqueros y que debía de ocultar una incómoda —y colosal— erección.

Dado lo que recientemente me había confesado sobre su relación con la fruta, me sentí tentada de hacer un chiste de lo más inapropiado, del tipo: «¿Acabas de hacerte aparecer un plátano en el bolsillo?», pero me corté. Porque, por un lado, me acababa de regalar uno de los orgasmos más increíblemente alucinantes de mi vida y reírme de él no me parecía un pago adecuado por ello; y, por otro, sabía de sobra que lo de sus pantalones se debía por entero a que, sí, *se alegraba* de verme.

Descendí con la mano por su pecho, lenta pero sin detenerme, hasta llegar a la cinturilla de los vaqueros. Los músculos del estómago se le tensaron y relajaron bajo mi palma.

—Cassie —dijo con voz ronca, apresurándose a cubrir mi mano con la suya para detenerme—, espera.

Me senté y le besé ambas comisuras de la boca. Él se estremeció y dejó caer la cabeza sobre mi hombro.

—¿Qué te pasa?

—Nunca he... hecho *todo lo demás* sin... —cerró los ojos, sin querer o sin poder mirarme mientras pronunciaba el resto de la frase— sin que hubiera sangre de por medio.

El corazón se me paró como mínimo cinco segundos.

—Ah...

—Así es. —Levantó la cabeza y me miró a los ojos—. Hace más de cien años que no mantengo relaciones con nadie. Estoy falto de práctica y te

deseo *muchísimo*. Si me tocas, si... seguimos adelante, no sé si tendré autocontrol suficiente para evitarlo cuando... me encuentre cerca del final. —Se desplomó sobre las almohadas y suspiró con pesar—. No sé si sería capaz de hacerlo sin lastimarte.

Desde donde me encontraba veía con toda claridad el contorno de su miembro, completamente erecto y luchando contra la tela de los vaqueros. Mi deseo de arrancárselos y echarle un buen vistazo era tal que casi podía paladearlo. Estaba segura de que *podría* hacerlo sin lastimarme. Si fuera a perder el control y mordirme cuando no debía, ya lo habría hecho hacía mucho.

De pronto tuve una idea.

—Sé qué puedo hacer para ayudarte a no perder el control.

Abrió un ojo y me miró.

—¿El qué?

Sin responder, comencé a desabrocharle los vaqueros. Sus manos se cerraron sobre las mías como una garra.

—Cassie, espera...

—Shhh —murmuré con ánimo tranquilizador mientras le apartaba las manos. Metí la mía y lo agarré, maravillada por el modo en que se le cortó la respiración y dejó caer la cabeza de nuevo sobre la almohada.

El corazón se me aceleró. Era enorme... y, sí, ya me lo había imaginado, pero una cosa era distinguir el contorno y la forma a grandes rasgos de la polla de un tío cuando aún lleva ropa... y otra completamente distinta tenerla en las manos.

—¿Qué haces? —Su voz sonó grave; los ojos se le notaban vidriosos e incrédulos.

En ese momento lo vi tan hermoso y vulnerable que deseé hacerle sentir igual de bien que él me había hecho sentir a mí.

—Esto —respondí antes de inclinarme y tomarlo en la boca.

Medio esperaba que protestase de nuevo, pero no lo hizo. Se hundió entre las almohadas con un gruñido áspero, cerrando las manos y apretando los puños contra los ojos.

Si le preocupaba perder el control y mordirme en cuanto estuviera dentro de mí, ¿qué mejor forma de bajarle un poco el calentón que provocándole un orgasmo antes de que lo hiciéramos? Empezar con una felación solía ayudar a los hombres con los que había estado a durar más. Y, vale, Frederick no era como el resto de los tíos, pero a este respecto me habría jugado cualquier cosa a que no era tan distinto de los demás.

De forma instintiva, me lo introduje aún más, saboreando la embriagadora combinación de sal, almizcle y Frederick en la lengua. Los sonidos incontrolables de deleite que emitía mientras me afanaba me animaron a ir más hasta el fondo, de ceñirlo aún más en la boca.

Cuando alcé la vista, vi que tenía la mandíbula desencajada y los ojos vidriosos del placer. Cuando nuestras miradas se cruzaron, me mostró una reverencia y una desesperación que aumentaron mi ansia por sentirlo dentro, y cuanto antes.

—¿A ti... te gusta? —murmuró, rodeándome la cara con manos temblorosas, con los ojos clavados en los míos mientras me acariciaba las mejillas con los pulgares.

Dios, era precioso.

En respuesta, extendí una mano hasta rodearle el cuerpo y le estrujé la nalga.

Lanzó un gruñido inhumano que, más que oír, sentí, al tiempo que el frágil autocontrol que mantenía sobre sí se rompía y esfumaba. Una enorme mano se alargó hasta mi cabeza, empujándome lo mínimo mientras sus caderas comenzaban a ondularse contra mí en un movimiento rítmico. Duro, rápido..., glorioso. Por los sonidos incomprensibles que emitía y la forma en que su cabeza impactaba una y otra vez contra la almohada, Frederick estaba incapacitado por el placer que le estaba provocando tenerlo insertado hasta el fondo de mi garganta.

—Joderrr —gruñó. Ahora tenía las dos manos sobre mi cabeza, guiando mis movimientos mientras se estremecía y luchaba por no perder el control. Y por el clímax. Sus embestidas eran cada vez más erráticas y veloces. Las

manos me resbalaban por la saliva y sus propias secreciones—. Cassie, dios mío, *Cassie*. No voy a..., no puedo acabar sin...

Frederick se tapó la boca con la mano para no decir nada más. Alcé la vista y lo miré a la cara mientras nos movíamos al unísono; los ojos cerrados con fuerza, el pecho agitado.

Había dicho que nunca lo había hecho sin que hubiera sangre de por medio. ¿Sería posible que de verdad *necesitara* sangre para ello?

En tal caso, ¿cuánto tiempo tenía pensado reprimirse —y dejar que lo llevara al límite como ahora— sin pedirme lo que necesitaba para llegar al orgasmo?

De manera instintiva, deslicé una mano por su pecho e introduje el dedo índice entre sus labios. Su cuerpo experimentó una sacudida. Sus ojos se abrieron de inmediato y se clavaron en los míos. Pese a lo desesperado de su necesidad, Frederick mantenía la cordura suficiente para entender lo que le estaba ofreciendo.

—Cassie —jadeó, y mi nombre sonó a pregunta en sus labios.

Yo asentí, haciéndole saber que sí, estaba de acuerdo.

Entonces emitió un sonido a medio camino entre un gruñido y un rugido. Mordió y...

No me dolió. La verdad es que no. Ya había donado sangre alguna vez y, aunque la punta de mi dedo tenía más terminaciones nerviosas que el antebrazo, el mordisco no fue *desagradable*.

Frederick lamió la pequeña herida como si su vida dependiera de ello, sorbiendo y succionando y... aquello me resultó sorprendentemente sexi. Tenía el rostro contraído por la misma expresión de gozo estático que había mostrado al hundirse entre mis piernas esa misma noche y, *joder*, me podría haber pasado el resto de la vida contemplando cómo se dejaba llevar por completo por el placer.

—Cassie —gimió, destrozado del todo por lo que le estaba haciendo. El dedo se me resbaló y se le salió de la boca, por lo que succionó para volver a introducirlo.

Entonces nos dio la vuelta a una velocidad tan inhumana que me robó el aliento, colocándome de espaldas antes de que me diera siquiera cuenta de lo que había sucedido. Había visto indicios de su fuerza sobrehumana con anterioridad, pero hubo algo primitivo y salvaje en la forma en que me cubrió con el cuerpo.

Cuando se inclinó sobre mí, el cabello oscuro le caía sobre los ojos.

—Por favor —rogó con voz áspera y cargada de deseo apenas contenido. Sus antebrazos eran puro músculo y tensión mientras se cernía perfectamente inmóvil por encima de mí. Todavía tenía mi dedo entre los labios. Daba la impresión de que si lo sacaba le iba a dar algo—. Quiero sentirte.

Asentí, entendiendo en la expresión desesperada de su mirada lo que me pedía.

—Hazlo —musité.

Con un gruñido y una deliciosa embestida de caderas se insertó por completo en mi interior. Jadeé, atónita ante la barbaridad de un miembro que me había robado el aire de los pulmones. Mi cuerpo se contrajo y se relajó en un acto reflejo, esforzándose por acomodar su tamaño mientras él trataba de contenerse.

Lo rodeé con los brazos y lo atraje con un beso ardiente. Jamás había estado con alguien dotado con semejante enormidad, y el modo en que mi cuerpo debía ensancharse para darle acomodo era *increíble*. Lo sentía *por todas partes*, a la vez; quería que se moviera, deseaba notar el glorioso placer sensual de su miembro entrando y saliendo de mi cuerpo. Quería tenerlo en mis brazos mientras nos movíamos juntos y estallar de éxtasis mientras lo estrechaba con fuerza.

Con una exhalación entrecortada, Frederick salió de mi interior poco a poco para luego introducirse de nuevo con tanta fuerza que el cabecero chocó contra la pared. Deslicé las manos por su espalda, agarrándome a su sólida musculatura mientras trataba de empujarlo aún más contra mi interior.

—¿Te gusta? —Los tendones de su cuello marcaban un pronunciado relieve mientras trataba de contenerse.

—Sí.

Entonces lanzó un gruñido salvaje, y colocó los labios tan pegados a la piel de mi cuello, con todas las terminaciones nerviosas en alerta, que, más que oírlo, lo sentí. El finísimo margen de autocontrol al que se había estado aferrando pareció romperse con una nueva embestida de caderas. Y otra. Y otra más.

—Eres mía —bramó mientras sus envites aumentaban de velocidad y su voz adquiría un timbre atronador que no le había oído jamás.

Respondí con un gemido incoherente, agitada bajo su peso, clavada al colchón por sus fuertes manos y el ritmo incansable de sus caderas.

Hasta entonces se había mostrado paciente y generoso en la cama. Ahora me estaba usando, se estaba sirviendo de mi cuerpo —y mi sangre— para su propio goce. Tomar conciencia de que no me iba a dejar salir de aquella cama hasta que hubiera exprimido hasta la última gota de placer me volvió loca. Un grito desesperado surgió de su garganta y a punto estuvo de provocarme otro orgasmo instantáneo.

—*Por favor* —supliqué con voz ahogada, sin saber siquiera qué le pedía. Empujé con las caderas hacia arriba, adoptando el ritmo de sus embestidas, arrebatada por la urgencia y desesperación de mi deseo. Mis pulmones eran incapaces de coger el aire necesario. Mi cuerpo, de obtener fricción suficiente. No existía nada en el mundo salvo su respiración en mi oído, los empujones implacables de su cuerpo contra el mío y el orgasmo latente que estaba a punto de provocarme y que me estaba matando sentir todavía fuera de mi alcance.

—Frederick...

—Quiero... sentirte —masculló. Yo no era más que un cúmulo de sensaciones salvajes—. Cassie, vente para mí.

Cuando lo hice, Frederick se metió otro de mis dedos entre los labios y, mordiéndolo, succionó con gesto desesperado. Yo seguía mecida por oleadas de placer cuando sus caderas empujaron una última vez, con mi

sangre en su lengua y mi nombre en sus labios ardientes de deseo. El cuerpo entero se le tensó encima de mí, la espalda se le arqueó y, mientras agarraba las sábanas a ambos lados de mi cabeza, los puños se le cerraron con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

Después, tumbados los dos en el colchón, nos quedamos un largo instante en silencio. Yo cabeceaba sobre su pecho, adormecida por los suaves dibujos que trazaba con la punta de los dedos sobre mi brazo. Los únicos sonidos en el dormitorio, más allá del ritmo acompasado de nuestra respiración, llegaban amortiguados de la calle.

Los coches hacían sonar el claxon y la gente seguía con su vida como cualquier otro viernes por la noche, pero la mía había cambiado de manera súbita e irrevocable.

Diecisiete



Una oleada de robos en bancos de sangre del área metropolitana de Chicago desconcierta a los hospitales de la ciudad [página 5 del Chicago Tribune, 14 de noviembre]

John Weng, AP — Los administradores de los hospitales de Chicago no encuentran explicación a la reciente oleada de robos en los bancos de sangre de sus centros de donación en el Near North Side.

«Es de esperar que cada semana desaparezcan cierto número de donaciones», señala Jenny McNiven, coordinadora voluntaria en el Michigan Avenue Children's Hospital. «Nuestros bancos de sangre están gestionados casi por entero por voluntarios y los errores son inevitables. Pero lo que hemos visto en las últimas cuarenta y ocho horas no puede explicarse por un simple error humano».

Según McNiven, este fin de semana se han producido allanamientos en tres centros distintos. En todos los casos, cuando los voluntarios comenzaron su turno de mañana, encontraron las puertas de los refrigeradores abiertas de par en par, y la mayor parte del contenido había desaparecido. En uno de los centros se encontraron unos guantes largos de satén blanco abandonados y el equipo de forenses de la Policía de Chicago los está analizando en busca de pistas.

«No sé cómo alguien podría hacer algo así», se lamenta McNiven. «Si se trata de una broma, no tiene la más mínima gracia. La sangre salva vidas».

Frederick —y su pecho desnudo— me estaban esperando en el salón cuando salí de su dormitorio al amanecer de la mañana siguiente. Se encontraba en el sofá, hojeando un periódico con el ceño algo fruncido.

—Buenos días.

Al oírme, levantó la vista y lo dejó a un lado.

—Buenos días. —Me sonrió con cierta timidez, lo cual resultaba un poco ridículo, teniendo en cuenta cómo habíamos pasado la mayor parte de la noche anterior. Me sorprendió ver lo compuesto que estaba, dado que no me hacía falta mirarme en un espejo para saber que tenía el pelo más enmarañado de la historia de la humanidad.

Entonces recordé que había abandonado el dormitorio con una disculpa poco después de medianoche y no había dormido a mi lado.

—¿Qué hora es? —pregunté—. Entro a trabajar a las ocho y media.

—Son poco más de las seis. —Se puso en pie, caminó hacia donde me encontraba y me colocó las manos en las caderas. O, para ser más exactos, a cada lado de la región aproximada de mi cintura. Estaba envuelta desde el pecho hasta los pies en una de sus suaves sábanas de satén rojas. No era fácil mantener la precisión anatómica—. Mi sábana te queda bien.

Se me escapó una carcajada.

—Anoche no volví a vestirme después de..., bueno. —Dejé la frase sin acabar, ruborizada—. Era más fácil envolverme en la sábana que buscar dónde habías tirado mi ropa interior.

Murmuró algo antes de darme un beso en la mejilla.

—Estás divina.

—Claro que no.

—Espero que jamás te pongas otra cosa.

Entonces me dio un beso casto y tierno. Apoyé las manos en su pecho y me incliné hacia delante para disfrutar del suave roce de sus labios contra los míos.

—Me sorprende que no estés vestido —señalé—. No es que hayas pasado la noche durmiendo.

Tracé con los dedos el contorno de una cicatriz informe y prominente que tenía justo debajo de su pezón derecho. Deseaba preguntarle cómo se la había hecho. Si le había sucedido cuando aún era humano o después. Pero no era el momento.

—Mi idea es pasar el mayor tiempo posible sin camisa.

Exhalé una risotada sorprendida.

—¿Cómo?

—A ti te gusta que no la lleve —respondió sin más, como si me estuviera contando que iba a llover—. De hecho, te gusta muchísimo. Y a mí me complace hacer aquello que te gusta.

No es que hubiera intentado esconder precisamente lo mucho que me gustaba su cuerpo, pero la forma en que formuló la frase me hizo preguntarme algo.

—¿Has notado *de alguna forma* que me gusta que no lleves camisa? —Para que quedara claro, deslicé la mano por su pecho fabuloso—. Más allá de que te haya dicho que tienes un cuerpo estupendo, quiero decir.

Frederick sonrió con timidez.

—Tu aroma cambia de manera sutil pero inconfundible cuando estás excitada.

Los ojos se me abrieron como platos por la sorpresa. Eso era nuevo.

—¿En serio?

Asintió.

—Hasta anoche no paraba de decirme que estaba equivocado, que me estaba pasando de listo. —Esbozó una sonrisa pícara al inclinarse hacia delante y apoyar los labios en mi oído—. Ahora, sin embargo, sé que tenía razón.

Me estremecí al recordar la forma en que prácticamente me había olfateado la víspera y la piel se me puso de gallina. La idea de que mi aroma cambiase al excitarme y Frederick lo notara debería haberme dado apuro. Pero por algún motivo no fue así, quizá porque era Frederick quien me lo estaba contando.

Sus manos comenzaron a abrirse paso por debajo de donde había ceñido la sábana alrededor de mi cuerpo.

—Quiero volver a estar dentro de ti, Cassie —me susurró al oído. Me estrechó contra él hasta que pude sentir cada centímetro de su deseo urgente y duro contra mi vientre—. Lo de antes ha sido glorioso más allá de lo imaginable. Pero quiero más.

Sentí un escalofrío, lo rodeé con los brazos y hundí la cara en su hombro.

En mi mente, le *chillé* a Marcie por haberme puesto en el turno de mañana del sábado.

—Yo también quiero más —respondí—. Pero, por desgracia, tengo que ir a trabajar.

Frederick se apartó de mí con un gruñido. Ahora mi cuerpo también le chillaba a Marcie.

—Está bien —concluyó lacónico—. No obstante, espero que no te parezca mal que lo retomemos donde lo dejamos cuando vuelvas a casa.

Entonces lo besé. Porque no, no me parecía mal en absoluto.

Más que andando, me fui a la biblioteca flotando en una nube.

En cuanto llegué, me senté al mostrador principal de la sección infantil, dejé el bolso y llevé a cabo los pasos necesarios para iniciar la sesión del ordenador en el que trabajábamos. Pero mi mente estaba kilómetros de distancia, de vuelta en el apartamento.

Hacía como una hora que había amanecido. Era probable que Frederick estuviera preparándose para irse a dormir. Esa mañana volvíamos a tener sesión de plástica, por lo que tenía que dejar listas las acuarelas, los lienzos y los protectores para el suelo. Los niños ya habían empezado a llegar y se arracimaban alrededor de los expositores de libros con sus padres, esperando a que empezáramos.

Aunque los talleres de arte me encantaban, en ese momento lo único que deseaba era estar de vuelta en casa, durmiendo acurrucada junto a Frederick.

—Buenos días —me saludó Marcie mientras se recogía el pelo en una coleta y rebuscaba materiales en el armario situado detrás del mostrador principal.

—Buenos días. —Bajé la vista al plan para la mañana que había diseñado unos días atrás, agradecida por que mi colega lo hubiera imprimido y dejado delante del ordenador—. ¿Qué te parece la idea?

—¿La de «Pinta el escenario de tu libro favorito»?

—Sí.

—Creo que está genial —me respondió con una sonrisa que me dejó el corazón calentito.

—Me alegro de oírlo. La verdad es que estoy bastante orgullosa.

—Y deberías —recalcó. Me sonrojé un poco por el cumplido antes de sacar un coletero del bolso y tirarme del pelo, que aún llevaba demasiado corto, para recogermelo en un moño desaliñado en la coronilla—. Hasta ahora lo habíamos hecho con personajes y princesas Disney, pero no con escenarios.

—Hay un montón de libros infantiles que se desarrollan en lugares alucinantes —dije. Me agaché y empecé a rebuscar bajo la mesa, intentando localizar la caja con los pinceles y lápices de colores—. Ojalá los niños disfruten con la actividad.

No tuve que esperar demasiado para que me quedase claro que estaba siendo todo un éxito.

—¿Señorita Greenberg? ¿Pasa algo si le añado un dragón a mi castillo?

Me giré desde el sitio en el que estaba ayudando a una niña a pintar un llamativo dibujo del sol. Había elegido un tono de púrpura casi fosforescente para los rayos. Sin duda, era mi favorito de todos los proyectos en los que estaban trabajando.

—Claro que no —le dije al pequeño que me había hecho la pregunta y que, por lo que me había dicho antes al presentarse, se llamaba Zach—. ¿Qué iba a pasar?

Zach encogió un hombro.

—Las instrucciones decían que pintásemos el escenario de nuestro libro favorito —me explicó—. Ya he terminado el castillo y tenía pensado pintar un personaje, pero eso sería saltarme las reglas.

Me acuclillé para quedar al nivel de los ojos de Zach. Su lienzo estaba cubierto por remolinos informes marrones y verdes. No se parecían a ningún castillo que yo conociera, pero tampoco es que hubiera visto un castillo en persona, así que ¿quién era para juzgarlo? Tal vez en su libro favorito o en su imaginación —o en ambos— ese era el aspecto exacto de los castillos.

—Creo que aquí quedaría genial un dragón —le dije, señalando una esquina que no había cubierto de acuarela.

—Pero Fluffy es el protagonista del libro, no un escenario —replicó el niño con la misma seriedad que si estuviera impartiendo una clase magistral sobre el estado actual de la política estadounidense, lo cual, dado que no tenía más que seis años, resultaba tan adorable que casi me eché a reír.

Me mordí la mejilla por dentro para no hacerlo y fingí estudiar la pintura con atención.

—Entiendo lo que quieres decir. Pero ¿sabes?, la única regla en el arte es disfrutar de lo que haces.

Las cejas se le alzaron disparadas por la pequeña frente.

—¿No hay ninguna otra regla?

—Ninguna —confirmé—. Hoy queremos que pintéis el escenario de vuestro libro favorito, pero si tú quieres añadir a Fluffy, adelante. De hecho, en realidad no soy capaz de imaginar un castillo sin un dragón. Puede que Fluffy sea *de verdad* parte del escenario de tu libro y no solo un personaje.

Zach se mordió el labio inferior mientras cavilaba.

—Tiene sentido.

—Sí. Pero, al final, la pintura es tuya. Haz algo que te guste.

Y así, Zach sumergió el pincel en el frasco de acuarela naranja que tenía delante, pintó un remolino gigantesco en la única esquina de la hoja que quedaba libre y sonrió.

Cuando regresé al apartamento, casi había anochecido. Subí las escaleras de dos en dos, sonriendo de oreja a oreja al imaginar cómo me arrojaba en brazos de Frederick y retomaba lo que habíamos dejado a medias esa misma mañana.

Sin embargo, cuando llegué al rellano de la tercera planta, sabía que algo no iba nada bien.

Para empezar, oí gritar a Frederick desde el interior del apartamento.

—¿Cómo *se atreve* a venir a mi casa sin avisar y comportarse así?!

Para continuar, también se oía gritar a una mujer cuya voz no reconocí.

—¿Cómo te atreves a hablarme *tú* de ese modo *a mí*? —replicó la mujer con desdén mientras sus tacones repiqueteaban tan fuerte contra el parqué que los pasos se oían con claridad desde donde me encontraba—. ¡Habría jurado que tenías mejores modales, Frederick John Fitzwilliam!

Vacilé antes de abrir la puerta, sin saber qué hacer. La única otra persona que había estado en nuestro apartamento desde mi mudanza había sido Reginald, que era otro vampiro. Y la cosa acabó fatal.

Según parecía, la actual situación no iba a terminar mucho mejor. Pero ¿qué podía hacer? La discusión, por agria que sonase, no tenía nada que ver conmigo. Hasta lo que había oído sin querer ya me pareció meterme donde nadie me llamaba.

—Cassie llegará enseguida —dijo Frederick—. Le ruego que se marche antes de que regrese. No quiero seguir discutiendo esta cuestión.

—No —respondió llanamente la mujer—. Tengo intención de conocer a esa muchacha humana para saber con quién te has encaprichado.

Frederick soltó una carcajada desprovista de humor.

—Por encima de mi cadáver.

—Eso tendría fácil solución.

—Edwina...

—No seas insolente, Frederick. —La mujer comenzó a andar de nuevo; el taconeo contra el parqué sonaba tan fuerte que se diría que se había propuesto hacer un agujero que llegase hasta el apartamento de la segunda

planta—. Si no consigo que atiendas a razones, puede que esa Cassie Greenberg sea más maleable.

Al escuchar mi nombre, el corazón comenzó a latirme con tal fuerza en los oídos que tapó el resto de lo que Frederick y la mujer se gritaban. Por lo visto, la discusión sí que tenía que ver conmigo.

Tal vez debería intervenir.

Antes de poder cambiar de idea, abrí la puerta de entrada al apartamento.

La mujer que estaba en el salón parecía más o menos de la edad de mis padres, con patas de gallo en los ojos y las sienes entrecanas. No obstante, ahí terminaba toda semejanza entre la señora que en ese momento me lanzaba gélidos puñales con la mirada y Ben y Rae Greenberg. Llevaba un vestido de seda y crepé negro con mangas abullonadas de terciopelo, en una mezcla de estilos de inspiración ligeramente histórica que habría quedado ideal en el plató de *Los Bridgerton*.

No obstante, lo que me llamó la atención de verdad fueron sus ojos. La última vez que había visto un maquillaje tan llamativo había sido en el colegio, cuando el hermano mayor de Sam nos llevó a ver a una banda que homenajeaba a KISS una noche en que sus padres estaban fuera de la ciudad. Formaba un contraste tan exagerado con su aspecto general que me dolían los ojos con solo mirarla.

—¿Es ella? —La mujer apuntó hacia mí con un dedo acusador con perfecta manicura rojo chillón. Sin embargo, su mirada seguía fija en Frederick—. ¿Esta es la pelandusca por la que has tirado todo por la borda?

¿«Pelandusca»? No podía creermelo lo que acababa de oír. Pero ¿quién hablaba así?

—Disculpe, pero ¿quién es usted?

—*Esta* —siseó Frederick— es la señora Edwina Fitzwilliam. —Calló un instante—. Mi madre.

El tiempo pareció detenerse. Cerré los ojos tratando de comprender lo que Frederick acababa de decir y la ridícula situación en la que de repente parecía que me hubiera metido.

¿Cómo que su «madre»?

¿Acaso era *posible*?

Pero ¿su madre no debería llevar muerta cientos de años?

Entonces la señora Edwina Fitzwilliam me mostró un par de colmillos de punta afilada y todo cobró sentido.

—Ah, que usted también es una vampira —jadeé, mareada y con las rodillas temblorosas.

—Por supuesto que soy una vampira —replicó la madre de Frederick antes de atravesar el salón como si aquellos fueran sus dominios. Lo cual, me di cuenta de pronto, podía ser verdad. En realidad no tenía ni idea de la situación financiera de Frederick... ni de ningún otro aspecto sobre él.

Y nunca me había resultado tan evidente como en ese momento.

—No voy a volver a Nueva York con usted, madre. Eso jamás ha entrado en mis planes —dijo, volviendo hacia mí una mirada llena de culpabilidad—. Cassie no tiene nada que ver con esto. Déjela al margen.

La señora Edwina Fitzwilliam me descartó con un gesto desdeñoso de la mano.

—Está bien. En este aspecto, al menos, haré lo que me dices. De hecho, y por respeto hacia ti, ni siquiera me la comeré.

—Madre...

—No es necesario que vuelvas a Nueva York conmigo —lo interrumpió la mujer—. Los Jameson llegan a Chicago mañana por la noche. Hablarás aquí con ellos.

No tenía ni idea de quiénes serían los Jameson, pero estaba claro que Frederick sí. Al oír sus palabras, dio un paso atrás de forma refleja. Parecía atónito, como si acabara de abofetearlo.

—Había pensado que, al devolverle los regalos, tanto Esmeralda como sus padres habrían deducido que no tengo intención de casarme con ella. —Permaneció un instante en suspenso—. La última vez que le escribí, le expliqué con toda claridad que no pensaba seguir adelante.

Menos mal que estaba de pie cerca del sofá. Si no, cuando las piernas me flaquearon al oír las palabras «casarme con ella», habría terminado en el suelo y la situación habría resultado mucho más incómoda.

—Y recibió el mensaje, querido. —La madre de Frederick lo fulminó con la mirada—. Tus intenciones no habrían podido quedar más claras si las hubieras anunciado en una cena formal repleta de invitados.

—Entonces, ¿por qué vienen?

—Porque los Jameson, al igual que yo, interpretan tus acciones como un claro signo de que no estás en tus cabales desde que despertaste del letargo. Estamos de acuerdo en que este asunto no puede resolverse por carta y es necesario reunirse en persona.

—Me hallo más cuerdo que nunca. —Frederick se cruzó de brazos, adoptando lo que para él debía de ser una actitud asertiva. El efecto se veía mitigado por el hecho de llevar un pantalón de pijama de la rana Gustavo que, *desde luego*, yo no le había comprado en Nordstrom. Pero daba igual. Seguía estando buenísimo.

La señora Edwina Fitzwilliam, sin embargo, no parecía impresionada.

—Dejaré que se lo expliques tú mismo a tu futura familia política. Nos reuniremos con ellos en sus habitaciones del Ritz-Carlton mañana a las siete de la tarde para tratar vuestro inminente enlace. —La señora Fitzwilliam olfateó el aire y se estremeció—. Una muchacha *humana*, Frederick. Es que no doy crédito.

Dicho esto, su madre nos dirigió una teatral reverencia y salió a toda prisa del apartamento.

Un silencio ensordecedor se apoderó del salón. Me quedé mirando a Frederick, deseosa de que dijera algo, *lo que fuera*, que convirtiese el caos de los últimos minutos en algo con un mínimo sentido.

Al cabo de lo que parecieron dieciocho años, carraspeó.

—Hay algo más que no te había dicho. —Al menos tuvo la decencia de parecer avergonzado.

—¿Tú crees? —Frederick dio un respingo ante la hostilidad de mi tono, pero no me importó. Me había prometido que no volvería a ocultarme nada importante—. Frederick, ¿qué más no me has contado?

Suspiró y se pasó una mano por el pelo.

—Muchas cosas. —Tragó saliva—. ¿Deseas oírlas o ya no quieres volver a saber de mí?

—Primero dime una cosa —respondí, levantando una mano—. ¿Es cierto que le has dicho a la tal Esmeralda que no vas a casarte con ella?

—Sí —respondió con sinceridad—. De manera inequívoca y repetidamente. Toda esta situación... Toda... —Dejó la frase inacabada y volvió a pasarse la mano por el pelo—. Nada de esto debería haber sucedido.

Parecía al borde de la desesperación.

—Vale —dije—. Escucharé lo que tengas que decirme.

Con ojos cohibidos, alargó la mano en busca de la mía.

—¿Te sientas conmigo?

Asentí y me armé de valor para escuchar el resto de la historia.

Frederick se sentó a mi lado en el sofá del salón, con las manos entrelazadas con delicadeza sobre el regazo.

No hacía ni diez minutos, lo único que quería era llevármelo a la cama para seguir con lo que habíamos dejado interrumpido esa misma mañana. Pero tendría que esperar. En ese momento lo único que expresaba su cara era la necesidad de sincerarse por completo.

Y yo necesitaba escuchar lo que tuviera que decir.

—En ciertos círculos de la sociedad vampírica —comenzó, con la mirada clavada en el suelo— se siguen celebrando matrimonios concertados. Cuando me fui de Inglaterra para trasladarme a los Estados Unidos, y sobre todo cuando dejé a mi familia en Nueva York y vine a Chicago, pensé que esas necedades también se habían quedado atrás. —La nuez le tembló en la garganta cuando tragó saliva con dificultad—. Es evidente que mi madre lo ve de otro modo.

Esperé a que se explayara. Cuando transcurrió un largo instante sin que lo hiciera, pregunté:

—¿Quién es la señorita Jameson?

—Alguien a quien apenas conozco —respondió en voz baja, como si le diera vergüenza—. Tuvimos una... aventura, una vez. Hace casi doscientos años. —Calló un instante—. Y ahora, por lo visto, estamos comprometidos.

El corazón me dio un vuelco en el pecho al sentir una absurda punzada de celos. Mi reacción no tenía sentido, claro. Esperar que alguien se mantuviera célibe durante siglos era algo injusto. Lo que hubiera sucedido entre él y la tal señorita Jameson más de un siglo antes de que yo naciera no tenía nada que ver conmigo.

Aun así, me dolió.

—Ah...

Frederick se volvió hacia mí con mirada triste.

—No siempre he vivido como ahora, Cassie. Cuando era más joven, me alimentaba igual que el resto de mis congéneres y me acostaba con todo lo que tuviera dos piernas. Vampiros, vampiras, humanos..., de todo. —Apartó la vista—. En la época de la Regencia se celebró en París una fiesta en la que la señorita Jameson y yo...

—Ya lo pillo —me apresuré a interrumpirlo. Cubrí mi mano con la suya—. No necesito conocer todos los detalles.

—Bien. Porque no me apetece demasiado compartirlos. —Cerró los ojos—. Ya no soy la persona que era a principios del siglo XIX, Cassie. Llevo muchísimo tiempo sin ser esa persona.

Tenía un montón de preguntas sobre cómo se había convertido en quien era ahora, pero había otras cuya respuesta necesitaba conocer primero.

—¿Cuánto tiempo llevas prometido con ella?

—Sucedió durante mi coma —respondió Frederick con acritud—. Mi madre jamás ha aceptado los cambios que introduje en mi vida cuando decidí vivir entre humanos en lugar de considerarlos un mero alimento. Pensó que, cuando despertara, casarme con alguien con valores más tradicionales sería una manera de llevarme de nuevo al redil.

—¿Valores tradicionales?

—Sí. —Me dirigió una media sonrisa desprovista de humor—. Beber sangre humana directamente de la fuente en lugar de conseguirla en bancos. O, si estos fueran necesarios, no dejar nada atrás después de saquearlos. — Se detuvo y apartó la vista—. Matar humanos de forma indiscriminada.

Me estremecí al pensar en Frederick llevando ese tipo de vida.

—Pero tú no eres así.

—No —respondió con fervor—. Ya no.

—Pero la señorita Jameson sí —supuse—. Y tu madre también.

—Sí.

—¿Y Reginald?

Frederick permaneció en suspenso un instante, sopesando sus palabras.

—Está... cambiando. Creo que ejerzo una influencia moderadora sobre él.

Me puse de pie y caminé hasta el ventanal que daba al lago. Poco a poco iba tomando conciencia de la enormidad de lo que me estaba contando. Necesitaba espacio para reflexionar sobre lo que significaba... para Frederick y para nosotros.

—No sé qué decir —murmuré.

Al cabo de un instante noté su sólida presencia a mi espalda y sus fuertes brazos rodeándome antes de poder siquiera protestar. Apoyó la mejilla en lo alto de mi cabeza. Inhalé su reconfortante aroma y deseé que todo lo que acababa de suceder con su madre no hubiera sido más que una pesadilla.

—No voy a casarme con ella —murmuró con vehemencia contra mi pelo. Me besó la cabeza con tanta dulzura que me hizo añicos el corazón. Era como una promesa—. Jamás iba a casarme con ella, ni siquiera antes de conocerte. Ese fue el único motivo por el que no te lo conté. Pensé que tenía la situación controlada. Ni se me pasó por la cabeza que mi madre o los Jameson pudieran llegar tan lejos.

Sus afirmaciones contribuyeron en gran medida a aflojar el nudo de dolor que sentía por dentro. Suspiré y me di media vuelta entre sus brazos para apoyar la cabeza en su pecho. Frederick me estrechó con más fuerza.

—Cometí un grave error de cálculo al asumir que lo dejarían pasar —continuó—. Ahora sé que no aceptarán una negativa por carta.

Mi mente se detuvo en las palabras «por carta». Me aparté un poco para poder mirarlo a los ojos.

—¿Tienes previsto decírselo en persona?

Frederick suspiró.

—Los Jameson me esperan. Mi madre está aquí y no se irá sin mí. Sí, creo que necesito ir a hablar con ellos. Es la única forma de que entiendan que voy en serio cuando digo que quiero quedarme en Chicago y vivir la vida que he elegido. —Tragó saliva y me besó en la frente—. Si no lo hago, es solo cuestión de tiempo que *todos* se presenten aquí. Y eso no lo permitiré. No mientras vivas conmigo.

Traté de hacer caso omiso del nudo que sentía en el estómago. Tenía un muy mal presentimiento.

—Así que mañana por la tarde vas a ir al Ritz-Carlton.

Frederick asintió.

—¿Crees que es una buena idea? —Me repateaba lo insegura que sonaba, pero las últimas veinticuatro horas habían sido demenciales. Había disfrutado de una sesión de sexo *maravilloso* con un vampiro y había sufrido un altercado imprevisto con otro. Me habían rechazado en una oportunidad profesional y había conseguido una entrevista para otra.

Era probable que necesitase bajar el ritmo.

—Sí. —Me apartó un mechón de pelo que me había caído sobre los ojos y me lo colocó detrás de la oreja. Me cubrió la mejilla con la mano libre—. Lo único que quiero es ir a ese hotel, decirles a los Jameson que no voy a casarme con Esmeralda y a mi madre que, por mí, puede irse al cuerno, y luego volver derecho a casa.

—Me da que no va a ser tan fácil.

Solo había pasado unos minutos en presencia de su madre y no hacía ni media hora que me había enterado de que Frederick estaba metido en un problemático compromiso que se remontaba a los años de la Regencia. Aun así, veía como mínimo cinco formas en que aquello podía acabar fatal.

—Ya verás que sí —respondió Frederick con una confianza que yo no sentía en absoluto—. No me acuerdo bien de la señorita Jameson, pero estamos en el siglo XXI, ¿no? No puede querer casarse con alguien a quien apenas conoce más de lo que lo quiero yo.

Sonaba segurísimo de ello, pero yo no podía evitar sentir que era un plan terrible.

—¿Te fías de *alguna* de estas personas?

Entonces se quedó parado.

—No —reconoció—. Pero no admiten mi negativa por carta y no me quedan alternativas. —Abrí la boca para protestar, pero Frederick negó con la cabeza—. Todo irá bien; te lo prometo. Y, en cuanto acabe, volveré derecho a casa contigo.

A pesar de mis reticencias, el corazón se me esponjó al oír sus palabras.

—Me gusta esa parte del plan —admití.

Frederick se quedó parado y, de repente, sus ojos centellearon con picardía.

—Dado que no tengo adónde ir hasta mañana por la tarde, ¿por qué no te doy algo de recuerdo antes de marcharme?

Antes de poder siquiera responder a su pregunta, posó la boca en la zona de la garganta en la que mejor se me sentía el pulso y enredó las manos en mi pelo. De repente era como si la última media hora y todos los nuevos líos y complicaciones que habían aparecido no hubieran tenido lugar.

Me fundí entre sus brazos.

—Me parece bien —respondí jadeante, echando la cabeza atrás para ofrecerle un mejor acceso.

Frederick emitió un gruñido de aprobación antes de llevarme en volandas a su dormitorio.

Dieciocho



Mensajes de texto entre Stuart y Sullivan, guardianes
nocturnos de la mazmorra de Naperville

Ey Stuart

Ey tío qué pasa

Esta madrugada he pillado a la policía de
Naperville husmeando por aquí

No fastidies

Ya

Qué mal

Se lo has dicho al jefe?

Todavía no

Ahora voy

Mira, entre el prisionero nuevo, que
desde que llegó anoche no ha parado de

llorar y escribirle cartas a no sé qué
humana y la policía
rondando por aquí, menuda semanita
llevamos ya

Y aún estamos a martes!

Buah, ya te digo

Quieres que le pida a Mark que se
encargue de los polis?

Sabes qué? Olvidalo

Llevo bastante sin comer

Ya me ocupo yo

Gracias

Te debo una

Nah

De momento más me vale pillarme unos
tapones para los oídos antes de que el
conde Von Romeo este me vuelva majara

Comencé a sospechar que algo no iba bien cuando me desperté en mitad de la noche y Frederick todavía no había vuelto del Ritz-Carlton.

Como ya habían pasado quince horas y seguía sin tener noticias de él, estaba muerta de preocupación y aún más convencida de que aceptar reunirse con su madre y los Jameson había sido una decisión pésima.

Detestaba la idea de que, si Frederick estaba en apuros, no hubiese literalmente nada que yo, humana, pudiera hacer al respecto. Pero, por desgracia, así era.

Y en ese momento tenía que concentrarme en la entrevista en Harmony Academy que, por una cruel carambola del destino, me habían puesto esa misma tarde. Me dije que en cuanto acabara trataría de encontrar la forma de contactar con Reginald para ver si podía ayudarme a averiguar qué había sucedido. Tal vez fuera un idiota, pero estaba convencida de que apreciaba a Frederick a su manera y que, si había algo que pudiera hacer, me ayudaría.

Y lo que era aún más importante: Reginald era el único vampiro que conocía. Tampoco es que tuviera muchas más opciones.

Entretanto, pensar que esa misma tarde tenía una entrevista para un puesto que podía cambiar mi vida constituía una agradable distracción de lo que tanto me preocupaba. Y de lo impotente que me sentía.

Me examiné en el espejo de cuerpo entero de mi dormitorio y fruncí el ceño ante la imagen que me devolvió. El traje azul marino que llevaba era lo único que tenía que pudiera pasar como atuendo formal. No sabía si en Harmony Academy esperaban que llevase traje y una parte de mí deseaba que quisieran que los aspirantes al puesto se presentaran con un mono salpicado de pintura. Pero Sam me dijo que para las entrevistas de trabajo era mejor arreglarse de más que de menos.

Dada mi escasísima experiencia en entrevistas para puestos de trabajo en empresas potentes, y mis terribles habilidades de búsqueda de empleo en general, le hice caso y me planté el traje.

No obstante, todavía tenía que hacerme algo en el pelo. Aún no se había recuperado del todo del experimento de hacía unas semanas y los mechones se me ponían de punta en lugares insospechados de la coronilla; y casi siempre era un incordio.

Puede que tuviera que presentarme a la entrevista pareciendo y sintiéndome un fraude, pero si era posible, debía evitar parecer *también* un teleñeco.

Mascullando entre dientes, salí del dormitorio y me encaminé al cuarto de baño, donde tenía los productos capilares. Justo cuando cerré los dedos alrededor del mango del cepillo, oí cómo alguien carraspeaba con fuerza a unos metros de mí.

—Disculpa.

Me quedé de piedra.

Conocía esa voz. Estaba grabada en mi memoria desde la noche en que me enteré de que mi compañero de piso era un vampiro.

—¿Reginald?

¿Qué estaba haciendo ahí? ¿Y *cómo* había llegado? ¿No había dicho Frederick que los vampiros necesitaban invitación expresa para entrar en casa de alguien?

Pero mi sorpresa se desvaneció en cuanto le vi la cara. Las pocas veces que habíamos coincidido, había visto a Reginald con expresión divertida, descarada y aburrida. Pero nunca lo había visto preocupado.

En aquel momento, sin embargo, la preocupación que traslucía era evidente.

Más que evidente.

—Estoy preocupado por Freddie. Ha... —dejó la frase inacabada y me miró de arriba abajo arrugando la nariz con desaprobación—. ¿Qué *demonios* llevas puesto, Cassandra?

—Cassie —lo corregí—. Y olvídate de mi ropa. ¿Por qué estás preocupado por Freddie? —El corazón se me aceleró—. ¿Le ha... pasado algo?

Se adentró en el salón y se sentó en una de las butacas de cuero sin esperar siquiera a que lo invitara a ponerse cómodo.

—Eso sospecho, sí. Llevo sin saber de él desde que se marchó a la reunión con su madre y los Jameson.

Traté de reprimir el pánico que empezaba a invadirme. Yo tampoco sabía nada de él.

—¿Y esperabas haber tenido ya noticias tuyas?

—Desde luego. —Reggie dudó—. Es verdad que en cierto modo nos odiamos...

—Eso ya me había quedado claro.

—... pero también estamos muy unidos.

Me fijé en las arrugas de preocupación del ceño, que no mostraba otros signos de edad, de Reginald. En la rigidez de los hombros. En la mandíbula tensa.

—Eso también me lo había imaginado.

—No quiero ponerme en lo peor —continuó—, pero va siendo hora de que nos planteemos que puedan haberle hecho algo.

Así que mis miedos no habían sido infundados.

—¿Lo crees de verdad?

—La señora Fitzwilliam no es alguien a quien tomarse a la ligera. Por no hablar de lo que Esmeralda y su familia son capaces de hacer. —Volvió a detenerse—. La verdad es que Esmeralda es un pedazo de zorra.

Normalmente no me gustaba un pelo que los hombres usaran esa palabra para describir a ninguna mujer. Pero, en ese caso, me pareció extrañamente justificado.

—¿Sí?

—No la conozco demasiado bien —reconoció—. Pero digamos que la impresión que me dio en París allá por 1820 no fue demasiado buena. Y, *desde luego*, me alegro de que sea Frederick con quien haya decidido casarse y no conmigo.

Cada interacción que tenía con Reginald me dejaba mucho más claro por qué Frederick le tenía tanta tirria.

Le lancé una mirada asesina.

—Así que te alegras de que quiera casarse con él, ¿no?

Reginald se encogió de hombros.

—Sin ánimo de ofender, por supuesto. Busca información sobre ella si quieres. Tiene mucha más presencia en internet que la mayoría de los vampiros. Sus perfiles en redes sociales dan a entender bastante bien qué

tipo de persona es. —Se quedó callado antes de añadir—: Y no es que esté de mal ver, tú ya me entiendes...

Cerré los ojos con fuerza. Tenía que terminar de prepararme y luego ir a humillarme delante de un comité de contratación que, con toda probabilidad, jamás me daría trabajo. No me importaba que Reggie se quedara un rato por casa, pero en ese momento no tenía tiempo que perder pensando en lo atractiva que podía ser Esmeralda Jameson.

—Debo irme. —Señalé con un gesto el traje que llevaba—. Tengo una entrevista dentro de dos horas y queda bastante lejos.

Reggie se levantó.

—¿Quieres que te lleve volando?

—¿Cómo?

—He dicho... —carraspeó y pronunció las siguientes palabras muy despacio—: que... si quieres... que... te lleve... volando.

—Te he oído —repliqué, con los ojos en blanco—. Es que... no me esperaba un ofrecimiento así. —Me detuve antes de añadir—: Así que ¿es cierto? ¿Algunos de vosotros podéis volar?

Con una sonrisita ufana, Reginald se elevó por encima del suelo sin prevenirme siquiera. Fue elevándose cada vez más hasta que casi rozó con la coronilla el alto techo del salón. De repente sentí que la estancia daba vueltas. Una cosa es que Frederick me hubiera contado que algunos vampiros podían hacerlo y otra completamente distinta ver a alguien desafiar las leyes de la gravedad en vivo y en directo.

—No suelo hacer esto delante de Frederick: sus poderes son una porquería.

—Sus poderes no son una porquería —respondí ofendida—. Las piñas que hace aparecer están deliciosas, que lo sepas.

Sin hacer caso de mi comentario, Reggie comenzó a dar vueltas con toda tranquilidad por el salón y no se detuvo más que para pasar el dedo por encima de una de las librerías. Tal vez para comprobar si tenía polvo. Era evidente que estaba presumiendo, pero ni siquiera podía enfadarme con él. De verdad que verlo volar era impresionante.

—Te equivocas, Cassandra. Sus poderes son, de hecho, cutrísimos en comparación con los de otros vampiros. Pero, tal y como te he dicho, no soy tan capullo como para restregarle por la cara lo que molan los míos. Al menos no más de una o dos veces a la semana.

—¿Cómo...? —Observé, todavía fascinada a mi pesar, cómo descendía con lentitud hasta posarse de nuevo en el suelo—. ¿Cómo lo haces?

—No tengo ni la más remota idea —respondió, encogiéndose de hombros—. ¿Cómo hacemos los vampiros todo lo que hacemos? Magia, supongo.

—Magia —repetí, sintiéndome bastante lerda.

—Magia —confirmó—. Entonces, ¿quieres que te lleve volando adonde sea que tienes que ir?

Consideré la propuesta de Reginald todo lo que mi mente aturdida me permitió y hube de reconocer que era sincera, pero la descarté. Era una mala idea: ya estaba demasiado distraída y preocupada por la desaparición de Frederick como para sentirme suficientemente preparada para la entrevista. Si encima volaba hasta Evanston con Reginald —y sin avión, nada menos—, era probable que se hiciera añicos la poca concentración que me quedaba.

Además, era de día. Puede que volar molase, pero la gente nos vería flotando en el aire. ¿Y qué iba a pensar?

—Te agradezco el ofrecimiento —dije, sorprendida al darme cuenta de que era verdad—. Pero creo que cogeré el metro.

—¿Estás segura? —me preguntó, enarcando una ceja.

—Segurísima.

Reginald suspiró.

—Como tú veas. —Me dirigió una inclinación de cabeza antes de encaminarse a la puerta—. Si Freddie se pone en contacto contigo, ¿podrías decirle que su viejo amigo anda preocupado por él? Entretanto, voy a llevar a cabo algunas tareas de reconocimiento para ver si averiguo qué pasa.

No podía ni imaginar a qué se refería con lo de «llevar a cabo tareas de reconocimiento», pero puede que fuese mejor así.

—Lo haré —respondí—. Te lo prometo. Y, si tú te enteras de algo, ¿me lo dirás?

Reginald se me quedó mirando como si tratase de llegar a alguna conclusión. Al cabo de unos instantes pareció tomar una decisión y me sonrió.

—Lo haré.

Las fotografías que aparecían en la página web de Harmony Academy no hacían justicia al campus. Era grande y hermoso, y estaba ubicado en una propiedad de varias hectáreas de bosque a poco más de un kilómetro del lago Michigan. En el centro había un pequeño estanque medio congelado, bordeado por un sendero pavimentado que daba a entender que a la gente le gustaba pasear por allí cuando no hacía el tiempo típico de noviembre.

Había decidido ponerme para la entrevista el único par de zapatos de tacón que tenía. Por suerte, si uno achicaba los ojos y la luz no era demasiado buena, casi pegaban con el traje. Pero me arrepentí de mi decisión en el instante en que atravesé el arco de entrada del edificio de administración. El repiqueteo contra el suelo de baldosas de mármol resonaba con fuerza mientras caminaba hacia la oficina de la directora para la entrevista de las once en punto, reverberando por todo el vestíbulo de altas bóvedas.

El único otro sonido que oía era el latido de mi corazón, martillándome en los oídos como un mazo. No recordaba la última vez que había estado tan nerviosa. Pensé en el instituto al que había asistido, más bien funcional y genérico. En Carbonway High no había vestíbulos de mármol ni profesores de Arte especialistas en objetos encontrados.

Tenía más claro que el agua que, de un momento al otro, alguien se me plantaría delante y me diría que habían cometido un error al invitarme a aquel lugar.

—Buenos días. —La recepcionista, que debía de tener la edad de mi madre, llevaba un vestido de un verde discreto que me hizo pensar en un día primaveral en el campo. La mesa tras la que se sentaba era casi tan grande como el dormitorio de mi último apartamento—. Usted debe de ser Cassie Greenberg.

Aferré el bolso un poquitín más fuerte mientras en la parte posterior del cuello se me formaba una gota de sudor.

—Sí.

La mujer señaló con un gesto un par de butacas mullidas en un extremo de la sala.

—Siéntese mientras voy a ver si ya están preparados para recibirla. ¿Quiere que le traiga algo? ¿Café? ¿Agua?

—Agua, por favor. —Ya estaba nerviosa; añadir cafeína a la mezcla podía tener efectos catastróficos—. Gracias.

Junto a las escaleras había un montón de folletos satinados en los que podía verse a unos alumnos sonrientes con uniformes verdes a juego. Mientras esperaba a que volviera la recepcionista, hojeé uno de ellos, tratando de digerir lo que estaba viendo y esforzándome por que las manos me dejaran de temblar.

Saqué el teléfono y releí los mensajes que Sam me había enviado esa mañana.

¡¡¡Buena suerte!!!

Lo vas a hacer genial.

La víspera se había pasado una hora conmigo repasando las posibles preguntas que me harían en la entrevista y cómo responderlas. Me dijo que las había clavado y que no podía estar mejor preparada. Ojalá hubiera podido creerlo.

—Ya están listos para recibirla, señorita Greenberg. —Alcé la mirada a la recepcionista, que me tendía un vaso alto con agua—. Sígame, por favor.

Cogí el vaso y, con la mano libre, agarré la correa del bolso con tanta fuerza que los nudillos me dolieron.

La sala a la que me condujo era pequeña y con una decoración mucho más informal que lo que había visto hasta entonces. En las paredes no había más que un cuadro enmarcado de un jarrón con girasoles y un ventanal que daba a la verde pradera situada detrás del colegio.

—Tome asiento.

La mujer que habló, quien según la búsqueda que había hecho en internet era Cressida Marks, la directora, estaba sentada en un extremo de una pequeña mesa rectangular. A su lado había dos personas a quienes no identifiqué. Una de ellas parecía de mi edad y llevaba el pelo de color rosa chicle.

Por motivos que no habría sabido explicar con exactitud, ver aquella cabellera rosa en un lugar que, por lo demás, parecía tan convencional y austero me tranquilizó un poco.

Me senté frente a ellos y dejé el vaso de agua sobre la mesa.

Solté aire con lentitud.

Podía hacerlo.

—Bienvenida, Cassie —me saludó la directora. Entonces, volviéndose a las otras dos personas a la mesa, añadió—: Empecemos presentándonos nosotros.

—Me llamo Jeff Castor —comenzó el hombre sentado a la izquierda de Cressida. Rondaría los cincuenta y llevaba la camisa blanca arrugada y una pajarita de cuadros. La viva imagen del profesor despistado—. Soy el subdirector de los cursos superiores.

—Y yo soy Bethany Powers —añadió la mujer del pelo rosa—. Dirijo el programa de artes de los cursos medios y superiores.

—Encantada de conocerlos —respondí.

—Igualmente —dijo Bethany—. Bueno, cuéntenos un poco por qué quieres trabajar como profesora de Arte. —Estaba ojeando una carpeta con las fotografías impresas que les había enviado con mi solicitud. Mis paisajes de Saugatuck. La obra que había enviado a la exposición de arte de

la River North Gallery—. Por tu porfolio, es evidente que tienes una visión muy específica y estás comprometida con tu carrera artística. Así que, ¿por qué querías enseñar a niños? Eso es lo que no acabamos de entender.

La pregunta era difícil, pero lógica. Mi currículum era extenso, pero mi experiencia con niños se limitaba más que nada a las noches de arte en la biblioteca. Si me hubieran pedido que entrevistara a un nuevo profesor de Arte y hubiese llegado alguien con mis credenciales, le habría preguntado lo mismo.

Por suerte, estaba preparada.

—Ahora mismo trabajo en una biblioteca. Los martes por la noche organizamos talleres artísticos: los padres dejan a sus hijos y nos pasamos dos horas haciendo actividades con ellos. —Me detuve y pensé en el último que habíamos celebrado—. Me resulta increíblemente satisfactorio ayudar a niños que, de otro modo, no estarían expuestos a formas de expresión artística a plasmar sus ideas mediante la pintura y el modelado de arcilla.

Bethany y Jeff tomaron algunas notas. Cressida Marks se inclinó un poco hacia delante sobre la mesa, con las manos entrelazadas delante de ella.

—¿Por qué no te habías planteado enseñar arte hasta ahora?

Me quedé pensando. La noche anterior, mientras practicaba las respuestas con Sam, llegamos a la conclusión de que podía surgir una pregunta parecida. Sin embargo, la respuesta que acordamos dar —que simplemente estaba esperando la oportunidad adecuada y que Harmony Academy era el primer colegio en el que creía que podría encajar a la perfección— no me acababa de gustar una vez allí.

Para empezar, era mentira. Me había presentado a varios puestos docentes durante los últimos años y me habían rechazado en todos.

Además, allí sentada, en esa sala de conferencias de mobiliario austero con tres personas que —si todo iba bien— pronto podrían convertirse en mis compañeros de trabajo, se me ocurrió una respuesta mejor.

—No creí que ningún colegio fuera a aceptarme.

Mi respuesta hizo que Bethany levantara la vista de su cuaderno.

—¿Por qué? —preguntó.

Nos habíamos salido del guion que Sam y yo habíamos ensayado, pero no importaba. Me sabía la respuesta.

—Mi arte no es convencional. —Señalé con un gesto la copia de mi porfolio que descansaba en el centro de la mesa—. Yo no pinto cuadros bonitos ni utilizo el torno alfarero para hacer esas tazas que uno le regalaría a su hermana en Navidad. Yo cojo basura, objetos efímeros, cosas que los demás desechan, y las convierto en algo bello. —Negué con la cabeza—. No creo que mi visión encaje con lo que solían enseñar en las clases de plástica cuando yo iba al colegio.

—No obstante, has decidido intentarlo con nosotros —dijo Cressida—. ¿Qué ha hecho que cambies de opinión?

Reflexioné un momento. ¿*Qué* era lo que había hecho que cambiara de opinión?

De pronto lo supe.

Fue cuando Frederick me dijo en nuestro salón que me veía capaz de aportar una visión única y real al trabajo. La admiración en su voz al pronunciar aquellas palabras. Su mirada al afirmar que cualquiera que no me contratase sería un necio.

—Me he dado cuenta de que, en realidad, soy buena. —Sonreí y me erguí un poco en la silla—. Y de que Harmony tendría suerte de contar conmigo.

Los tres asintieron levemente. La mujer del pelo rosa tomó algunas notas más. Conforme seguían haciéndome preguntas sobre mis objetivos profesionales y mi currículum, comencé a preocuparme por si la respuesta que les había dado no era la que buscaban. Pero al menos era la verdad.

Y, de todas formas, ya era demasiado tarde para desdecirme.

—¿Tienes alguna pregunta que hacernos? —inquirió Jeff al tiempo que cerraba la carpeta que había estado consultando a lo largo de la entrevista. Poseía una voz cálida que invitaba a expresarse y que me tranquilizó a pesar de tener los nervios a flor de piel.

Pensé en todo lo que Sam y yo habíamos hablado, tratando de filtrar lo que ya se había abordado en la entrevista.

—Sí —respondí—. Me gustaría saber más sobre cómo es el trabajo aquí. ¿Qué podéis decirme sobre los distintos programas de arte que tenéis en Harmony y cómo encajarían mis clases en ellos?

—A eso puedo responderte yo. —Bethany dejó el portfolio y, entrelazando las manos, las apoyó con cuidado sobre la mesa—. Aquí en Harmony nos tomamos muy en serio el fomento de la expresión artística de nuestros alumnos. Desde preescolar hasta octavo curso, los estudiantes están expuestos a las artes visuales, musicales y literarias a diario. Para cuando llegan a los cursos superiores, lo que se conocería como el instituto en la educación pública, los alumnos eligen uno de cuatro posibles itinerarios que seguirán durante cuatro años.

—Para algunos alumnos, ese itinerario puede ser la música —aclaró Jeff—. Para otros, el teatro o la escritura creativa. Los estudiantes de cursos superiores que elijan el cuarto itinerario, las artes visuales, serían a quienes tú darías clase.

—Harmony Academy está muy orgullosa de sus cuatro itinerarios de expresión artística —señaló Cressida, mirando a sus colegas. Estos asintieron—. Dicho esto, la de artes visuales tradicionalmente ha sido la menos atrevida y diversa en su oferta.

No estaba segura de a qué se refería.

—¿Menos atrevida y diversa? ¿Qué quieres decir?

—En muchas de nuestras clases de artes visuales se han venido dando el tipo de cosas que tú has dicho antes que no haces —explicó Bethany, lanzando una mirada a sus colegas—: bodegones a acuarela, lecciones de Historia del Arte sobre cuadros famosos que uno encontraría en el Instituto de Arte de Chicago o en el Louvre, o clases de alfarería. Y, aunque cualquier programa de artes visuales que se precie *debe* cubrir esos temas en los cursos superiores, creemos que, si nos quedamos ahí, no les estaremos haciendo ningún favor a nuestros alumnos.

—Y ese es el motivo —intervino Cressida— por el que queríamos entrevistarte para el puesto. Buscamos profesores de Arte que piensen de manera innovadora y que tengan ilusión por compartir esa visión con nuestros alumnos de los cursos superiores.

Los tres se me quedaron mirando como si quisieran evaluar mi respuesta a lo que acababan de decir. Mi cerebro iba a mil por hora tratando de procesarlo todo.

Lo que habían descrito sonaba...

Jo. Sonaba *perfecto*. Tan perfecto que parecía demasiado bueno para ser verdad.

—Suenan increíbles. —No sabía si debía expresar con demasiado entusiasmo la emoción que me embargaba, pero no pude evitarlo.

Cressida sonrió.

—Nos alegramos de que te guste.

—Vamos a dar una vuelta por las aulas de los cursos superiores —sugirió Jeff—. Podemos visitar los estudios de arte para que veas dónde darías clase si te incorporases en otoño.

Esa tenía que ser una buena señal.

Les ofrecí una enorme sonrisa, incapaz de contenerme.

—Me parece una idea fantástica.

La alegría por lo bien que había salido la entrevista me duró poco.

Cuando volví a casa y seguía sin haber rastro de Frederick, toda la preocupación que había sentido antes de llegar a Harmony regresó en tromba. Consulté el teléfono y vi que tampoco tenía mensajes de Reginald, lo que no hizo sino incrementar mi ansiedad.

Los documentales basados en crímenes reales no era lo que más me gustaba ver en la tele, pero sabía lo suficiente sobre secuestros y asesinatos como para entender que, cuanto más tiempo pasase sin haber noticias,

mayor era la probabilidad de que, cuando una las recibiera, no fueran buenas.

Hasta yo supe que era una idea malísima cuando me dio la ventolera, pero abrí el portátil y busqué «Esmeralda Jameson» en Google. Si estaba tan presente en internet como Reginald había dado a entender, tal vez así encontraría alguna pista.

La verdad es que Reginald no había exagerado en absoluto. Me salieron tantos resultados que habría sido imposible consultarlos todos sin desarrollar una obsesión grave que no me interesaba demasiado sufrir.

El primero de la lista era un enlace a su perfil de Instagram. Me pareció un punto de partida tan bueno como cualquier otro.

Nada más hacer clic, lo ridículo del plan se me echó encima cual dóberman ante un plato de hamburguesas. Había asumido que Esmeralda sería preciosa y sin defecto alguno, como suelen serlo las «casi ex aunque no del todo» de los tíos buenos. Pero nada me había preparado para las imágenes que en ese momento estaba viendo.

Yo no sabía si algún vampiro habría trabajado alguna vez como supermodelo. De ser así, Esmeralda Jameson habría hecho su trabajo a la *perfección*. Debía de superar con facilidad el metro ochenta, tenía las piernas más largas que un día sin pan y su figura me hizo replantearme una heterosexualidad de la que hasta entonces había estado segura. En la última imagen salía con un bikini que llamaba la atención por lo que *no* cubría, reclinada en una tumbona bajo una sombrilla que la mantenía por entero a la sombra. Según el pie de foto, se la había hecho en algún punto de la isla de Maui. Llevaba la melena larga y oscura recogida con elegancia, cubriéndole los hombros desnudos de piel olivácea y parte de su anguloso rostro.

Fui haciendo clic en el resto de las fotografías. En algunas aparecía espectacular en Suiza, con traje de esquí. En otras, examinaba con gracia una flor en uno de los mayores jardines que hubiera visto jamás.

Aquí, en Costa Rica, nadando con tortugas.

Qué bonitos y plácidos son los Andes.

El jardín de mi casa necesita cuidados. Las flores aquí son preciosas, pero estoy deseando volver y reencontrarme con mis peonías.

No había historias personales graciosas ni etiquetas ingeniosas. Nada que de algún modo me diera a entender quién era como persona. Aun así, Esmeralda tenía más de cien mil seguidores, probablemente gente a quien su belleza había cautivado tanto como a mí.

Y, entonces, el corazón casi se me paró al llegar a una publicación.

Aquí con Frederick, mi prometido. ¿A que es guapísimo?

La fotografía, borrosa, se había tomado de noche y a distancia. Esmeralda estaba de pie junto a una limusina negra, ayudando a Frederick a subirse al asiento trasero. Si no hubiera sido por el pie de foto, me habría costado distinguir sus rasgos lo suficiente como para reconocerlo. Pero ahora que me fijaba *bien*, estaba claro que era el mismo Frederick con el que vivía... y del que había empezado a enamorarme. El ángulo del mentón, el cabello oscuro, la forma en que inclinaba la cara para apartarla de la luz de las farolas...

Sin lugar a duda se trataba de él.

La publicación se había subido la víspera, a las diez de la noche.

Cerré los ojos y bajé la tapa del portátil con brusquedad. Prácticamente noté cómo se me rompía el corazón.

Por supuesto que era posible que Reginald tuviera razón y le hubiera pasado algo. Pero esas fotos no mentían. Esmeralda era todo lo que Cassie Greenberg no sería jamás: alta, bella, segura de sí misma... e inmortal.

Frederick me había dicho que yo le gustaba. Y había actuado en consecuencia. Pero ¿y si al reencontrarse con Esmeralda había recordado todo lo que se perdería si se quedaba con una humana como yo? Seguro que alguien como ella —alguien que no se ajase, envejeciese y acabase muriendo— tenía que resultarle más atractiva que una artista con un par de trabajillos a media jornada y pocas habilidades a la que le quedaban como máximo unas cuantas décadas de vida.

Pero, al cabo de un momento, me llegaron varios mensajes de un número desconocido.

Cassandra. Soy Reginald.

Frederick está metido en un lío DE TRES
PARES DE NARICES.

Necesita nuestra ayuda.

Nos vemos en Gossamer's dentro de una
hora y te lo cuento todo.

OceanofPDF.com

Diecinueve



Carta del señor Frederick J. Fitzwilliam a Cassie
Greenberg, con fecha de 17 de noviembre, confiscada y
no enviada

Mi queridísima Cassie:

Han pasado casi veinticuatro horas desde que te vi por última vez. En este tiempo te he escrito tres cartas, aunque, si es cierto lo que me ha dicho el guardián de mi celda, ninguna de ellas ha salido de esta mazmorra. No obstante, seguiré escribiéndote cada día que permanezca prisionero, pues me ayuda a permanecer en el aquí y ahora, en un lugar en el que el tiempo carece de significado y cada hora se mezcla con la siguiente; además, ¿quién sabe?, tal vez mi carcelero acabe apiadándose de mí y al menos una de mis cartas salga de este lugar antes de que mis captores se percaten de ello.

Resumiendo mucho: los Jameson no se han tomado bien que rechazara a su hija. Mi madre debió de advertirlos de mis intenciones, porque al llegar al Ritz-Carlton me estaban esperando un par de vampiros increíblemente fuertes y de aspecto intimidante. Traté de decirles una y otra vez que no tenía motivos para creer que Esmeralda fuera otra cosa que una mujer de lo más encantadora, y que el problema lo tenía yo y no ella, pero no parecieron demasiado interesados en dialogar.

Y aquí me hallo ahora, prisionero en una mazmorra nada más y nada menos que en Naperville, Illinois. Cada pocas horas, uno de mis guardianes me pregunta si depongo mi actitud y acepto casarme con la señorita Jameson. Y en cada ocasión les respondo que mi respuesta no ha cambiado.

Como ya discutimos tú y yo, sé cómo sería mi vida de casarme con la señorita Jameson. Es una vida que rechacé activamente cuando me trasladé a Chicago tantos años atrás. Haberte conocido no hace sino reforzar mi intención de no ceder ante

mis captores. Conservo la esperanza de que, si vuelvo a ver a la señorita Jameson, quizá pueda explicarle mi situación y convencerla de llegar a un acuerdo. Anoche no se mostró dispuesta a dialogar, pero es cierto que se encontraba bajo la mirada atenta de sus padres.

Dicho esto, y teniendo en cuenta las circunstancias, creo que me han tratado mejor de lo que esperaba. Me obligan a alimentarme del modo habitual entre los nuestros (algo desagradable que procuro llevar a cabo de la forma más indolora posible para todos los implicados), pero al menos me dan de comer. También dispongo de una cama relativamente cómoda, así como de varios libros y grabaciones de comedias de situación estadounidenses de los años ochenta. Estas últimas no me gustan tanto como las que hemos visto juntos (en varias de ellas aparece un coche que habla, por ejemplo, un concepto tan ridículo que resulta imposible de creer). Pero, hasta donde alcanza mi conocimiento, esta mazmorra carece de wifi, por lo que mis opciones de entretenimiento se encuentran harto limitadas.

Te echo de menos más de lo que podría expresar adecuadamente por carta. Espero que, de algún modo, pueda ser capaz de decírtelo en persona muy pronto.

Tuyo,

Frederick

Miré con perplejidad a Reginald, tratando de procesar lo que me estaba diciendo.

—Esto es de chiste —le dije.

Reginald negó con la cabeza.

—Si fuera un chiste, te habría soltado: «¿A que no sabes lo que le dice la tortilla a la patata? “¡Te faltan huevos!”».

La cafetería empezó a dar vueltas. La cabeza me empezó a dar vueltas. Aquello no podía ser verdad.

—Perdona..., ¿qué?

—Da igual —respondió Reginald. Cogió la taza de Somos Vivaces que había pedido a la camarera de Gossamer's para disimular y fingió darle un sorbo antes de volver a dejarla en la mesa—. Lo que quiero decir es que no, no es un chiste.

Sus ojos estaban desprovistos de cualquier rastro de humor. Por una vez iba en serio. Pero que muy en serio.

La sangre se me heló del miedo.

—¿Así que lo han secuestrado de verdad?

El vampiro asintió.

—¿Y lo tienen preso en una mazmorra en... *Naperville*?

Reginald apuntó a las fotografías que había traído con él, supuestamente tomadas unas horas antes desde un punto estratégico a sesenta metros de altura. Se trataba de una vista aérea de un anodino barrio de las afueras. La casa en la que, según él, Frederick permanecía retenido contra su voluntad estaba rodeada por un enorme círculo rojo.

—Si nos fiamos de lo que dicen los contactos que tengo en el oeste de la ciudad —dijo, dando golpecitos con el dedo sobre la casa—, sí.

No me lo podía creer.

—¿Y todo porque se niega a casarse con Esmeralda?

—Eso me temo. Los matrimonios de conveniencia son algo muy serio entre las generaciones anteriores. —Su expresión se volvió grave—. Si tienes la mala suerte de que tus padres sigan metiéndose en tu vida, como le sucede a Freddie, desafiarlos en este tipo de cuestiones es lo más cercano a una sentencia de muerte que te puedes encontrar en nuestro mundo.

La mente me iba a mil por hora mientras trataba de entenderlo. ¿Cómo podía estar sucediendo algo así? La situación entera era como un argumento barato que hubiese ideado un aficionado a Jane Austen desde el séptimo círculo del infierno.

—Es que me cuesta aceptar la idea de que existan las mazmorras para vampiros.

—Entre la mayoría de los miembros civilizados de la sociedad vampírica, casi todas fueron abolidas poco después de la Revolución francesa. —Negó con la cabeza—. Sin embargo, los Jameson siguen haciendo las cosas a la vieja usanza. De acuerdo con mis contactos, cuando Frederick dijo que no se casaría con Esmeralda, lo metieron en una.

—No parece la mejor forma de hacer que alguien se enamore de tu hija.

Reginald dejó escapar una carcajada lacónica.

—Ya te digo.

—Pero... ¿Naperville? ¿Que haya mazmorras para vampiros en *Naperville*? —Recordé el barrio de casitas, todas cortadas por el mismo patrón, que había visitado cuando estaba en la universidad y mi compañera de cuarto me invitó a su casa por Acción de Gracias. ¿Cómo era posible que en un lugar como *aquel* hubiera una mazmorra para vampiros?

—Te sorprendería saber cuántos barrios modestos de las afueras cuentan con ellas —me explicó Reginald—. Y en Chicago, los Jameson tienen que conformarse con las pocas opciones a su disposición. Aunque, a decir verdad, esconderlo allí en cierto modo es perfecto. —Me dirigió una sonrisa sardónica—. Nadie se espera que haya una mazmorra para vampiros en Naperville.

Ahí tenía razón.

—Oye —añadió, mirando con cuidado por encima del hombro—, probablemente deberíamos bajar la voz. Los Jameson tienen espías por todas partes.

Sentí un hormigueo en la piel.

—¿En serio? —pregunté en un susurro.

—No creo —respondió Reginald, encogiéndose de hombros—, pero es que siempre he querido decir algo así. En cualquier caso, no creo que sea una buena idea que nos oigan.

Ahí también tenía razón. Nada bueno podía salir de que la clientela de Gossamer's, que era de lo más humana, oyera sin querer nuestra conversación.

—Así que la fotografía que he visto en Instagram... —dejé la frase inacabada y me puse a jugar nerviosa con el borde de mi taza de Somos Hermosas mientras recordaba cómo la fabulosa Esmeralda ayudaba a Frederick a subirse al asiento trasero de una limusina de lujo—. ¿Y dices que no se montó en la limusina por voluntad propia?

—Imposible. —La expresión de Reginald se volvió aún más seria—. Ese hombre está colado hasta los colmillos por ti. Las últimas semanas han sido una pesadilla de lo mucho que he tenido que aguantar a ese pedazo de memo ponerse poético sobre, literalmente, todo lo relativo a tu persona.

Menuda vergüenza ajena. —Negó con la cabeza—. No he visto la fotografía a la que te refieres, pero Freddie jamás se habría ido a ninguna parte con Esmeralda por su propio pie. Sobre todo ahora que te tiene a ti.

El corazón se me esponjó cuando oí la confirmación de los sentimientos de Frederick por mí, a pesar del nudo que tenía en el estómago al saberlo en peligro.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Debemos sacarlo de allí. Si no... —Reginald negó con la cabeza y volvió a mirar hacia atrás—, lo llevarán de vuelta a Nueva York y antes de la próxima semana lo casarán con una mujer a la que no ama.

—Pero eso... ¿pueden hacerlo? —pregunté horrorizada—. ¿No sería ilegal casar a alguien en contra de su voluntad?

Reginald resopló desdeñoso.

—Nosotros no hacemos las cosas como los humanos, Cassandra.

Ese debía de ser el eufemismo del siglo. Mi instinto de lucha o huida se había activado, y la urgencia por salir pitando a Naperville y exigir que soltasen a Frederick era casi insoportable. Pero todavía me quedaba un resquicio de sentido común como para saber que irrumpir en una casa llena de vampiros cabreados era una idea pésima.

Pero entonces, como quien no quiere la cosa, en mi cabeza empezó a tomar forma un plan.

—Se me está ocurriendo una cosa que quizá nos permitiría sacarlo de allí. Pero puede que no te guste.

Reginald se me quedó mirando.

—Miedo me das.

—Esa es la idea —reconocí—, pero también podría resultar una absoluta ridiculez.

—Cuéntame.

Me puse a dar vueltas y más vueltas a la taza de café, solo por mantener las manos ocupadas. Parte del contenido se derramó sobre la mesa, pero estaba demasiado nerviosa como para que me importara. Ya lo limpiaría más tarde para que quien se encargara de cerrar no tuviera que hacerlo.

—¿Qué tal se maneja la sociedad vampírica con TikTok?

De: Cassie Greenberg [csgreenberg@gmail.com]
Para: Edwina D. Fitzwilliam [Mrs.Edwina@yahoo.com]
Asunto: Mis términos

Estimada señora Fitzwilliam:

No me andaré por las ramas con usted. Han secuestrado a alguien que significa mucho para mí.

Me refiero a su hijo. Insisto en que los Jameson y usted lo liberen de inmediato de la mazmorra de Naperville. De no hacerlo en las próximas veinticuatro horas, ¡me veré obligada a ir a TikTok y hacerle saber al mundo entero que los vampiros existen!

Quedo a la espera de su respuesta inmediata,
Cassie Greenberg

Releí el correo electrónico que estaba a punto de mandarle a la madre de Frederick, tratando de armarme de valor para pulsar Enviar.

—Tu plan no es ridículo —dijo Reginald—. Es una genialidad.

—¿Eso crees?

—Sí.

—¿Funcionará?

Reginald vaciló antes de contestar:

—Quizá. —Estaba de pie detrás de mí, inclinado sobre la silla mientras leía el mensaje que acababa de redactar. A nuestro alrededor, los clientes de Gossamer's tomaban café y comían magdalenas, sin darse cuenta (o eso esperaba) de que Reginald y yo estábamos tramando un rescate vampírico en los barrios al oeste de la ciudad—. Más allá de Esmeralda, que hasta donde yo sé solo usa Instagram para colgar fotos, el fenómeno de las redes sociales no ha llegado a la gran mayoría de los vampiros. Al fin y al cabo,

muchos de ellos tienen siglos de edad. No prestan demasiada atención a las modas actuales. Aunque hayan *oído* hablar de las redes, es probable que crean que no son más que una herramienta que los humanos usan hoy en día para divulgar información.

Lo que decía Reginald coincidía con lo que sabía de las costumbres luditas de Frederick. Aun así, la idea de que mi amenaza pudiera convencer a sus captores seguía resultándome difícil de creer.

Sobre todo porque yo tampoco tenía mucha idea de cómo usar TikTok.

—Entiendo que la señora Fitzwilliam y los Jameson no desean que toda la población humana se entere de que existen los vampiros...

—Pues no —respondió Reginald con brusquedad—. Ninguno de nosotros quiere eso.

—Vale. Lo que me preocupa es qué pasará si descubren que es un farol. Tengo siete seguidores en TikTok. Solo entro para ver vídeos de gatos. Aunque supiera cómo publicar algo así, cosa que *no* acabo de tener muy clara, hay como un cero por ciento de posibilidades de que lo vea alguien.

—Si te pillan, pasaremos al plan B —dijo Reginald—. Pero creo que bastará con que grabemos un vídeo en el que salgas diciendo: «¡Los vampiros existen!» y se lo enviemos por correo electrónico.

—Ojalá estuviera tan segura.

Reginald se echó hacia atrás en el asiento y se rascó la barbilla, cavilando.

—Tampoco es que Edwina o los Jameson vayan a entrar en TikTok a comprobar si has cumplido tu palabra. —Se me quedó mirando antes de añadir—: Si te digo la verdad, Frederick no querría algo *así* colgado en internet. Y yo tampoco.

Me tragué el miedo que me subía por la garganta al pensar que el plan podía poner en peligro a Frederick, por mucho que pretendiera salvarlo.

—Está bien —conluí al tiempo que cerraba la tapa del portátil *sin* enviar el correo—. ¿Dónde quieres que lo grabemos?

—En el apartamento de Freddie —respondió Reginald de inmediato—. Su madre reconocerá el entorno y que sigas allí aunque él no esté le

mandará un potente mensaje de: «Atrás, que este hombre es mío». —Ladeó la cabeza sin dejar de observarme—. Siempre y cuando, por supuesto, ese sea el mensaje que *quieres* mandar.

Me dirigió una mirada cómplice y sentí cómo me ponía colorada. Porque no era solo que no quisiera que obligaran a Frederick a casarse con alguien a quien no amaba.

Era más que eso.

Claro que quería que Frederick estuviera a salvo.

Pero también lo quería *para mí*.

Necesitaba que sus captores lo entendieran.

—Ese es el mensaje que quiero mandar —confirmé—. Volvamos al apartamento a grabar el vídeo.

Reginald sonrió con aquiescencia. Aunque es posible que se estuviera riendo de mí.

—Esto no va a funcionar.

—Que sí.

Me quedé mirando a Reginald mientras se reproducía el horroroso vídeo que acababa de grabar, en el que yo amenazaba con sacar a la luz la verdad sobre los vampiros.

—¿Se nos ve convincentes?

Reginald frunció el ceño con la mirada perdida y movió la mano en un gesto de indecisión.

—¿Sí...? ¿Quizá...? Es difícil saberlo. En cualquier caso, es demasiado tarde para grabarlo de nuevo. Ya se lo hemos enviado a la señora Fitzwilliam.

Suspiré y escondí la cara entre las manos.

«Humanos de Norteamérica —clamaba con fingida valentía mi yo grabado, justo debajo de la espeluznante cabeza de lobo disecada y de ojos rojos que Frederick tenía en el salón. Reginald me había explicado que se la

había traído de regalo de Disney World, pero que “le dije a Freddie que le había cortado la cabeza a un hombre lobo para hacerme el duro”—. Me presento ante vosotros con nuevas de gran importancia».

Durante la grabación sostenía un par de bolsas de sangre que había sacado del pequeño refrigerador que Frederick tenía en su dormitorio, una en cada mano. Pensé en lo mucho que me había espantado la primera vez que vi toda aquella sangre en la cocina. Pero ya no me molestaba tanto. Frederick había mantenido la promesa de no alimentarse en mi presencia ni almacenarla donde pudiera encontrármela.

Ahora tenía claro que había elegido la forma más humana posible de sobrevivir.

Mientras grababa el vídeo, me las había arreglado para no transmitir ninguno de estos tiernos pensamientos. Al menos esa parte había ido bien; lo normal era que no fuese capaz de poner cara de póquer. Agitando las bolsas en las manos, había dicho: «La reciente oleada de saqueos en bancos de sangre ha sido obra en su totalidad de vampiros que viven entre nosotros. ¡Y aquí está la prueba!».

Entonces apuntaba hacia la cabeza del hombre lobo que colgaba por encima de mí.

«¡Decapitan hombres lobo para divertirse! ¡Se beben la sangre de nuestros hijos! Viven aquí mismo, en Chicago. En Nueva York. ¡En todas partes! ¡No hay rincón seguro en la Tierra mientras anden en libertad!».

(«Eres buena», había musitado Reginald.

«Mentira», lo había acusado yo.

«Puede», había admitido.)

Al cabo de un instante, Reginald aparecía en escena. «¡Muajajajá!», exclamaba, enseñando los colmillos y abriendo los ojos como un demente. «¡Vengo a beberme vuestra sangre!», proseguía con el peor falso acento transilvano que hubiera oído jamás. Acto seguido me arrebató una de las bolsas que llevaba en la mano y la abrió con gesto teatral para luego succionarla con el mismo afán que la noche en que había descubierto que era un vampiro.

Yo chillaba y la imagen se fundía a negro.

Reginald cerró el ordenador portátil y se encogió de hombros.

—Vale, admito que no es mi mejor obra. Pero nos corría prisa. Y, como sin duda te habrás dado cuenta, la hipérbole y la sobreactuación son, por así decirlo, el pan de cada día de la comunidad vampírica.

Recordé la primera impresión que me dio Edwina D. Fitzwilliam, con aquella mezcla de estilos de su vestido negro de satén y terciopelo, y su maquillaje glam-rock de los setenta.

—Puede que algo haya notado, sí.

—En cualquier caso, ya no podemos hacer más que esperar —reflexionó Reginald, con toda la razón—. Si Edwina se lo traga, iremos mañana al anochecer. Y, si no...

No concluyó la frase.

Tampoco hacía falta.

Si nuestra artimaña no convencía a la madre de Frederick y a los Jameson, sabía de sobra que ninguno de los dos tenía un plan B.

Veinte



Carta del señor Frederick J. Fitzwilliam a Cassie
Greenberg, con fecha de 18 de noviembre, confiscada y
no enviada

Mi queridísima Cassie:

Han pasado más de veinticuatro horas desde mi captura, pero creo que he logrado ciertos avances para conseguir mi liberación.

He hablado con la señorita Jameson. Aunque estoy más convencido que nunca de que un matrimonio entre ambos sería desastroso, me complace haber confirmado que no está tan chapada a la antigua como sus padres. Aunque mi rechazo le ha dolido y molestado, posee suficiente compostura y amor propio como para no querer a ningún hombre que no la quiera a ella. Creo que terminará por convertirse en una aliada inesperada en mis intentos por recuperar la libertad.

Espero que te encuentres bien... y que no interpretes mi silencio como otra cosa que lo que es en realidad.

Concretamente, que me hallo atrapado en una terrorífica mazmorra de las afueras sin vía de escape.

Con todo mi amor,
Frederick

De: Nanmo Merriweather [nanmo@yahoo.com]
Para: Cassie Greenberg [csgreenberg@gmail.com]
Asunto: Sus términos

Estimada señorita Greenberg:

Soy el asistente de la señora Edwina D. Fitzwilliam y le escribo en su nombre para informarla de que no le ha dejado otra opción que plegarse a sus exigencias.

Le ruego que acuda al castillo situado en el número 2314 de S. Hedgeworth Way en Naperville, Illinois, a las ocho de la tarde de mañana. La señora Fitzwilliam le entregará a su hijo en custodia si, y solo si, destruye en su presencia todas las copias existentes de la cinta cinematográfica en la que expone a los vampiros. Esa cinta que usted ha rodado tiene el poder de destruir todo por lo que tanto hemos luchado desde que abandonamos Inglaterra y, aunque tomar parte por la prometida de su hijo es importante para mi señora, nada lo es tanto para los nuestros como vivir en secreto.

Nos veremos mañana por la tarde. (También le ruego que no responda a esta misiva. La señora Fitzwilliam no sabe consultar su correo electrónico, por lo que todos los mensajes se me reenvían directamente y, a decir verdad, bastante trabajo tengo ya sin además tener que ocuparme de su correspondencia más irrelevante).

Atentamente,

N. Merriweather

—No me puedo creer que aún tenga a Nanmo ocupándose de sus asuntos.

—Reginald chasqueó la lengua y negó con la cabeza—. Que el hombre tiene cuatrocientos setenta y cinco años, por el amor de Dios. Es *de vergüenza*.

—Sí —dije, sin saber muy bien qué responder. Estaba tan perdida que no sabía ni *cómo* encontrarme.

—Bueno, supongo que lo importante es que se lo han tragado —prosiguió—. Por un lado estoy sorprendido, porque de verdad que es ridículo, pero por el otro no me sorprende en absoluto. Mañana a las ocho te llevaré volando.

—No —negué a toda prisa, levantando las manos—. Cogeré un Uber y ya.

Reginald se me quedó mirando desde su posición estratégica, en el sofá de cuero negro de Frederick.

—No digas tonterías. No es seguro que vayas sola.

Palidecí al pensar en presentarme a la cita sin respaldo vampírico.

—Ya lo sé. Sería un suicidio ir sola a esa casa.

—Pues sí.

—Lo que quería decir es que si me llevas tú, al ser mi primer vuelo sin avión, me distraeré demasiado y no podré mantener la cabeza fría y centrada en lo que tendré que hacer una vez allí.

Reginald se recostó sobre los cojines, reflexivo.

—Está bien —concedió—. Es cierto que el primer vuelo puede ser apabullante. Así que sí, coge un Uber. Pero no te bajes del coche hasta que me veas flotando al otro lado de la canasta de baloncesto.

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Canasta de baloncesto?

—La reconocerás cuando la veas —dijo antes de murmurar entre dientes algo sobre un «infierno suburbano» que no acabé de entender. Luego se puso en pie y enfiló hacia la puerta de entrada.

—Nos vemos mañana por la noche —me despedí, tratando de transmitir una confianza que no sentía en absoluto.

Reginald se detuvo y, dándose la vuelta, me miró con una expresión indescifrable.

—Por favor, ten cuidado —dijo con una ternura que hasta entonces no le había oído.

Los ojos se me empañaron de repente.

—Lo tendré.

—Bien. —Entonces, con el tono burlón al que estaba mucho más acostumbrada, añadió —: Porque, si te pasa algo mañana por la noche, Frederick volverá a matarme.

El 2314 de S. Hedgeworth Way se encontraba al final de una callecita sin salida. Era una casa beis y blanca de dos plantas casi idéntica al resto de las casas beis y blancas de dos plantas de la calle. Tenía una bandera de los Estados Unidos ondeando en un mástil y —sí, ahí estaba— una canasta de baloncesto montada en el lateral de un cobertizo pintado de un tono algo más oscuro de beis y blanco.

Solo las gárgolas de piedra de más de medio metro de alto encaramadas a cada lado del garaje —así como el vampiro de casi dos metros suspendido en el aire, unos tres por encima de la canasta— diferenciaban la casa de las demás.

Parpadeé al ver al vampiro volador.

Reginald se me había adelantado.

Eso era bueno.

También era la señal para que me bajase del coche y me encaminase hacia la casa.

—Gracias —le dije al conductor. Las manos me temblaban tanto que me costó abrir la portezuela. Había refrescado bastante en los cuarenta y cinco minutos desde que había salido el apartamento de Frederick, o puede que la temperatura siempre fuera un par de grados más baja tan al oeste del lago. Mientras me acercaba a la casa, me arrebujé un poco más en el abrigo para mantener el calor... y para tratar de serenar los nervios.

Había quedado con Reginald en que primero trataría de hablar yo con los captores. El vídeo mostraba con toda claridad que uno de los suyos había participado en el complot. Si los vampiros de la casa se percataban de que el traidor me acompañaba esa noche, las cosas podían complicarse de un modo que pondría en peligro tanto la seguridad de Frederick como la de Reginald. La idea era que él permaneciera en el aire, donde no pudieran verlo, a menos que las cosas se torcieran... y yo precisara de intervención vampírica.

Levanté la vista para mirarlo mientras me aproximaba a la casa. Asintió para infundirme ánimo. Sentía un nudo en el estómago y, en la cabeza, una

voz me gritaba: «Corre, corre, aléjate de ahí» con mayor fuerza a cada paso que daba.

Pero Frederick me necesitaba.

Así que continué avanzando, poniendo un pie delante del otro hasta que, al fin, me encontré delante de la puerta de entrada.

Cuando estaba a punto de llamar, con el corazón a punto de salirse del pecho, oí a alguien carraspear fuerte y con toda la intención a menos de dos metros de distancia.

—Disculpe —dijo el hombre—. Pero ¿conoce usted a esa gente?

Mi interlocutor debía de tener unos cincuenta años y las comisuras de la boca se le curvaban hacia abajo en una mueca de desaprobación. Llevaba abrigo y un pantalón de pijama de franela color oscuro, así como un gorro de lana rojo con manoplas a juego.

De todos los escenarios que Reginald y yo habíamos pensado en las últimas veinticuatro horas, ninguno incluía qué hacer en caso de que interfiriera un vecino fisgón. Pero, por lo visto, ese era precisamente el que habíamos pasado por alto.

—Yo... no los conozco —balbuceé—. O, más bien... sé quiénes son, pero no los conozco de *conocerlos*. No sé si me entiende.

—Mmm... —La mueca de desaprobación se convirtió en una mirada directamente desconfiada—. Habrás venido a comprar droga, entonces.

Abrí los ojos como platos.

—¿Perdone?

El hombre apuntó a las ventanas delanteras de la casa. Solo entonces me di cuenta de que todas estaban cubiertas con láminas de plástico oscuro.

—Han cegado las ventanas, nunca salen de día y en toda la noche no hace más que entrar y salir una gente muy rara. —El hombre contaba con sus largos dedos estirados cada uno de los delitos que, según él, sus vecinos cometían contra la sociedad—. No sé cómo funcionará donde tú vives, pero por aquí eso solo significa una cosa.

Me detuve y esperé a que me contara cuál era. Cuando lo único que hizo fue mirarme con una sonrisita petulante, aventuré:

—¿Quiere decir... droga?

—Droga, sí —confirmó.

—No tengo la menor idea —me apresuré a responder, buscando un motivo creíble para justificar mi presencia que hiciera largarse a aquel hombre—. Yo... he venido nada más que por... —me lamí los labios y solté lo primero que se me pasó por la cabeza— por la factura de internet.

No me hizo falta levantar la vista para saber que Reginald había puesto los ojos tan en blanco que se le iban a caer de las cuencas.

Por increíble que pudiera parecer, el hombre aceptó mi explicación.

—No me sorprende que una gentuza como esta se retrase con las facturas —murmuró.

—Y que lo diga —respondí, esforzándome por soltar una carcajada. Sonó más bien como un sollozo.

El hombre me dio una palmada en el hombro, me guiñó un ojo de un modo que, en cualquier otra circunstancia, habría sido lo más escalofriante que me hubiera pasado ese día y dijo:

—Que se dé bien el trabajo, hermosa.

Mientras el hombre regresaba a su casa beis y blanca de dos plantas, cerré los ojos y respiré hondo varias veces. Tenía que calmarme. Aún no había hecho *nada* y ya me encontraba a unos segundos de que me diera un patatús.

Lancé una nueva mirada de soslayo a Reginald. Este asintió y me mostró ambos pulgares hacia arriba.

Había llegado el momento.

—Allá vamos —murmuré entre dientes justo antes de llamar a la puerta.

Parte de mí esperaba que fuera Frederick quien respondiera. Pero cuando la puerta se abrió, no me sorprendió ver a la señora Fitzwilliam —pálida y sin maquillaje estridente esta vez— al otro lado.

No me invitó a entrar. Tampoco se anduvo por las ramas.

—¿Lo has traído? —me preguntó mirándome con fijeza, con una mano en la cadera y la otra abanicándose la cara, como si el frío aire de la noche, que me atravesaba el abrigo como un cuchillo, fuera demasiado cálido para ella.

Ahora que estaba allí, no podía evitar preguntarme si Edwina Fitzwilliam era una persona distinta antes de su conversión. ¿Habría sido una madre buena y amable con Frederick cuando era niño? Eso esperaba. Detestaba la idea de que el pequeño Frederick hubiera crecido en un hogar con alguien así como madre.

Me di una palmadita en el bolsillo de los vaqueros, donde me había guardado el móvil antes de subirme al Uber.

—Sí.

—Enséñamelo.

Lo saqué y abrí la aplicación de fotografías.

—Lo tengo justo aquí —dije antes de pulsar el botón de reproducción.

Mi voz se alzó metálica desde el teléfono y tuve que hacer un gran esfuerzo para no estremecerme hasta el tuétano al verme gesticulando como una loca en el salón de Frederick con una bolsa de sangre donada en cada mano. De alguna manera, el clip parecía aún más ridículo ahí, en mi teléfono, delante de la mismísima persona a quien pretendía amenazar con él.

Pero, con todo y con eso, pareció causar un profundo efecto en la madre de Frederick. Dio un paso atrás, horripilada. Se llevó las palmas temblorosas a las mejillas mientras veía el vídeo en el que yo advertía de la amenaza vampírica que se cernía sobre Norteamérica.

Volví a guardarme el teléfono en cuanto acabó el vídeo. La madre de Frederick se alejó de mí con temor, adentrándose en la casa centímetro a centímetro.

—Si accedemos a romper el compromiso y dejar marchar a Frederick —comenzó a decir en un hilo de voz, con la mano tiritando sobre el cuello—, ¿lo destruirás?

Parecía aterrorizada. Por suerte para mí, ese era el trato más fácil que hubiera hecho jamás.

—Sí.

—¿Esta noche?

—Aquí y ahora —le ofrecí—. Delante de sus propios ojos.

La mujer asintió, pero solo parecía tranquilizada en parte.

—Nanmo dice que es posible hacer copias de este tipo de cosas. ¿Prometes destruir todas las demás si suelto a mi hijo? ¿Y que no lo pondrás en los TikToks?

—Esta es la única copia —le aseguré—. Cuando la borre de mi teléfono, nadie más podrá verla. —Me detuve y traté de poner cara seria al añadir—: Le prometo que nunca pondré el vídeo en los TikToks.

La señora Fitzwilliam dudó, como si no supiera si creerme. Entonces, al cabo de lo que parecieron minutos enteros, inspiró hondo.

—Si me mientes —dijo—, te daré caza como a la alimaña que eres.

La puerta se me cerró de golpe en la cara.

Alcé la vista hacia Reginald, que parecía preocupado.

—Voy a bajar —dijo, descendiendo al suelo como si lo llevaran con una cuerda invisible—. Creo que se lo ha tragado, pero...

Antes de que pudiera concluir la frase, la puerta volvió a abrirse.

Ahí estaba Frederick, con la misma ropa con la que había dejado el apartamento unas noches atrás, al irse a la cita en el Ritz-Carlton. Lo recorrí con la vista de arriba abajo, fijándome en cada centímetro de su ser: desde el modo en que el cabello despeinado le caía por la frente hasta la camiseta blanca de manga larga que se le ceñía a los amplios hombros como si hubiera nacido para no llevar otra cosa.

Sus ojos se clavaron en los míos, tan incapaz de dejar de mirarme como lo era yo. Estaba aún más pálido que de costumbre, con unas ojeras oscuras que hasta entonces nunca le había visto. Pero el caso es que estaba ahí y estaba entero y me contemplaba con tanta ternura y asombro que me sentí idiota por haber llegado a dudar de sus sentimientos.

—Has venido —dijo con voz ronca. Tenía los ojos muy abiertos por la incredulidad—. Eres una mujer *fabulosa*.

El alivio se apoderó de mí al oír su voz. Asentí sin atreverme a hablar.

—¿Y a mí no me vas a llamar «fabuloso»? —Reginald hizo un puchero en algún punto a mis espaldas—. Yo también he ayudado.

—Y encima has tenido que aguantar a Reginald mientras tanto —dijo Frederick sin hacerle el menor caso. Avanzó hacia mí desde donde se encontraba en el recibidor. Después de varios días sin sentirlo, su abrazo fue como volver a casa. Me sentía firme sobre el suelo y a punto de desfallecer mientras me estrechaba, con su ancho y duro pecho bajo mi mejilla, y las manos aportando un contrapunto helado al calor de mi abrigo.

Aun así, su tacto me calentaba por dentro.

—Deberíamos irnos —nos interrumpió Reginald con brusquedad.

Frederick levantó la mejilla de mi cabeza, donde la tenía apoyada.

—Tienes razón —concedió. Se apartó un poco para poder mirarme a los ojos—. Me han soltado, Cassie. Pero no es seguro que permanezcamos un solo segundo más aquí.

—Me ofrecería a llevaros volando de vuelta al apartamento, pero no puedo cargar con los dos —se disculpó Reginald antes de añadir con una sonrisita pícara—. Además, ahora mismo prefiero no andar de carabina con vosotros dos, tortolitos.

Frederick lo fulminó con la mirada, y estaba a punto de responderle algo cuando le puse la mano en el brazo.

—Está bien —me apresuré a decir—. Voy a pedir un Uber. A estas horas no tardará en venir alguno.

Programé el punto de recogida un par de bloques más allá de la casa de los vampiros, por si acaso. No hacía falta tentar a la suerte nada más tener a Frederick de vuelta.

—Gracias por salvarme, Cassie —murmuró con voz suave y maravillada—. ¿Cómo he podido tener tanta suerte?

Lo besé, incapaz de refrenarme.

—Ya hablaremos más tarde —susurré contra sus labios—. Por ahora, volvamos a casa.

Mantuvimos las manos quietas la mayor parte de los cuarenta y cinco minutos que duró el trayecto en Uber hasta el apartamento. A Frederick se le cerraban los ojos y, el hecho de que pudiera verle los colmillos del todo cuando volvía a despertarse indicaba que se encontraba demasiado agotado como para volvernos invisibles al conductor. Le aparté el pelo de la frente mientras dormitaba, tratando por todos los medios de no imaginarme por lo que debía de haber pasado durante los últimos días para estar tan cansado tras la puesta del sol.

No obstante, una vez dentro del apartamento, pareció volver en sí casi por completo. Me llevó en volandas de la entrada al salón, como si una vez en casa no quisiera perder más tiempo.

—Espera —le dije cuando hizo el intento de envolverme entre sus brazos. Claro que *quería* que lo hiciera, que me besase y me tocara. Igual que yo quería besarlo y tocarlo. Pero primero tenía algunas preguntas—. Acabas de pasar tres días retenido en contra de tu voluntad; así que antes de que hagamos... nada más, necesito saber si estás bien de verdad.

Frederick asintió y volvió a acortar la distancia entre nosotros.

—Ahora sí. —Su voz estaba teñida de tal ardor y tal anticipación que las rodillas me flaquearon. Cuando me rodeó con los brazos y me atrajo de nuevo hacia él, me convencí con facilidad de que podíamos mantener esa misma conversación mientras teníamos contacto físico.

Apoyé la cabeza en su pecho otra vez, más o menos como estábamos cuando nos reunimos delante de la casa de Naperville. Él empezó a mecarme con suavidad, adelante y atrás. Jamás en la vida había sentido tantísimo alivio y satisfacción.

—Reginald me contó parte de lo que estaba pasando —murmuré, con la voz amortiguada por la tela de su camisa—, pero necesito que me lo

cuentas tú. Es la única forma de convencerme de que estás bien de verdad.

Frederick me estrechó con fuerza, suspiró y dejó caer la cabeza hacia delante hasta apoyarla sobre mi hombro.

—Es tal y como te habrá contado —musitó—. La familia de Esmeralda no se tomó bien que anulara el compromiso. —Dio un paso atrás y levantó las muñecas, que presentaban unas desagradables marcas rojizas que no había advertido hasta entonces—. Durante mi ausencia he llegado a conocer muy bien su mazmorra.

Me quedé sin aliento.

—Te han hecho daño.

—Un poco —admitió—. No demasiado. Somos inmortales, pero como no nos late el corazón, nuestra sangre no corre como la vuestra. Esto, a su vez, implica que nuestras heridas tardan muchísimo en sanar, lo que resulta un tanto irritante. —Me dirigió una media sonrisa irónica. Dios, cómo había echado de menos sus sonrisas—. Solo me dejaron maniatado durante parte de un día. Te prometo que las laceraciones parecen mucho peores de lo que son.

Se me acercó y me envolvió de nuevo entre sus brazos. Cerré los ojos, hundí la cara en su hombro y respiré su aroma.

De alguna manera encontré el valor para hacerle la pregunta cuya respuesta más ansiaba.

—Entonces, ¿el compromiso ha quedado anulado definitivamente?

—Sí. —Su voz profunda sonó más firme que nunca—. He puesto fin al compromiso de manera definitiva. Por irónico que parezca, Esmeralda me ayudó. No le entusiasmaba la idea de casarse con alguien que prefería pudrirse en una mazmorra de las afueras que convertirse en su marido. Intervino en mi favor ante sus padres al mismo tiempo que tú urdías tu fantástica estrategia para TikTok. —Se echó hacia atrás y me colocó un mechón rebelde detrás de la oreja—. Es una mujer razonable, al menos hasta el punto en que pueden serlo los Jameson. Simplemente no es la mujer adecuada para mí.

El calor en su mirada era inconfundible. Me ruboricé ante la obvia implicación de lo que decía y clavé la mirada en el suelo.

—Te he echado de menos —admití. Me sentí tonta por añorar tanto a alguien a quien conocía desde hacía apenas unas semanas. Pero era la verdad.

—Yo a ti también. —Se detuvo antes de añadir—: Te escribí. —Sus palabras reverberaron como un rumor profundo en mi oreja. ¿De verdad me había *escrito* mientras estaba prisionero? Me ceñí aún más contra él, con el corazón tan henchido que pensé que me iba a explotar—. Les entregué las cartas a los guardias y les pedí que te las enviaran. Pero a saber qué harían los Jameson con ellas. ¿Has recibido alguna?

Sentí una punzada en el pecho al oír su tono esperanzado.

—No —admití—. No me ha llegado nada tuyo.

Por un momento me planteé confesarle cómo había interpretado al principio su total silencio, el miedo irracional que me invadió. Pero entonces suspiró, apoyó la barbilla en mi cabeza, y todas las preocupaciones me parecieron demasiado bobas y lejanas como para justificarlas con palabras.

—Lo siento mucho —se disculpó.

—¿Qué decían las cartas?

Se echó un poco hacia atrás, con una sugerente expresión en los ojos oscuros y las pestañas húmedas con algo que, si no lo conociera, me habrían parecido lágrimas incipientes. Me miró a los ojos, y parecía que lo que veía en ellos lo encandilara tanto como a mí lo que veía en los suyos.

Entonces asintió como si hubiera tomado una decisión.

—Decían esto —murmuró antes de darme un beso leve en los labios.

La parte racional de mi mente decía que no era el momento para hacer lo que estábamos haciendo. Los círculos oscuros que le asomaban bajo los ojos contradecían su afirmación de estar bien y yo no tenía claro que me estuviera diciendo la verdad sobre las tremendas marcas rojizas en las muñecas.

Además, debíamos hablar sobre lo que éramos el uno para el otro ahora que ya no había una prometida de por medio y lo único que se interponía entre nosotros era mi propia mortalidad.

Pero Frederick me besaba con tal urgencia —las manos rodeándome la cara, enredándose en mi pelo; la prueba de lo mucho que me deseaba apretándose con ardiente urgencia contra mi cadera— que decidí que la conversación podía esperar.

—No he dejado de pensar en ti mientras estábamos separados —murmuró sin dejar de besarme las mejillas—. La pasión que pones en todo lo que haces, tu bondad de espíritu. Tu belleza. Tu amabilidad.

Las manos, ávidas de repente, subían y bajaban por mi espalda mientras sus labios, deslizándose por mi mentón, habían llegado a ese punto dulce e hipersensible en el que el cuello se une al hombro. Lo rodeé con los brazos para estrecharlo con mayor fuerza, sin darme cuenta siquiera de que me estaba conduciendo hacia la pared hasta que la sentí firme y sólida contra la espalda.

—Yo también he pensado en ti —le confesé, deleitándome en la forma en que colmaba mi cuerpo de atenciones. Seguíamos completamente vestidos, pero el tacto de sus manos a cada lado de mi cintura me quemaba a través de la camisa como si no llevase nada puesto—. Pensaba en ti todo el tiempo.

—Por favor, dime que vas a quedarte conmigo. —Sus palabras apenas eran un susurro contra mi hombro mientras me lo besaba—. Con tus convicciones y tu talento, es solo cuestión de tiempo que tu situación financiera mejore y ya no necesites nuestro acuerdo inicial. Pero...

En cuanto mencionó el motivo por el que en principio había ido a vivir con él me sacó del momento, al recordarme que no le había contado nada de la entrevista en Harmony. De repente me pareció importante que lo supiera.

—Puede que tengas razón en lo de la mejora de mi situación financiera.

Frederick se detuvo en mitad de algo absolutamente delicioso que me estaba haciendo en el lóbulo de la oreja.

—¿Cómo?

—Mientras estabas fuera, tuve una entrevista en el colegio aquel. —Me resultó imposible ocultar la alegría en mi voz—. Creo que me fue bien. Bueno, aún no hay nada concretado. Pero tengo esperanza.

Hundió el rostro en el hueco de mi cuello y me estrechó con fuerza.

—Por supuesto que fue bien. Mi querida Cassie, jamás dudé que los deslumbrarías por completo. Igual que deslumbras a todo el mundo. —Se detuvo—. Igual que me deslumbraste a mí.

Perdí la noción del tiempo que permanecimos abrazados en el salón. La mente me daba vueltas y vueltas. Puede que hubiera tenido razón desde el principio. Quizá, si creía en mí misma la mitad de lo que él creía en mí, no necesitaría compartir piso mucho más tiempo.

Pero aquello no alteraría mis sentimientos.

Ni el hecho de que desearía quedarme con él aunque empezase a percibir un sueldo de forma periódica.

—No me atrevo a albergar la esperanza de que alguien como tú elija convivir con alguien como yo —prosiguió al cabo de unos instantes—. Pero eso no cambia lo mucho que deseo que, pese a todo, te quedes conmigo.

Tragué saliva con dificultad.

—¿Estás seguro? Algún día envejeceré. No tendré este aspecto para siempre.

—No me importa —respondió sin más. Entonces, con un brillo pícaro en los ojos, añadió—: Además, siempre seré mayor que tú.

Me reí a pesar de todo, antes de posar los dedos bajo su barbilla para que me mirase a los ojos. Su expresión estaba cargada de una vulnerabilidad tan dolorosa que me arrebató el aire de los pulmones.

Asentí.

—Quiero quedarme.

Cuando volvió a besarme, me convencí de que saber con exactitud qué vendría después todavía podía esperar.

EPÍLOGO



UN AÑO DESPUÉS

Una vez acabada la jornada, estaba guardando mis cosas para irme a casa cuando el móvil me vibró varias veces: me habían llegado nuevos mensajes.

Tardé un minuto en encontrarlo en el bolso donde guardaba mi material artístico. Ahora que daba clases a tiempo completo y cada día tenía que llevármelo todo en el metro, el bolso que utilizaba era el más grande que había tenido nunca. Se diría que disponía como mínimo de una docena de bolsillos interiores, en los que las llaves y el móvil desaparecían una y otra vez.

Para cuando logré localizarlo, Frederick me había mandado un buen puñado de mensajes.

Estoy esperándote delante de la entrada
del edificio de Bellas Artes.

Llevo un atuendo que he elegido yo mismo
esta tarde.

La camiseta de manga larga verde que te
gusta con un pantalón negro.

Creo que le darás tu aprobación.

O, en cualquier caso, así lo espero.

Pero supongo que lo sabremos en breve.

Te echo de menos. 😊

Una carcajada me ascendió por la garganta.

Frederick J. Fitzwilliam, de trescientos cincuenta y un años, me enviaba mensajes con emojis.

Era casi imposible de creer.

Dejo guardadas un par de cosas
y me voy

Esta semana hemos estado haciendo
plástica, así que tengo el aula hecha
unos zorros

Dame 15 minutos

Yo también te echo de menos ❤️

Lo encontré donde había dicho que estaría, a la sombra junto a la salida del pabellón de Bellas Artes de Harmony Academy. Estaba apoyado en el muro de ladrillos del edificio, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, enfrascado en el teléfono.

Mientras me acercaba, levantó la vista y me dirigió una enorme sonrisa.

—Ya estás aquí.

—Pues sí. —Le cogí la mano y le di un apretón—. ¿Qué tal el día?

Encogió un hombro.

—Bien. Aburrido. Me he pasado la mayor parte intercambiando mensajes con el agente inmobiliario; cree que para finales del mes que

viene podremos firmar el contrato de nuestro nuevo hogar. —Calló un instante—. El resto del día me lo he pasado escuchando a Reginald hablar maravillas de su contable.

Un grupo de alumnos de mi clase de soldadura de la tarde pasó a nuestro lado. Me saludaron con la mano y yo les devolví el gesto con una sonrisa. Todavía me costaba creer que tuviera aquel trabajo, con alumnos que me respetaban y deseaban oír lo que tuviera que decirles.

Cuando me volví hacia Frederick, me miraba con una expresión tan ardiente que era casi inapropiada, dado que no solo nos encontrábamos en mi lugar de trabajo, sino también delante de un montón de críos.

—¿Reginald tiene contable? —pregunté al tiempo que me subía un poco la correa del bolso por el hombro—. ¿En serio?

—Eso parece.

—¿Por qué?

—Hay que tener mucha experiencia para gestionar unas finanzas que se remontan doscientos años. —Me dirigió una sonrisa de medio lado—. Reginald nunca ha tenido cabeza para los negocios, cosa que no debería sorprenderte, pero con los años ha amasado una fortuna más que suficiente para sufragar su estilo de vida. En fin, por lo que se ve está encandilado con su contable, que no tiene *ni pizca* de vampírico, lo que le está acarreando todos los problemas que puedas imaginar y alguno que otro que ni te imaginas.

Eso era más que probable.

—No hablemos más de Reginald —sugerí. Señalé con un gesto la colina que descendía desde el edificio de Bellas Artes hasta llegar al pequeño lago artificial situado en el centro del campus de Harmony y el sendero que lo rodeaba. La impresión que me había dado durante la entrevista el año anterior (que sería un lugar popular para pasear cuando hacía buen tiempo) había resultado cierta. Era el lugar favorito de todo el mundo para dar una caminata a la hora de comer, tras un partido de lacrosse o los viernes por la tarde—. ¿Te apetece dar un paseo conmigo?

Hacía calor para ser principios de diciembre y me apetecía disfrutar un poco más del exterior antes de volver a casa. El cielo encapotado hacía que no fuese demasiado incómodo para Frederick, quien se había recuperado lo suficiente de su siglo de letargo accidental como para tolerar las excursiones diurnas siempre que hubiera bastante sombra. Además, eran las cuatro de la tarde en Chicago: de todas formas, el sol no duraría mucho.

Para mi sorpresa, Frederick dudó y un gesto de aflicción asomó en su semblante.

—¿Qué sucede? —le pregunté preocupada.

—Nada. —Negó con la cabeza antes de forzarse a adoptar su expresión habitual. Me apretó la mano—. Un paseo alrededor del lago suena muy bien.

El sendero estaba más concurrido de lo habitual para ser martes, con grupitos de alumnos y hasta algunas personas sin relación con Harmony que disfrutaban del tiempo inusualmente agradable dando un paseo junto al lago. Aunque caminar por el campus solía ser una de mis actividades favoritas entre semana —a Frederick le gustaba aprovechar su capacidad de permanecer despierto más tiempo durante las horas de sol—, el paseo no parecía haber calmado su agitación de antes. Se sobresaltaba cada vez que nos rebasaba un grupo bullicioso de alumnos y los dedos de la mano que no sostenía la mía tamborileaban sin parar contra el muslo derecho.

Cuando dio un respingo que casi lo levantó del suelo porque un pato había empezado a parparle con fuerza a algo que debía de haber visto entre la hierba, me detuve y le tiré de la mano.

—Pero ¿qué pasa?

—¿Cómo? —respondió con la mirada fija en el pato, que ahora regresaba al agua haciendo ruido—. No pasa nada. ¿Por qué crees que pasa algo?

Su voz sonaba media octava más aguda de lo normal y las palabras le salían de la boca al doble de la velocidad habitual.

—Suposiciones mías —dije, mirándolo de reojo.

—No pasa nada —repitió. La mandíbula no dejaba de moversele mientras dirigía la mirada a sus pies, al agua, a las nubes en el cielo—. Te lo prometo. ¿Podemos... seguir paseando?

La última vez que lo había visto así de agitado fue cuando hablamos de mudarnos juntos a un nuevo apartamento. Uno que no pareciera solo suyo. Uno que careciera de los desagradables recuerdos del siglo que se había pasado sin ser capaz de percatarse de lo que sucedía a su alrededor.

Algo le pasaba, eso estaba claro.

—Sea lo que sea —dije en el tono más amable que era capaz de emplear—, puedes contármelo.

Cerró los ojos y suspiró trémulo.

—Hay algo que me gustaría pedirte.

Hundió la mano en el fondo del bolsillo del pantalón de pinzas. Cuando volvió a sacarla, sostenía una cajita de terciopelo.

El corazón se me paró.

—No tengo derecho a pedirte que te quedes a mi lado para siempre —dijo. Su voz recobró la cadencia y el tono habituales. Me pregunté si acababa de dar comienzo a un discurso que hubiera ensayado durante las largas horas que en los últimos meses yo había pasado lejos del apartamento, desde que empecé a trabajar en Harmony—. Pero nunca he dicho que no fuera un hombre egoísta. Ni que fuera un buen hombre, ya que nos ponemos.

—Pues claro que *no* eres egoísta —recalqué—. Y eres una de las mejores personas que conozco.

Quitó importancia a mis palabras con un gesto.

—Esas son cuestiones en las que nuestra opinión puede diferir, supongo. En cualquier caso, lo que me gustaría pedirte es... —Fue incapaz de seguir. Cerró los ojos. Negó con la cabeza—. De lo que he venido hoy a hablar contigo es...

—Quieres que me lo piense —lo interrumpí.

Una bandada de patos atravesó bamboleante el sendero a unos metros de nosotros, sin dejar de graznar ruidosamente entre ellos mientras mi mundo entero se ponía patas arriba.

Frederick asintió con lentitud.

—Sí —musitó.

Entonces abrió la caja que tenía en la mano.

Nunca le había dado demasiadas vueltas a cómo me gustaría que fuera mi anillo de compromiso si alguna vez me ofrecían uno. Los diamantes siempre me habían parecido más o menos bonitos, pero algo sosos y faltos de carácter. Jamás me vería llevando uno..., ni en la mano ni en ninguna otra parte.

El anillo que reposaba en la caja de terciopelo negro tenía un rubí de color sangre en el centro, más o menos del tamaño y forma de una moneda de un centavo, pero tallado con unas curiosas facetas que atraparon la luz del sol cuando las manos trémulas de Frederick hicieron que se agitara un poco.

Puede que nunca hubiera pensado demasiado cómo quería que fuera mi anillo de compromiso, pero al instante supe que jamás vería uno más bello o más perfecto que ese.

—Si te digo que sí —aventuré, con la respiración cada vez más acelerada—, tendrás que enseñarme qué hacer.

Me atreví a mirarlo a la cara. Me observaba con una expresión que no pude descifrar.

—¿Enseñarte qué hacer? —repitió.

—Sí —respondí—. Ya llevo un año viviendo contigo, pero has tenido muchísimo cuidado de ocultarme los... aspectos más *peliagudos*. Necesito saber con exactitud qué me espera si...

Dejé la frase inacabada, tratando de formular el resto de lo que tenía en mente de un modo que no asustara a nadie que pasara cerca.

—¿Si...? —me animó Frederick.

—Si me lanzo a ello —respondí de sopetón. Ya estaba. Con eso bastaría. Enarqué las cejas de forma significativa.

De pronto entendió lo que intentaba decirle.

—Sí, por supuesto. Mi amor..., te lo contaré todo —prometió Frederick, y sus palabras fueron como un torrente de sinceridad—. Te mostraré todo lo que quieras ver. Si, una vez que lo hayas presenciado y sepas cómo sería contigo, dices que no...

—Lo entiendo —le corté.

—Y yo también lo entenderé —afirmó—. Lo que decidas. Este anillo es solo una promesa de que...

—Me lo pensaré —concluí.

—Sí.

Satisfecha, le ofrecí una sonrisa franca. Y le tendí la mano izquierda.

Sentí la frialdad del rubí contra la piel cuando me deslizó el anillo por el dedo. Una vez en su lugar, ambos nos quedamos mirándolo, incapaces de creernos del todo lo que acababa de suceder hasta que el sol comenzó a ocultarse de lleno en el horizonte.

Sin dejar de sonreírle, lo agarré de la mano.

Y él me llevó a casa.

AGRADECIMIENTOS



Ningún libro se escribe de la nada. El mío no es una excepción. Muchas personas han contribuido a traer al mundo la historia de Cassie y Frederick, y sería un descuido por mi parte no darles las gracias.

En primer lugar, muchas gracias a Cindy Hwang, de Berkley, por creer en mí y por brindarme la oportunidad de escribir la pequeña comedia romántica vampírica de mi corazón. Infinitas gracias también a mi fenomenal agente, Kim Lionetti, que respondió con enorme paciencia a mis innumerables preguntas y que ha sido mi mejor y más feroz defensora.

Para que este libro llegase a la imprenta hubo que llevar a cabo una cantidad ingente de trabajo entre bambalinas en Berkley. Siempre estaré agradecida a mi genial editora, Kristine Swartz (cuyos talentos de edición solo se ven superados por su gran gusto en k-dramas), y a su asistente editorial, Mary Baker. Gracias a Christine Legon, la directora editorial; a Stacy Edwards, la editora de producción, y a Shana Jones, la correctora, por su trabajo para conseguir que este libro fuera legible y bello. Roxie Vizcarra y Colleen Reinhart crearon una cubierta perfectísima que me ha tenido chillando (metafórica y literalmente) desde que aterrizó en mi bandeja de entrada. Gracias a Tawanna Sullivan y a Emilie Mills, de Sub Rights; a mi publicista, Yazmine Hassan, y a Hannah Engler, de marketing, por su trabajo incansable para acercar a los lectores la historia de Frederick y Cassie.

Hay muchísimas personas más en mi vida a quienes debo agradecer haber permanecido a mi lado mientras escribía *Mi compañero de piso es un vampiro*. Gracias a Starla y a Dani por ser las primeras personas en leer algo que yo hubiera escrito y decirme que, de verdad, era bueno. Gracias a Sarah B., Quinn, Marie, Pat, Mateus y Christa por estar ahí cuando concebí la idea de este libro. (Espero que me hayáis perdonado por terminar eliminando la *virginidad* del *vampiro* de esta historia). Y gracias a Celia, Rebecca, Sarah H. y Victoria por revisar el esquema inicial del libro y darme unas primeras opiniones tan valiosas.

Un agradecimiento especial a Katie Shepard y Heidi Harper, quienes revisaron *cada borrador* del libro mientras lo estaba escribiendo. Sois unas *heroínas*, pero de verdad. Me proporcionasteis tantos comentarios de utilidad por el camino que os debo un pastel a cada una en un futuro próximo. (Es posible que también un helado o un paquete de seis frutas de la pasión de La Croix.) Muchísimas gracias también a las Berkletes, que son una fuente inagotable de talento y cuyos consejos han tenido un enorme impacto para mí como autora novel.

«Gracias» no expresa ni por asomo lo que deseo transmitir a la pandilla de Getting Off on Wacker, que no solo fueron unas maravillosas colegas cinéfilas cuando vimos..., ejem, *Cats*... en diciembre de 2019, sino que se convirtieron en una maravillosa fuente de alegría y apoyo en los años posteriores. Shep, Celia y Rebecca, no sé qué haría sin vuestra amistad, vuestras fotos de gatos, vuestro escandaloso sentido del humor y vuestra empatía. Gracias a mis compañeras de k-drama —Tina, Emma, Angharabbit, Toni y Bassempire— por vuestro ingenio sin fin y por las recomendaciones televisivas, que siempre me ofrecen un agradable respiro de la escritura. Y gracias a Thea Guanzon, Elizabeth Davis y Sarah Hawley, cuya amistad —y conversaciones extraoficiales sobre escritura y publicación— ha sido una fuente de validación (y risas) muy necesaria este año pasado.

Mi marido, Brian, merece un reconocimiento especial por su apoyo infinito en todo lo que hago. Gracias, cariño, por sonreír y asentir con

ánimo todas esas veces en que te pregunté: «¿Crees que mi libro es bueno?», antes de haber tenido siquiera la oportunidad de leerlo. Gracias a mi madre por enseñarme a leer hace tantos años, mientras ponía las voces de los teleñecos; a mi padre, por sus *blintzies* y las tortitas durante las vacaciones familiares; a mi hermano, Gabe, por ser un maravilloso fotógrafo y profesor de Instagram, y a mi hermana, Erica, por ser la persona más amable que conozco. Y, por supuesto, el mayor agradecimiento del mundo es para mi hija, Allison, por ser la adolescente más dulce del mundo (a pesar de que no cree que yo sea tan divertida).

Por último, quiero dar las gracias en especial a mi increíble comunidad de escritura y fándom de internet. (Vosotras, ratas, ya sabéis quiénes sois). Me animasteis a seguir adelante cuando me puse a lanzar ideas para este libro en redes sociales. Me enviasteis por correo electrónico chistes que me hicieron carcajearme en público y os reísteis en cada momento clave cuando aún no era más que una cadena de tuits y un deseo por cumplirse. A quienes leísteis el libro cuando estaba dando sus primeros pasos, y a quienes leísteis y ofrecisteis comentarios amables sobre otras historias que he compartido durante la última década: no es exagerado afirmar que, sin todas esas veces que me animasteis, hoy yo no estaría aquí. Desde el fondo de mi corazón, gracias.

Jenna

Título original: *My Roommate Is a Vampire*

Esta edición ha sido publicada mediante acuerdo con Berkley, un sello de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC.

Edición en formato digital: 2023

Copyright © 2023 by Jennifer Prusak
© de la traducción: Noemí Jiménez Furquet, 2023
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)
Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-18945-81-6

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

OceanofPDF.com

Contenido

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

OceanofPDF.com